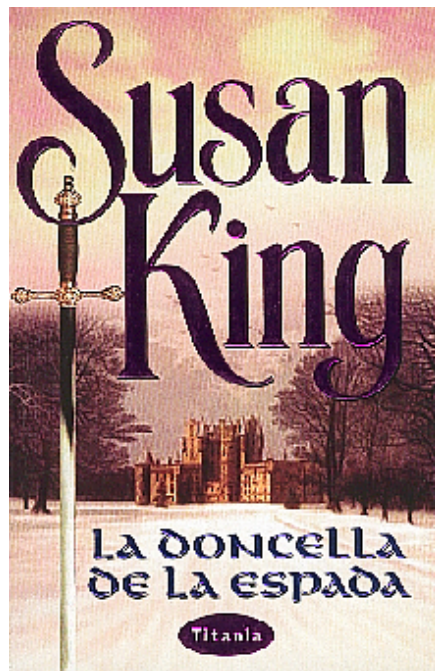


LA DONCELLA DE LA ESPADA



Durante la guerra de los Cien Años, la hija de un jefe de clan escocés y un humilde herrero sienten un amor que los dos creen imposible.

Eva MacArthur es la protectora de Innisfarna, isla mágica según una leyenda. Y ahora su tierra y su familia están en peligro de desaparecer bajo las garras de su prometido, un terrateniente ávido de poder vinculado al rey inglés. Desesperada por no perder lo que es suyo, Eva recurre a Lachlann MacKerron, el único hombre a quien ha amado, aunque descubre con horror que las heridas que ha sufrido mientras luchaba en Francia le impiden forjar sus legendarias espadas mágicas

Prólogo

Eisg, o eisg!

(¡Escucha, oh, escucha!)

Grito de guerra de los MacArthur

Argyll, Escocia, verano de 1418

—Quedaos quietos y callados y oiréis una historia antiquísima, del tiempo de las nieblas, cuando a la orilla de nuestro hermoso lago vivía un príncipe —dijo Alpin, el barquero, a los niños congregados en círculo a sus pies en su acogedora casa de piedra.

Inclinándose un poco, empezó la historia con su voz retumbante y profunda.

Eva MacArthur se revolvió inquieta al lado de su prima Margaret, que jamás se inquietaba, y miró al barquero. Alpin MacDewar, anciano primo de su madre, de cara bondadosa aunque de facciones toscas, no era narrador de profesión, pero los niños, es decir ella, sus hermanos, sus primos y amigos, solían pedirle que les contara historias en las tardes lluviosas.

Alpin había sido un fiero guerrero en su juventud, y ella deseaba escuchar una historia de esas aventuras, no la de su isla Innisfarna, la que ya había oído incontables veces y no estaba con ánimos de volver a escuchar. La leyenda le traía el doloroso recuerdo de su amadísima madre, que a su muerte, recién hacía un año, le dejara la isla y su castillo.

—Este príncipe era el menor de los hijos del rey, un valeroso guerrero experto en las armas, pero deseoso de paz —continuó Alpin.

Eva suspiró y apoyó el mentón en sus rodillas levantadas. Muy bien, entonces tendría que ser la historia del príncipe, la princesa hada y la espada. Sería maleducado protestar, de modo que cerró los ojos para escuchar la voz retumbante del barquero.

—Su pueblo guerreaba desde hacía mucho tiempo con los elfos belicosos que moraban en las montañas y lagos, esos seres poderosos, mágicos y bellos, tan altos y fuertes como la mayoría de los seres humanos. El príncipe deseaba poner fin a los problemas. Se decía que nunca habría paz ni abundancia para la gente mientras no se llegara a un convenio con los elfos. Pero al parecer nadie sabía qué tipo de acuerdo se podía hacer.

»Así pues, el príncipe partió en busca de una solución a los problemas. Era fuerte y apuesto, y trataba con cortesía y amabilidad a todas las personas con que se encontraba, pero cuando preguntaba qué podía hacer para poner fin a la guerra, todos se encogían de hombros, uno tras otro.

Eva abrió los ojos y miró alrededor; más allá de la rubia y serena perfección de Margaret, estaban las cabezas de brillantes cabellos castaños de sus hermanos: Simón, que todavía tenía una ramita prendida en el pelo por la lucha de esa mañana, y Donal, más compuesto, por ser el heredero del jefe MacArthur, hasta que vio que ella lo estaba mirando y le sacó la lengua.

Ella no le hizo caso y miró al niño que estaba al lado de Donal. Lachlann MacKerron, el hijo adoptivo del herrero, adoptado a la muerte de sus padres siendo aún

un bebé, era mayor que sus hermanos. Era alto, de cabellos negros y tenía unos músculos como los de un hombre, por trabajar en la herrería, aunque todavía no se le había enronquecido la voz y en sus mejillas aún no crecía barba.

Siempre que oía la leyenda de su isla, ella se imaginaba que el príncipe era Lachlann. Sabía que el hijo de un herrero no podía ser hijo de rey, pero Lachlann era apuesto, amable, callado y fuerte. A sus hermanos no se los podía imaginar como príncipes, ni a ninguno de sus primos, todos sucios y pesados.

Simón le dio un codazo para que pusiera atención a la historia, porque ella se había inclinado para mirar al hijo del herrero. Lachlann la miró severamente con sus ojos azules, y esa reprimenda fue mucho más eficaz que el codazo de su hermano. Obedeció y miró atentamente a Alpin.

—Un buen día el príncipe se encontró con una anciana junto a un pozo y la ayudó a llevar pesados cubos con agua a su casa. En compensación por su amabilidad, ella contestó a su pregunta:

»"Ah, tienes que buscar a la princesa de la isla Brillante, Aeife la Radiante, la guerrera más fiera de los elfos belicosos" le dijo la anciana "Tienes que robarle los tres secretos de su poder: el plato de plata, el anillo de oro que lleva en el dedo y la Espada de la Luz, *Claidhe-amh Soluis*. Esa espada es la clave para poner fin a los problemas. Si la coges, ella te pedirá hacer un trato."

»"¿Cómo puedo encontrar a Aeife la Radiante?", preguntó el príncipe.

»"Sigue al halcón durante un día. Cuando llegues a un río, sigue al salmón durante dos días, y cuando llegues a una montaña, sube por ella durante tres días. Después mira al este, oeste, norte y sur, y verás la isla Brillante."

»"Eso parece bastante sencillo", dijo el príncipe, aunque no estaba muy seguro.

»"La Radiante duerme durante el día", dijo la anciana, "y sólo cuando está dormida puedes robarle la espada, el plato y el anillo. Si se despierta", le advirtió, "debes batallar con ella. Te derrotará, y entonces todo será peor para tu pueblo."

»El príncipe le dio las gracias y continuó su camino. Siguió al halcón, nadó con el salmón y subió la montaña. Abajo en el lago apareció una isla que antes no estaba ahí.

»Remó por el lago hasta poner los pies en la isla. Había una niebla tan espesa que le extrañó que la isla se llamara Brillante. Entonces vio una luz que brillaba como mil candelas, y se dirigió hacia ella.

Eva volvió a moverse; no podía estar sentada mucho rato sin hacer algo. Era de naturaleza fuerte y enérgica, pero le faltaba la tranquilidad de Margaret. Su padre, el jefe de los MacArthur, decía que algún día debía encontrar a un hombre fuerte, un señor o hijo de jefe, para casar a su única hija y beneficiar a su clan. Pero mientras no se hiciera mujer, su osadía y la pena de su padre por la muerte de su madre le daban la libertad para correr con los niños en sus juegos, como prefería hacer.

Y eso deseaba hacer en ese momento; además, nunca le gustaba oír el final de la historia. Reptando hacia atrás con las manos y las rodillas, se acercó a la puerta. Alpin la miró y ella volvió a sentarse quieta.

—El príncipe entró en el castillo, que estaba desierto y silencioso, y siguió la extraña luz —continuó Alpin—. Pasó de habitación en habitación, había cientos, buscando a la princesa dormida. Tenía que encontrarla antes que despertara a batallar con él. Abrió la última puerta y la vio dormida sobre una cama con cortinas de gasa.

»La Espada de la Luz reposaba sobre su largo y esbelto cuerpo; la asía con ambas manos. El anillo de oro lo tenía puesto en un dedo y el plato de plata estaba sobre una mesa. La espada despedía una luz tan brillante que la habitación estaba tan iluminada como una pradera a pleno sol, pero la princesa estaba profundamente dormida.

»Fue hasta la mesa, cogió el plato y se lo metió en el bolsillo. Después logró sacarle

el anillo y se lo puso en el dedo meñique. Tocó la Espada de la Luz y se detuvo, porque acababa de posar su mirada en la cara de Aeife.

»Era la joven más hermosa que había visto en su vida, con cabellos parecidos a reluciente seda negra y la piel blanca como crema. Sentía cómo el corazón le golpeaba en el pecho, como enloquecido. Comprendió que si la princesa se despertaba, él no podría levantar su espada contra esta hermosura.

»Ella abrió los párpados, dejando ver unos ojos del color de nubes plateadas, y movió las manos. El príncipe recordó que si se despertaba lo derrotaría en la batalla. Pero no pudo creer que una criatura tan bella y adorable pudiera derrotarlo. Además, ya le había entregado su corazón, perdiéndolo como una piedra arrojada en el lago.

»Al instante se inclinó y la besó en la boca, que sabía a miel y bayas. Ese era el primer beso que daba el príncipe y el primer beso que recibía la princesa, y contenía la magia más pura del verdadero amor. Aeife le correspondió el beso y el príncipe se enamoró más aún, y se quedó con ella hasta que llegó la mañana siguiente.

Eva cerró los ojos cuando Alpin describió ese beso. Se alegró de estar cerca de la puerta, donde sus hermanos y primos no podían ver que el amor entre Aeife y su príncipe le había derretido el corazón, como le ocurría cada vez que oía la historia. Volvió a mirar a Lachlann, el hijo del herrero, pensando si algún día él besaría con tanta ternura a una niña, tal vez a ella misma.

El la miró, nuevamente con ese penetrante relampagueo azul. Ella frunció el ceño.

—El beso despertó a Aeife la Radiante, lógicamente —dijo Alpin.

Los hermanos de Eva se rieron con disimulo.

—La Espada de la Luz estaba entre ella y un apuesto joven. El le había robado el plato de plata, que se llenaba de gachas de avena cada vez que se le daban unos golpecitos, y un anillo de oro en el que se podía ver el futuro. Pero aún no había cogido la *Claidheamh Soluis*, la

Entonces debía batallar con él, porque su gente, los elfos esperaban eso de ella.

»Pero miro su rostro dormido y recordó su dulzura. Y el corazón, que había estado hechizado y lleno de pensamientos belicosos contra los humanos se le agitó dentro de ella, como una mariposa liberada. Se bajó de la cama, cogió la espada y, de mala gana, la levantó, porque sabía lo que debía hacer. El príncipe se puso delante de ella.

»"No batallaré contigo", le dijo, y puso la mano sobre la hoja de la espada, que ella tenía cogida por la empuñadura. "Dame la Espada de la Luz para poner fin a esta vieja enemistad."

»"Suelta la Espada de la Luz, para que yo pueda proteger los derechos de mi gente", le dijo Aeife. Y así se miraron, enfrentados, humano y hada, nuevos amantes hechos de enemigos de muy antiguo, hasta que la luna se hundió y el sol se levantó tres veces.

»Al final los dos se cansaron y empezaron a flaquearles las rodillas, y se afirmaban mutuamente cuando uno de ellos estaba a punto de caerse. La Espada de la Luz estaba oprimida entre ellos. Entonces el príncipe cogió la espada y la arrojó por la ventana del castillo al agua del lago, donde se hundió y se hundió, luminosa como una linterna.

»Los dos sabían que una espada arrojada al agua marcaba una tregua entre los clanes guerreros, y los dos comprometieron sus corazones a la paz, entonces y para siempre.

»"La Espada de la Luz", dijo Aeife, "guardará eternamente la frontera entre los reinos terrenal y feérico, porque debajo de esta isla está el umbral. Pero tú debes cumplir tu trato. Debes quedarte conmigo para siempre en esta isla."

»El príncipe aceptó encantado, cogió en sus brazos a Aeife la Radiante y la besó. Los dos compartieron el plato que daba alimento y el anillo que mostraba el futuro, y vivieron dichosos en la isla Brillante.

»Y cuando llegaban enemigos, humanos que ambicionaban para sí el poder de Aeife,

a apoderarse de la isla, ella los enfrentaba valientemente con una espada brillante de hechura mágica, con su marido a su lado. La isla y sus tesoros estaban protegidos.

»La Espada de la Luz continúa estando en el fondo del lago, envainada por el agua.

Eva estiró la mano para abrir el pestillo. No quería oír lo que venía a continuación.

—La paz y la abundancia reinaron entre los humanos y los elfos —continuó Alpin—. Pasado el tiempo, la hija de Aeife y su príncipe aron el puesto de guardianes de la isla. Y desde entonces, cada hija descendiente de Aeife y su príncipe guarda la isla y la espada que está en el fondo del lago. Los enemigos deberán estar siempre cuidadosos del poder de este lugar, porque aquí no pueden triunfar. —Miró a Eva—. Nuestra Eva la guarda ahora que su madre, bendita sea su alma, la ha pasado a ella. Si alguna vez hay guerra o lucha en esta isla, la hija descendiente de Aeife debe coger la espada en su mano y usarla para defender su hogar y a su gente. .

Eva abrió la puerta y salió corriendo.

Capítulo 1

Argyll Escocia, primavera de 1428

Salvaje como las moras silvestres. Era dulce, misteriosa e indómita, y jamás le pertenecería. Lachlann MacKerron lo sabía, siempre lo había sabido. Sin embargo, hizo una pausa en su trabajo y se apoyó en el marco de la puerta de la herrería para contemplarla. Por lo menos se permitía eso.

Eva MacArthur, hija del jefe del clan, estaba en el patio hablando en voz baja con la madre adoptiva de Lachlann, con una cesta llena de queso y panecillos de avena, una ofrenda de consuelo a la reciente viuda. Desde la muerte de su padre adoptivo, muchos vecinos habían hecho gestos amables, pero solamente Eva venía a visitarla todas las semanas.

Dentro de la herrería, un trozo de acero se estaba calentando en la fragua, pero podía dejarlo ahí un momento. Lachlann continuó en la puerta. La luz del sol daba un agradable resplandor a los cabellos oscuros de Eva, y él sabía, sin mirarlos, que sus ojos tenían el color verde gris de un cielo de tormenta. Ladeó la cabeza para admirar su delgada figura; no era alta, pero estaba hecha con gracia y fuerza.

Cuando eran niños le ganaba corriendo y jugaban juntos en los cerros, con los hermanos y los primos MacArthur. No le cabía duda de que podría ganarle todavía, si quisiera. En los últimos años la feminidad había moderado su natural tendencia a la osadía, y a él le gustaba ese suavizamiento. Sería una excelente esposa, pero ella no era para él.

La única hija de un jefe jamás se casaría con el hijo adoptivo de un herrero, aun cuando el verdadero nombre y derechos de nacimiento del joven herrero fueran con mucho más importantes que los que cualquiera podría sospechar. Los secretos que le había revelado su padre adoptivo en su lecho de muerte lo habían cambiado para siempre. En esas últimas semanas se habían alterado su pasado, su identidad y su futuro. Había tenido que esforzarse para aceptar la carga de ese conocimiento.

Agitando la cabeza, desechó sus pensamientos para mirar a Eva mientras conversaba con su madre adoptiva. Habría cambios en la vida de Eva también. Había oído que su padre, el jefe de los MacArthur, deseaba comprometerla en matrimonio pronto y sólo tomaría en cuenta a hombres influyentes y poderosos, por ejemplo jefes o hijos de jefes de clanes.

Las noticias y los cotilleos llegaban muy pronto a la herrería; normalmente él no les prestaba atención, pero sí escuchaba discretamente cuando la conversación trataba del matrimonio de Eva. Sus clientes decían que su padre preferiría casarla con un Campbell, en especial con uno que era consejero del rey, aunque era un hombre mucho mayor que Eva. Él sabía que debería sentirse feliz por ella, pero no era así. Tenía motivos para detestar a ese determinado Campbell.

En ese momento Eva se giró a mirarlo y le sonrió, y fue como si un rayo de sol hubiera pasado a través de una nube. El duelo y la angustia lo atormentaban desde hacía semanas, pero esa sonrisa le alegró el alma. Saludándola con un rápido y sombrío gesto de asentimiento, se limpió las manos en el delantal de cuero que le cubría la falda de tartán.

Se sintió consciente de que llenaba el espacio de la puerta, tan alto, tan ancho de hombros, con la cabeza inclinada para caber bajo el dintel. De pronto se sintió enorme, torpe y groseramente tosco ante esa clara mirada. El pelo negro le caía sobre los ojos, y se lo echó hacia atrás, con los largos dedos sucios de ceniza y de manchas dejadas por el hierro.

Eva abrazó a su madre adoptiva y se despidió. Lachlann giró sobre sus talones y entró en el oscuro refugio de la herrería, donde el fuego brillaba rojo y lo aguardaba mucho trabajo.

Pronto se marcharía de Balnagovan y del lago Fhionn de Argyll. Cuando su camino volviera a cruzarse con el de Eva, dentro de años, ella no llegaría a amarlo como él la amaba a ella. Seguro que lo despreciaría por lo que debía hacer.

Pero no podía volverle la espalda al deber de venganza que había caído sobre sus hombros, aun cuando el hombre que ahora consideraba su enemigo, hombre del que sólo había sabido hacía poco, fuera el Campbell que podría convertirse en el marido de Eva.

Se puso junto a la fragua y muy pronto Eva se asomó a la puerta. Él vio su sombra a sus pies en el rectángulo de luz que entraba por la puerta. Retrocedió.

—Buenos días te dé Dios, Lachlann MacKerron —dijo ella, su voz dulce como la miel.

—Y a ti, Eva MacArthur. —Sus palabras resonaron en las paredes de piedra de la penumbrosa herrería—. Gracias por visitar a mi madre adoptiva con tanta frecuencia. Ella valora tu amabilidad.

—Todos la queremos —dijo Eva, sonriendo con tristeza—, y echamos de menos a tu padre adoptivo. Finlay MacKerron era un hombre bueno. Mi padre lamenta haber perdido a un armero tan valioso, pero dice que tú serás tan bueno como él algún día. Admira las espadas que le has hecho.

El sol de la tarde formaba un nimbo alrededor de su cabeza, pensó él.

—Dale las gracias de mi parte.

—Me he enterado de que pronto te marchas de Escocia. Mis primos MacArthur dicen que irás con ellos a unirte al ejército del rey, y tal vez incluso embarcarte para Francia a luchar con los ingleses.

Él asintió.

—Los escoceses podemos ganar tierras y títulos de caballero haciendo eso.

—Pero para ganar esos honores tenéis que soportar una guerra brutal, que ni siquiera es vuestra.

—Es el precio que algunos hemos de pagar para ganar privilegios. Y yo debo tres años de servicio militar, puesto que alquilamos Balnagovan a Innisfarna. A ti —añadió en voz baja.

Ella asintió.

—¿No puedes cumplir ese servicio de otra manera? Pensé que podrías quedarte aquí ahora que tu madre adoptiva está viuda.

—No tengo mucha elección en cuanto a la forma de cumplir el servicio de caballero. Eso lo determina la corona. La hermana de Muime vendrá a pasar un tiempo aquí, y es posible que traiga a su hija y nietos. No soy necesario con tanta gente.

—¿Estarás lejos mucho tiempo?

—¿Quién puede saberlo? —dijo él, encogiéndose de hombros—. Tu padre puede servirse del herrero de Glen Brae, al otro lado del lago, para los trabajos que necesite.

—Hasta que tú regreses —dijo ella, entrando en la herrería y caminando hacia él, precedida por su larga sombra en el suelo.

Lachlann retrocedió un poco.

—Podría volver —dijo con cautela.

—Volverás.

Acercándose a la fragua, ella se detuvo junto a él y levantó la vista. La luz dorada danzaba sobre los suaves contornos de su cara, realzando el cremoso rubor de sus mejillas, el oscuro destello de sus ojos. Su sonrisa era encantadora, seductora. El la observó en silencio, invadido por un hambre repentina, abrasadora.

—¿Cómo podrías estar lejos de este hermoso valle, con su lago y sus leyendas? —dijo ella.

Él frunció el entrecejo, consciente de que cuando regresara, su horrible misión le destruiría la vida a ella, si para entonces estaba casada con Colin Campbell. Desvió la vista, para que ella no percibiera esa intención en él.

—Es cierto, ¿cómo? —dijo, cogiendo un guantelete de cuero y poniéndoselo lentamente—. Ahora tengo trabajo por hacer. Dile a tu padre que acabaré las piezas que Finlay dejó inconclusas a su muerte, las armas y armadura que encargó a nuestra herrería. Estarán hechas para Beltane, unos días antes de mi marcha, y se las llevaré a Innisfarna. Si paga lo que debe por el trabajo a mi madre adoptiva, se lo agradeceré.

—Se lo diré. Pero tendrás que trabajar por dos hombres para acabar esas piezas en tan poco tiempo.

—No me importa.

Encontraba profunda satisfacción en la naturaleza solitaria de su oficio, y podía trabajar horas y horas sin ayuda en tareas concretas.

—¿Son esas las armas? —preguntó ella, mirando más allá de él, hacia la pila de acero que brillaba bajo la escasa luz.

—Algunas —contestó.

Dio unos pasos hacia ella y levantó la mano por encima de su cabeza para tirar la manilla de cuerno del enorme fuelle, su fuerte estructura afirmada arriba detrás de la fragua. Se detuvo, con el brazo levantado, mirándola. No podía tirar de la manilla sin pedirle que se moviera, pero no quería que se marchara.

—Bueno, entonces —dijo ella mirando a lo largo de su musculoso brazo hasta su mano puesta en la manilla—. Supongo que debo irme.

—Felicitaciones —dijo él con voz tensa—. He sabido que te casarás pronto.

Ella se encogió de hombros y se le colorearon las mejillas, en un tono rosa dorado a la luz de la fragua.

—Mi padre insiste. Dice que me ha dado demasiada libertad, pero que ahora tomará la decisión respecto a mi matrimonio. Es por el bien del clan Arthur.

Él arqueó una ceja.

—¿Y cómo te sienta eso a ti, amiga mía? Te gusta mucho tu independencia, y jamás permites que alguien te diga lo que has de hacer. —Sonrió con poco humor.

—Eh... entiendo mis deberes como la hija del jefe de los MacArthur. —Se intensificó el rubor—. Quiero a mi padre y a mis parientes. Y nuestro clan está pasando por tiempos difíciles, puesto que el rey no está nada complacido con los jefes de las Highlands. Si mi matrimonio atrae el favor del rey a mi clan, pues debo hacer lo que pueda por favorecer eso.

—Ah —dijo él, como si no quisiera comprometer una opinión, sin soltar la manilla encima de la cabeza de ella.

—Te estoy impidiendo trabajar. Adiós, Lachlann. Espero volver a verte antes de que te marches. Si no —añadió, mirándolo fijamente—, te deseo felicidad en tu viaje.

—Felicidad, Eva —dijo él a su vez.

Ella lo miró, pareció ligeramente enternecida hacia él. En su mirada vio confianza y una hermosa y transparente sinceridad. El aire vibró y giró entre ellos con el invisible

calor de la fragua. Él notó que se inclinaba hacia ella, como atraído, como si no pudiera parar. Jamás volvería a estar solo con ella así, pensó. Jamás volvería a haber ese acuerdo y paz entre ellos. Sabía que debía dejar de amarla, pero ese amor seguía existiendo dentro de él, profundo y sin explotar.

Deseó saborear su pureza, sólo por una vez.

Se inclinó, con la sangre hirviendo, el puño apretado en la manilla del fuelle, y le tocó los labios con los suyos.

La boca de ella se amoldó a la suya, cálida, los labios tan suaves como él sabía que serían. Él suspiró y ella también, acercándose más a él, apoyando la mano en su pecho.

No bien había acabado el beso cuando comenzó otro, tímido pero exquisito. Un torbellino interior le hizo flaquear las rodillas. Se mantuvo fuerte a pesar de eso, inmóvil, con la mano levantada, el corazón acelerado. Un fuego de miel, brillante y suave, lo recorrió todo entero. Con la mano libre, la cogió por la cintura y la atrajo hacia él para volver a besarla. Ella emitió un grito, de alegría y asombro.

Ese sonido fue como agua en el fuego. Ella confiaba en él, y algún día él podría destruir su vida. Ese instante de alegría se convertiría en un amargo recuerdo para los dos. La soltó.

—Adiós, Eva, amiga mía —susurró—, ahora y en el futuro.

Comprendía que debía pedirle disculpas, pero no podía lamentar ese beso tan simple y emocionante. Jamás volvería a ocurrir y estaba seguro de que eso lo sabían los dos. Vio los ojos de ella chispeantes, notó su respiración agitada, su boca curvada; comprendió que no le había molestado el beso.

—¿Eso ha sido... una muestra de amistad? —preguntó ella.

—Si quieres —musitó él. Le sonrió con fingida despreocupación. Si se atreviera a revelarle lo que realmente sentía, su alma quedaría abierta a ella; no estaba preparado para eso, ni en ese momento ni nunca—. Gracias por esa dulce muestra.

Ella asintió, tragó saliva y su mirada siguió su brazo levantado.

—Tienes que terminar tu trabajo —dijo, y se apartó.

El tiró de la manilla por fin y un largo soplo de aire alimentó el fuego de la fragua. Se elevaron las llamas, agitándose como oro candente. Cuando Lachlann levantó la vista, Eva estaba en la puerta. Cogiendo las tenazas, sacó el largo de acero de la ardiente cama de carbón. El metal tenía un brillo amarillo.

Ella estuvo un momento en la puerta y luego se marchó. El no levantó la vista, pero lo percibió. Cuando volvió la atención al trabajo, sus manos, siempre firmes y fuertes, le temblaron.

El nuevo acero caliente resplandeció cuando ladeó la hoja cruda en el fuego y observó cómo el amarillo se iba convirtiendo en marrón oscuro. El puñal sería fuerte y fiel cuando estuviera hecho, tan fino como cualquier arma hecha en esa herrería cuando estaba vivo su padre adoptivo.

Nuevamente se quedaría a trabajar hasta tarde por la noche, pensó. Los sutiles y hermosos cambios de color que revelaban el estado del metal se apreciaban mejor en la oscuridad, y aún le quedaba mucho por hacer, ahora que trabajaba solo. Se había hecho un experto herrero cuando todavía era un niño larguirucho; le sería fácil cumplir con los encargos. Pero echaba de menos el gracejo y los irónicos comentarios de Finlay, sus generosos consejos y su compañía, tanto en la herrería como en la casa.

Miró el montón de armas apiladas en un rincón, una parte ya pagada; en algunas se apreciaba la experta mano de Finlay, y verlas lo conmovió y estimuló. Hacer armas había sido un potente remedio para la aflicción esas semanas pasadas. Calentar el hierro para transformarlo en acero, batirlo con el martillo, darle forma y templarlo, le servía por un rato para olvidarlo todo excepto el trabajo mismo.

Y ahora tenía otra cosa más por olvidar, porque la sangre ardiente continuaba golpeando. Sin embargo, sabía que jamás renunciaría al tierno recuerdo de besar a Eva.

En otro tiempo, cuando la vida era apacible y el futuro algo seguro, tenía planes para forjar hermosas y buenas espadas en su propia fragua algún día; incluso se atrevía a soñar con una hermosa esposa, la hija de un jefe. Pero Finlay había caído enfermo inesperadamente y le dijo más de lo que un hombre pacífico necesita saber acerca de la venganza.

También se había enterado, por las débiles palabras de Finlay, del secreto más escrupulosamente guardado de los MacKerron, transmitido de generación en generación: el método para forjar una espada mágica.

La impresión de ese día todavía perduraba en él. Como a un hierro candente recién sacado del fuego, le habían dado una nueva forma.

Sosteniendo el largo de acero sobre los carbones ardientes, observó cambiar su color de marrón a púrpura. Eso indicaba que el calor del fuego había aumentado al máximo. Sacó la espada y la metió en una tinaja con salmuera tibia. El frágil metal chirrió al enfriarse formando burbujas en el agua salada. Lachlann sintió una especie de necesidad de enfriarse él también.

Con el entrecejo fruncido, continuó trabajando, y emitió un suspiro largo y amargo. Para Eva él era un amigo de la infancia, el hijo del herrero que le herraba su poni y reparaba las armas de su padre. Pero si el hijo del herrero mataba a su marido, como bien podría hacer él algún día, ella lo consideraría el hombre que le destruyó la felicidad.

Francamente una mala opción para el futuro de un hombre.

Volvió a poner la hoja caliente en el fuego y le espolvoreó arena blanca, recogida una noche de luna nueva, para dar brillo a la superficie del acero. Las partículas de arena echaron chispas y volaron como una lluvia de estrellas.

Ese era otro secreto de su oficio: la recogida de la arena. Su padre adoptivo le había enseñado a proteger sus conocimientos, pero los últimos secretos que había conocido tenían que ver con el herrero, no con la herrería.

Muy pronto estarían terminadas las armas y él se marcharía. Pero antes de regresar a Escocia, tendría que endurecer su corazón.

Capítulo 2

—Ven con nosotros, Eva —insistió Margaret en tono mimoso—. Es la noche de Beltane, y tenemos libertad para vagar por los cerros y hacer lo que queramos hasta el amanecer. No vuelvas a casa tan pronto. Ven con nosotros a la colina de los elfos a hacer rodar panecillos de avena y cebada por la ladera. Si queda arriba la parte tostada o la blanca, sabremos si nos vamos a casar pronto.

Ladeó la dorada cabeza, su cara blanca y graciosa a la tenue luz de esa noche sin luna, y sonrió.

Eva miró más allá de su prima, hacia el grupo, con dos de sus hermanos, que estaba esperando bajo unos árboles al borde de la playa del lago. Negó con la cabeza y miró hacia el agua.

—No estoy de ánimo muy festivo —dijo—. ¿De qué me serviría hacer rodar un panecillo? Mi padre ha decidido comprometerme pronto con Green Colin Campbell. Vete, Margaret, te están esperando. Llamaré a Alpin para que me lleve a Innisfarna.

Margaret suspiró.

—Bueno, si es eso lo que deseas. Además, tú ya sabes con quién te vas a casar. Ojalá yo supiera quién es mi verdadero amor. Tal vez lo sepa esta noche de Beltane, incluso podría oírlo en las brisas mágicas. Volvió a sonreír.

—Colin Campbell no es mi verdadero amor. Sólo desea mi isla masculló Eva. Miró hacia Innisfarna, en el centro del lago, donde parpadeaba una luz en el castillo—. Pero mi padre insiste en que su influencia beneficiará a nuestro clan.

—Si yo fuera tú, me casaría con Green Colin. Cuenta con el favor del rey y le gustas. Incluso te regaló un cachorro de las carnadas de su castillo. Casarse con él no será desagradable, es bastante apuesto.

Eva sonrió, pensando en *Grainne*, la pequeña terrier gris que le regalara Colin la última vez que visitó Innisfarna. Pero al pensar en el maleducado y autoritario hombre que le entregara la cachorrita frunció el ceño.

—Entonces cástate tú con Green Colin y yo me quedo con la cachorrita, porque su temperamento es mejor que el de él. Vete, Margaret, te están esperando. Está Angus, el hijo del carpintero, con ellos. Creo que le gustas.

—Angus siempre hace el bufón —dijo Margaret, descartándolo—. Ah, ¿con quién están hablando tus hermanos? ¡El hijo del herrero! —exclamó en un susurro—. Tenía la esperanza de que Lachlann saliera esta noche.

A Eva le dio un brinco el corazón al mirar nuevamente hacia el grupo bajo los árboles. Vio que se les había reunido Lachlann, más alto que el resto. A su lado vio la forma clara de su galgo blanco, una cachorra de patas largas.

—Tal vez logre convencer a Lachlann de que me acompañe al páramo más tarde —dijo Margaret—. Eva, ¿crees que le gusto un poco? Lo encuentro el hombre más hermoso de Argyll —susurró rápidamente y soltó una risita.

—Pronto será el hombre más hermoso de Francia —dijo Eva, sarcástica—. Se marcha con mis primos dentro de dos días.

—¿Cómo podrías entenderlo? Para ti es como un hermano.

—Mmm —musitó Eva.

Lo entendía mejor de lo que Margaret se imaginaba. Su beso del otro día, aunque sólo fuera una muestra de amistad, había llegado hasta la médula de los huesos. Siempre

lo había considerado un querido amigo, pero la asombrosa pasión que sintió por él, y en él, le había abierto una puerta, y aún no sabía qué había al otro lado de esa puerta.

—Estoy segura de que le gustas —le aseguró a Margaret—. ¿Cómo no le vas a gustar? Eres encantadora y hermosa.

—Bueno, con una madre viuda, tengo que buscarme un marido. Tengo poca dote para aportar al matrimonio, aunque mis cinco hermanos podrían ser capaces de ayudar a un hombre en sus tareas.

—Podrían —dijo Eva riendo—, entre travesura y travesura. Vete ya. Nunca sabes qué tipo de buena suerte podrías tener en una noche como esta. Buenas noches.

Después de dar un animado abrazo a Margaret, se alejó; los pies metidos en sus abarcas de cuero se le hundían un poco en la blanda arena. Oyó correr a Margaret hacia el grupo y luego el murmullo de la conversación. Miró hacia atrás una vez, cuando oyó el conocido retumbo de la risa de Lachlann. Pero él estaba conversando con Margaret y no miró hacia ella.

El viento frío y travieso la empujó hasta la orilla del agua. En esa noche de luna nueva, sólo la luz de las estrellas se reflejaba en la arena y en la superficie del lago. Mirando alrededor, vio luces de antorchas moviéndose en las laderas de los cerros, y oyó suaves rumores de cantos y risas traídos por la brisa.

Suspiró. La noche de Beltane los jóvenes solteros salían a caminar en grupo o en pareja para celebrar la llegada de la primavera. Nadie quería salir a caminar con ella ni descubrir con ella la dicha del verdadero amor, como el que esperaba encontrar Margaret. Su compromiso con un hombre elegido por su padre era inevitable, y le pesaba en el alma.

Unas olitas le lamieron los pies y el agua oscura formó espuma blanca. A lo lejos, en medio del lago, brillaban las luces de Innisfarna. Su isla había pasado de madre a hija en línea directa durante generaciones, remontando sus raíces a un antiquísimo clan y a tiempos aún más remotos, el de los elfos. Sólo tenía diez años cuando la isla pasó a ella a la muerte de su madre, como exigía la tradición.

Ahora era ella la guardiana de la isla, el castillo y su antiquísimo tesoro, *Claidheamh Soluis*, la Espada de la Luz, que yacía debajo de la isla, según decían. Esa espada legendaria guardaba la frontera entre los mundos terrenal y feérico; ese umbral mágico debía continuar bajo la protección de la señora de Innisfarna, si no, caería el desastre sobre Escocia. Se estremeció al pensarlo.

De cara al viento sintió arremolinarse el chal de tartán y casi se le soltaban los cabellos de sus trenza. Se hizo bocina con las manos para llamar. Alpin MacDewar, primo de su difunta madre y antiguo compañero de armas de su padre, vendría pronto a buscarla. Para ella más tío que sirviente, Alpin había llevado la barca desde que ella recordara.

Aunque su padre tenía sus propiedades como jefe del clan, ella prefería la isla de su madre. Amaba su elevado castillo de piedra y sus alisos, rodeados por el lago y leyendas, y a los parientes y amigos que vivían en el valle.

En Innisfarna se sentía segura y a salvo. Jamás podría vivir en otra parte, ni podría permitir que alguien se la arrebatará.

El murmullo del agua agitada y el susurro del viento creaban una armonía suave, que parecía hablarle. «Eisg, o eisg», decía; «escucha, oh, escucha». Sintió escalofríos en los brazos, porque esa frase era el grito de guerra de los MacArthur. Por un momento creyó percibir una especie de sabiduría informe, antiquísima a su alrededor, como si el cielo estuviera a punto de abrirse, como cortinas, para revelar algo eterno y poderoso. Esperó, absolutamente inmóvil.

«Eisg, o eisg», volvieron a decir el viento y el agua. «Laaachlann.»

Oyó el nombre con claridad, y le pareció que el alma le daba una voltereta dentro, como un pez.

«Lachlannnn...»

Agitó la cabeza. El anhelo la hacía oír ese nombre, anhelo producido por el desesperado deseo de algo maravilloso, algo distinto al matrimonio que su padre planeaba para ella. ¿O podría el viento haber nombrado a su verdadero amor, como decía Margaret? Deseó reírse.

Deseó llorar.

Al oír más murmullo de conversación, se giró a mirar. El grupo se alejaba de la playa, por fin. Y Lachlann venía caminando por la arena hacia ella. Se le aceleró el corazón.

Había ido a la playa a recoger arena blanca en la oscuridad de la luna nueva para trabajar el acero; había esperado encontrar paz y soledad, aunque fuera la noche de Beltane. Pero cuando vio a Eva ahí, desapareció su deseo de soledad, como si no lo hubiera sentido nunca.

Contento de que sus amigos se marcharan por fin, caminó hacia ella, llevando el cubo a medio llenar de arena, silbando suavemente para que lo siguiera su perra *Solas*.

La perra no le hizo el menor caso, como siempre, y continuó oliscando por la playa, con la cabeza baja, moviendo la cola. Volvió a llamarla. *Solas* giró la cabeza para mirarlo y echó a correr alejándose, con no disimulado placer.

Suspirando, siguió a la perra blanca en loca carrera, riendo, cuando debería reprenderla. Encontró una ramita y la tiró a la playa para que fuera a buscarla. Era rápida e inteligente, pero todavía era una cachorra voluntariosa. Pese a su fuerza y ánimo, jamás sería una cazadora bien entrenada porque su amo la dejaría. *Solas* se convertiría en la perra casera de su madre adoptiva; lo alegraba que Mairi MacKerron tuviera una leal guardiana y compañera.

Más allá, Eva estaba mirando el lago oscuro y cubierto de calina,

el agua formando espuma alrededor de sus pies. Ella se giró a mirarlo y luego le dio la espalda. Observando esa fría reacción, él aminoró el paso, de pronto sin saber qué decir, qué hacer. No había olvidado esa sorprendente y exquisita despedida en la herrería.

Continuó caminando, atraído hacia ella, como siempre. De niño había pasado largas horas en la herrería, pero siempre que jugaba, Simón y Donal MacArthur estaban entre sus más íntimos amigos. Su animosa y exigente hermana solía acompañarlos, y él la había llegado a conocer bien, mientras corrían por los cerros, trepando, compitiendo y haciendo travesuras.

Sonrió al recordar cómo ella les ganaba a sus hermanos y a él en las carreras, una y otra vez. Pero aunque era veloz y resuelta, finalmente a él se le alargaron tanto las piernas que ni siquiera ella podía ganarle.

Y un día cayó en la cuenta, sencilla y totalmente, de que la amaba. No sabía muy bien cómo ni por qué había ocurrido eso, pero conocía la fuerza de su amor. Siempre le había tenido cariño, siempre había sido leal, respetuoso y protector con ella. Y de pronto se convirtió en una joven pasmosa, fuerte y voluntariosa, tierna e imprevisible. Y su corazón cayó a sus pies como una manzana que cae del árbol.

Solas pasó junto a él como un celaje; volvió a silbar, alargando los pasos por la arena. Eva se giró a mirar, y la perra pasó veloz junto a ella.

—Buena cosa que sea blanca —dijo ella—. Si no no la cogerías jamás en la oscuridad.

—Sin duda tú, Eva, amiga mía, podrías correr hasta darle alcance —dijo él, sonriendo y deteniéndose junto a ella.

—Sin duda. —Lo miró sonriendo, sus ojos grandes y luminosos a la luz de las estrellas—. Pensé que te irías con los demás.

—Beltane no es para mí. Vine aquí a recoger arena para el acero. ¿Llamaste a Alpin?

—Sí, pero no creo que me oyera con este viento.

—Probablemente está durmiendo en su casita de la isla. Tendrás que usar el cuerno de carnero que cuelga de un árbol en la otra playa. Te acompañaré hasta allí, si quieres.

Ella lo observó, y él sintió curiosidad por saber qué estaría pensando, si adivinaría sus sentimientos. Tonto, se dijo; debería haberse marchado. Sólo la distancia calmaría el golpeteo de su corazón y le enfriaría la sangre.

—No quiero entretenerme —dijo ella.

—Entretenme —dijo él generosamente, y al instante lamentó esa sugerente respuesta—. No tengo ninguna prisa —corrigió, echando a andar al lado de ella.

—El agua está muy negra esta noche —musitó ella—. La niebla se posa encima como alas de hadas. Estaba pensando en la leyenda, y en la Espada de la Luz que yace en el fondo del agua.

—Ah, la historia de Aeife —dijo él sonriendo—. Siempre fue uno de mis cuentos favoritos. Cuando era niño pensaba que la pérdida de esa espada en el agua era una inmensa tragedia. No son fáciles de encontrar las espadas mágicas —añadió, travieso.

Eva se echó a reír.

—Bueno, tú sí que sabes cuánto trabajo requiere hacer una espada. En esos tiempos era costumbre arrojar una espada al agua para marcar el fin de una enemistad o guerra. Me parece que hay una tradición que dice que en otro tiempo los MacKerron forjaban espadas mágicas.

El se encogió de hombros.

—Hace mucho tiempo, los elfos robaron a un niño MacKerron. Su padre lo buscó durante años. Cuando por fin lo encontró, el niño estaba trabajando en una fragua de elfos, haciendo espadas mágicas. Volvieron a casa y el hijo se ganó muy bien la vida como espadero —concluyó alegremente.

—Si supieras su secreto podrías ganarte muy bien la vida tú también. Entonces no tendrías que ir a Francia para conseguir el título de caballero.

El miró hacia el lago, y no a ella, porque esos ojos verdes de tormenta solían ver hasta lo más profundo de él.

—Pero iré.

Ella se detuvo y él se quedó a su lado.

—Dicen que no hay que perturbar nunca a la Espada de la Luz en su lugar de reposo —dijo ella, y miró el agua oscura—. ¿Sabes que ocurriría si Innisfarna dejara de estar en manos de una mujer del linaje de Aeife?

—Algún tipo de desastre, supongo.

—La devastación de las Highlands —dijo ella lisamente—, y la destrucción de sus costumbres. Sólo la mujer que guarda Innisfarna puede impedir eso.

El la miró arqueando una ceja.

—¿Crees eso?

Ella se encogió de hombros.

—Es una leyenda potente, y no sé muy bien qué creo. Pero sé que debo mantener a salvo Innisfarna como pueda, y darla a mi hija algún día. Si sólo tengo hijos, la pasaré a mi nieta.

—Algún día tendrás una hija tan hermosa como tú... —dijo, maldiciéndose—, como dicen que era la princesa Aeife.

Se pasó el cubo a la otra mano.

—Espero tener una hija algún día. Lachlann, ¿por qué recoges arena en esta oscuridad en lugar de hacerlo durante el día?

—La arena blanca es excelente para endurecer el acero, y es mejor cuando se recoge en una noche de luna nueva. Es un momento perfecto para los comienzos.

Y sin embargo, todo lo que había conocido en su vida acababa, de una manera u otra.

—¿Harás otra espada con esa arena?

—Sólo una. Tengo que terminar mi propia espada antes de macharme a Francia dentro de dos días.

La cara con que lo miraba era una suave sombra.

—¿Cuándo volverás?

—No lo sé —contestó él con voz apagada. Miró hacia el lago—. La niebla se está espesando. Alpin MacDeWar no te verá jamás aquí.

—Y ya no tiene el oído muy bueno.

—O eso finge cuando le conviene.

—Conoces bien a Alpin —rió ella.

—No es un hombre sumiso, pero compartimos un interés por las buenas armas. En otro tiempo fue un excelente espadachín, y sabe muchísimo. A tus hermanos y a mí nos enseñó el manejo de la espada.

—Ten cuidado. Podrías perder tus privilegios cuando te marches. Cuando vuelvas tendrás que ganarte sus favores —añadió riendo.

El continuó a su lado caminando en silencio, llevando el cubo.

Solas corrió hacia Eva, le saltó encima y el broche de plata salió volando de su chal. Ella alcanzó a cogerlo al vuelo.

—¡Oh! —exclamó—. Se soltó el pasador.

—Déjame verlo.

Lo movió y dobló cuidadosamente y se giró a pasarlo por la tela, rozándole la parte superior del pecho con la mano. Por encima de las capas de lana y lino la sintió cálida, firme, deliciosa. Se le tensó el cuerpo, excitado. Él retiró la mano.

—Tráelo a la herrería y te lo repararé mejor.

—Ah, ¿el herrero es platero también?

—Es necesario recalentar el metal para doblarlo. Eso lo puedo hacer.

—Es una lástima llevarse esa pericia a Francia. —Lo miró a los ojos, plateados como el broche—. Necesitamos un buen herrero en Balnagovan.

—¿Sí? —dijo él, pensando solamente en ella.

Ella asintió, echando la cabeza hacia atrás cuando él se le acercó más. Él sintió el corazón desbocado y la boca reseca. Deseaba desesperadamente acariciarla, volver a besarla. El silencio los envolvió como la niebla que se arremolinaba sobre el lago.

—Mmm, debería irme —dijo ella finalmente—. Pero esta es mi última Beltane. El próximo año estaré... seré una esposa.

Era posible que el próximo año él todavía estuviera en Francia, si estaba vivo. Después volvería a casa para dejar viuda a Eva. Retuvo el aliento ante ese horrible pensamiento, tan fuera de lugar ahí, con ella.

—Deberíamos darnos las buenas noches —dijo—. Es tarde.

Ella sonrió.

—¿Ningún beso de despedida? —le preguntó, coqueta e inocente al mismo tiempo.

Él soltó un resuello, en parte risa, en parte suspiro.

—Te di uno el otro día, y debería haberte pedido disculpas. ¿Quieres otro? —preguntó, con el corazón acelerado, aunque trató de hablar despreocupadamente.

—Ay, sí, muchísimo —dijo ella, asintiendo, con los ojos muy grandes.

En ese instante lo engulló una fuerza y cedió a ella, acercándola rápidamente. Sintió ablandarse los labios de ella bajo los suyos, y ciñó las flexibles curvas de su cintura con las manos. Ella le rodeó el cuello con los brazos, toda buena voluntad y disposición.

Acariciándole el arco de la espalda, casi no podía creer que la tuviera abrazada otra vez. Su boca se amoldaba bellamente a la suya, y su cuerpo se curvaba completando el suyo. El deseo le desató una tormenta dentro, pese a una voz interior que le aconsejaba pensar, detenerse...

«Para.» Se obligó a apartarse.

—Eva...

Pero los labios de ella estaban ávidos debajo de los de él, y sus manos le hacían arder donde le acariciaba el pecho por encima de la camisa de lino y la manta envuelta como falda por el cinturón. Embriagado por un irresistible fuego en la sangre, la besó con urgencia, y nuevamente se obligó a apartarse. Apoyando la frente en la de ella, la sostuvo por la cintura, tratando de recuperar el aliento.

—Eva...

—Shh, calla —susurró ella—. No hables. No pongas fin al sueño.

Le tocó la nariz con la suya, invitándolo a otro beso.

Él se resistió como un salmón avanzando contra la corriente del río.

—¿Qué sueño?

—El mío —susurró ella—. Lachlann... —dijo, como un suave soplo en sus labios—. Pienso... me gustaría saber cómo es el amor. Creo que tal vez nunca lo sepa, a no ser que tú me lo enseñes esta noche.

Si lo hubiera golpeado con la parte plana de una espada no se habría sentido más aturdido. Echándole hacia atrás el pelo le cogió la cara entre las manos.

—Lo sabrás un día, muy pronto —le dijo, aunque le dolió la referencia implícita: su marido.

—Escúchame, oh, escucha.

Esa frase susurrada le era conocida, pero su mente obnubilada no logró entenderla.

—Puede que sea una tontería mía —continuó ella—, pero... esta noche es Beltane, cuando celebramos nuestra vida, nuestra juventud. Amar es lo único que importa en Beltane.

Ella siempre había sido muy osada, y de naturaleza curiosa. No percibía en ella nada de lascivia, sólo sinceridad, y una necesidad que igualaba a la suya.

—Eva, pronto te casarás —le dijo.

La sintió temblar en sus brazos.

—Todavía no estoy comprometida, todavía tomo mis decisiones. —Dobló los dedos, enterrados en su camisa—. Y si fuera libre para elegir a un hombre para comprometerme, te elegiría a ti.

«Dios santo.» El corazón estuvo a punto de explotarle. La abrazó y le acarició la cabeza con los dedos. Se le soltó la trenza y los oscuros y abundantes cabellos le cayeron libres, frescos, exquisitos. La besó, profundizó el beso, su lengua encontró la de ella, buscando, dando. Su placer y entusiasmo lo excitaron más aún.

Ahucando las manos en su cara, casi no podía pensar en otra cosa que en el deseo que hacía vibrar su cuerpo, en la exquisitez de ella. Pero se obligó a apartarse un poco.

—Si no paramos ahora, voy a necesitar tu perdón.

—Te perdonaría cualquier cosa —dijo ella acariciándole los labios con los suyos—. ¿Me encuentras tonta por esto?

—Noo.

¿Era tonto él por considerarla parte de él, en carne, hueso y alma? Ella se puso de puntillas, fundiéndose con él como si estuviera hecha para él solo, sus pechos blandos

sobre su pecho, su disposición deliciosa, inesperada, embriagadora. La atronadora exigencia dentro de su cuerpo lo instaba a dejar de lado la prudencia y entregarse a ese atractivo secreto con ella.

Volvió a besarla, sintiendo un poco de alivio en sus ansias por ella; pero sus ansias iban aumentando, impulsándolo hacia delante. Entonces se le aclararon los pensamientos, como una neblina derretida por el sol. La cogió por los hombros y la apartó firmemente.

—Esto es más que un beso. Muy pronto sabrás qué es el amor, pero no aquí, ni así.

Con la respiración tan agitada como la de él, ella le cogió las muñecas.

—Mejor tú que...

—Amiga mía, así no —dijo él con la voz ronca.

—Lachlann, ¿no quieres comprometerte conmigo?

—Eva —dijo él, con una repentina sospecha—. ¿Usarías esto para evitar el matrimonio que tu padre desea para ti?

—No había pensado en eso —dijo ella, negando con la cabeza.

Él le creyó, pero su cuerpo se calmó y levantó la guardia nuevamente. Retiró las manos de sus hombros.

—¿Y qué haría tu padre? —preguntó con amargura—. Un hijo de herrero tocando a su hija; me perseguiría por asesinato y a ti te encerraría para tenerte a salvo. Vete a casa, Eva.

—No era mi intención hacerte enfadar. Sólo deseaba... esperaba...

—¿Esperabas que fuera un buen amigo? Seré mejor amigo aún y te diré que te vayas a casa. Tus hermanos, tu familia y tu amigo —se golpeó salvajemente el esternón—, no te quieren deshonrada.

—Lo sé —dijo ella, asintiendo tristemente.

—Esto es sólo la tontería de Beltane, Eva. Está en el ambiente. Las muchachas haciendo rodar panecillos para descubrir sus amores, y deseando que las cortejen... No quiero que eso te haga daño.

Ella tragó saliva como si fuera a echarse a llorar.

—Pero...

—Shh —susurró él, poniéndole un dedo en la exquisita boca, todavía caliente por sus besos, y le echó hacia atrás una sedosa guedeja que le había caído en la mejilla—. Escúchame. Claro que te deseo. Soy un hombre y tú eres preciosa. Pero no haremos esto, ¿de acuerdo? —le dijo dulcemente.

—Dime... ¿deseas comprometerte conmigo?

—Por supuesto. ¿Quién podría resistirse a ti? —repuso él con el corazón golpeándole el pecho—. Ahora, vete. Te juro que si vuelvo a tocarte no podré detenerme tan rápido. Y te mereces algo mejor que el hijo adoptivo de un herrero, con lo fina que eres.

Jamás había deseado nada con tanta desesperación como la deseaba a ella en ese momento. Pero se esforzó en resistirse a lo que ella le ofrecía con esa inocencia tan seductora. No la deseaba para un momento de pasión impetuosa. La deseaba entera, totalmente, dos amores iguales brillantes como estrellas gemelas. Si creyera que había una mínima posibilidad, podría marcharse con esperanza en el corazón, y esperaría eternamente.

No deseaba hacerle daño, ni en el corazón ni el cuerpo, con un acto de amor apresurado, ávido, inoportuno. Lo que lo llenaba era algo demasiado potente como para dejarlo salir todo de una vez. Debía domarlo, ahogarlo si era necesario.

Ella lo miró con expresión vulnerable, en cierto modo suplicante.

—¿Puede un beso ser compromiso? —le preguntó—. ¿Una muestra así no es vinculante?

El sonrió triste.

—A veces. Y a veces es la fiebre de Beltane. —Ladeó la cabeza y la miró ceñudo—. Y a veces es algo conveniente para evitar otro compromiso.

—No era eso lo que pretendía —repuso ella altivamente.

—Eva, podemos comprometernos si sigues deseándolo cuando yo vuelva de Francia y si tu padre acepta —dijo él con una calma que no sentía—. Si no estás casada ya.

—Oh —dijo ella—. Oh.

Volvió a bajar la vista y él comprendió que se sentía rechazada. Con un suspiro, la dejó pensar eso, porque era lo mejor para los dos. Pero en su corazón ya estaba comprometido con ella desde hacía mucho tiempo. Tendió la mano y abrió la boca para hablar.

El sonido de un cuerno de carnero rompió el silencio.

—Alguien está en la otra playa llamando a Alpin —dijo él, mirando hacia allá.

Se oyó resonar el nombre de Eva.

—Simón y Donal, debo irme —dijo ella. Se acercó y lo besó en la mejilla—. Mi buen amigo —susurró.

«Amigo», pensó él. Ella no sospechaba nada. Por ahora mantendría su corazón guardado, como debía, y ya vería dónde tenía el corazón ella cuando volviera. Si seguía esperándolo, si de verdad lo deseaba, eso sería la gracia del cielo en su vida.

—Vete, entonces —le dijo.

Ella echó a andar, indicándole que la siguiera. No deseando verla marcharse tan pronto, la siguió.

Cuando volvió a sonar el cuerno, ella se volvió a mirarlo.

—Si nos ven juntos van a pensar...

—Esos dos no —le aseguró él irónico.

Ella titubeó, con el corazón todavía martilleándole.

—Lachlann, siento haberte molestado con mi tontería.

—No te preocupes por eso.

No dijo nada más, aunque ella esperó. El corazón se le cayó al suelo como una piedra. Se dio media vuelta y continuó caminando a toda prisa, sintiendo arder las mejillas de vergüenza, y con unas ansias que no disminuían. Había esperado algo más que amistad de él, pero eso era lo único que él le ofrecía. No lo importunaría pidiéndole más. Atravesó el bosquecillo que separaba las dos playas, sin volver la vista atrás, aunque sabía que él la seguía.

Simón se volvió al verla, mientras Donal colgaba el cuerno en la rama de un árbol. Los dos corrieron saltando hacia ella, con la agilidad de animales, sus piernas largas, las cabezas oscuras y envueltos en faldas de tartán muy parecidas en la oscuridad.

—¡Ahí estás! —dijo Simón, impaciente, pero ella notó la preocupación en su voz—. No estabas donde te dejamos, y vimos la barca de Alpin en el agua.

—Fui a caminar —contestó ella.

—Me alegra que estés con ella, Lachlann —dijo Donal—. Contigo está segura. —Sonrió—. La noche de Beltane las muchachas solteras deben tener cuidado, no sea que tengan que casarse rápido.

—El hombre que desea casarse conmigo no está aquí, ¿verdad? —dijo ella irritada.

No quiso mirar a Lachlann, aunque sintió su mirada fija y seria en ella. Al oír chapotear el agua, miró hacia el lago y apareció una barca, con una linterna colgando de un palo. El círculo de luz dorada se ensanchó al acercarse la barca a la orilla.

—¿Sois vosotros, jóvenes MacArthur? —gritó Alpin.

—Sí —contestó Donal—. Eva y Lachlann están con nosotros.

Se acercaron a la espumosa orilla. Alpin encalló la proa en la arena, sus anchos hombros y el halo blanco de su pelo iluminados por la linterna.

—Arriba —dijo, gesticulando con las manos—. Daos prisa, que soy un hombre viejo.

Ayudó a Eva a subir por un lado y ella se sentó en uno de los bancos transversales. Mientras Simón y Donal subían, Alpin miró a Lachlann.

—A esta hora de la noche no te llevaré a la isla, hijo del herrero.

—Sólo vine a despedirme de los MacArthur, y de ti, Alpin MacDewar.

—Que tengas suerte en Francia, muchacho. Rezaremos por tu seguridad. Ahora vete a casa, es tonto estar fuera en una noche tan oscura.

Sacudiendo la cabeza, se sentó y la barca se meció.

—Adiós a todos —dijo Lachlann—. Eva —añadió en voz baja.

—Buen viaje —musitó ella, mirándolo.

No pudo desviar la vista. La luz de la linterna caía como bronce en sus cabellos negros y sus anchos hombros. La necesidad de volver a estar en sus brazos fue tan fuerte que la sacudió como algo salvaje.

Alpin cogió los remos.

—¿Estuviste con tus hermanos y primos esta noche como se te dijo? —le preguntó a ella—. ¿O anduviste vagando por ahí metiéndote en líos como es tu costumbre?

Ella frunció el ceño ante su mirada severa y afectuosa.

—Eva estaba con Lachlann —contestó Simón—. Estaba segura.

—*Ach*, ¿y eso es seguro en Beltane? —masculló el anciano.

—Alpin—lo regañó Eva.

—Lachlann la quiere como a una hermana —dijo Simón.

—¿Es así?—preguntó Alpin.

—¿De que otro modo si no? —contestó Lachlann.

—Danos un empujón, herrero —dijo Alpin—. No te quedes ahí mirando como un tonto.

Lachlann empujó la proa y la barca flotó hacia atrás. Alpin empezó a remar y se adentraron en la oscuridad y la niebla. A los pocos instantes Eva apenas veía la playa, aunque sí veía la mancha blanca borrosa de la camisa de Lachlann, que continuó donde estaba un largo rato.

El cuerpo aún le vibraba y seguía con la respiración agitada. Unos pocos instantes de pasión se habían convertido en un pequeño hilo de fuego en su corazón.

Los remos continuaron hundiéndose y la barca siguió deslizándose por el agua. En esa oscuridad tan profunda, el mundo se redujo al espacio iluminado por la linterna. Alpin remaba y sus hermanos iban en silencio mientras el agua los mecía llevándolos a casa.

Nuevamente miró por encima del hombro. Esta vez sólo vio oscuridad. Lachlann ya no estaba allí.

Capítulo 3

Colin estaba sentado en el sillón de Iain MacArthur junto al hogar del soleado aposento del castillo de Innisfarna. Sosteniendo un plato de guiso caliente, iba echándose cucharada tras cucharada en la boca.

—Vino —pidió.

Eva volvió a llenar la copa y se la pasó. Esperó mientras él bebía con entusiasmo, pensando a qué podría deberse su visita. A su llegada lo informó de que su padre había partido hacía unas semanas hacia Inverness, con Donal, a una reunión convocada por el rey Jacobo con todos los jefes de las Highlands.

Al parecer Colin ya sabía eso, y sin embargo no decía nada acerca del motivo de su visita a Innisfarna. Lo primero que hizo ella fue ofrecerle comida y vino, por cortesía, y estaba esperando con toda la paciencia de que era capaz.

Lo observó mientras comía. Era blanco y rubicundo, de huesos grandes y tripa abultada, y los cabellos totalmente rubios a pesar de sus cinco décadas. Vestía la ropa que vestían en las Lowlands, túnica hasta la rodilla, medias y botas de cuero, y su capa estaba hecha de tartán de la región, en verde y rojo. Sobre el hombro llevaba prendido un ancho broche de peltre con una gema verde que brillaba como ojo de gato.

Todo el mundo lo llamaba Green Colin, y ella pensó si eso se debería al broche verde que llevaba siempre. Si se hubiera sentido más cómoda en su hosca presencia, podría habérselo preguntado.

Durante meses había permanecido aislada pero sitiada en Innisfarna, resistiéndose tercamente al deseo de su padre de que se casara con Colin. Aunque hasta el momento se las había arreglado para mantenerse libre, sabía que su padre no renunciaría jamás, ni tampoco ella.

Aunque jamás le había revelado a nadie la esperanza de que Lachlann MacKerron volviera y se comprometiera con ella, como había insinuado que podría suceder, mantenía vivo ese maravilloso sueño en su corazón. La llegada de Colin no presagiaba nada bueno para su causa secreta, lo sabía.

La perra terrier que le regalara Colin ladró y le tiró de la orilla del vestido. La cogió en brazos y la acarició.

—Calla, *Grainne*.

—Tal vez ha olido una rata —dijo Colin—. Su raza es buena para cazar roedores, y también siguen a los zorros, se meten en sus madrigueras. Te será útil si no la malcrías y la conviertes en una perra faldera —añadió ceñudo.

—Es muy pequeña todavía —dijo ella. *Grainne* le lamió la mejilla mientras hablaba, y ella se rió y giró la cabeza—. Gracias, nuevamente, por regalármela. Es deliciosa.

—El regalo de la perrita fue idea de mi hijo —masculló él, comiendo.

—Qué amable de su parte —dijo ella mirándolo con nuevo interés—. Nunca antes habéis hablado de un hijo. ¿Es niño todavía?

—Si deseas ser madre, puedo complacerte con hijos mejores que ése —gruñó él. Al ver que ella parpadeaba ante ese desprecio, añadió—: Es demasiado mayor para necesitar madre, y es un niño raro. Lo enviaré a servir de paje, pero carece de la capacidad para ser un caballero.

De inmediato ella sintió compasión de un hijo así criticado por su padre.

—No me cabe duda de que es un niño valioso, y me haría ilusión conocerlo. ¿Cómo se llama?

—Ninian. Su madre murió al parirlo, y fue bueno que no llegara a verlo. Es un zoquete, un idiota.

Sin saber qué contestar, Eva apretó más a la perrita en sus brazos. En ese momento *Grainne* soltó un ladrido amistoso y se abrió la puerta del aposento. Eva levantó la vista y vio entrar a su hermano.

—¡Simón! —exclamó, dejando a *Grainne* sobre las esteras del suelo.

Simón se agachó a darle una amistosa palmadita de saludo a la perrita; cuando se incorporó, se quedó junto a la puerta, y *Grainne* salió corriendo.

La luz le hacía brillar el pelo oscuro trenzado y resaltaba los tonos rojos de su falda de tartán. Con desmadejada gracia, se apoyó en la jamba de la puerta y se cruzó de brazos. Una marcada arruga en el entrecejo estropeaba el agradable equilibrio de sus facciones. Miró a Colin con los ojos entornados.

—Colin Campbell —dijo, alzando el mentón como desafiando a que le dieran un puñetazo—. Mi padre y mi hermano están en Inverness con el rey. Sin duda mi hermana te lo ha dicho.

—Ya lo sabía. He hecho una larga cabalgada hoy, muchacho, y estoy condenadamente hambriento. Vuestro barquero daba la impresión de querer enterrarme el remo a mí en lugar de traerme aquí, y tuve que dejar mi caballo en el establo en tierra firme. Os hace falta un puente y más barcas, y un barquero que sepa bien ocupar el lugar que le corresponde.

—El viejo Alpin nos va muy bien. Y no tenemos ni moneda ni piedras para construir un puente desde tierra firme hasta aquí —repuso Simón.

—Ni el deseo de hacerlo —añadió Eva—. Siempre hemos dejado nuestros caballos en el establo al cuidado del herrero, aunque... nuestro herrero se ha ido a Francia a luchar. —Le ardieron las mejillas al pensar en Lachlann, que ya se había marchado hacía unos meses con los dos hermanos mayores de Margaret—. Ahora vamos allí cada día a ocuparnos de nuestros animales, hasta que regrese.

—¿Que regrese? Vuestro herrero bien podría estar muerto ya —dijo Colin bruscamente—. ¿No habéis tenido ninguna noticia de los franceses? Muchos escoceses han muerto en las batallas, junto con miles de franceses. Su lucha contra los ingleses es un aniquilador fracaso.

—*Ach Dhia* —exclamó Eva, apoyando la palma abierta en su esternón. Miró a Simón, que estaba muy ceñudo—. Eh... no lo sabíamos. No ha llegado ningún mensaje desde que se marcharon.

—Entonces ya podéis imaginaros muerto a vuestro herrero, junto con el resto —dijo Colin—. Me han dicho que los franceses están tan desesperados que han puesto su fe en una muchacha campesina. ¡Ahora es ella la que dirige el ejército real! ¡Podéis imaginaros!

Con el corazón golpeándole en el pecho, Eva apenas escuchó. Nadie había recibido noticias de Lachlann ni de sus primos, pero no podía imaginárselo muerto. No quería; quería imaginárselo fuerte y dispuesto a regresar a ella, cuando fuera. Alzó el mentón.

—¿Una muchacha? ¿Cómo puede ser eso?

—Jehanne la Pucelle, la llaman. Pucelle quiere decir doncella —explicó Colin—. Fue a ver al delfín y le dijo que Dios la enviaba a salvar Francia. —Se echó a reír—. El delfín le dio una armadura y la puso a la cabeza de su ejército. No me extraña que Francia necesite ayuda.

—A mí no me parece raro —dijo Eva—. Nuestra leyenda dice que la princesa guerrera Aife guardaba la Espada de la Luz, y que sus descendientes mujeres tienen la obligación de defender la isla.

—Bueno, nunca tendrás que hacer esa ridiculez. Yo me encargaré de la seguridad de

Innisfarna. —Dejó el plato vacío a un lado—. Simón, ¿por qué no acompañaste a tu padre y hermano?

—Me quedé aquí para proteger a mi hermano de los lobos —contestó Simón, mirándolo fijamente.

—Ah, ¿los lobos nadan? —dijo Colin, riendo de su gracia.

—Algunos cogen barcas.

—Tal vez Colin tenga alguna noticia de la reunión del rey en Inverness —terció Eva, con el fin de disipar la creciente tensión.

—Eso no es una reunión —dijo Simón—, es una trampa. Dicen que el rey Jacobo está celoso del poder de los jefes de las Highlands. He oído que desde su regreso de esos años de cautiverio con los ingleses, desea centrar en torno a él el gobierno de Escocia, como un rey inglés.

—Has oído mal —rebatía Colin, bebiendo tranquilamente de su copa de vino.

—Se rumorea que el rey castigará a quienes no se inclinan ante su juego. Pero nosotros no somos sumisos como los ingleses ni los de las Lowlands. Si el rey les quita sus derechos a nuestros jefes, nos rebelaremos. Yo estaré entre los rebeldes. No olvides informar de esto al rey; he oído decir que te tiene bien en su bolsillo.

—Sirvo a mi rey —gruñó Colin—. Eso es lo que has oído.

—Simón, por favor —dijo Eva, inquieta por la hostilidad de su hermano.

Simón era de naturaleza afable, siempre que no lo alteraran los asuntos de derechos y justicia. Además, detestaba intensamente a Colin, y alegaba con su padre en contra del posible matrimonio de ella con él.

Colin Campbell era de la misma edad de su padre, y poseía el castillo de Strathlan, situado en el otro extremo del lago Fhionn, a más de treinta kilómetros de distancia. Siendo un poderoso señor Campbell y consejero del rey, tenía considerable influencia, y una alianza matrimonial con él favorecería y protegería al clan MacArthur. De todos los motivos de su padre para casarla con él, ese era el punto más difícil de rebatir.

—Tengo noticias —dijo Colin—. La primera es que el rey me ha nombrado embajador en Francia.

—¿Entonces os marcharéis a Francia? —preguntó Eva, sorprendida.

—Cuándo te marchas? —se apresuró a preguntar Simón.

—Pronto. Tenemos una vieja alianza con Francia, y necesitan más tropas y ayuda. El puesto es un honor, por supuesto. Los Campbell hemos sido indispensables para los reyes Estuardo de Escocia desde hace mucho tiempo. —Sonrió a Eva—. Quiero llevarte conmigo, como mi esposa. Tu padre y yo hablamos de la posibilidad hace unas semanas.

—Prefiero quedarme en Innisfarna —dijo Eva, irritada—. No abandonaré mi casa.

—Lógico —masculló Colin—. La mujer debe permanecer junto a su hogar.

Puso la copa para que se la llenaran de vino. Eva la cogió, la llenó y se la pasó. Puso otro poco en otra copa, para beber ella, por puro nerviosismo, y bebió un trago para ocultar su angustia. El clarete francés era dulce y fuerte, y no le gustaba nada. Tampoco le gustaba la idea de vivir en Francia, ni en ninguna otra parte, con Colin.

Pero Lachlann estaba en Francia también. Se apresuró a beber otro trago, pero el ardor del vino no podía borrar los recuerdos de esos besos apasionados, tiernos y secretos en la oscuridad de la luna nueva. Bebió más vino y tuvo que toser.

—Seis mil escoceses han ido allí estos últimos años —estaba diciendo Colin a Simón—. Algunos ganan riquezas y títulos en Francia.

—Si sobreviven —dijo Simón ásperamente.

Eva retuvo el aliento.

—Arriégate y ve allí también. Cambia esa falda de tartán por una cota de buen

acero. Eso haría un hombre de ti.

—Soy un hombre —gruñó Simón—. Un hombre de las Highlands.

—Simón y Donal son hijos de jefe —dijo Eva—, y por lo tanto es necesario que estén aquí en Argyll para ayudar a nuestro padre.

—Hablé de Innisfarna con el rey antes de que se marchara a Inverness. Aprueba la instalación de una guarnición de hombres aquí para asegurar la presencia militar. Llegarán a fines de esta semana.

—¿Una guarnición? —repitió Eva, indignada—. No la queremos.

—No necesitamos más protección aquí —dijo Simón.

—Innisfarna es un lugar estratégico importante, y sin embargo está vigilado por una mujer, con un pariente, unos pocos sirvientes y ninguna tropa. Me consterna que vuestro padre nunca haya puesto una buena guarnición de hombres en este lugar.

—Innisfarna no es una fortaleza militar —rebatía Eva—. Es neutral en cualquier disputa que pueda tener la corona.

—Nuestro padre tiene hombres en sus otras propiedades —añadió Simón.

—Esta isla forma parte de un triángulo de fortalezas que pueden proteger las Highlands. Debe estar fortificada.

—Para vuestros fines —dijo Eva—, no para los nuestros.

—Sólo quiero protegerte en... ausencia de tu padre —dijo él.

Eva notó algo en su expresión que le produjo un escalofrío en la columna.

—No tiene ninguna necesidad de tu protección —dijo Simón, avanzando un paso.

—¡Tú, fuera! —exclamó Colin, haciendo un gesto impaciente—. Me he hartado de oír tus insolencias. Quiero hablar con tu hermana, a solas.

Eva corrió hacia Simón, y casi pisó a *Grainne*, que se escondió bajo sus faldas. La cogió en brazos y la entregó a Simón.

—Llévala fuera —le suplicó.

—No te casarás con ese hombre si puedo evitarlo —siseó Simón—. Por conveniente que sea para el clan. Eva, debo salir hacia Inverness ahora mismo, para avisar a nuestro padre que Colin pretende apoderarse de Innisfarna. —Salió al corredor—. Pero no quiero dejarte sola aquí con él.

—Sé cuidar de mí misma. Por favor, di a nuestro padre y a Donal que les envío mi amor —añadió.

—Cuídate, Eva —dijo él, y se alejó rápidamente con la cachorra en los brazos.

Eva cerró la puerta y atravesó la habitación.

Colin le pasó la copa vacía en silencio. Al ver sus mejillas enrojecidas y el destello de sus ojos, ella dejó la copa en la mesa.

—Este clarete es nuevo y muy fuerte —dijo, tapando la jarra—. Os prepararé un vino con agua y especias. Eso os irá mejor para la digestión.

—Serás una buena esposa. Temía que tuvieras demasiado del temperamento salvaje de tu hermano; os criaron con mucha libertad. Aunque me gusta un poco de temperamento en una mujer —dijo sonriendo.

Eva sintió otro escalofrío. No le gustaba nada estar a solas con Colin que a veces la miraba con un destello lascivo en los ojos. Después del éxtasis de los besos de Lachlann, la sola idea de un beso de Colin le daba asco.

Él se le acercó, tambaleante, y ella comprendió que el vino le había empapado la sangre. Retrocedió.

—Os pido disculpas por la mala educación de Simón —dijo—, pero comparto su inquietud. —El miedo la recorrió toda entera, intenso y tenebroso—. Algo de esa reunión en Inverness me inspira miedo. ¿Podemos enviar un mensaje para que vuelvan a casa mis parientes?

Él frunció el ceño y se le acercó más.

—Eso es imposible ahora. Pensé que podrías estar nerviosa, así que vine a ofrecerte mi consuelo. —Sonrió—. Cuando sea el señor de Innisfarna, podré ofrecerte algo más. Sé que no tienes pelos en la lengua para decir que no te casarás conmigo, pero también sé que eso se debe a tu fiero temperamento. Como le dije una vez a tu padre, sé tener paciencia.

Estiró la mano para darle una palmadita en el brazo. Ella dio un paso atrás.

—Esta isla sólo puede estar en mi posesión, y eso lo sabéis. Mi padre respetó nuestro antiguo acuerdo con los elfos cuando se casó con mi madre. Sin duda os dijo eso.

—¡Elfos! —exclamó Colin con expresión agria—. Las mujeres hadas de Innisfarna han hecho lo que han querido con los hombres. Yo no soy tan débil.

Eva sintió una oleada de furia.

—Si no sois capaz de respetar nuestra leyenda, es un motivo más para que este lugar no os pertenezca nunca.

—Controla tu genio. La pasión en las mujeres sólo está bien en la cama. —Le tocó el brazo y luego la retuvo cerca de él con potente fuerza—. Pardiez, eres una muchacha muy hermosa. Morena, delicada, enérgica. Dicen que hay sangre de hadas en ti. Y eso me gusta —resolló, acercándosele más—. Nuestros hijos tendrán un toque de eso, y serán hermosos jóvenes.

—Suponéis demasiado —dijo ella.

—Y con motivo, como verás —repuso él—. Vine aquí a hablar en Privado contigo, pero pensé que debía tranquilizarte antes de proceder a darte las noticias que traigo.

—¿Qué...? —comenzó a preguntar, pero él se le acercó y le cogió la cara con una mano.

Ella giró la cabeza, pero él logró poner los labios en su boca, atrayéndola hacia él con la otra mano. Su boca era torpe y estaba agria de vino. Trató de zafarse, pero él aumentó la presión del brazo.

—Basta.

—Tranquila —dijo él y volvió a besarla.

—¡Soltadme!

Lo empujó por el pecho, pero a pesar de sus esfuerzos por apartarlo él aumentó la presión del beso y las manos. Entonces ella levantó la rodilla y le golpeó el blando saco que colgaba de su firme entrepierna.

Él lanzó un aullido y la soltó, maldiciendo y cogiéndose las partes golpeadas.

—¡Tu padre me engañó! Dijo que eras obediente y tranquila. Eres una loba, y además frígida. ¡Sólo quería demostrarte mi afecto! ¿Qué creías? ¿Que te iba a violar?

—Me tocasteis por la fuerza —dijo ella, aunque por dentro sintió cierto remordimiento; se veía patético, ya no una amenaza.

—¡Los santos me protejan de las vírgenes ignorantes! —exclamó, enderezándose—. ¡Así es como empieza el amor entre un hombre y una mujer!

«No soy ignorante en el amor», deseó gritarle, pero dijo:

—Esa no es manera de cortejar a una mujer.

—Cortéj a mi primera esposa antes que nacieras —gruñó él—. Mi actual querida no pone objeciones al deporte de la cama. ¿Por qué habrías de ponerlas tú?

—Recurrid a vuestra amante si deseáis juegos de esos.

—Supongo que deseas besos en la mano y poemas —se quejó él.

«Deseo dulce pasión en mi cama», pensó ella. «Manos tiernas sobre mí, y besos profundos en la oscuridad, de un hombre que no está aquí y que tal vez no regrese nunca.» Alzó el mentón.

—Lo único que deseo de vos es la noticia que habéis venido a dar.

—Muy bien. No te ahorraré detalles, puesto que estás resuelta a ser una loba. —Se frotó el vientre, como si le doliera—. La verdad es que... las cosas han ido mal en Inverness.

A ella se le heló la sangre.

—¿Qué queréis decir? Me asegurasteis que...

—Me imaginé que necesitarías seguridad y consuelo. Pero cualquier mujer capaz de enterrarle la rodilla a un hombre en las pelotas es también capaz de recibir una mala noticia.

A ella le dio un vuelco el corazón.

—¿Les ha ocurrido algo a mis parientes?

—El rey ha dado una lección a los jefes de las Highlands que no olvidarán muy pronto. Iain y Donal han sido arrestados y acusados de traición, junto con más de cuarenta jefes.

—¿Qué? —exclamó Eva, atónita—. ¡No han cometido ninguna traición!

Buscó el respaldo tallado del sillón y apretó la sólida madera con dedos temblorosos.

—Los jefes se opusieron a la proposición del rey de una Escocia centralizada, lo que nos uniría y beneficiaría a todos. Muchos de los jefes son imprevisibles e ingobernables, y son un peligro para este plan. El rey tenía que mostrarse fuerte.

—¿Dónde están mi padre y Donal ahora? —preguntó ella, con la respiración agitada.

—Estaban en Inverness, pero Donal está entre los trasladados a Edimburgo. Y veinte jefes, entre ellos tu padre —añadió, con expresión triste—, fueron sentenciados a la pena capital. Ayer recibí una carta en que me informan que muchos de ellos ya no están.

Eva lo miró fijamente, tambaleándose por dentro.

—¿No están?

—Iain está muerto, Eva —dijo él en tono más suave, tratando de tocarla; ella se apartó—. Estaba en el primer grupo de los que ejecutaron hace unos días. Esto acaba de saberse. El rey actuó rápido y en secreto en este asunto.

—¿Por qué esperasteis a que Simón se marchara para decirme esto? —preguntó ella—. Cogió la única barca para ir a tierra firme, y en estos momentos va cabalgando rápido hacia Inverness. ¿Por qué esperasteis?

Le temblaron las piernas y le dolió la cabeza. De pronto se sintió casi incapaz de pensar y respirar.

—Simón es un exaltado, y no hay manera de razonar con él. Decidí decírtelo a ti primero. En Inverness se enterará de que ahora es un proscrito y que su padre está muerto. Cuando regrese, si no lo arrestan, la guarnición ya estará aquí para controlarlo si intenta rebelarse. Supongo que se rebelará.

Hacia un momento ella pensó que se iba a caer de rodillas con la impresión de las noticias, pero en ese instante la invadió una calma extraña y fría, que le aclaró los pensamientos y la mantuvo con los pies firmes en el suelo.

—¿Un proscrito? —preguntó—. ¿Qué queréis decir?

—Hay más noticias —dijo él—. ¿Te sientes fuerte?

Ella asintió, sintiéndose aturdida.

—Decídmelo.

—El clan Arthur ha sido sumariamente desposeído; todas sus tierras y derechos han pasado a poder del rey.

Eva sintió el calor de la sangre que le subió a las orejas; se apoyó en el borde del sillón.

—¿Por qué?

—El rey tiene sus motivos. Eva, estás pálida.

Se giró a servir una copa de vino y se la ofreció. Ella negó con la cabeza.

—Escucha. Si hubiéramos estado casados, yo podría haber ayudado a tu padre. Cometiste un error al rechazar mi proposición, pero no es demasiado tarde para salvar a tus parientes.

—*Ach Dhia* —gimió ella, sintiendo ese reproche como otra puñalada—¿Cómo podría haberlo sabido?

—Tengo cierta influencia en el rey. A tu padre ya no lo puedo ayudar, quisiera Dios que pudiera, pero sí puedo pedir el perdón para Donal y la devolución de sus derechos. Me encuentro entre los pocos que pueden hablarle al oído al rey. Pero si te hago mi promesa, debo tener la tuya a cambio.

—Mi promesa de matrimonio—dijo ella sin expresión.

—Eso, e Innisfarna, sin condición.

Ella lo miró fijamente.

—No puedo hacer eso —susurró.

—Eva —dijo él en tono severo—, tu padre murió debido a tu tozudez. No dejes morir a Donal también.

—Dios mío, ¿cómo podéis decirme eso? —Hizo una inspiración—. Y sabéis que no puedo daros Innisfarna. La leyenda...

—Conozco la leyenda, y no me asusta —dijo él secamente—. Cástate conmigo y dame esta isla, y salvarás a Donal, a Simón y al resto de tus parientes. Ahora están fuera de la ley, y sólo yo puedo ayudarlos.

—Oh, por favor... —sintió subir un sollozo a la garganta y se lo tragó con esfuerzo— dadme tiempo para pensarlo.

—¿Tan insensible eres que te niegas a ayudarlos, sólo para quedarte con este pequeño castillo isleño?

—No es eso... se trata de...

Se interrumpió. No podía decirle que había esperado, deseado, que Lachlann regresara/De pronto, en medio de la tormenta que la rodeaba en ese momento, le pareció que ese era un sueño remoto, imposible, que la esperanza había desaparecido junto con todas las demás cosas. Colin le había dicho que jamás volvería a ver a Lachlann.

—Estás muy afligida. Tal vez he sido demasiado duro contigo. Las mujeres sois criaturas frágiles. Ven aquí.

Le cogió la muñeca y la acercó a él. Le besó la mano, le besó la frente, contactos húmedos y largos que la hicieron encogerse.

—Dejadme en paz —dijo, tratando de apartarse.

Él la atrapó poniéndole las pesadas manos en los hombros.

—Debo marcharme a Francia pronto, pero primero quiero que te comprometas conmigo delante de un sacerdote. Si no aceptas, te aseguro que Donal morirá igual que tu padre. Es una muerte horrible.

—Basta —gimió ella—. Basta, por favor. Dadme tiempo...

—Y me encargaré —continuó él—, de que cojan a Simón como a un lobo y le arranquen la piel. La guarnición que llegará aquí estará bajo mis órdenes, aunque yo esté ausente. Simón no escapará a su destino, ni ninguno de tus parientes proscritos.

—No podéis hacer eso...

—¿Que no puedo? —Le besó suavemente la mejilla—. Ya está, nuestro primer compromiso está hecho. No olvides nuestro acuerdo. Sé mi esposa y dame esta isla para guardarla en tu lugar, y tus parientes estarán cómodos y a salvo como pulgas en la madera.

Ella hizo una inspiración y asintió, sin mirarlo.

—Me casaré con vos, ¡pero jamás tendréis esta isla!

—Eva, puedes salvarlos a todos con este trato. O puedes conseguir que se asen sus

corazones y se sirvan en el plato del rey. Es tu elección.

Le sonrió y ella retrocedió ahogando un sollozo.

—Te advierto que no debes decir nada de nuestro acuerdo a ninguna persona. Nadie fuera de ti y de mí comprende la importancia de esto, ¿eh? —Al ver que ella guardaba silencio, dijo—: Muy bien. Haré venir a un sacerdote para que nos comprometa mañana. Durante mi ausencia, mientras esté en Francia, estarás a salvo aquí, con la guarnición. —Guardó silencio un momento—. Supongo que tienes mujeres para que te atiendan; estás pálida y temblando.

Ella entrelazó las manos y levantó la cabeza.

—No tengo ninguna mujer ni necesito ninguna. Estoy bien. Dejadme sola.

—Hasta luego entonces —dijo él, dirigiéndose a la puerta.

Eva continuó de pie, como una piedra, como si la hubieran vaciado de toda emoción. Lentamente se sentó en el sillón junto al hogar y se quedó mirando el fuego, consciente de que su mundo, sus esperanzas, sus sueños más acariciados, se habían derrumbado para siempre.

Capítulo 4

*Aussyje croy, en bonne foy,
Que les anges Vaccompaignassent*
(Por eso creo, de buena fe,
Que los ángeles la acompañaban)

Martin le Franc, *Champion des dames*, 1440

Perth, Escocia, septiembre de 1431

—Al fin te encuentro, MacKerron.

Lachlann levantó la cabeza. Delante de él estaba Alexander Beatón, envuelto en una capa, en cuyos pliegues se notaba la brisa nocturna, refrescando el viciado aire de la atiborrada taberna.

Disimuló su sorpresa con una mirada despreocupada, que le activó en el campo de visión del ojo izquierdo lesionado esos relámpagos de luz y sombras que no podía ni controlar ni prever.

—Aleck. ¿Acabas de llegar de Francia?

—Sí, y voy de camino a casa. Pero vine a Perth para verte antes de seguir al norte, a Kintail. ¿Cuánto tiempo llevas en Perth? —Lo miró lentamente—. Tienes un aspecto terrible.

—Típico de un médico hablar claro. Siéntate.

Con un gesto le indicó la silla del frente. Aleck se sentó, de espaldas al bullicio de la taberna. Lachlann prefería tener la espalda hacia la Pared. Mientras Aleck se sentaba, continuó:

—He estado aquí buena parte del verano. No te vi después que... que a Jehanne la encarcelaran en Ruán.

Lo dijo apaciblemente, pero sintiendo el peso de sus palabras.

—Estuve en las campañas del norte de Francia más tiempo del que esperaba. Pensé que estarías meses en el hospital de ese monasterio para recuperarte de tus heridas.

—Un escocés sana mejor en Escocia —dijo Lachlann—. El duque de Argyll ordenó que me enviaran a casa junto con otros escoceses, pero primero fui a Ruán.

—¿Viste a Jehanne? ¿Al ángel en persona? Por Dios, espero que tuvieras esa oportunidad.

Lachlann frunció el ceño y miró su copa.

—La tuve. Y te envié un mensaje diciéndote que cogería un barco en Nantes en abril.

—No lo recibí. Francia está tan revuelta que no es extraño que se pierda un mensaje. Pero me alegra encontrarte aquí, y sano.

—Bastante sano —masculló Lachlann, y bebió un trago de su copa.

—Mi barco atracó en Leith hace unos días. Un sargento del castillo del rey aquí en Perth me dijo que podría encontrarte en esta taberna todas las noches. —Miró alrededor—. Pensé que habrías ido a tu casa en Argyll a montar tu espadería. Siempre hablabas de hacerlo.

—No contaba con un ojo lesionado; no es ninguna ventaja para un espadero. Una vez cumplido mi servicio como caballero, decidí quedarme aquí a trabajar en la herrería del castillo, herrar caballos, reparar armas y armaduras, hacer clavos. El trabajo con hierro puedo hacerlo bastante bien. —Se encogió de hombros—. Llama a la muchacha si quieres comer o beber algo. Se llama Meggott. Le gustan las monedas y la cortesía.

Llamó a la muchacha. Aunque la pequeña posada no era la más popular de Perth, Lachlann era cliente asiduo. La taberna era limpia y la tabernera lo bastante honrada. Y Meggott era particularmente generosa con él; solía invitarlo a su habitación después que cerraba la taberna por la noche.

Llegó Meggott a la mesa, meneando sus amplias caderas y cremosos hombros. Lachlann inclinó la cabeza para demostrar su interés. Su cuerpo, que conocía las cálidas curvas de ella, y sus rincones más cálidos aún, la deseaba por costumbre. Había pasado horas en su apasionada y entusiasta compañía, pero mantenía su corazón distante.

Había descubierto que la cerveza nueva difumina la vida de modo agradable, aunque jamás bebía hasta perder el sentido. Tenía embotada la visión de un ojo; un poco de embotamiento en la memoria iba bien para acompañarla.

Aleck pidió cerveza y comida, y Lachlann levantó la copa, con su predilección de herrero por gestos en lugar de palabras. Meggott sonrió coquetamente y les sirvió cerveza a los dos, ladeando el glaseado vientre de la jarra hacia sus enormes pechos. Sus cabellos oscuros le cayeron sobre el hombro y su cuerpo se mecía, poniendo una pregunta a Lachlann, haciéndole una invitación.

Él contestó con un significativo arqueó de la ceja. Esta noche podría buscar olvido otra vez. Sus negros cabellos le rozaron el hombro, y él recordó a otra muchacha de cabellos negros, no coqueta ni regordeta, sino delgada, osada y grácil, sus besos como un dulce fuego.

Sabía por qué iba a la cama de Meggott y se detestaba por ello. Eva estaba siempre en sus sueños, sus ojos como el corazón de una tormenta, sus besos que no podía olvidar. Dios sabía cuánto lo había intentado.

Desde que se enteró de lo ocurrido a Eva y a su familia, se sentía obsesionado, angustiado. A su llegada a Perth se enteró de la traición del rey a los jefes de las Highlands en Inverness hacía tres años. Iain MacArthur estaba muerto, su clan desbandado y sus bienes confiscados. La noticia le sentó como un golpe; atónito había escuchado los informes sobre proscritos ocultos en las montañas que rodeaban el lago Fhionn, dirigidos por Simón MacArthur, rebelados contra la corona.

Estaba seguro de que su madre adoptiva estaba a salvo, porque no tenía ningún lazo de sangre con los MacArthur. Unos meses antes le había enviado un mensaje anunciándole su llegada y diciéndole que se quedaría un tiempo en Perth, haciendo trabajos de herrería para el rey.

En realidad se había quedado ahí porque a sus oídos llegó otro rumor: la hija del fallecido MacArthur se había comprometido en matrimonio con un señor Campbell, un embajador del rey que había estado en Francia. El nombre Colin Campbell le era amargamente conocido, y cuando estaba en Francia se había enterado de su llegada a la corte francesa. Suponía que el matrimonio ya se habría celebrado.

Eso, más que ninguna otra cosa, era lo que lo retenía en Perth. Bebió un rápido trago y dejó la copa con otro golpe. Le giraba la cabeza. «Estupendo», pensó.

—Es potente esto —comentó Aleck después de probar la cerveza.

—Además de lo limpia que está y de la siempre bien dispuesta Meggott, esta buena cerveza es la que me hace volver a esta taberna —dijo con la voz arrastrada.

Meggott llevó a Aleck carne guisada con cebollas en un tajadero. Para el pan. Lachlann movió la copa y ella se la llenó. Era todo rubor y pechos, pero él no la amaba,

no podía. Aunque de buena gana jugaba a juegos eróticos con ella, la relación sexual le resultaba hueca.

La pasión y la emoción se limitaban al latigazo de la cerveza, la exuberante pasión de la muchacha por la noche, el brillo rojo del hierro candente que trabajaba cada día. Emociones pequeñas y superficiales que le permitían olvidar el sufrimiento interior: Eva no lo había esperado, y su corazón se sentía roto.

Aleck lo estaba mirando fijamente. Lachlann comenzó a beber, pero no deseaba hacerlo. No sabía qué deseaba. Hizo a un lado la copa.

—No regresaste de Francia sólo para encontrarme —dijo.

Aleck comió un poco, tardando en contestar.

—Mi servicio como caballero está cumplido, como el tuyo. —Se limpió la boca con la manga—. ¿Cómo es que dejaste la guardia del rey para trabajar en herrería?

Lachlann movió los dedos.

—Mis novedades no son muy importantes. Cuéntame las tuyas.

—¿Cuándo piensas volver a Argyll?

—Es posible que no vuelva. —Pasó los dedos sobre un poco de cerveza derramada sobre la mesa—. Ni volveré a alistarme en el ejército del rey. Estoy cansado de tirar tajos a extranjeros.

—Yo también —dijo Aleck. Apartó el mojado tajadero—. Esa guerra francesa ha sido la más brutal que puede presenciar un hombre.

—Brutal para las mujeres también —dijo Lachlann, con una significativa mirada.

—Dios tenga en paz su alma —musitó Aleck—. Pero encuentro cierta paz en saber que fuimos amigos leales con esa extraordinaria joven. Seguro que tú sientes lo mismo.

—Fue un especial privilegio cabalgar como uno de los guardias escoceses de Jehanne la Doncella. Pero si fuera por mí, seguiría viva para hostilizar a los ingleses, a los goddams, como los llamaba ella.

Rió tristemente al recordar el pendenciero nombre que ella daba al enemigo, y recordando su extraordinario ánimo y entrega a su causa.

—Tenía una fe total en sus voces, hasta el final —comentó Aleck—. Sus santos le prometieron la salvación, pero ella pensó que esta sería... de naturaleza terrenal. —Suspiró pesadamente—. ¿Así que pudiste verla en Ruán?

—Un momento muy breve, durante el juicio. Me permitieron entrar en su celda con otros pocos. Estaba... triste. Medio muerta de hambre, sucia. Y seguía echando fuego por la boca, seguía resuelta, tenaz, entregada a sus voces y a su misión. Hay quienes dicen que su fe flaqueó hacia el final, pero yo no vi nada de eso. Hablamos un instante en privado. —Suspiró y agitó la cabeza. Cansinamente se pasó la mano por la cara—. Jehannette está muerta. Dios santo.

—Yo logré verla unas cuantas veces —dijo Aleck—. Hice entrar a escondidas a un sacerdote en su celda, para que rezara con ella y la oyera en confesión en secreto. —Frunció el ceño—. Ni siquiera le permitían confesarse.

Lachlann asintió.

—Estoy seguro de que lo que hiciste significó muchísimo para ella.

—¿Te marchaste de Francia antes que terminara el juicio? ¿Antes que...?

—Estaba en camino a Nantes cuando me enteré que el juicio había terminado. Regresé, pero llegué a la ciudad... demasiado tarde. —La cerveza no había hecho su trabajo; seguía recordando, y con demasiada claridad. Pensó que se le quebraría la voz—. Ya había acabado todo para ella cuando llegué, varios días después.

—No estábamos destinados a presenciarlo, o Dios nos habría colocado en ese mercado. Estoy seguro de eso. Nada que hubieran podido hacer sus amigos la habría salvado. Lo que ocurrió fue voluntad de Dios. Me produce cierta tranquilidad saber que

por fin ha encontrado la paz y está con sus ángeles.

Lachlann cerró los ojos, y se pasó lentamente los dedos por los párpados. Vio relámpagos de luz en el ojo izquierdo y la cabeza empezó a girarle como una peonza, llena de imágenes y sonidos horribles. No había presenciado su muerte, pero había oído muchos relatos de ese día en Ruán. Demasiados.

—¿Se han curado bien tus heridas? —le preguntó Aleck, observándolo con los ojos entornados, la mirada preocupada.

—Es condenadamente molesto conocer a un caballero escocés que es médico también —rezongó Lachlann—. Hace demasiadas preguntas.

Aleck se echó a reír y levantó la copa para beber, pero Lachlann sabía que estaba esperando una respuesta a su pregunta médica.

—Estoy bastante bien, aunque no veo bien con el ojo izquierdo, como sabes. —Hizo un despreocupado encogimiento de hombros—. Pero claro, algo de eso podría ser efecto de la cerveza nueva.

—Tu visión nunca volverá a ser perfecta, como te dije, y la visión del ojo izquierdo irá disminuyendo, pero la del derecho está muy bien. Sencillamente no hay ningún remedio para un golpe fuerte en la cabeza que daña la vista. Tienes suerte de haber sobrevivido, y de tener tu vista. Pero las lesiones en los ojos pueden sanar extraordinariamente bien. Si quieres que vuelva a examinarte, lo haré. Es posible que haya cierta mejoría.

—Muy poca. ¿Qué noticias tienes? No puedo seguir aquí. La muchacha me espera en su habitación más tarde. Y creo que ya hemos acabado de recordar. No quiero hablar de mis lesiones ni de mis pérdidas. Por eso vengo a sentarme en esta maldita taberna noche tras noche, para no tener que pensar en esas cosas.

—Demonios —gruñó Aleck—. ¿Qué te ha pasado? Uno de los guardias de más confianza de Jehanne, uno de sus mejores espadachines, uno de los mejores hombres que he conocido... bebiendo, putaneando y actuando como si la vida no le importara un rábano. Pero yo sé que ese hombre quiere intensamente.

—Ah, sus guardias de confianza, sí. La protegimos muy bien —dijo Lachlann con voz arrastrada—. La capturaron en Compiégne ante nuestras mismas narices.

—Bajaron el rastrillo demasiado rápido, y no pudimos llegar hasta ella antes que la cogieran los borgoñones. Ninguno de sus guardias podía salvarla. Fue una trampa, y lo sabes. A ti casi te mataron defendiéndola. Pensé que te ibas a morir de las heridas.

—Todos arriesgamos la vida tratando de mantenerla a salvo. ¿Para qué? La juzgaron sin incidentes, la tuvieron presa sin incidentes, la asesinaron sin incidentes. La martirizaron, dicen muchos.

—*En nom de Dieu* —siseó Aleck.

Lachlann recordó que ese era el juramento favorito de Jehanne.

—¿Crees que eres el único que sufre por lo que ocurrió? —le preguntó Aleck.

—No —dijo él, con un largo suspiro. Las palabras de su amigo fueron como un chorro de agua fría—. No. No creo eso. Y sé que no había ninguna otra cosa que pudiéramos hacer. —Hizo girar la copa—. Nada. —¿Entonces por qué estás tan afligido, hombre? Lachlann guardó silencio un momento.

—Es otro asunto —dijo al final—. Algo que supe cuando volví a Escocia.

—¿Noticias de casa? ¿La pérdida de un ser querido quizá? —En cierto modo —contestó Lachlann con cautela—. La pérdida de... del sueño que me mantuvo cuerdo en Francia, el sueño que alimentaba mi esperanza. —Se encogió de hombros—. No importa. Sobreviviré a eso también.

Aleck lo miró ceñudo.

—Bueno, sea lo que sea, tienes un aspecto horrible, peor que cuando estabas herido,

en cierto modo. Cansado, derrotado, malhumorado como un lobo en una jaula. Jamás te había visto beber tanto ni hablar con tanta amargura.

Lachlann levantó la copa y le hizo un saludo.

—Te vas a enfermar. Tienes las mejillas hinchadas, y la cara pálida y sombría. Demonios, Lachlann. La vida de ciudad te sienta mal, y el exceso de ira y melancolía minan la salud del hombre. Tienes una fibra demasiado fuerte para dejarte derrotar por la bebida y la rabia.

Lachlann se rascó el mentón barbudo. No recordaba cuándo fue la última vez que pagó por una afeitada, un baño, un corte de pelo. Esa mañana había visto su imagen reflejada en el agua de la pila de la herrería. Parecía un salvaje, el pelo y la barba negros desgredados, los párpados hinchados. Esa visión en el agua lo sobresaltó. Se había hecho preguntas, tal como lo interrogaba Aleck en ese momento.

Extendió las manos, largas, bien definidas y nervudas, los dedos y las uñas sucios de hierro y tizne, aunque se las había lavado. A veces se sentía como si la negrura se le hubiera metido por la piel en el alma.

—Mi consejo, como tu médico, es que mezcles con agua tu cerveza, evites la carne y el pudín de sebo, y comas verduras y pescado durante unas cuantas semanas. Y duerme más, por el amor de Dios. Pareces... atormentado.

—Lo estoy —gruñó él.

—¿Necesitas tratamiento para el ojo, o para las heridas y puntos del abdomen? Tuviste fiebre durante bastante tiempo y ese tipo de enfermedad y heridas pueden debilitar permanentemente. Puedo encargar paquetes de hierbas a un boticario. Unas pocas añadidas al vino cada noche te servirán para sanar y fortalecerte en ánimo y virilidad, si lo necesitas.

—Estoy bastante sano. Y Meggott puede dar fe de la calidad de mi virilidad. Estoy satisfecho. Déjame en paz.

—Has abandonado la idea de montar la armería propia con que soñabas, a favor de herrar caballos en la herrería de una ciudad, beber solo en tabernas e ir de putas. ¿Eso es estar satisfecho?

Lachlann la clavó una mirada enfadada.

—Dime tu mensaje y deja de darme consejos.

Aleck se inclinó sobre la mesa.

—Vine a preguntarte una cosa. La espada, hombre. La espada de Jehanne. ¿Todavía la tienes?

—¿Creías que la perdería? —gruñó Lachlann—. Ella está muerta, y su espada, la que se decía que era mágica e invencible, está rota. Ella reconoció eso en el juicio, cuando sus jueces le preguntaron qué había hecho con la espada que le diera santa Catalina. ¿Qué importa dónde está ahora?

—Jehanne les dijo que se había roto, pero se negó a decir dónde estaba, o que te la había dado a ti. ¿Sabe alguien más que la tienes?

Lachlann frunció el ceño, pensativo.

—Cuando se le rompió en Lagny, Jehanne me pidió que se la reparara. Le dije que no podía hacerlo, al menos no en el campo sobre una hoguera, como había reparado otras armas. Me pidió que la guardara, que la mantuviera a salvo. Todavía la tengo.

—Sus perseguidores temen el poder de cualquier cosa relacionada con ella. Un hombre podría reunir un ejército de fanáticos entusiasmándolos con esa espada.

Lachlann sintió que algo explotaba dentro de él como una bola de fuego. Dio un puñetazo en la mesa, haciendo bambolear las copas. Aleck no se inmutó.

—Está muerta —masculló—. La quemaron por hereje, aunque sólo era una jovencita valiente y temeraria. Su causa murió con ella. Y yo estoy harto de guerra.

—Lo sé. Yo también.

—Aleck, no sé qué hacer con eso, con ese lastimoso trozo de acero. Ni siquiera puedo repararlo bien, con lo mal que tengo la vista. —Expulsó el aire retenido. Deseó otra bebida, otro tema de conversación. El corazón se le encogió como carbonizado—. Vete. Déjame en paz.

—Debo irme. Se te ha puesto terrible el genio. Pero tenía que saber si todavía tenías la espada. Guárdala, tal como ella quería. Protégela, porque es lo único que queda de ella. Y vete de este lugar. Llévate la espada y escóndela.

Lachlann le dirigió una sombría mirada.

—Gracias por tu preocupación, médico. Yo me encargaré de pagar tu comida. Que tengas suerte en tu viaje.

—¿He de desearte suerte en tu viaje, entonces? Tenía la esperanza de convencerte de volver a Argyll.

—¿A la rebelión y conflictos? —preguntó él secamente—. Supongo que te habrás enterado de la ejecución de los jefes, y de las muertes y proscripción de tantos en las Highlands.

—Lo supe. Dondequiera que voy se habla mucho de eso. Dicen que el rey enviará tropas al lago Fhionn para aplastar la pequeña rebelión que hay ahí. ¿Conoces a los hombres implicados en ataques y escaramuzas cerca de tu casa?

—Sí, si los informes que he oído son correctos —musitó Lachlann. Miró su copa. Seguía vacía—. Dicen que Simón MacArthur, hermano de un joven jefe prisionero, dirige a los hombres en las montañas que dan al lago Fhionn. Los conozco a los dos, y probablemente también conozco a los rebeldes que dirige Simón. Había varios MacArthur con nosotros en Francia, si lo recuerdas, que se embarcaron hacia casa antes que yo.

—Más motivos para tu amargura, entonces —comentó Aleck sagazmente—. Tus amigos enfrentan verdaderas dificultades. Si llevan sus ataques más allá de la localidad, se buscan problemas con la corona.

—El rey se buscó los problemas —espetó Lachlann— al hacer ejecutar a veinte jefes de clanes en Inverness. Yo conocía bien a uno de esos hombres. No se merecía ese destino.

—Los MacArthur no son el único núcleo de rebelión en las Highlands —dijo Aleck— a consecuencia de eso. Dejamos la guerra de Francia para llegar a una guerra de las Highlands, cortesía de nuestro rey. —Lo observó un momento—. Tal vez tú podrías ayudarlos si regresas.

Lachlann dibujó círculos con el poco de cerveza derramada.

—No quiero enredarme en una rebelión. Dicen que la hija de MacArthur se casó con un Campbell. Esa alianza los ayudará mejor que cualquier cosa que pueda hacer yo. Mi regreso no tiene ningún sentido.

—Debes proteger la espada de Jehanne, y debes pensar en tu bienestar. Un lugar remoto es el mejor para ambas cosas. Monta tu propia herrería, como siempre has deseado, y aconseja a tus amigos. Diles que el rey tiene la intención de destruirlos si continúan con esa rebelión.

Lachlann se pasó los dedos por el pelo, pensativo.

—Supongo que podría decirles lo que he oído.

—Podrías hacer algo mejor aún. Podrías ir a ver al rey y ofrecerte a llevar un mensaje a los rebeldes. Conoces a los hombres y la región.

Lachlann entornó los ojos, contemplando la copa vacía. Empezaba a ver atisbos de una finalidad. Ese año había perdido parte de su visión, gran parte de su esperanza y todos sus sueños. Durante mucho tiempo, demasiado, se había sentido aplastado, gris y

frío como el hierro que trabajaba.

Por fin tenía un motivo para volver a casa, a su fragua, al lugar donde se había hecho adulto. Y ahora tenía una doble misión: ocultar y proteger la espada de Jehanne y advertir, aconsejar, tal vez incluso ayudar, a los MacArthur.

Pero tendría que volver a ver a Eva, y se sentiría obligado a llevar a cabo la venganza contra su marido Campbell.

La mala visión le había quitado la capacidad de reparar la espada de Jehanne, y tres horribles años de guerra le habían enfriado el deseo de venganza, en otro tiempo tan ardiente. Pero sus sentimientos por Eva no se habían apagado. Había intentado dejar de amarla, pero no podía hacer eso, como no podía dejar de respirar.

Continuó sentado en silencio, sumido en sus pensamientos, mientras Aleck esperaba. Finalmente Aleck se levantó.

—Bueno, eres un bruto cabezota, así que haz lo que quieras. Te he dicho lo que tenía que decirte y debo marcharme. Mañana al alba sale un barco para Aberdeen y tengo pasaje.

Dejando una moneda en la mesa, echó a andar hacia la puerta.

—Espera —dijo Lachlann.

Aleck se detuvo y se volvió hacia él. En el giro de su capa oscura Lachlann volvió a ver volar chispas de luz.

—Saldré contigo para acompañarte un rato. Yo también regreso a casa. —Puso la copa boca abajo, como para confirmar su resolución, y se levantó—. Mañana temprano solicitaré una audiencia al rey.

Meggott se les acercó, cogió la moneda de Aleck y se la metió en el corpiño. Se acurrucó junto a Lachlann cuando él estiró la mano para coger su capa, pero él la apartó con firmeza.

Ella hizo una mueca.

—¿Adonde vas?

Él le acarició la mejilla, y se esforzó en sonreír.

—A casa. Te deseo suerte.

La besó como un hermano cariñoso. Ella lo miró fijamente y luego asintió.

—Sabía que llegaría este momento. Llevas tu hogar como un fuego en el corazón, y era seguro que regresarías. Suerte, entonces —dijo, alejándose con una sonrisa rígida.

Él la observó un momento, conmovido por la verdad de esas palabras. Su hogar era realmente un fuego en su corazón, y el hogar era Eva, para bien o para mal.

Tenía que volver, pasara lo que pasara.

Salió al frío de la noche.

Capítulo 5

La niebla se arremolinaba sobre el agua del lago, y el silencio del alba era como una bendición. Tiritando de frío, mientras esperaba a Alpin en la playa cercana a la herrería, Eva se rodeó con los brazos, recordando, como solía hacer con demasiada frecuencia, los brazos cálidos y fuertes de Lachlann. Esa lejana noche le parecía un sueño muy acariciado que jamás se haría realidad.

A través de la neblina veía la isla Innisfarna, con su bosquecillo y su imponente castillo en los extremos opuestos. Hacía mucho tiempo que no ponía los pies dentro del castillo, y echaba tanto de menos su hogar que le dolía.

Gracias a la generosa hospitalidad de Mairi MacKerron, vivía en la casa del herrero. Por la noche dormía en la cama de Lachlann, acurrucada sobre el colchón relleno con brezo. Él invadía todos sus sueños, que eran una sucesión de intensos deseos, pasión y ternura.

Aunque había colaborado con la guarnición de hombres que ocuparon el castillo, continuar viviendo en su casa había resultado difícil. En calidad de castellana, se había encargado de supervisar a los sirvientes nuevos y desconocidos en los quehaceres requeridos para atender una casa llena de gente, al mismo tiempo que se esforzaba por superar el disgusto que le producía la situación.

Una noche, a hora bastante avanzada, después que los soldados se cansaron de golpear la puerta de su habitación, suplicando y cachondeándose, y no por primera vez, pese a los sinceros esfuerzos del jefe Por protegerla, puso sus pertenencias en una bolsa, metió a *Grainne* en una cesta, y le pidió a Alpin que la llevara al otro lado del lago, a buscar refugio en casa de Mairi MacKerron.

Ahora sus visitas a la isla eran clandestinas. Con frecuencia se encontraba con Alpin antes del amanecer. Preocupado por su seguridad, él se había ofrecido a enseñarle a defenderse, y unas pocas sesiones de instrucción habían dado paso a clases periódicas de esgrima. Ese último tiempo esperaba con ilusión las sesiones de práctica, aceptando de buena gana las dificultades, y disfrutando de la distracción que estas le proporcionaban del tedio y la frustración.

La mayoría de las mañanas los soldados cruzaban el lago en dos o tres barcas para ocuparse del cuidado de los caballos en el establo y para salir en patrullas en busca de los rebeldes, entre los que estaban su hermano Simón y sus primos. Sólo ella y Alpin sabían dónde se ocultaban los rebeldes en las montañas que rodeaban el lago, y los dos habían jurado guardar el secreto.

Después de oír el chapaleo de los remos en el agua, muy pronto vio aparecer la barca deslizándose por la neblina. Alpin la detuvo en la playa para que ella subiera y al instante continuó remando de vuelta a la isla.

—Hoy vamos a trabajar en los tajos —le dijo—. Mantente agachada hasta que lleguemos al otro extremo de la isla para que no te vean. Obediente, ella se cubrió los cabellos negros trenzados con la manta de tartán. Para las clases solía ponerse una vieja falda de tartán y una camisa, cogidas del arcón donde Mairi guardaba la ropa; le gustaba la libertad, la comodidad y el disfraz que le proporcionaba la ropa masculina.

Dando un rodeo a la isla, Alpin internó la barca en una cueva rodeada por alisos y pinos. Eva bajó de un salto mientras él amarraba la barca. Después los dos se apresuraron a ponerse bajo el amparo de los árboles. Cuando él le pasó la espada de madera para prácticas, cogiendo una para él, ella se puso en guardia y esperó el primer

asalto. Paró el golpe con seguridad, ganándose un elogio mascullado.

La sesión de práctica fue agotadora, como siempre, dejándola jadeante y quitándose el sudor de la frente. Pronto el sol se elevó por encima de la montaña y empezó a disolver la niebla. Sabía que los soldados sadrían del castillo, como era su costumbre. Siguió a Alpin hasta su casita a la orilla del lago, bajo el castillo, para aceptar una copa de cerveza aguada fresca y desayuno.

—Hoy no puedo quedarme mucho rato —le dijo—. Margaret y Angus tienen otro bebé, y les prometí ayudarlos esta semana. —Sonrió—. La pequeña acaba de cumplir dos años y no acepta de muy buena gana a su hermanito recién nacido.

Él asintió.

—Te llevaré al otro lado. Pero primero quiero hablar contigo. Vamos al jardín —dijo él, abriendo la puerta.

Lo acompañó hasta ese lado de la casa, donde crecían rosales en la verde ladera que bajaba hacia el lago. Se introdujo en el exuberante jardín de rosales enredaderas y rosas, aspirando las dulces fragancias.

La rosaleda la había plantado la esposa de Alpin, muerta desde hacía unos años. El aseguraba que no tenía tiempo para quitar los rosales y plantar cebollas y zanahorias, que era lo que debía hacerse, según él; se quejaba de estar demasiado ocupado llevando y trayendo soldados en la barca, y no podía ponerse a aprender a cultivar un jardín de flores.

Sin embargo, había una gran profusión de rosas; ella sospechaba que Alpin las cuidaba. Le encantaba el refugio que ofrecía la rosaleda, con sus graciosas formas, celestial perfume y delicados colores, que se reflejaban en las tranquilas aguas del lago.

—Mira esta —dijo Alpin, acercándole una enorme rosa—. Abrió ayer.

La inmensa y delicada flor, color rosa fuego claro, le llenó la palma.

—Alpin, es preciosa. Jamás había visto una rosa como esta. Y tan avanzada la estación. —Se inclinó a olerla—. ¿Habrá más de estas?

—¿Cómo voy a saberlo? Brotan, las corto y salen más. Son un fastidio.

Pero su expresión era serena cuando miró alrededor. Ella sonrió.

—¿Qué querías decirme?

—Oí decir a los soldados que pronto volverá Green Colin de Francia. Dicen que tiene la intención de solicitar del rey la propiedad absoluta de esta isla. Eva, tenemos que impedirle que se apodere de la isla, aun cuando no podamos impedir que se case contigo.

A ella le dio un vuelco el corazón de miedo, y volvió a aspirar la fragancia de la rosa, como si su dulzura fuera un remedio.

—Estamos comprometidos legalmente, y eso es casi tan vinculante como una boda. Me niego a cederle la isla, y eso le dije a Colin antes que se marchara. Si he de apelar al rey personalmente para retenerla, lo haré. Mi derecho a ella es hereditario y no está relacionado con los MacArthur. Espero que el rey respete una tradición tan antigua.

—No todo el mundo es tan honrado como tú, Eva, y ya sabemos lo poco honrado que puede ser nuestro rey. Esta isla debe continuar en tu posesión, si no, podría haber desastrosas consecuencias para toda Escocia, según la leyenda. Ahora que ya no vives en la isla, tus derechos se han debilitado.

Ella frunció el ceño.

—He hecho lo que considero mejor. El año pasado Colin me escribió una carta diciendo que había solicitado la devolución de los derechos de mi clan y el perdón a mi hermano. Ha cumplido la promesa que me hizo. Es posible incluso que el rey ya haya concedido el perdón. —Trató de sonreír—. Pronto lo sabremos.

—Bah. Green Colin trabaja para sí mismo, no para ti ni para tu clan. Has sabido muy

poco de él en todo este tiempo. Tanto Simón como yo queremos que rompas ese compromiso y dejes que los rebeldes corran sus riesgos. No sacrifiques tu felicidad.

Ella negó con la cabeza. ¡. —Le di mi promesa a cambio de su ayuda. La respetaré.

Nunca había hablado con nadie acerca de la amenaza de Colin de conseguir que mataran a Donal y persiguieran a Simón si no se casaba con él. Aunque consciente de los riesgos que podría haber en su matrimonio, de todos modos deseaba mantener a salvo a su familia. Sin mirar a Alpin, continuó tocando los pétalos de la rosa.

—*Tcha* —dijo él—. Muchacha cabezota. No deseas eso. ¿Dónde está la Eva osada que conocí en otro tiempo, eh? ¿Qué desea ella?

—Deseo lo que sea mejor para mi clan, e Innisfarna. ¿Qué más podría desear?

En otro tiempo deseaba más, pero sus verdaderos deseos ya sólo aparecían en sueños, en los que compartía su hermosa y neblinosa isla con un hombre de cabellos oscuros, que dominaba el fuego y hacía doblegarse a su voluntad el hierro, y cuyos abrazos, tiernos e intensos, la hacían anhelar mucho más que simples sueños. Suspiró.

—Hay algo que puedes hacer —dijo Alpin—. Tu nombre procede de esa valiente y hermosa Aeife, que defendía esta isla hace tanto tiempo. Haz lo que hacía ella. Lucha por Innisfarna. Te he estado preparando para eso —añadió, mirándola con una extraña expresión.

—¿Luchar? Me has enseñado a usar un arma para defenderme, pero no soy un guerrero.

—Escucha. —Apuntó hacia el lago—. La Espada de la Luz yace bajo estas aguas, guardando la puerta al mundo de los elfos. Sólo tú y yo entendemos verdaderamente su importancia. Esta isla no debe dejar jamás de estar guardada por una mujer del linaje de Aeife. Mira lo que ha ocurrido desde que se perturbó la paz de este lugar. Tropas de guarnición, confiscación, proscripción, y la muerte de veinte jefes de clanes, entre ellos tu padre.

—Alpin, eso no ha sido consecuencia de la leyenda.

—¿Ah, no? Las leyendas son misterios potentes. Si Innisfarna es amenazada, la Espada de la Luz no está segura, ni tampoco Escocia. Debes luchar, como lo hacía Aeife. Vi venir esto y por eso te he preparado.

Ella lo miró fijamente.

—¿Por qué no me dijiste esto antes?

—Te habrías negado. Con toda tu osadía, nunca te gustó luchar con los niños, ni te gustaba oír esa parte de la leyenda de tu isla. Pero ahora que tienes las técnicas, encontraremos a la guerrera que hay en ti —le dijo sonriendo.

—Alpin, eso es sólo un cuento. No puedes esperar que yo...

—¿Qué son las leyendas si no verdades puras? Esta nos enseña valentía y rectitud. Hemos de hacerle caso, o perderlo todo.

—No puedo ir contra una guarnición de hombres. No tengo ejército, no tengo armas, ¡ni el menor deseo de luchar!

Alpin le acercó nuevamente la enorme rosa.

—Mira esto. Dime el secreto de la rosa.

Ella lo miró ceñuda, confundida.

—¿El secreto?

—Es hermosa. Cójela. Vamos.

Ella la cogió e hizo un gesto de dolor al sentir el pinchazo de las espinas en el pulgar. La soltó y se chupó la herida, mirándolo.

El asintió.

—La rosa se defiende, y tú harás lo mismo. Eres una muchacha fuerte y ágil, con un corazón intrépido. Haz uso de eso. Tienes muchas capacidades, y bastante pericia ya. Y,

claro —añadió haciendo un guiño—, tienes un excelente instructor.

—Viejo guerrero astuto.

Eso soy, Aeife —dijo él, pronunciando el nombre a la manera antigua: Eh-fah.

Ella lo observó pensativa, recordando las historias que había oído de sus hazañas cuando era guerrero, antes que naciera ella, antes que se convirtiera en el barquero. Había enseñado esgrima a sus hermanos Y a otros muchachos, entre ellos Lachlann, y en ese momento comprendía en todo su alcance su empeño en enseñarla a ella.

—No representaré esta leyenda para ti —dijo con firmeza.

—Después hablaremos de eso —dijo él, sacando dos enormes rosas rosadas de otro rosal. Al parecer las espinas no le molestaban—. Por ahora, ya tienes bastante para pensar. Toma, llévale estas a Mairi MacKerron. Le gustarán, aunque procedan del viejo barquero.

Juntos hicieron el corto camino hacia la barca. Eva se sentó, con las rosas en la mano, mientras él remaba llevándola por el agua brillante por la luz del amanecer. Sus pensamientos se agolparon y chisporrotearon, pero guardó silencio, hasta bajarse al llegar a la blanca playa.

—Continuaremos practicando en el suelo de Innisfarna —le dijo Alpin—. La isla te da fuerza y voluntad. Ven a la playa mañana al alba y te enseñaré a usar la espada larga. Ya es hora de que aprendas a luchar con acero, no con madera.

Ella lo miró en silencio, dudosa de sus sentimientos.

—Muchacha —dijo él—, ahora no sientes el impulso de luchar, pero lo sentirás. Cuando Colin intente arrebatarle la isla, el deseo prenderá en ti como fuego. Te conozco Aeife. No reprimirás tu valor cuando llegue el momento. Harás lo que debes hacer. Y tengo toda la intención de prepararte.

Movió los remos y se adentró en el lago.

Subiendo por la larga pendiente hacia la casa del herrero comprendió que Alpin tenía razón. Debía defender Innisfarna de alguna manera, por lo tanto era conveniente que aprendiera a ser una guerrera como la valiente y orgullosa Aeife. Aunque no poseía la magia feérica ni el corazón de un guerrero, algún día podría tener que cumplir una leyenda.

Debía encontrar la manera de realizarlo.

Capítulo 6

El cielo nocturno resplandecía con la luz de la luna llena, y una fresca y vigorosa brisa le levantaba la capa. A través de los árboles vio la brillante superficie oscura del lago y reconoció el entorno: el lago Fhionn, por fin.

Condujo a su yegua rocín por el bien surcado y conocido sendero. El animal, comprado en Perth, era un caballo capaz para el viaje al oeste hasta Argyll. Después de cabalgar todo el día, estaba agotadísimo, pero contento por estar nuevamente en las montañas, después de meses de vivir en la ciudad.

Había pasado la semana paseándose por el castillo del rey, esperando la audiencia y el mensaje oficial que traería a los MacArthur. Llevando con él la carta y advertido de los posibles peligros por parte de los rebeldes, vestía su coraza de acero, peto y espaldera, y llevaba armas listas para usar, observando vigilante los cerros y los bosques al cabalgar.

Siguiendo la ribera del lago, se dirigió a la pequeña aldea Balnagovan, que se componía de una capilla en la ladera del cerro y unas cuantas granjas. Esas granjas habían estado habitadas por los MacArthur, pero la proscripción del clan habría expulsado y exiliado a muchos, si no a todos. No lo sorprendió ver las casas abandonadas con las ventanas tapadas con tablones y los graneros y corrales vacíos.

A lo lejos divisó la conocida forma de Innisfarna, la isla y el macizo castillo, su oscura silueta dibujada en la oscuridad. Vio parpadear luces en las ventanas y pensó si Eva estaría allí en ese momento, con su Campbell. Le dio un vuelco el corazón al pensarlo.

Pronto llegó a las cercanías de la casa del herrero y la herrería. Su propiedad también se llamaba Balnagovan, que en gaélico quiere decir «aldea del herrero». La herrería propiamente tal, estaba en la cima de la colina, a cierta altura del lago. Al otro lado de un amplio prado estaba la casa. En casa, por fin, pensó, sintiendo un alivio inmenso, y azuzó al caballo.

La casa larga y baja, hecha de piedra sin argamasa y techo de paja, tenía una ventana a cada lado de la maciza puerta de roble. En la parte de atrás sobresalía un corral de piedra y adobes, junto a un retrete y un amplio jardín huerta. Aunque estaba oscuro, se veía salir un humo blanco por la chimenea central. Un perro comenzó a ladrar dentro de la casa.

Solas, pensó, sonriendo. Sin duda su madre adoptiva, Mairi MacKerron, a la que él siempre llamaba Muime, habría despertado por esa alarma, y estaría alerta a la llegada de un desconocido.

Desmontó y amarró a la yegua, que emitió un suave relincho. Otros relinchos le contestaron desde el establo del otro lado del prado. Los caballos guardados allí debían de pertenecer a los moradores de Innisfarna. Entonces, tarde o temprano vería a Eva y a su marido Campbell. La idea le oprimió el vientre.

Los ladridos aumentaron en volumen, acompañados por ladridos más agudos de un perro pequeño. O sea que Mairi había adquirido otro chucho en su ausencia, pensó. Golpeó la puerta y llamó.

Dos perros corrieron frenéticos hacia la puerta; una voz de mujer, apenas audible por el ruido, trató de hacerlos callar.

—Mairi MacKerron —dijo—. ¡He vuelto a casa!

Lo repitió en voz más alta para que ella lo oyera por encima de los ladridos.

—Marchaos —dijo una voz apagada.

—He vuelto a casa —dijo—. Déjame entrar.

Cogió el pomo de hierro y empujó, esperando que la puerta se abriera.

No se abrió. Tiró y volvió a empujar. El hierro debía estar oxidado, por falta de un herrero que lo aceitara. A la luz de la luna vio roblones nuevos, que indicaban nuevos cerrojos por dentro de la puerta; la puerta estaba con cerrojo y tranca, aunque nunca había sido así antes.

—Marchaos —repitió la mujer.

—¿Quién es? —preguntó extrañado y volvió a golpear.

Oyó un fuerte golpe y un crujido, como si un perro hubiera saltado contra la puerta. Angustiados aullidos ahogaron su voz.

—¡Mujer, abre la puerta! —gritó, para hacerse oír.

—¡Marchaos! ¡*Solas*, baja de ahí! ¡*Grainne*, tú también! Dejadnos en paz, señor, los perros están enfadados. Tengo una espada, y sé cómo se usa.

—¡Una espada! ¡Jesús! —masculló él—. ¡Vivo aquí! —gritó, poniendo la boca en una juntura de las planchas de roble—. ¡Abre la puerta! ¡Soy Lachlann!

A eso siguió un silencio, como si la mujer y los perros se hubieran quedado aturdidos.

—¿Lachlann MacKerron? —oyó claramente.

Era la voz de una mujer joven, dulce como la miel, conocida, maravillosamente conocida. Le golpeó el corazón en el pecho, y apoyó la frente en la puerta, agradecido y aterrado a la vez.

—¿Eva? —preguntó—. ¿Eva MacArthur?

Eva apoyó las palmas en la puerta, con el corazón acelerado.

—¡Lachlann!

—Eva, déjame entrar.

El timbre profundo de su voz, que no oía hacía más de tres años, le produjo una oleada de emoción por toda la columna.

Solas saltó a la puerta. *Grainne* también saltó, ladrando frenética, apoyada en las patas traseras. Eva la hizo a un lado y empezó a mover los pestillos de los cerrojos.

—¡*Ach Dhia*, *Solas*, tú lo sabías! Sabías que era Lachlann el que estaba en la puerta, mientras yo pensaba que era otro soldado de Innisfarna, que venía borracho a medianoche.

Sacó la tranca de madera de las barras de hierro que la sujetaban y tiró del otro seguro, un pestillo de hierro con cadena. El ojo del pestillo entraba en una grapa de hierro que estaba cerrada. Tiró, pero no logró soltarla.

Lachlann volvió a golpear.

—¡Eva!

—El pestillo está atascado —dijo ella, tirando en vano—. A veces pasa esto.

Solas emitió un lastimero aullido, y *Grainne* la imitó.

—Vamos, *Grainne*, cállate. Y tú también, *Solas* —dijo ella, molesta por el problema con el pestillo.

Tirando de la argolla central, por fin abrió la puerta lo más que pudo, y se asomó.

La luz de la luna formaba un nimbo alrededor de la cabeza y hombros de Lachlann, y brillaba en las hombreras de su pulida coraza de acero, dejando su cara en la sombra. Se veía más alto y corpulento de lo que ella recordaba. Lo miró boquiabierto.

—La barra debe de estar oxidada —dijo él—. ¿De dónde salieron estos cerrojos? Ni Finlay ni yo los hemos puesto nunca.

—El herrero de Glen Brae los instaló. —Volvió a tirar para liberar el apretado pestillo, pero no lo consiguió. Lachlann estaba demasiado cerca y eso le impedía pensar—. ¿Cómo es que estás aquí?

—Vivo aquí —repuso él—. ¿Por qué estás tú aquí? ¿Y dónde está Mairi? —Vio la nariz de *Solas* por la rendija y metió la mano para darle una palmada en la cabeza—. Hola, *Solas*, tontita. A mí también me alegra volver a verte.

—¡Esto no se abre! —exclamó Eva, frustrada.

—Déjame a mí.

Lachlann deslizó la mano hacia arriba hasta encontrar el pestillo de hierro. Sus dedos tocaron los de ella, una impresión deliciosa, y los dobló, fuertes y rápidos, sobre el pestillo. Eva empujó y la puerta se abrió. El inclinó la cabeza para pasar bajo el dintel.

Al brillo color rubí del fuego de turba, él apareció junto a ella como un rey de los elfos, todo brillo y sombras, vibrante, seductor, imponente. Pasmada por su llegada, estaba más asombrada aún por su belleza sólida, indómita, enigmática, que le parecía más intensa que la que recordaba. Irradiaba una masculinidad efervescente que sus sueños y recuerdos no podían igualar.

Haciendo acopio de sentido común, fue a coger una vela de un estante y la encendió en las brasas. Protegiendo con la mano la llama dorada, se giró. El continuaba allí, o sea que no era un sueño.

Solas saltó hacia él y él le acarició afectuosamente el lomo, riendo. Después le cogió la cabeza y le habló en voz baja. Mientras tanto *Grainne* lo observaba, con la cabeza ladeada y moviendo la cola.

Eva sonrió.

—*Solas* te recuerda bien.

—Sí —dijo él y la miró—. ¿Y tú?

A ella no le salió la voz. Se encogió de hombros.

—Sí —musitó al fin—. Bienvenido a casa.

Lo dijo calmadamente, como si no tuviera desbocado el corazón, como si no le temblaran las piernas ni las manos. « El se inclinó a acariciar a la terrier.

—Veo que Mairi se buscó otra perra. ¿Quién es ésta?

—Es mía. La llamo *Grainne*.

—*Cráineag* más bien—dijo él, irónico.

—¡No se parece a un erizo! —exclamó ella, indignada.

—Pequeña, redonda y gris amarronada, con el pelaje en punta como púas, pues sí se parece. Hola, pequeña *cráineag*.

Grainne le lamió la mano pródigamente.

—*Grainne* —corrigió ella, pronunciando bien el nombre: *Graniia*—. Colin me la regaló.

Se desvaneció la sonrisa de Lachlann. Miró alrededor, observando la casa; fue hasta el hogar y asomó la cabeza en la diminuta habitación de detrás de la pared de piedra del hogar, que servía de dormitorio a Mairi, como esposa y viuda. *Solas* y *Grainne* trotaron tras él.

—¿Dónde está Mairi? —preguntó, caminando hacia el otro extremo de la casa.

La pared del otro extremo contenía su cama, metida en un entrante de la ancha pared de piedra. La cortina estaba abierta, dejando a la vista la ropa de cama, echada atrás por un lado.

—¿Estabas durmiendo aquí?

—Sí —contestó ella. Se cruzó de brazos, consciente de que estaba descalza y sólo llevaba un delgado camisón de lino; los cabellos, largos y sueltos, le caían sobre los pechos—. Mairi está en Glen Brae, con su sobrina Katrine y su familia.

—Esperaba encontrar a su hermana viviendo aquí —dijo él.

Clavó en ella una mirada triste. De pronto ella lo notó sombrío y cansado, con barba de uno o dos días, su pelo revuelto y los párpados caídos. Pero sus ojos tenían ese vibrante brillo azul que ella recordaba tan bien.

—Su hermana estuvo aquí varios meses —le dijo—. Hace poco, Mairi se fue a Glen Brae a ayudar a su sobrina, que tenía un embarazo difícil. Se quedará allá un tiempo, porque su sobrina tuvo una hija y ya tiene tres niños pequeños. Lachlann, siéntate, por favor. Déjame que te sirva algo de comer.

El frunció el ceño.

—Iré a Glen Brae. ¿Recibió Muime el mensaje que le envié?

—No hemos recibido nada. Mairi tuvo que viajar al norte a ver a su otra sobrina, cuyos hijos tenían tos. Alpin sabrá cuando vuelva a Glen Brae, porque suele ir con frecuencia a ese lado del lago.

El la miró pensativo.

—¿Por qué estás aquí esta noche? ¿Alpin se negó a llevarte en barca a la isla?

—Me lleva siempre que quiero. Ahora vivo aquí.

—No lo entiendo —dijo él, pasándose la mano por el pelo.

—Las explicaciones pueden esperar hasta que hayas comido y descansado.

—Primero debo ocuparme de mi caballo —dijo, girándose hacia la puerta.

—Déjame llevarte al establo...

—Sé el camino hacia mi establo —replicó él bruscamente. La miró de arriba abajo— Además, no estás vestida y el aire está frío esta noche.

Ella se ruborizó.

—Gírate, entonces.

Él se dirigió a la puerta y se puso a examinar los cerrojos, dándole la espalda. Ella fue hasta la cama con cortinas y sacó su vestido de sarga marrón que estaba colgado de un gancho en la pared. Se lo puso encima del camisón dejando sin amarrar los lazos de los costados y se volvió hacia él.

Él estaba manipulando los cerrojos, con sus manos fuertes y seguras. La última vez que se vieron había habido apasionados besos entre ellos, y ella le había hecho una osada proposición que él rechazó sensatamente. Desde entonces, sus sueños con él le habían producido anhelos y placer. Con las mejillas ardiendo, pensó qué recordaría él de ella, si es que recordaba algo.

—Oxidado y mal hecho —declaró él, moviendo el pestillo—. Cerrojos, trancas, rejas de hierro en las ventanas... —Hizo un gesto hacia las contraventanas—. Esta casa parece una fortaleza.

—La vida ya no es tan pacífica en Balnagovan como antes.

Él continuó ceñudo.

—He sabido que los MacArthur se han rebelado.

—No son los MacArthur los que me molestan.

—¿Se esconden aquí tus parientes, y se defienden desde aquí? ¿Es ese el motivo de los cerrojos y trancas? ¿Dónde están Simón y los otros?

—No puedo contestar a esa pregunta —dijo ella, recelosa al instante.

—¿Por qué no? He sido amigo de ellos toda mi vida.

—Pero has vuelto como caballero de armadura, sin duda con armas. Eso habla de la intención de un hombre del rey de encontrar a los proscritos, no de un herrero que vuelve a su casa a trabajar. Mis parientes y yo hemos aprendido a tener cautela en los años que has estado ausente.

Él entornó los ojos.

—Eso veo —dijo.

Consciente de que sus palabras seguían flotando en el aire, ella suspiró.

—Perdona, te mereces un recibimiento mejor.

—*Ach*, un buen recibimiento —dijo él con voz arrastrada, traviesa—. Un hogar encendido, una casa acogedora y una mujer hermosa con una lengua testaruda. Algunos hombres podrían contentarse con eso.

—Pero tú no —replicó ella secamente.

Él sonrió, travieso, y como disculpándose.

—Qué agradable es volver a hablar gaélico, después de años de francés e inglés. Te veo muy bien, Eva. —Paseó la mirada por su cuerpo como si la viera toda entera, vestida y desnuda, hasta el alma y sus pecados—. Más... femenina.

Arqueó una ceja y ella sintió subir el rubor a sus mejillas.

—Tú te ves mayor. Cansado —se atrevió a decir.

—He cabalgado un largo camino desde esta mañana.

—No me refería a eso —repuso ella. Ladeó la cabeza—. Estás más maduro, y más fuerte. Hay... no sé, una especie de abatimiento del alma en ti.

No dijo el resto de lo que pensaba, que se veía poderoso pero sombrío, como si una nebrura del alma lo ensombreciera y lo hiciera hervir por dentro. Una cicatriz que no estaba antes le cruzaba la mandíbula oscurecida por la barba, y tenía ojeras y unas finas arruguitas alrededor de los ojos. La claridad azul cielo de sus ojos se había hecho dura y penetrante.

Deseó preguntarle qué lo preocupaba, y cómo lo habían cambiado tanto esos tres largos años. Deseó saber qué lo había llevado ahí a medianoche. Pero guardó silencio.

Y comprendió que él no le habría contestado esas preguntas, porque la expresión de sus ojos velaba sus pensamientos y su pasado.

Capítulo 7

Cuando Lachlann abrió la puerta y esperó para que pasara, ella cogió su chal de tartán y se fue con él. *Solas* salió saltando y desapareció como un fantasma; *Grainne*, en cambio, se quedó en la casa.

Lachlann llevó a la yegua por el prado hacia el establo, Eva caminando junto a él.

—¿Cómo es que has llegado a casa tan de repente por la noche? ¿Te encuentras bien? Tienes cicatrices en la cara; te hirieron en la guerra.

—Estoy bien, Eva —dijo él.

—¿Eres un caballero ahora?

—Sí.

—¿Cuándo te viniste de Francia?

—Hace unos meses.

Pese a su laconismo en las respuestas ella continuó haciendo preguntas. Estaba hablando mucho, pero no podía evitarlo. Todavía sorprendida por su llegada, de pronto ansiaba saber si existía aún su antigua amistad, si era posible recuperarla.

—¿Caballero y terrateniente? ¿Llevas mucho tiempo en Escocia?

—Jo —dijo él medio riendo. Pero no la miró—. Nunca fui tan rápido para contestar tus preguntas como tú para hacerlas. Estoy bastante bien, volví vivo. Soy caballero, pero no terrateniente, no todavía. Francia fue... difícil. Volví a Escocia el verano pasado y me quedé en Perth.

—Mis primos Parlan y William volvieron el invierno pasado, y me contaron lo que pasó durante su estancia en Francia. Dijeron que la guerra fue difícil para todos, franceses, escoceses, ingleses.

—Lo fue. ¿Por qué estás aquí y no en Innisfarna? ¿Y dónde está...? —la miró—. ¿Dónde está tu marido?

Ella se detuvo. Ya estaban en el patio del establo.

—No puedo vivir en Innisfarna en estos momentos. Y Colin no es mi marido, todavía. Estamos... estamos comprometidos. El también ha estado en Francia.

—Ah —dijo él, desviando la vista—. ¿Cuándo es la boda?

Ella titubeó, deseando no tener que contestar, pero él la miró nuevamente.

—Cuando vuelva a Argyll.

—Ah —repitió él, asintiendo.

—Colin está de embajador en Francia. ¿Lo viste allí? Mis primos dijeron que eras un guardia en la corte francesa.

—Nunca lo vi, pero hay miles de escoceses en Francia actualmente. Sólo estuve un tiempo corto en la corte. Después de eso, cabalgué con... con una compañía especial. Si no estás tú en Innisfarna, ¿quiénes están? —preguntó, cambiando bruscamente el tema—. Hay caballos en el establo. ¿De quiénes son?

—El rey instaló una guarnición de hombres ahí, y yo me niego a vivir en el castillo, una mujer entre tantos hombres. Los soldados llegaron aquí justo después que mi padre... —Se le quebró la voz.

—Lo supe —dijo él en tono más dulce—. Lo siento, Eva.

Ella hizo una inspiración temblorosa.

—Hay alimento y agua almacenados en el establo. Trae a tu caballo por aquí.

El hizo entrar a la yegua y ella entró detrás. Mientras él buscaba un corral desocupado, ella fue hasta el otro lado del pasillo y cogió uno de los grandes cubos de

agua colocados ahí. Lachlann se le acercó.

—Déjame llevar eso —dijo—. Es pesado para ti.

—No es ningún problema —dijo ella, pero lo dejó coger el cubo—. Estoy acostumbrada al trabajo pesado. Desde que vivo aquí no sólo acarreo agua, sino que me ocupo de la huerta y de los animales, cocino, hago cestas y esteras, e incluso corto turba.

El llevó el cubo hasta el corral y lo vació en un abrevadero para que bebiera el caballo.

—Esperaba encontrarte como la mimada esposa de un hombre rico, no haciendo el trabajo de una esposa de campesino.

—¿Mimada? —exclamó ella, irritada—. ¡Como si no me conocieras bien!

—¿Sí? —susurró él, mirándola a los ojos, y sosteniendo la mirada.

Después se giró a quitarle la silla al caballo.

A ella le ardieron las mejillas nuevamente.

—Volveré a la casa a prepararte algo de comer —dijo en tono orgulloso—. Mañana buscaré otro lugar para alojarme.

Él dejó la silla en el suelo.

—¿Por qué habrías de hacer eso?

—No podemos vivir juntos aquí.

—No te voy a echar. Es tu casa, después de todo. —Empezó a cepillarle el lomo al caballo—. Yo dormiré en la herrería, después que la limpie mañana. Y es posible que no me quede mucho tiempo en Balnagovan.

La desilusión le atenazó el corazón. Deseosa de saber más sobre sus planes, esperó, pero él continuó atendiendo al caballo en silencio. Observó su brillante armadura, los finos arneses de cuero del caballo, la silla de madera tallada y acolchada, la espada envainada y las otras armas.

—Este es un equipo fino para un hombre de las Highlands —comentó—. Mis primos me dijeron que te fue bien en Francia. Me contaron que acompañabas a la Doncella que intentó salvar el país. Supimos de ella incluso aquí —añadió, dejando ver su curiosidad, con la esperanza de enterarse de más.

—Fui uno de sus guardias escoceses. Eramos siete los designados para guardarle la espalda.

—¿Ganaste galardones y recompensas por tus trabajos allí?

El se limitó a mirarla un instante. Sin decir nada se inclinó a levantar una de las patas de la yegua para mirarle el casco. La examinó con manos conocedoras, hablándole en voz baja al animal. Eva lo observó, con los pensamientos revueltos, pero una pregunta la quemaba por dentro.

—¿Tienes esposa? —le preguntó, con el corazón acelerado.

—No —contestó él, pero no la miró.

Esa reserva la llenó de frustración.

—¿Por qué has llegado tan de repente y con tanto sigilo, armado como un hombre del rey?

El se incorporó.

—Siempre fuiste una niña curiosa y de lengua ágil para hablar. Veo que eso no ha cambiado mucho.

—No mucho —replicó ella, malhumorada—. Y tú siempre fuiste dado a los secretos. Veo que eso tampoco ha cambiado.

—No hay ningún secreto que valga la pena escarbar. Simplemente me vine a casa.

—Creo que pretendes hacer algo más que trabajar en la fragua —dijo ella, y se cruzó de brazos, expectante.

—Tengo una carta para Simón —dijo él, cubriendo con una manta el lomo del

caballo—. Del rey en persona.

Ella ahogó una exclamación.

—¿Has venido a arrestarlo? No te será fácil encontrarlo.

—Soy un mensajero. Sólo eso. —Levantó la vista—. Eva, es tarde. Mañana puedes decirme dónde puedo encontrar a tu hermano. Por ahora lo único que deseo es una cama. Sólo por esta noche, querría dormir en la casa.

A ella volvió a golpearle el corazón, pero lo miró con la mayor tranquilidad.

—La cama de Mairi te irá bien.

—Por supuesto. ¿Creíste que quería decir contigo?

Ella tragó saliva. El anhelo, la soledad, la desilusión la inundaron. No era el hombre tierno, amante, que acosaba sus sueños; era un hombre frío, brusco, reservado, casi un desconocido. No tenía ningún motivo para esperar otra cosa, después de tanto tiempo.

Se giró y salió corriendo del establo.

A su vuelta a la casa, Lachlann acarició a las perras, que lo recibieron entusiastas y jadeantes, y miró a Eva, que estaba removiendo la olla sobre el fuego del hogar. Tenía las mejillas brillantes. ¿Sería por el fuego, o tal vez su llegada le había hecho tambalear su mundo? Tal vez era sólo que su mundo estaba algo ladeado, pensó.

Empezó a quitarse la coraza; deshebilló las correas de cuero de la cintura y continuó con las de un hombro. Eva se le acercó.

—Déjame ayudarte.

Aceptando sin decir palabra, se agachó. Sintió el roce de su mano en el cuello y su aliento en la mejilla. Cuando estuvieron separados el peto de la espaldera, las dejó a un lado y desató los lazos de su chaqueta acolchada unida a mangas y pechera de malla. Eva cogió el pesado ropaje y lo colocó sobre una banqueta.

Lachlann quedó con el torso desnudo, pantalones ceñidos de tartán oscuro y las desgastadas botas con que había dado todos sus pasos por Francia y vuelto a casa. Sintió la suave mirada de Eva deslizarse por su pecho y abdomen, oscurecido por denso vello negro, por sus hombros y costados, con arrugas de cicatrices.

—Lachlann —susurró, compasiva.

Pasó el dedo por la larga cicatriz rosada que le estropeaba el costado derecho por encima del cordón de los pantalones. El recuerdo de esa herida, recibida cuando capturaron a Jehanne en Compiègne, estaba más en carne viva que la herida ya cicatrizada. Los dedos de ella le transmitieron compasión, y le dio un vuelco el corazón.

—Esta fue una herida grave —dijo ella.

—No fue nada. Ya está cicatrizada.

Ella le pasó una camisa y una manta de tartán para falda, que él reconoció como propias. No se había vestido con las ropas de las Highlands desde que se marchara a Francia. Se pasó la camisa por la cabeza y Eva se la acomodó en los hombros.

—Eres un buen paje —comentó—. La camisa bastará por ahora. Mañana me pondré la falda.

Fue a la mesa y se sentó. Eva le puso un humeante plato de gachas de avena y sirvió cerveza en una copa de madera. Qué extraño e irónico, pensó, que fuera Eva y no su madre adoptiva la que le llenara la conocida y vieja copa.

Probó las gachas de avena.

—Excelentes. Calientes, saladas y dulces, y bien espesas. Has aprendido a cocinar —le dijo sonriendo.

—Siempre he sabido —repuso ella fríamente—. Simplemente tú no lo sabías.

—Era broma. Qué agradable volver a comer comida de mi tierra. En Francia era

imposible, e incluso en Perth, no son tan buenas como en las Highlands. Te agradezco la comida y te pido disculpas por haberte sacado de la cama en la oscuridad de la noche.

A ella se le encendieron las mejillas, con un brillo rosa. Había hablado en un tono demasiado íntimo, pensó. Quería mantenerse reservado y distante, pero hablar con ella le resultaba natural, y tan satisfactorio como el agua para la sed. La conocía casi de toda la vida; la había visto dar sus primeros pasos, mientras él y sus hermanos la animaban, y lo alegraba inmensamente volver a verla.

Y en ese momento comprendía con toda certeza que jamás había dejado de amarla, aunque lo había intentado. Con el ceño ligeramente fruncido, se centró en su comida, pero continuó mirándola de tanto en tanto mientras ella se afanaba en algunos quehaceres junto al hogar.

Siempre había sido encantadora: caprichosa, grácil, airosa, pero fuerte y cabezota también. El tiempo la había convertido en una beldad, aunque la notaba más sombría. Su boca y su pequeña nariz seguían siendo traviesas; sus labios, más sensuales. El firme contorno de su mandíbula hacía juego con sus cejas estrechas y oscuras sobre esos atractivos ojos verde gris. Seductora pero inocente, pensó; una cara que hacía desear a un hombre volver a mirarla, recordarla, seguir mirándola.

Ella le dirigió una sonrisa, rápida y tímida. Él desvió la mirada.

Pasado un momento, probó la cerveza, con cautela; no quería arriesgarse a una borrachera. Pero era del tipo que había bebido toda su vida, que jamás lo emborrachaba.

—Buena cerveza —dijo, aprobador—. Suave y un poco dulce. ¿La has hecho tú?

—Sí. Mairi me enseñó. —Fue a sentarse frente a él—. ¿Demasiado dulce para tu gusto?

—Está muy buena. La cerveza francesa es fuerte y amarga, y la de Perth es tan fuerte que una copa llena puede destrozar el estómago, y hace girar la cabeza. Nada tan delicado como esto.

—Es el brezo. Mairi me enseñó a recoger las mejores flores para añadirlas a la malta de cebada, con un poco de miel.

Él asintió, terminó de comer las gachas y paseó la mirada por la casa. A las paredes de piedra les hacía falta una buena capa de cal, y el suelo de tierra estaba cubierto por esteras de junco recién hechas. El techo de paja olía a limpio y a hierbas, como si lo hubieran renovado hacía poco. De las vigas de madera oscurecida por el humo colgaban utensilios de cocina y cestas de almacenaje; muchas de las cestas parecían nuevas también.

En un extremo de la habitación, el hogar de piedra, que servía de división y siempre había sido el orgullo de su madre adoptiva, estaba impecable. Las brillantes brasas de turba desprendían un dulzón olor a moho, y el humo salía eficientemente por una chimenea de buen tiro. Entre Finlay y él habían construido el hogar hacía unos años, para reemplazar el primero, que era un círculo de piedras.

Paseó la vista por los conocidos muebles y volvió a mirar la pequeña y abrigada cama de la otra pared, cubierta por una manta de piel. En su mente apareció la imagen de Eva durmiendo ahí. Desvió la vista.

—Llevas bien la casa —dijo—. Está tal como la recuerdo.

Ella se encogió de hombros.

—Es mejor estar ocupada que sentirse sola.

—¿Sola? —preguntó él, entornando los ojos.

—Esto está muy silencioso ahora. Me ocupo de la casa y de los animales, y veo a Alpin con frecuencia, aunque ya no voy al castillo. A veces veo a Simón, o a Mairi o al cura; el padre Alasdair está en la capilla sólo uno o dos días al mes; sirve a cuatro parroquias, puesto

que las nuestras son tan pequeñas. También veo a Margaret, aunque sus hijos la tienen muy ocupada. Siempre había mucho que hacer aquí... antes que cambiaran tantas cosas.

—La vida cambia, Eva. Hemos cambiado. Cuéntame de Margaret. ¿Está casada?

—Se casó con Angus Lamont, el carpintero. Tienen dos hijos pequeños.

—Me alegro por ellos —dijo él sonriendo.

—Los verás muy pronto, seguro. Viven no muy lejos de aquí. Por lo demás, queda poca gente en este valle. Muchos MacArthur se instalaron aquí cuando mi padre se casó con mi madre, pero se han marchado, gracias al rey —terminó con un hilo de voz.

El sintió un tirón, como si hubiera un fuerte hilo entre ellos, y deseó consolarla. Pero ella se levantó y volvió al hogar.

—Supe lo que ocurrió, y lo siento, Eva. Iain MacArthur no se merecía eso.

Ella asintió.

—Al principio me sentí triste y furiosa. Ahora creo que estoy resignada.

De perfil vio que ella tenía los ojos brillantes de lágrimas, pero mantenía tenazmente firme el mentón. Se le acercó.

—Yo perdí a Finlay poco antes de marcharme —le dijo dulcemente—. La aflicción tiene un filo que se vuelve romo con el tiempo.

—La muerte de mi padre fue injusta, y mis parientes también han sufrido. El filo de mi aflicción es muy agudo.

—Eva, siento no haber estado aquí, contigo, con todos vosotros.

Ella hizo una inspiración entrecortada.

—Donal sigue prisionero. Nuestra única esperanza es que Colin consiga su liberación y el perdón para el clan. Me prometió que lo intentaría.

Esa esperanza de ella de que su novio la ayudara le sentó como un chorro de agua helada. Se dijo que Eva no lo necesitaba a él, ni él la necesitaba a ella.

—Estoy seguro de que todo se resolverá solo con el tiempo —le dijo—. Deseo que salgas bien de esto.

Ella asintió.

—Pensamos... pensamos que habías muerto —dijo de pronto—. Mis primos dijeron que acompañabas a la muchacha francesa que dirigía el ejército ahí, pero no sabían qué fue de ti cuando la capturaron y la Juzgaron. La quemaron, supimos. Otra muerte horrible e injusta.

La preocupación y la compasión le suavizaron la mirada, pero él desvió la vista. No quería hablar de esa parte de su vida.

—Habría vuelto a enviar un mensaje si hubiera sabido que Muime me creía muerto.

—Yo deseaba enviarte un mensaje, pero no sabía cómo. Quería contarte lo de... —se le quebró la voz— lo de mi padre. —Se cubrió la boca para ahogar un sollozo.

Él le tocó un hombro.

—Lo siento—susurró.

Inclinó la cabeza hacia la de ella, consciente de que sus cabellos olían a flores de brezo. Lo inundó el deseo de abrazarla. Más aún, deseó besarla, aun cuando eso no era lo apropiado en ese momento, con la aflicción de ella.

Ella suspiró y lo miró.

—Me alegra que hayas vuelto sano y salvo, Lachlann. Y todavía recuerdo nubes... nuestra despedida.

Él tampoco la había olvidado, y ya le costaba esfuerzo resistirse a la natural atracción que ella ejercía en él. Movié la cabeza y sonrió levemente, como para desechar el sentimiento.

—¿Te refieres a la noche de Beltane? Éramos más jóvenes entonces. Aunque

ciertamente yo tenía edad suficiente para saber que no debía hacerlo —dijo, para quitarle importancia, aunque detestó hacerlo, viendo sus grandes y confiados ojos fijos en él—. Y ahora estás a punto de casarte. Es mejor olvidar eso, amiga mía. Es tarde y estoy cansado. Buenas noches.

Brusco y duro, lo sabía, pero no quería que ella tuviera miedo de estar sola con él en la casa. Ya tenía bastante miedo él.

Ella lo miró fijamente, y el brillo que vio en sus ojos le confirmó que la había herido. La aflicción y la tensión la habían hecho más vulnerable, aunque seguía siendo la muchacha osada que recordaba.

Ella se dio media vuelta, atravesó la habitación, subió a la cama metida en la pared y cerró bruscamente las cortinas.

Perturbado, él entró en el pequeño dormitorio de Mairi y se quitó las botas de dos patadas. Se dejó caer en el mullido y cómodo colchón relleno con brezo, que desprendió su suave y dulce aroma. El sueño llegó rápido, pese al conocimiento de que Eva estaba acostada muy cerca, en su propia cama.

Mañana, pensó, sucumbiendo al sueño, mañana trasladaré mis cosas a la herrería.

Capítulo 8

Eva despertó antes del alba, soñolienta y todavía inmersa en un maravilloso sueño en que había estado largamente en los brazos de Lachlann. Se sentó, pasándose la mano por los cabellos revueltos, y recordó que él había vuelto por fin y estaba allí, en la casa. Ruborizada por el sueño, se bajó de la cama y rápidamente se puso la camisa, los pantalones de lana y la falda masculina que usaba para las prácticas de esgrima. De puntillas pasó junto a las perras dormidas, que apenas movieron las colas, sin despertar; estaban acostumbradas a sus salidas temprano.

Por el extremo de la pared divisoria del hogar, se asomó a la pequeña habitación y vio a Lachlann a través de la penumbra. Estaba profundamente dormido, y encontró tranquilizadores sus suaves ronquidos y el largo y sólido contorno de su cuerpo bajo la manta. Estuvo un largo rato contemplándolo, y luego se giró a toda prisa, pensando que Alpin ya estaría esperándola.

Metió un panecillo de avena en su zurrón y dejó unos cuantos fuera para Lachlann, tapados y en un lugar donde no pudieran cogerlos las perras. Después abrió sigilosamente la puerta, con cierta dificultad para mover el cerrojo de hierro, y salió al aire frío.

Echó comida para los pollos y las cabras, dedicó unos minutos a ordeñar la vaca y luego la llevó al prado; debía hacer esos quehaceres en ese momento, porque iba a estar fuera la mayor parte del día. Después de la sesión de práctica con Alpin, pensaba subir a la montaña a encontrarse con Simón para comunicarle el regreso del herrero.

Bajó corriendo por el largo terraplén a orillas del lago, y encontró a Alpin, efectivamente, esperándola. Sin decir palabra, subió a la barca y abrió la manta de tartán para ocultar la cabeza y los hombros. Aunque estaba a punto de explotar con la noticia, guardó silencio durante todo el trayecto hasta la parte oculta de la isla. Cuando ya habían llegado a pie al pequeño claro protegido por los árboles, le dijo en voz baja:

—Anoche llegó Lachlann MacKerron a Balnagovan.

—¿El muchacho del herrero? —dijo Alpin, sonriendo de oreja a oreja—. O sea que sobrevivió a la guerra francesa. ¡Estupendo! Necesitamos un buen herrero aquí.

Estaba al lado de ella, rió mucho más alto, pero sólido como roble, sus cabellos blancos algo revueltos, sus ojos azules vivos, entornados de curiosidad, las comisuras arrugadas y curtidas por la edad y el sol.

—Piensa quedarse un tiempo corto. Se ofreció a vivir en la herrería para que yo pueda continuar en la casa.

—Ah. Ese siempre te ha querido —dijo él, haciendo un guiño.

—Me toleraba, eso es todo. Ahora es caballero y hombre del rey.

—Me gustaría oír sus aventuras en Francia. Tus primos dijeron que acompañaba a esa extraordinaria joven campesina. Enviada por Dios, dicen que era. Los franceses la llamaron salvadora, y los ingleses la llamaron bruja y la quemaron. Una lástima —musitó, moviendo la cabeza—. Por lo que he oído, era una muchacha osada de buen corazón, para haber sacrificado tanto por su gente.

Eva suspiró, asintiendo. Miró hacia el castillo, para ver si había alguna actividad ahí. El cielo ya estaba iluminado por las luces del alba, y no podía quedarse ahí mucho tiempo.

—¡Lachlann tendrá muchas historias para contar! —dijo Alpin.

—Parece que no quiere hablar de Francia, ni de mucho más. No comprendo muy

bien a qué ha vuelto. Creo que oculta algo.

—Ese muchacho siempre fue muy reservado. Pero es un buen herrero y necesitamos uno. Y Mairi MacKerron estará contenta.

—Desea verla cuando vuelva a Glen Brae.

—Dile que lo llevaré por el lago tan pronto como Mairi MacKerron esté de vuelta.

Guardó silencio, mirando por entre los árboles. Eva oyó un crujido y uno o dos golpecitos, y miró alrededor. Por un momento creyó ver un relámpago dorado y una cara pequeña, como de elfo, que desapareció al instante. Cerró y abrió los ojos.

—Hay alguien ahí —susurró—. Vi una cara.

—Mmm... no hay nadie —dijo Alpin—. Tal vez era una nutria lo que viste. —Se encogió de hombros—. Eva, yo también tengo noticias. Después de la última vez que te vi, vino un mensajero a Innisfarna. Vino por la orilla más alejada del lago, y llamó pidiendo un barquero. Igual podría haber estado todo el día ahí, si yo no hubiera mirado en esa dirección. —Se rió—. Cuando se sentó a hablar con los hombres del rey, me quedé cerca para escuchar. —Sorbió por la nariz—. Incluso les serví la comida. Y sabes que no soy un sirviente.

—Lo sé. ¿Traía un mensaje del rey?

—De Green Colin —contestó él ceñudo—. Está en Edimburgo.

A Eva se le cayó el corazón al suelo.

—O sea que ya volvió.

—Pero todavía no está libre para volver a casa, aunque dice que lo estará muy pronto.

—¿Sabes si decía algo sobre Donal, o de la apelación de perdón para mi clan?

—No decía nada de eso en su mensaje a Robson, aunque preguntaba por ti, por la seguridad y el bienestar de su bienamada novia, escribió.

Eva sintió miedo.

—Si Robson envió mensaje a Colin, espero que le haya dicho que me marché de Innisfarna. ¿Había algo más?

—Al parecer los Campbell de Argyll se quejaron al rey Jacobo de asaltos y robo de ganado por parte de los proscritos MacArthur —dijo Alpin, arqueando significativamente una ceja.

—Supongo que Colin sabe que mis parientes son responsables.

—Si no, lo sabrá muy pronto. El mensajero dijo que el rey enviará un hombre a entregar una advertencia a los renegados, y enviará tropas a sofocar la rebelión a fuego y espada.

Eva ahogó una exclamación. A fuego y espada; la brutal persecución de un clan por tropas reales con el fin de aplastar la insurgencia, era un castigo excepcional y despiadado.

—Lachlann dijo que tiene un mensaje del rey para Simón.

—Entonces es él el enviado. —Alpin se frotó el mentón—. Cuando llegue Colin, te casarás muy pronto, a no ser que cambies de decisión, como algunos creemos que debes hacer —añadió con intención.

Eva desvió la vista. Desde la pérdida de posesiones y derechos, sus parientes, incluidos Alpin y Simón, se oponían a su compromiso. Pero ella nunca les había contado lo de la cruel amenaza de Colin hacia sus hermanos.

—No puedo cambiar la decisión. Estoy atrapada.

Alpin frunció el ceño, observándola, pero ella no explicó más. La llegada de Lachlann ponía otro hilo en la trama, uno que ya estaba de antes en el diseño, discreto y fuerte. Durante años había suspirado por él, preguntándose si sobreviviría a la guerra y volvería. Ahora estaba de regreso, pero en lugar de ver hechos realidad sus sueños,

estaba atrapada por su promesa a Colin.

—Así que Lachlann se negó a decirte qué ha venido a hacer aquí. ¿Podría dirigir las tropas del rey contra nuestros muchachos? —No lo sé.

Movió la cabeza, confusa, renuente a creer que el hijo del herrero, criado con su familia, pudiera traicionarlos. Ferino era el mismo hombre que ella conociera. Había secretos en sus ojos.

—Eva —dijo Alpin—, el mensajero dijo que el rey podría despojarte de tu derecho a Innisfarna y dársela a un hombre que defienda sus intereses en las Highlands.

—Quieres decir un hombre que apoye el gobierno central en Escocia —dijo ella amargamente.

—Quiero decir Colin —dijo Alpin—. Adulará al rey para conseguir su favor en este asunto y llegar aquí con la escritura de la isla en su bolsillo. No podemos permitir que te arrebatte este lugar.

—Estoy de acuerdo. Por lo menos tengo una opción en ese asunto. —La tienes, y para ella te estoy preparando. —Entonces pongámonos a ello —exclamó ella, caminando hacia el árbol donde Alpin había dejado las dos espadas de madera que usaban normalmente.

Cogió la suya, y su pulida hoja de roble brilló a la luz del alba. Se puso frente a Alpin, que tenía una espada igual, tallada en madera, para prácticas. Habiendo avanzado al uso de acero, ella seguía prefiriendo las de madera para practicar. Alpin había envuelto las hojas con trapo para apagar los sonidos de choque y proteger el secreto.

Avanzó el pie derecho, el de la espada, para adoptar una postura básica, equilibrando el peso del cuerpo entre las dos piernas, con las rodillas ligeramente flexionadas. Levantó la espada y esperó.

Alpin levantó la espada y la bajó en un rápido movimiento controlado, que ella esperaba. Hizo el revés para parar el golpe; las hojas chocaron y sintió la vibración en los huesos. Saltó en diagonal girando, poniéndose fuera de alcance del siguiente ataque de él, por lo que no la tocó.

Al moverse levantó la empuñadura, con la hoja en ángulo hacia abajo, en medio molinete detrás del hombro para defenderse la espalda. Nuevamente se puso en guardia y esperó el siguiente ataque, y repitió los movimientos, como en una danza. Ella se defendía y él atacaba; después cambiaron los papeles. En ningún momento dejó de estar alerta, rápida y vigilante, mientras los dos se movían en círculo en medio del bosquecillo de alisos.

La corta e intensa sesión de práctica le aceleraba el corazón y le mantenía el cuerpo tenso y alerta. Cuando acabó, siguió a Alpin hasta la playa y subieron a la barca. La aurora teñía de visos rosa y lavanda la superficie del agua cuando la barca se alejaba de la isla en dirección a tierra firme.

Detrás de ellos, Innisfarna, isla y piedra, brillaba a la hermosa luz. La leyenda de Aefie exigía que ella luchara por la isla. Teniendo ya cierta pericia con la espada, se sentía más preparada para afirmar sus derechos a punta de espada si era necesario.

La perspectiva la asustaba, aunque eso jamás lo habría reconocido ante Alpin. Él esperaba que ella se pusiera a la altura del imposible modelo Aefie la Radiante.

Pero no se hacía ninguna ilusión respecto a ella. No era una radiante princesa guerrera encantada. Era una muchacha común y corriente que tenía cierta pericia con una espada, temperamento suficiente para simular una bravata, y carecía del valor para herir a alguien.

Suspiró, contemplando la superficie calma y cristalina del agua, pensando si Aefie y su príncipe habrían existido realmente en tiempos remotos, o si sólo defendía un cuento, tan hermoso y hueco como la neblina.

Deteniéndose en la puerta de la herrería iluminada por el sol, Lachlann inspiró el aire frío y vigorizante. Miró hacia el lago, que brillaba en medio de montañas alfombradas por los colores dorados del otoño. Una noche de descanso le había mejorado un tanto la vista, pero entonces brilló el sol sobre el agua y volvieron a aparecer las chispas de luz en su campo de visión.

Una brisa le agitó los cabellos y la orilla de su falda de tartán. Se hizo visera con la mano para mirar el prado y los cerros, pensando dónde estaría Eva. Cuando despertó, tarde, descubrió que estaba solo, aparte de las perras, y se sintió decepcionado. La nostalgia de ella, la misma nostalgia a la que se había resistido durante años, le estropeó el placer de su primera mañana en casa.

Se dio media vuelta y entró en la herrería. El interior oscuro estaba tal como lo recordaba, y aspiró los conocidos olores a hierro, carbón vegetal y piedra. Sus pasos resonaron en el suelo de pizarra.

La fragua estaba en las sombras a un lado de la habitación, como un animal dormido, triste y vacía. Tocó la fría piedra y avanzó hasta el enorme fuelle colgado detrás de la chimenea. Sus dedos dejaron una huella sobre el polvo y ceniza que cubría el cuero.

El yunque, hecho de acero forjado con la superficie plana y dos extremos puntiagudos que sobresalían como cuernos, estaba a unos palmos de la fragua, afirmado sobre un macizo tronco puesto en vertical. Las herramientas (tenazas, martillos, cinceles, atizadores, palas y puntas) estaban colgadas de rejillas y ganchos clavadas en la pared y en la fragua. Otras estaban guardadas en un cajón de «ladera sobre la mesa. Dentro de otra caja había objetos más pequeños y esenciales: clavos y roblones, frascos de aceite para dar brillo, tiras de cuero para envolver empuñaduras y para hacer vainas y fundas.

Cerca de la puerta había una tina con diversos baldes y cubos apilados dentro. Guanteletes y delantales de cuero colgaban de ganchos, y otros implementos estaban esparcidos sobre la mesa. Todas las superficies estaban cubiertas por una gruesa capa de polvo y hollín. Junto a la estrecha puerta de atrás había hierro, en barras, varillas y trozos rotos, cortos y largos, cubiertos por una lona; era necesario clasificarlos y limpiarlos para determinar cuáles eran servibles para forjar.

Exhaló un largo suspiro, consciente de lo mucho que había que hacer para poder comenzar a hacer trabajos de herrería nuevamente.

Cogió el zurrón que había dejado en el umbral, cerró la puerta y lo llevó al interior. Hurgando entre prendas de ropa y otras pertenencias, sacó un objeto envuelto y lo dejó sobre el yunque. Con todo cuidado desató las cuerdas que lo envolvían y quitó las capas de paño.

Dos mitades de una espada rota brillaron en la penumbra. Pasó los dedos por el pomo de latón y la empuñadura forrada en cuero, y tocó la otra parte, el resto de la hoja. La primera vez que vio esa arma, brillaba como oro fundido, reflejando una puesta de sol en el cielo de Francia. La empuñaba una muchacha que resplandecía de valor.

Su diseño era sencillo pero elegante, una empuñadura para una mano, con un pomo de latón esférico y una guarnición un poco curva. La hoja, rota por la mitad, terminaba en punta, y llevaba grabada cinco flores de lis, rellenas con oro. Cogió la empuñadura envuelta en desgastado cuero y puso la espada con la punta hacia arriba.

Brillaron las flores grabadas en oro; Incluso rota era una espada

hermosa, pensó, y se sintió privilegiado por ser su guardián. La luz dio en el acero, que pareció encenderse en su mano. Cuando la giró, el brillo irradió formando rayos como de diamante.

Espadas mágicas y doncellas guerreras, pensó. Curiosamente, parecían ser un motivo repetido en su vida. Suspirando con tristeza, volvió a envolver la espada en el paño.

Una vez Jehanne le dijo que guardara la espada porque algún día sabría qué hacer con ella. Pero no lo sabía, ni su corazón ni su razón se lo decían.

Pensó que no podría reparar la rotura. Al margen de la mala visión de su ojo izquierdo, no podía poner al fuego la estropeada belleza de esa espada en particular.

Guardó la espada envuelta en el paño en una repisa que formaba la pared bajo las vigas y continuó su trabajo de orden y limpieza.

Capítulo 9

—Tenemos que descubrir qué pretende hacer Lachlann ahora que ha vuelto —dijo Simón, ceñudo y pensativo.

Eva estaba sentada a su lado; ya les había explicado lo que sabía, y ellos la habían escuchado en preocupado silencio.

Algunos de los catorce componentes de la banda de rebeldes de Simón se habían reunido en la ladera boscosa de una de las montañas que rodeaban el lago Fhionn. A través de las hojas de otoño se veía el lago al pie de las anchas montañas. Más allá, Innisfarna y su castillo parecían flotar en el agua como una joya.

—El tiene que ser el mensajero del rey —dijo Simón.

—Si lo es, no podemos fiarnos de él —dijo Iain Og.

Pese a su sobrenombre Og, que significa «el menor», era el mayor de los MacArthur que seguían a Simón. Era corpulento, alto y ancho, aunque Eva notaba que su volumen había disminuido durante esos años con los rebeldes. Estaba separado de los demás, con los brazos cruzados y la frente arrugada bajo un mechón de cabellos grises.

—Tú no lo conoces, Iain Og —dijo Parlan, el hermano mayor de Margaret; como sus hermanos menores, era delgado y tenía los cabellos castaños. Con sus rasgos finamente esculpidos se parecía más a su hermana rubia que los otros cinco—. Lachlann era un hombre de confianza antes. ¿Por qué habría de cambiar?

—Eva dice que lo nota diferente —les recordó Simón.

—Hemos de cuidar de no fiarnos de él demasiado rápido.

—Todos hemos cambiado —dijo Micheil, otro hermano de Margaret, convertido en un joven alto y de voz tranquila—. Algunos fueron a Francia de buena fe, como Lachlann, Parlan y William, a luchar una guerra que no era nuestra. El resto nos quedamos aquí, Simón y Andra, Fergus, yo y los otros, para ser traicionados por nuestro rey. Hemos perdido nuestras tierras, nuestro antiguo jefe está muerto, y el nuevo está prisionero, y nos han quitado nuestro buen nombre. ¿Cómo podríamos seguir siendo los mismos?

Eva asintió comprensiva. Destrozadas sus vidas, sus parientes habían enviado a sus familias a lugares seguros y se habían agrupado, ocultándose en las montañas para luchar contra quienes se habían apoderado de sus tierras por concesión del rey. No renunciarían fácilmente a esas tierras, ni aceptarían su injusta pérdida.

—El herrero MacKerron no es uno de los MacArthur desposeídos —señaló Iain Og—. No tiene ningún compromiso de lealtad hacia nosotros. Es un hombre del rey, de Perth, aunque se haya criado en Balnagovan.

—Sus parientes han sido herreros en el lago Fhionn generación tras generación —dijo Fergus—. Pasamos nuestra infancia juntos.

—Y estuvimos con él en Francia —añadió Parlan, haciendo un gesto hacia su hermano gemelo William, con el que se parecía, aunque no eran idénticos.

—Yo me fío de él —dijo William.

—Y yo —añadió Adran.

El más joven de los renegados MacArthur, Adram, con sus casi dieciséis años, de cabellos castaño claro y de constitución delgada, había convertido su gusto por la travesura en un talento para espiar siempre que los hombres del rey salían a patrullar.

Simón se pasó el pulgar por el barbudo mentón, su pelo oscuro brillante a la luz del sol.

—Eva, ¿qué te parece a ti? ¿Lachlann está con nosotros o contra nosotros?

—Pregúntaselo —repuso ella, tercamente.

—Sea cual sea su mensaje, o su intención, nada nos puede apartar de nuestros asuntos —dijo Simón a los demás—. Recuperaremos nuestros derechos, y protestaremos por la injusticia que se ha cometido con nuestra gente.

Los demás asintieron, reconociendo implacables su fin común.

—Las incursiones por la noche no conseguirán eso —dijo Eva.

—Pareces pensar que Colin nos resolverá todos los problemas —dijo Simón.

—Y tú crees que los ataques nos recuperarán nuestros derechos y salvarán a Donal —rebatía ella con amargura.

Esa discusión ya era vieja entre ellos.

—Green Colin no lo hará —espetó Simón—. Das mucho crédito a sus promesas, pero no vemos ningún resultado.

—Donal sigue vivo —señaló ella.

Suspirando desvió la vista. Discutían tanto con Simón últimamente que tenía la impresión de enfrentarse con un hombre de rostro pétreo, la cara de un desconocido, y no con el acomodadizo hermano que conociera en otro tiempo.

—Es posible que Colin ame a la muchacha y tenga buenas intenciones —sugirió Micheil—. ¿Quién podría resistirse a nuestra Eva? —añadió, haciéndole un guiño a su prima.

—Bah —gruñó Simón—, lo que ama es su isla. Se quedó los terrenos de su dote también, después de la proscripción, y ha puesto a sus parientes ahí, en lugar de los desposeídos MacArthur.

—Es una lástima que esas tierras tengan tan poco ganado vacuno y ovino últimamente —dijo Fergus con voz arrastrada—. Los ladrones de ganado son un problema persistente, me han dicho. ¿O será que los animales salen a vagar dormidos? —Andra se rió y Fergus sonrió—. Nos haremos ricos si continuamos llevando esos animales tan gordos a los mercados de las Lowlands.

Eva frunció el ceño, muy conocedora de las actividades del grupo por las noches.

—Os ruego que seáis prudentes. Robar a los parientes de Colin no favorece en nada a nuestra causa.

—Y nosotros te rogamos que reconsideres el matrimonio —contestó Simón—. Hay otras maneras de recuperar nuestras tierras.

—¿Por qué creéis que me hago magullones aprendiendo esgrima? Tengo que tomar en cuenta mis propios derechos. Vosotros no lucharéis por Innisfarna, y eso lo comprendo. No es parte de vuestra herencia, pues me viene a mí de mi madre, y tenéis otras preocupaciones. Innisfarna es problema mío y yo debo solucionarlo.

—Alpin desea convertirte en una doncella guerrera para que lo resuelvas. Eso es tan estúpido como esperarlo de Colin —masculló Simón.

—¿Estúpido? ¿La has visto luchar? No lo hace nada mal —dijo Micheil—. Colin correrá a esconderse cuando vuelva a casa.

—No tendrá que correr, porque Eva detesta luchar —repuso Simon—. No creo que lo haga cuando llegue el momento.

Aunque ella lo miró enfurruñada, sabía que había verdad en lo que decía. Le gustaba la gracia y el poder de blandir una espada pero no soportaba herir a nadie, ni deseaba arriesgarse a que la hirieran.

—Y hemos de pensar en la Espada de la Luz —dijo Fergus—. Hay que protegerla, si no Escocia se derrumbará.

—Tendrías que estar sentado en las rodillas de tu madre escuchando historias, jovencito —masculló Iain Og—, y no voy a perder el tiempo con fantasías. Eva, si sacas una-espada ante tu marido, procura usarla en él. Eso pondrá fin al problema —añadió.

—No rebanaría ni una manzana con eso —dijo Simón—, por miedo a hacerle daño a la manzana.

—No puedes echar a Green Colin de tu isla simplemente moviéndola —le dijo Parlan—. Hemos visto la guerra, muchacha. No es tan fácil recuperar las tierras perdidas al enemigo. Ten cuidado.

—Quiero demostrarle a Colin que no renunciaré a mi privilegio de ser la guardiana de Innisfarna —replicó Eva—. Sólo yo tengo el derecho a la isla. Me casaré con él si es preciso, pero no le permitiré apoderarse de mi isla.

—No te sacrifiques por nosotros. Nosotros nos sacrificaremos por nosotros si tenemos que hacerlo —dijo Simón, sarcástico.

—Vamos, Simón, por favor, que vuelva a haber paz entre nosotros —dijo ella cansinamente.

Él desvió la vista, suspiró y no contestó.

—Si habéis terminado de pelear —dijo Parlan severamente—, tenemos problemas más inmediatos. Nuestra mejor esperanza es la rebelión.

—Hermosa y valiente palabra —contestó Eva—, que no tiene ningún sentido si os quita la vida y deja a vuestro clan sin nada ganado y a Donal muerto también. Sólo sois catorce, con muy pocas armas y sin armaduras.

—Quince, si podemos contar con el herrero —dijo Parlan.

—Dieciséis con Eva —añadió Fergus—. Diecisiete con Alpin.

—Diecisiete sigue siendo un puñado —observó Eva.

—Ha habido insurrecciones en todas las Highlands desde los arrestos en Inverness —le recordó Simón—. Cada pequeña rebelión es una bola de fuego. Si esas llamas se juntan, hacen un inmenso incendio.

—Tenemos algo que no teníamos antes —exclamó Fergus sonriendo.

—Un experto en armería —dijo Andra.

Simón emitió un suave silbido.

—¡Cierto! Eso nos podría cambiar todo. Lachlann tiene talento para hacer buenas armas.

—¿Tiene el talento para alejar a las tropas del rey y hacerlo cambiar de decisión? —preguntó Eva—. Eso es lo que necesitáis.

—Podríamos tomar Innisfarna y hacerla nuestra fortaleza —sugirió William.

—Yo he estado pensando lo mismo —dijo Simón, asintiendo.

Eva negó con la cabeza.

—La leyenda dice...

—Al diablo la leyenda —interrumpió Iain Og irritado—. Cuentos de mujeres. Una princesa hada y su espada mágica. Vamos. Armémonos y tomemos Innisfarna. Eso resolverá el problema de Eva.

—Escuchadme —suplicó ella—. Enseñaré mi espada y le demostraré a Colin que no le tengo miedo, y que la leyenda tiene poder.

Iain Og emitió un desdenoso bufido.

—Esos son sueños, prima —dijo William, agitando la cabeza—. Sólo hay una manera de usar una espada, si quieres resultados.

—Eva —dijo Simón muy serio—, lo que estamos haciendo podría convertirse en verdadera guerra algún día. Batallas de verdad. Necesitamos a ese espadero. Averigua de qué lado está su lealtad. Eres una mujer y él es un hombre. Aprovecha eso para ganarte su ayuda para nosotros.

—No recurriré a ardidess femeninos —repuso alzando el mentón.

—Conociéndolo, yo diría que no le molestaría si lo hicieras —dijo Simón.

Parlan sonrió.

—Si Eva se casara con el herrero en lugar de Colin, tendríamos la lealtad del herrero de seguro, ¡y su pericia!

—Ah, eso sí que me gusta —dijo Iain Og con su estentórea voz.

—Interesante —musitó Simón, observándola.

—Ridículo —masculló Eva, aunque el corazón le brincaba en el pecho—. ¡Eso no conseguiría nada! Lachlann no tiene ninguna influencia para salvar a Donal.

—Como mínimo, te ganaría a ti un hombre mejor que Colin —le dijo Parlan, y su hermano indicó que estaba de acuerdo.

Simón resopló, impaciente.

—Cásate con el herrero o acuéstate con él, prepárale la comida o remiéndale su tartán. Hagas lo que hagas, descubre qué piensa hacer y de qué lado está su lealtad, lo más pronto posible.

—¿Y si su intención es haceros daño?

—Convéncelo para que se ponga de nuestro lado —contestó Simón—. Sabes ser bastante encantadora cuando dominas ese genio tuyo. Si Lachlann no es el hombre del rey, es nuestro hombre; como debe ser.

—Y si el armero está con nosotros, pronto tendremos un ejército —aportó Iain Og.

Lachlann movió los trozos deshierro apilados bajo la lona en un rincón de atrás de la espaciosa herrería. Había descubierto varias varillas y dos lingotes gruesos de hierro colado; por su ordinaria calidad sólo se podía usar para hacer ¿anchos para ollas y cadenas gruesas. Cogió la parte de un arado roto que se podía volver a usar y la dejó a un lado.

Junto a la pared encontró un haz de varillas de hierro dulce de mejor calidad. Recordó que q mismo las había puesto ahí; era hierro comprado al fundidor del otro lado del lago, hacía años. La lona lo protegía de oxidarse, en su mayor parte, aunque se habían formado algunos puntos de orín, pero al calentarlo se limpiaría de eso. El hierro bueno podía usarlo para hacer cuchillos pequeños, hachas, utensilios de cocina, pestillos, pasadores de cerrojos, etcétera. Movié la cabeza de arriba abajo, aprobador, y continuó examinando lo que había.

En el suelo había apiladas de cualquier manera varias herraduras usadas, y otras más colgaban de clavos enterrados en la pared. Las herraduras se podían adaptar para otros caballos, o podía calentarlas para hacer otras cosas.

Sólo se podía usar el hierro de mejor calidad para convertirlo en acero y hacer armas y espadas. Con el ceño fruncido, se pasó la mano por la mandíbula, observando el material que tenía a sus pies. El hierro dulce, refinado por un fundidor, se podía convertir en acero, pero el hierro colado contenía demasiadas impurezas para emplearlo en eso.

Era posible corregir la falta de material, pensó, pero no así la falta de capacidad. Tal vez había llegado a su fin su sueño de toda la vida, hacer espadas; aunque no estaba seguro del todo. Aunque tenía pericia y talento, convertir el hierro en acero requería buena vista; los cambios de color en el metal candente dicen muchísimo al herrero. Si tenía defectos de visión, las armas que forjara podrían tener defectos; si un arma defectuosa se rompía, podía ser causa de muerte para su propietario.

Se pasó los dedos por los párpados. Desde que sufriera la lesión, a veces veía los colores apagados, las sombras más intensas, y repentinamente aparecían esas chispas o

relámpagos de luz en su campo de visión. Sabía que esa debilidad podría empeorar algún día, y perder la visión totalmente; en el mejor de los casos, no mejoraría nunca. Nunca podría ser el espadero que había soñado ser.

Sus experiencias en la herrería de Perth le habían demostrado que todavía era capaz de hacer herraduras, clavos, ganchos para ollas y utensilios de cocina, pestillos y pasadores para puertas y cosas de ese tipo. El rojo cereza era un color parejo que veía con facilidad. Trabajar el metal negro no le resultaba difícil, y le gustaba bastante ese trabajo.

Trabajar el metal blanco, el acero, bueno, eso era otra historia. La magia de dominar el metal brillante lo fascinaba cuando era niño y seguía obsesionándolo.

La tradición daba privilegios a los herreros, los envolvía en el aura de misterio de los magos. La capacidad y el valor para doblar el metal candente a voluntad hacía de los herreros personas esenciales y muy respetadas en sus comunidades. Y guardaban muy bien sus secretos. Y ahora él temía no poder aplicar nunca totalmente los conocimientos y tradiciones que aprendiera de Finlay.

Ruidos de voces en el patio lo sacaron de sus pensamientos; levantó la vista y atravesó la herrería para abrir la puerta.

El patio que separaba la herrería del establo estaba lleno de hombres con armadura, espadas y otras armas. Lachlann frunció el ceño y salió.

Miró hacia la casa. El día anterior Eva había regresado tan tarde de sus vagabundeos que él había cogido comida de los armarios de Mairi antes que ella llegara, y había instalado un simple jergón en un rincón de la herrería para dormir. Cuando, ya tarde, oyó ladrar a las perras dentro de la casa, se asomó a la puerta y vio luz en las ventanas. Esa mañana se había levantado a las primeras luces del alba, pero nuevamente ella ya se había marchado. Ya era media mañana y todavía no regresaba.

Dio unos pasos en dirección a dos hombres que venían caminando hacia él, un anciano con su falda típica de las Highlands, sus cabellos blancos brillando al sol, y un soldado rubio y fornido, con coraza de acero, túnica, pantalones ceñidos de tartán y botas. El anciano lo saludó levantando la mano.

Lachlann también levantó la mano, sonriendo.

—*Failte*, Alpin MacDewar, ¿cómo estás? —saludó en gaélico.

—*Failte, gobha!* ¡Bienvenido a casa! Me alegra volver a verte, con aspecto sanote y todo entero; no está nada mal, para tres años de guerra.

Alpin sonrió, enseñando dientes torcidos y el hosco encanto que él tan bien recordaba. Sonriendo le cogió la nudosa mano y, como siempre, lo sorprendió la fuerza del apretón de mano del viejo.

—*Gobha*, este es sir John Robson, el hombre del rey—dijo Alpin en gaélico—. Habla la lengua del sur; así que espero que no la hayas olvidado, después de todo el francés que tienes en la cabeza. *Gobha* significa herrero —dijo a Robson en inglés, en voz muy alta, como si el hombre fuera medio sordo. '

Lachlann tendió la mano a Robson.

—Soy Lachlann MacKerron —dijo en inglés escocés—. Balnagovan es mi propiedad como inquilino arrendatario, aunque he estado ausente un buen tiempo.

—John Robson, capitán de la guarnición del rey en el castillo de Innisfarna —contestó el hombre—. Alpin me ha dicho que acabáis de llegar de Francia.

—Y le dije que eres un buen artesano y de esta aldea —dijo Alpin en gaélico—. Es un buen *gobha* —añadió en voz más alta en inglés, dirigiéndose a Robson.

—Nos alegra tener un herrero tan cerca —dijo Robson—. Hay uno en Glen Brae, pero no es nada competente.

—A ese le gusta beber y le disgusta el trabajo —comentó Alpin a Lachlann, en

gaélico.

—Necesitamos bastantes trabajos de herrería de tanto en tanto —continuó Robson—. Justamente ahora, algunos de los caballos necesitan herraduras, y nuestros arneses y equipo necesitan reparaciones. ¿Tenéis formación en armaduras y armas?

—Decid la tarea y veré qué puedo hacer.

—Lo hace todo —añadió Alpin orgullosamente—. Acero y hierro, lo hace todo.

—¿Un armero? Ah, pues, muy útil —dijo Robson.

—He hecho algo de eso en el pasado —repuso Lachlann—. Pero no es fácil proveerse de material para buenas armas.

Miró a Alpin ceñudo, deseando que dejara de alardear.

—Por ahora, dos monturas necesitan herraduras, la yegua baya y un rocín castaño —dijo Robson.

—Examinaré a los otros —se ofreció Lachlann.

—Estupendo. He visto un poco de orín en las hebillas de los arneses también. Si pudierais ocuparos pronto de eso, será un gusto para mí pagaros el trabajo. Algunos de los hombres tienen armas necesitadas de reparación. Haré que las reúnan y os las traigan.

—Eso puedo hacerlo también —repuso Lachlann, asintiendo. Miró hacia los hombres que iban sacando caballos del establo—. ¿Qué trabajo tenéis hoy, armados, montados y preparados para la guerra?

—Su trabajo es dar problemas —masculló Alpin en gaélico.

—Salimos a patrullar en busca de los rebeldes, por orden del rey.

—Ah —dijo Lachlann—. ¿O sea que sabéis dónde se esconden?

—No todavía, aunque eso cambiará si continúan asaltando las tierras de este valle. Mantenemos la paz del rey en esta región. El otro día llegó un mensajero con noticias. El rey ha enviado a un hombre a Argyll a parlamentar con los rebeldes MacArthur. ¿Sabéis algo de eso?

—Yo soy ese hombre —contestó Lachlann.

—Ah, ya lo sabía —comentó Alpin en gaélico.

Lachlann lo miró de soslayo.

—Entonces conocéis a esos picaros —dijo Robson.

—Sí, y por eso se me ha ordenado hablar con ellos personalmente y entregarles el mensaje del rey a su jefe. Pero confieso que no puedo hacerlo mientras no sepa dónde están.

—Suerte, entonces. Ni siquiera la hermana del jefe de los rebeldes, lady Eva, sabe dónde se esconden. Sin duda os habréis encontrado con la dama que se aloja en esa casa.

—He hablado con ella. La conozco desde hace muchos años.

Robson arrugó el entrecejo.

—¿Y dónde estáis viviendo, señor?

—En la herrería. Eva MacArthur es la dueña de la casa, y la ha estado compartiendo con mi madre; me imagino que eso lo sabéis, señor.

—Sí, pero tened cuidado. El novio de lady Eva es un hombre poderoso, un Campbell. Cuando vuelva, no va a mirar con buenos ojos que un hombre comparta esta propiedad con su bienamada.

—Su bienamada está a salvo aquí —dijo Lachlann secamente, y entornó los ojos—, si es otra cosa lo que queréis insinuar.

—El *gobha* la quiere como un hermano —dijo Alpin—. ¿No es Lachlann lo miró.

—¿De qué manera si no?

—Muy bien —dijo Robson—. Podéis ayudarme entonces, protegiéndola. Me han asignado su protección, pero eso es difícil, si ella no quiere vivir en Innisfarna.

—He sabido que ella piensa que no puede vivir allí.

—Unos bribones de mi guarnición se portaron mal, pero han sido castigados. Podría volver al castillo, pero es una joven obstinada y no volverá.

—No podéis esperar que acepte protección de los hombres que persiguen a sus parientes.

—Ciertamente eso no le gusta —masculló Alpin en inglés.

Robson lo miró, pero /no pareció molesto por el comentario. Lachlann comprendió que Robson conocía bien a Alpin.

—Hay otros rebeldes que hacen incursiones violentas en Argyll —dijo Robson—, pero los MacArthur son los que dan más problemas. Solemos hacer patrullas para prevenir más robos de ganado e incendios de graneros. Sus incursiones van aumentando en frecuencia. Si alguna vez encontramos a los rebeldes, les irá mal. Sois hombre del rey, señor. Si queréis armaros, montar y cabalgar con nosotros, agradeceremos la compañía de un hombre que conoce la región.

Lachlann frunció el ceño y miró a Alpin, que arqueó las blancas cejas, pero por una vez no dijo nada.

—Podría hacerlo dentro de poco.

—Tenéis un mensaje para entregar a los rebeldes. Querréis estar con nosotros cuando los encontremos.

—Prefiero verlos a *solas*, sin una tropa de hombres del rey.

—Lo comprendo, aunque os insto a tener prudencia. Informadme cuando hayáis entregado el mensaje del rey, si queréis. —En ese momento lo llamó uno de los hombres desde el patio del establo. Robson agitó la mano—. Buenos días, herrero.

Lachlann hizo una inclinación con la cabeza, cruzado de brazos, y Robson se alejó y montó el caballo de guerra ensillado que lo esperaba. Los hombres del rey, más de doce en total, salieron del patio del establo y atravesaron el prado al galope.

Miró a Alpin.

—¿Dónde está Eva? —preguntó de improviso.

—¿Cómo puedo saberlo? No soy su guardián. Podría estar con Margaret. Me alegra verte, herrero, y pronto volveremos a hablar. Cuando tu madre adoptiva vuelva a Glen Brae, te vendré a buscar para llevarte en barca a verla. Ahora debo irme; tengo que atravesar en barca a esos tres —dijo, apuntando hacia dos caballeros y un niño rubio pequeño, un paje por la apariencia, que estaban en el patio del establo.

Echó a andar y el niño corrió hacia él.

Lachlann giró sobre sus talones y volvió a entrar en la herrería, pensando si Eva estaría con su prima, o con su hermano y los rebeldes. Continuaba ceñudo cavilando cuando cogió la escoba de brezo para barrer el suelo de la herrería.

Capítulo 10

—Mantén el equilibrio cuando te desplaces virando —aconsejó Alpin. Se le acercó mientras ella cambiaba la postura y con la punta del zapato le modificó el ángulo del pie—. La pierna de la espada delante, muchacha, no lo olvides. Prueba otra vez.

Alpin volvió a su lugar, de cara a ella, se puso en guardia y levantó la espada. El aire estaba tan frío esa mañana que su aliento se congelaba y tenía rosada la punta de la nariz.

El movimiento la mantenía abrigada a ella, saltando y parando golpes. Alpin le golpeó la espada y se la hizo a un lado con facilidad.

—La pierna de la espada delante —le recordó.

—A veces me siento incómoda con la pierna derecha adelantada. —Se detuvo y flexionó la mano en el puño de la espada de madera—. No soy tan buena para esto como quieres que sea —añadió, desanimada.

—Bueno, eres mujer. Esto no es fácil para ti.

Ella lo miró enfurruñada.

—¿Quieres que te llame viejo? —espetó.

Él sonrió.

—Sabía que eso te iba a poner como una olla hirviendo. Eres buena, Eva, ágil y rápida, pero demasiado renuente a herir a tu contrincante. Golpéame en serio, con la intención de herirme. Pon tu temperamento en ello. No te refrenes. Sé defenderme, así que no temas herirme. Venga.

Eva giró alrededor de él, con la espada levantada. Alpin paró el altibajo, pero ella logró pasar la espada por debajo y le tocó la pierna. Él gruñó una aprobación y volvió a golpear. Ella paró el golpe con un fuerte choque. Imitando su posición, giró en círculo con él, las hojas cruzadas, y repitió el proceso.

Finalmente Alpin bajó la espada e inclinó la cabeza.

—Ah, mucho mejor. Tienes buenos pies danzarines, y este viejo no puede seguirte. Pero te mueves demasiado rígida. Suéltate, tanto en la forma de sostener la espada como en la postura. Así tus golpes serán más rápidos y certeros.

Ella asintió y dio un salto, modificando la postura.

—Y mantén esa pierna atrás, la adelantas cuando no estás pensando. Mueve la derecha hacia delante, para protegerte mejor.

Ella lo miró irónica.

—No tengo nada sobresaliente ahí para proteger —hizo un gesto hacia la entrepierna de él—, como los hombres.

—¡Cierto! —exclamó él riendo—. Pero protégete el pecho, ¿eh?

Haciendo rotar la suave empuñadura en la palma de la mano, ella describió un amplio círculo con la espada y volvió a cerrar la mano en el puño. Girando sobre los pies, se abalanzó sobre Alpin desde otro ángulo y levantó la espada para bajarla.

—Pon más fuerza en el golpe —aconsejó él—. Prueba otra vez.

Eva repitió el ejercicio varias veces, hasta que el aire le ardía en los pulmones. Pero continuó intentándolo, haciendo uso de su especial agilidad de pies y rapidez para cambiar de posición. Las hojas envueltas en paño chocaban en silencio, y la luz de la mañana ya iba aumentando a un brillo plateado.

En una pausa para recuperar el aliento, estaba escuchando la explicación de Alpin sobre una buena forma de cambiar rápido la sujeción de la empuñadura, cuando le llamó

la atención un movimiento entre las ramas y el sorprendente brillo de oro nuevo entre las rojizas hojas otoñales.

—Alpin —susurró, oyendo nuevamente el murmullo de hojas en el árbol—. Alguien nos está observando. Esto ha ocurrido antes.

—*Ach*, es el niño en el árbol otra vez. Baja, muchacho.

—¿Qué niño? —preguntó ella, asombrada.

—El pequeño paje del castillo. Hace semanas que corre por este bosque, pero por fin lo conocí y ahora somos amigos. Y te diré que ese niño necesita uno o dos amigos —añadió en un susurro—. ¡Sal de ahí, no pasa nada!

Las hojas se movieron y apartaron, y una figura menuda y ágil cayó al suelo. Un niño avanzó hacia ellos vestido con una falda escocesa raída y una camisa demasiado grande para él. Se detuvo a la sombra de los árboles, la neblina girando alrededor de él, y los pájaros trinando arriba. Tenía la cara delgada, fina, y muy blanca, ojos grandes y azules, el cabello una mata de oro bruñido.

—Ella es Eva —le dijo Alpin en tono suave, haciéndole un gesto para que se acercara—. Es una buena amiga mía, así que también será una buena amiga tuya —añadió sonriendo.

Con la boca tapada con una mano, los grandes y tímidos ojos miraron a Alpin y luego a Eva. No se movió, pero estaba tenso y a punto de echar a correr. A ella le recordó alguien, pero no logró discernir quién en ese momento. Pequeño, de unos nueve años, y tímido, parecía carecer de la osadía de la mayoría de los niños de su edad. La hizo pensar en un cervatillo dorado que ha perdido a su madre y está a punto de huir.

—Buenos días —lo saludó amablemente—. Yo soy Eva. ¿Y tú, quién eres?

—Nyahn —dijo él, sin quitarse la mano de la boca. El sonido le salió gangoso, con mucho aire y esfuerzo—. Nyan... ian.

Ella lo miró perpleja, y luego miró a Alpin.

—Ninian —tradujo Alpin.

—¿Ninian? —lo miró sorprendida—. ¿Ninian, el hijo de Colin Campbell?

El niño asintió, y el pelo le cayó sobre los ojos. Alpin también asintió; era evidente que la identidad del niño no lo sorprendía.

—Lo conocí hace poco —explicó—. Lo vi vagando por la isla durante semanas, escondiéndose en los árboles. Ninian trepa a los árboles como un felino salvaje, ¿verdad?

Ninian asintió.

—¿Eres el paje del castillo? —le preguntó Eva.

El volvió a asentir, sin quitarse la mano de la boca, como si fuera tremendamente tímido.

—Vaga por la isla y Robson le da un poco de libertad; es un buen hombre John Robson, y lo bastante incapaz para que nuestros parientes estén a salvo en las montañas, ¿eh? Ninian me ha ayudado en la rosalada esta semana —añadió—. Le di un cuchillo pequeño para que cortara las flores viejas y lo hizo muy bien. Ven aquí, los soldados no te verán en este lado de la isla. Y Eva no le dirá a nadie que has vuelto a escaparte de tus deberes en el castillo.

Eva sonrió y le hizo un gesto invitándolo a acercarse, igual que

Alpin. Observando que el niño miraba con verdadero interés su espada de madera, la levantó:

—¿Quieres coger esto, Ninian?

Él se acercó, con el puño cerrado sobre la boca, y cogió la empuñadura con la otra mano. Sus dedos, aunque manchados de suciedad, eran de elegante forma.

—Puedes dejar que Eva te vea —le dijo Alpin—. A ella no le importará. Y necesitas

las dos manos para coger esa enorme espada.

Ninian miró cauteloso de Alpin a Eva, y se quitó la mano de la cara.

Eva reprimió su reacción de sorpresa. En el labio superior, el niño tenía una cicatriz angular que indicaba que le habían cosido la fisura, y tenía los dientes pequeños y torcidos. Ella había oído hablar a Mairi de esas deformidades, que había visto en recién nacidos cuando asistía partos. Algunos niños tenían una fisura sólo en el labio y otros también tenían fisura en el paladar, y esa no se podía reparar. Era evidente que a Ninian lo habían cuidado muy bien los primeros años de su vida, y había aprendido bien a hablar, retos personales que hacían necesario esfuerzo, resolución e inteligencia. Ciertamente no era ni un zoquete ni un idiota, como lo definió Colin hacía unos años, cuando el niño aún tenía que haber sido bastante pequeño.

Frunció el ceño al recordar los crueles comentarios de Colin acerca de su hijo. Si entonces lo hubiera conocido, no habría tolerado esa falta de compasión en su padre.

Ninian la estaba mirando con la mandíbula bien firme y las mejillas sonrosadas. Comprendió que él esperaba que ella se sintiera repelida por él. Tranquilamente se agachó a modificarle la posición de los dedos alrededor de la empuñadura.

—Cójela así —le dijo—. Usa las dos manos si eso te resulta más cómodo. ¿Cómo lo encuentras? —le preguntó sonriendo.

Él asintió y pareció relajarse mientras ella examinaba su forma de coger la empuñadura. Alpin le corrigió la postura y lo elogió con tanto cariño que Eva sonrió para sus adentros. Alpin tenía por costumbre ser muy tacaño para los elogios, pero siempre era generoso cuando importaba.

Pese a la fea cicatriz del labio, los rasgos de Ninian tenían una especie de elegancia felina, y su mata de cabellos dorados era desordenada y hermosa. Vio al padre en el color y en la proporción de sus rasgos, aunque su delicadeza probablemente le venía de su madre, quienquiera que hubiera sido. El niño era menudo y delgado, pero tenía los brazos y las piernas musculosos y bien torneados; además, era coordinado y rápido. Comprendió lo que le explicaron Alpin y ella, y pronto estaba en una postura casi perfecta y la empuñadura bien cogida.

—Serás un excelente caballero algún día —le dijo ella, ladeando la cabeza—. Ninian, conozco a tu padre.

—Colhn Camhbu —dijo él con dificultad. La miró pensativo—. ¿Serás... mi madre?

Las palabras salieron gangosas y forzadas, pero ella las entendió y sonrió. Ninian la miró con esperanza en sus ojos azules, como si estuviera mirando a un ángel.

—Tu padre está prometido conmigo para casarse, o sea que es posible que sea tu madrastra algún día.

Pese al acuerdo vinculante, le resultaba difícil admitir que se casaría con Colin, pero su hijo pequeño la estaba mirando con esperanza y verdadero placer. Suspiró.

—¿Vivirás conmigo y mi padre? —le preguntó él, y esta vez ella entendió con más facilidad.

—Todavía no sé qué va a pasar —contestó, lo más sinceramente que pudo—. Colin me habló de ti. Me dijo que su hijo ya era grande y no necesitaba una madre. Supuse que eras mayor, incluso un joven.

Ninian levantó una mano y la abrió y cerró dos veces.

—¿Tienes diez años? —preguntó sorprendida, pues lo creía menor.

—Y no necesito una madre —dijo él.

Cada palabra le salió deformada por el esfuerzo nasal y demasiado aire, y se le abrían las ventanillas de la nariz, porque hacía salir los sonidos por ahí. Ella ya le entendía bien, como si se hubiera disipado una niebla. Sólo había necesitado un poco de tiempo para adaptarse a su forma de articular.

—Desde luego no necesitas una madre para muchas cosas, a tu edad. Ahora ya te manejas solo, sirves de paje a los caballeros. Estoy segura de que eso lo haces muy bien, porque eres un niño inteligente.

Él sonrió dulcemente ante ese elogio.

Eva sintió una oleada de rabia por la odiosa actitud de Colin hacia su hijo. Estaba claro que Ninian era inteligente, con la tierna sensibilidad de un niño de su edad.

—Incluso los niños mayores necesitan una madre de vez en cuando, o una amiga que sea como una madre —le dijo—; cuando están enfermos, o tienen hambre o cuando desean escuchar una historia.

—Me gustan las historias—dijo él asintiendo.

—A mí también. Me encantaría contarte algunas. Tal vez Alpin podría llevarte a mi casa. Vivo cerca de la herrería.

—¿Cerca del establo? —preguntó él, extrañado—. He estado ahí con los soldados, pero no te he visto.

Eva ladeó la cabeza para entender lo que decía, porque él habló más rápido. El lo repitió pacientemente.

—Normalmente me voy a otra parte cuando llegan los soldados —explicó—, pero si vienes al atardecer con Alpin, te daré cena y te contaré una historia. Puedes ver los caballos en el establo y jugar con la perra que me regalaste.

Él agrandó los ojos.

—La recuerdo. Le pedí a mi padre que te la llevara. ¿Te lo dijo?

—Sí, Ninian. Eso fue muy amable de tu parte, y nunca tuve la oportunidad de agradecértela. Es una perrita maravillosa, aunque ya no es cachorra. Ven a verla. La llamo *Grainne*.

Ninian sonrió; su alegría por la invitación le brillaba en los ojos. Eva sonrió y le acarició el pelo dorado, abundante, sano y suave. Su mirada se encontró con la de Alpin. Él frunció el ceño, pensativo.

Ella sintió hincharse algo en su interior, un intenso deseo de dar a ese niño pequeño y solitario la lealtad y el afecto de que parecía estar sediento. Volvió a sonreírle. El también sonrió, y se apresuró a taparse la boca para ocultarla de ella.

Las lágrimas le hicieron escocer los ojos y se le oprimió el pecho; le costó respirar, como si se hubiera apretado más el nudo que la ataba a Colin. Por lo menos el niño le haría más fácil soportar la carga y el enjaulamiento.

Una tarde, transcurridos varios días desde su llegada, Lachlann dio unos pasos atrás para contemplar satisfecho la herrería en orden. Había quitado la suciedad de todas las superficies, limpiado de orín las herramientas, aceitado la caja de cuero del fuelle y examinado las placas de madera y su funcionamiento. Estaban afilados los cinceles, reparados los mangos de los martillos, apretadas y lubricadas las tenazas; el yunque estaba muy limpio, las cubas para el agua llenas y el suelo barrido. Después de limpiar la fragua con un cepillo y deshollar el cañón de la chimenea, había recogido ramitas y carbón vegetal. Pero todavía no encendía el fuego.

Secándose la frente con el antebrazo y observando la suciedad que había dejado la frente en él, se giró a contemplar su herrería inmaculada y ordenada. Después ésta se convertiría en la ordenada selva que él prefería cuando estaba trabajando. En realidad, la herrería no había quedado hecha un caos cuando se marchó, pero nadie había trabajado ahí en esos años; se habían acumulado el polvo y la suciedad, y el tiempo y el clima habían afectado a las herramientas. Limpiarla así era un rito necesario para él, un paso hacia la reanudación de su trabajo.

Había hecho inventario de sus herramientas, existencias y el montón de trozos de hierro. Sabía de qué materiales disponía y qué debía comprar o trocar.

Por el momento, comenzaría por trabajos de poca monta en la casa y en el establo, además de las reparaciones que le había solicitado Robson. Después decidiría si estaba preparado para intentar trabajar con acero.

Miró a la parte superior de una pared, donde se apoyaban las vigas, bajo el techo de paja. Ahí estaba guardada por el momento la espada de Jehanne. Aún no estaba preparado para esa tarea, si es que algún día lo estaba.

Sintió seca la garganta y su estómago se quejó. Recordó que ese día sólo había comido una vez, bastante temprano, y decidió ir a la casa, por si encontraba un poco de queso o panecillos de avena guardados en el armario empotrado en la pared.

Eva había vuelto a salir, al parecer esa era su costumbre; se levantaba y salía tan temprano que él apenas alcanzaba a divisarla por el prado o por la ladera hacia el lago. Una vez la vio en la barca con Alpin, atravesando el lago, y bajó, con la esperanza de saludar al viejo, pero cuando llegó ahí, ninguno de los dos estaban a la vista. Apenas había hablado con ella desde la noche de su llegada.

Probablemente ella había observado que él estaba ocupado en la herrería y decidió que era mejor dejarlo en paz con sus asuntos. Lo más probable, pensó amargamente, era que él se sentía demasiado atraído por ella como para acercársele sin un buen motivo. Un poco de distanciamiento era conveniente en esos momentos, se dijo, recordando el avasallador deseo de besarla, y más, que sintió la noche de su llegada. Esas ansias que sentía de ella lo preocupaban.

En ese momento oyó ladrar entusiasmadas a *Solas* y *Grainne*, y la intensidad de sus ladridos iba en aumento; fue a la puerta y se asomó. Eva iba atravesando el prado, justo cuando él estaba pensando en ella. Sonrió tristemente, consciente de que entre ellos había un vínculo que no se rompería fácilmente.

Iba acarreando una manta de tartán a modo de saco, llena de algo.

La trenza oscura le caía sobre un hombro, y caminaba con una elegancia segura, la cabeza erguida, los hombros derechos, el cuerpo esbelto y flexible como una vara.

El atado tenía aspecto de ser pesado, pero reprimió el deseo de ofrecerse a llevarlo él. La independencia significaba mucho para Eva MacArthur, pensó, recordando sus protestas siempre que él y sus hermanos eran indulgentes con ella por su naturaleza femenina.

Precedida por *Solas* y *Grainne*, ella se dirigió a la casa y abrió la puerta, haciendo entrar a las perras primero. Lachlann observó que dejaba la puerta entreabierta, y comprendió que ese era un gesto de bienvenida, aunque ella no había mirado en su dirección cuando atravesaba el prado.

Volvió a quejarse su estómago. Con la esperanza de que ella planeara comenzar a preparar la cena, e impaciente por estar con ella, contra su voluntad, echó a andar por el prado hacia la casa.

Capítulo 11

Golpeó la puerta y entró, y se encontró con Eva sentada en el suelo en medio de un alto y colorido montículo de fragante brezo. Esa hermosa e inesperada visión le aceleró el corazón, como también la acogedora y encantadora sonrisa que ella le dirigió cuando lo vio entrar. Se la correspondió sin ninguna dificultad.

Solas y *Grainne* se precipitaron hacia él, jadeando y moviendo las colas. Le dio unas palmaditas a *Solas* y luego se volvió hacia *Grainne*.

—Pequeña *cráineag*, ¿encontraste al zorro que saliste a buscar?

Grainne saltó sobre las patas traseras, con evidente placer.

—Lachlann, ¡mira! —dijo Eva, sin dejar de sonreír.

—Ah, ¿también quieres una palmadita en la cabeza?

No sabía bien qué le había alegrado el humor. Tal vez la actitud juguetona de las perras. O tal vez la refrescante visión de Eva, después de un día sin ella, después de años sin ella.

—*Tcha* —dijo ella e indicó el montón de brezo con un gesto—. Mira lo que te he traído.

—Ah, brezo. —Se cruzó de brazos y contempló el colorido caos en el suelo—. Lo eché de menos en Francia, pero no tenías para qué bajarlo de la montaña. Tarde o temprano yo habría ido a verlo.

Ella se echó a reír, y luego emitió un chillido porque *Grainne* se arrojó en picado sobre la masa de gavillas y delicadas flores. La perrita gruñó y movió la cola levantada, escarbando entre las flores, dispersándolas por todas partes. Eva y Lachlann se agacharon a cogerla, y la cabeza de ella chocó con el hombro de él. Hincando una rodilla en el suelo, él se metió a la perrita bajo el brazo. Eva se enderezó y se rió, y de pronto la risa se convirtió en risitas.

—¿Qué? —preguntó él.

Entonces miró a *Grainne*, metida bajo su brazo, toda engalanada de flores de brezo; de su fino pelaje sobresalían ramitas y flores púrpuras le adornaban el hocico. La perrita pestañeó, los miró con los ojos muy grandes yladeó la cabeza.

Lachlann sonrió, limpiándola de flores y luego sonrió a Eva.

—¿Para qué has recogido todo este brezo? ¿Aparte de tentar a nuestra ericita?

Ella volvió a reírse. Cómo deseó él que ese sonido no acabara jamás; sonaba como campanillas de plata en su corazón.

—Me alegró encontrar tantas ramas florecidas en esta época del año. *Ach*, tú también estás todo cubierto de ellas.

Mientras hablaba le pasó la mano por el antebrazo, quitándole el brezo adherido, y luego la pasó por la falda, donde había pequeños pétalos dispersos por la tela. La mano pasó por sus muslos, tranquila, eficientemente.

El se quedó muy quieto, consciente de que su cuerpo había reaccionado a ese inocente roce. Ella detuvo la mano y se ruborizó; las mejillas se le tiñeron de rosa. Giró la mano y se llenó la palma ahuecada con las ramitas que se le habían acumulado en el regazo. Él la miró a los ojos.

Vio que tenía una flor colgando encima de la oreja; la desprendió y se la puso en la trenza.

—Ahí se ve bien —dijo.

Ella sonrió, tímida, y empezó a limpiar a *Grainne* de flores y ramitas, mientras él la

sostenía. *Solas* se les acercó y metió el hocico en el hombro de él, pidiendo afecto.

—Vamos, ¿estás celosa, mi muchacha? —Le pasó los dedos por la cabeza—. No te inquietes, todavía te quiero. Ah, y a ti también —añadió al oír el ladrido de *Grainne*.

Miró a Eva, absolutamente consciente de lo que había dicho, y no dicho. Manifestar amor a los perros se le daba fácil, en cambio solía ocultar sus sentimientos a las personas, en especial a Eva.

—¿Recogiste brezo para celebrar mi regreso? —le preguntó, apartando suavemente a *Solas*, aunque continuó sosteniendo a *Grainne*, para evitar que volviera a meterse en el montón de brezo.

—Nada de eso —dijo ella sonriendo levemente—, es para tu cama. —Ah, ¿la cama en que estás durmiendo tú? —preguntó, arqueando una ceja.

A ella le subieron los colores a las mejillas, tal como le gustaba a él.

—Esto te hará una buena cama en la herrería —explicó muy seria—. Tengo que clasificarlos, pero primero será mejor que me tome tiempo para preparar comida para los dos, si quieres quedarte.

—Ciertamente —dijo él, contento de que lo hubiera invitado.

Grainne se agitó nerviosa y trató de saltar en el montón de brezo; él la dejó en el suelo apartándola con mano firme.

—¿Qué harás con todas esas flores? —le preguntó, levantando la vista.

—Serán útiles. Si te vas a sentar ahí, Lachlann MacKerron, podrías ser útil también...

—¿Sentarme aquí? Estoy impidiendo que este animalito tonto destruya tu cosecha —masculló él.

—... podrías separar las ramas sin flor de las floridas. —Se levantó—. Las más duras se pueden secar y usar para hacer esteras y cestas. Puedo aprovechar algunas flores para añadir a las infusiones, y el resto para la cerveza. El brezo es buen tónico para la tos y el catarro también. Con la llegada del tiempo frío, podríamos tener necesidad de eso. Mairi siempre prepara jarabes e infusiones de brezo.

—Lo recuerdo —dijo él asintiendo—. En realidad tiene muchos usos, y Muime los conoce todos. He tomado y olido brezo toda mi vida, como tú, y eso me parecía normal antes. —Aspiró con gusto—. Pero ahora es maravilloso volverlo a ver, oler su fragancia en la casa.

Empezó a separar los tallos, aunque a cada momento tenía que apartar a *Grainne*. La perra estaba fascinada por el brezo y no se daba cuenta del daño que causaba. Al parecer, *Solas* no tenía ningún interés en sus travesuras y estaba echada tranquilamente junto al hogar.

Eva fue al hogar, añadió más turba y echó aire para aumentar el calor, después colgó la olla encima con su larga cadena. La llenó con agua del cubo que tenía al lado del fuego.

Lachlann la observaba moverse entre el hogar, el armario y la mesa, preparando la comida. Diestramente cortó las zanahorias y las cebollas y las puso en la olla humeante con cebada. Después de añadir un poco de sal a la olla se puso a hacer la masa para panecillos de avena, mezclando la harina con mantequilla y sal. Con sus dedos fuertes y flexibles formó los panecillos y los puso sobre una plancha lisa.

—Muime te ha enseñado bien —comentó él—. Te pido disculpas por haber pensado que serías la esposa mimada de un señor rico, con sirvientes para hacerte el trabajo. Aunque eso llegará bastante pronto —añadió en un tono más lúgubre del que habría querido.

Ella frunció el ceño y no contestó. Dejó caer el resto de los panecillos en la plancha caliente. La tensión de su boca revelaba su irritación.

—El otro día vi a Simón —dijo finalmente—. Le dije que querías verlo.

—¿Dónde lo encontraste?

—Eso no te lo puedo decir. —Removió la olla y después fue a sacar platos y copas de un estante y los puso sobre la mesa—. No estoy segura de tu misión.

—Mi intención es hacer una proposición de paz.

—¿De qué servirá eso? Mi hermano no desea paz, desea que se le devuelvan los derechos a su clan y liberen a su hermano. ¿Tanto te ha cambiado el tiempo pasado en el ejército del rey que no puedes compadecernos o comprender nuestra causa? —preguntó, cogiendo una jarra y sirviendo cerveza en las dos copas.

El se levantó, fue hasta la mesa y apoyó allí las manos.

—Pienses lo que pienses de mí, no soy un traidor. No soy diferente del hombre que era cuando me marché.

Ella lo miró desde el otro lado de la mesa, sus ojos verde gris chispeantes como rayos en medio de nubes de tormenta.

—Has cambiado —dijo.

—No soy un traidor —repitió él—. Tus rebeldes pueden fiarse de mí.

—¿Puedo creer eso?

—Cree lo que quieras.

Ella frunció el ceño, fue a servir los platos de la olla y los colocó en la mesa. Con las tenazas sacó unos cuantos panecillos calientes y los colocó en una fuente de madera. Lachlann llevó la bandeja a la mesa y ella fue a sacar un tarro de mantequilla del armario.

—La comida se enfría —dijo bruscamente—. Siéntate y come.

El le hizo un gesto para que se sentara primero. Ella se sentó y recitó una oración de acción de gracias, que él terminó.

Después él metió la cuchara de madera en la sopa de verduras y comenzó a comer en silencio.

Solas y *Grainne* empezaron a pasearse alrededor con expresiones de descarada esperanza. Lachlann sacó trocitos de panecillo y los tiró al suelo. Las perras se arrojaron encima a hociarlos. Cuando levantó la vista vio que ella lo estaba observando. Al instante ella desvió la vista, con las mejillas encendidas.

Él cogió mantequilla para untarla en un panecillo. Impulsivamente, pensando que hacía falta un ofrecimiento de paz, puso un poco de mantequilla en otro y se lo pasó. Ella lo cogió, sacó un trocito y se lo tiró a *Grainne*.

—No tienes apetito —comentó él—. Yo habría pensado que estarías muerta de hambre. Te has pasado el día caminando por la montaña, arrancando matas de brezo, y buscando a rebeldes en su madriguera. .. en las montañas, ¿verdad?

Sacó un buen bocado de pan y metió la cuchara en la sabrosa sopa.

Ella lo miró enfurruñada.

—No te diré dónde están los rebeldes, si es eso lo que esperas. Simón te encontrará cuando esté dispuesto a escuchar el mensaje del rey. Y no puedo comer cuando estoy molesta —añadió, haciendo a un lado el plato.

—¿Molesta por qué? —preguntó él, mojando un poco de pan en el plato ya casi vacío.

—Por nada.

Se levantó y se llevó los dos platos, sacando el de él por debajo de la cuchara, y vació los contenidos en un plato de madera del suelo. Las perras caminaron hacia él entusiasmadas.

—Eh, que todavía estoy comiendo —protestó él.

—¿Cómo puedes comer en medio de una pelea? —respondió ella fregando vigorosamente los platos con arena y ceniza cogida del hogar.

—No tengo delicado el estómago. Y no sabía que estábamos en medio de una pelea.

Se levantó, dio la vuelta a la mesa y Eva se hizo a un lado. Cogiendo otro plato del estante, se echó más sopa y verduras de la olla y se lo comió rápidamente, de pie junto al fuego. Eva limpió los platos con un paño y los colocó en la repisa en tenso silencio.

Siempre había sido explosiva y fascinante, recordó él, tozuda y animosa, con temperamento suficiente para confundir a los niños que la rodeaban. Pero sabía que tenía buen corazón, integridad y valor. Si estaba enfadada, tenía que tener buenos motivos para estarlo. Y era evidente que estaba enfadada con él; perplejo pensó qué habría hecho.

La observó en silencio mientras comía. Estaba tensa como la cuerda de un arco. Tal vez estaba realmente asustada por sus parientes, puesto que había sacado el tema de su lealtad. Ciertamente era leal a sus viejos amigos, y pensaba que ella debería saber eso sin dudar. Pero también tenía secretos que proteger.

Cuando terminó, dejó a un lado el plato y se volvió hacia ella, que estaba a su lado junto al fuego.

—Dime una cosa —le dijo—, ¿estás molesta conmigo porque traigo un mensaje del rey Jacobo para Simón? —Vio que ella continuaba mirando las llamas, en silencio—. El rey habría enviado su aviso con tropas. Me ofrecí a traer el mensaje de modo más pacífico, pero debo saber dónde está Simón.

—Si te lo dijera, podrías decirle al rey dónde se esconden los rebeldes, y él enviaría fuego y espadas tras ellos. Sabemos de sus planes de aplastar la rebelión de los MacArthur.

—¿Cómo supisteis eso? —preguntó él.

—Alpin me dijo que llegó un mensajero a Innisfarna con noticias sobre los planes del rey.

—Conocí a John Robson el otro día. No dijo nada de eso. Si era un mensajero real, me lo habría dicho. Robson sabe cuál es mi misión aquí.

Ella arrugó más el ceño, sus cejas oscuras se juntaron más aún sobre sus ojos preocupados.

—El mensaje era de Colin. Ha vuelto de Francia y pronto estará aquí... muy pronto, dicen.

Él sintió caer el corazón pesadamente a sus pies.

—Ah. ¿Y eso te molesta? Yo habría pensado que estarías impaciente por el regreso de tu novio.

La amargura le agrió la voz, aunque deseaba conservarse neutral.

Ella se encogió de hombros.

—Les hice una promesa a Colin y a mi padre. A pesar de lo que les ha ocurrido a mis parientes, debo respetarla.

—Eres una mujer honrada —musitó él—, y Colin Campbell es un hombre afortunado —añadió, pero frunció el ceño.

Eva levantó la cara hacia él y sus ojos se posaron en esa exuberante boca rosada. Si el estado de ánimo fuera distinto, si la vida hubiera sido distinta, la besaría. Pese a las barreras que existían entre ellos, la tentación discurría caliente por todo él.

De pronto ella lo miró con ojos acerados.

—Dime una cosa.

—Di —dijo él, entornando los ojos.

—¿Quieres demostrar tu lealtad a los MacArthur?

De pronto fue él el que se sintió traicionado. Su desconfianza lo hería como un cuchillo, y la noticia de la inminente llegada de Colin le retorció la hoja por dentro. Acercó la cara a la de ella.

—Escucha —dijo con voz ronca y letal—. Soy un herrero MacKerron. Mi familia ha servido a los MacArthur y a la región del lago Fhionn durante generaciones. Ninguno de vosotros debería poner en duda mi lealtad, y tú menos que nadie. Me conociste muy bien en otro tiempo como para suponer qué clase de hombre soy ahora.

Ella bajó los ojos, perturbada, y miró hacia otro lado.

—Acordamos olvidar lo que ocurrió entre nosotros la noche de Beltane.

—¿He dicho algo de eso? —gruñó él.

A ella se le intensificó el rubor en las mejillas. Sin contestar, se dirigió al armario empotrado en la pared a guardar los panes envueltos en paño.

Él exhaló un suspiro, lamentando su estallido de resentimiento. Existía fuego entre ellos, abrasador; conocía bien las señales. Comprendía el fuego, de cualquier tipo, y lo sentía arder en ese momento, veía las llamas en ella. Aunque no debía volver a dejar salir la pasión, ese tipo de fuego tenía una naturaleza exigente. Se expresaba en continuas llamaradas en los dos, como estrellas titilando en la noche.

Lamentaba esa turbulencia, porque apreciaba su amistad. Suspirando, se le acercó. En ese momento ella se giró y chocó con él y la afirmó poniéndole una mano en el hombro. Ella se tensó, como lista para apartarse de un salto.

—¿No éramos amigos antes, Eva MacArthur? —susurró.

—Sí, pero tú has cambiado. —Lo miró muy seria, solemne—. Estás más... reservado. Tienes secretos. Lo noto, intensamente.

Él apretó los dedos sobre sus hombros, resuelto a no revelarles esos secretos. Pero la claridad de sus ojos lo perforaba, en alma y corazón. Su naturaleza intuitiva, franca, era capaz de descubrir lo que él deseaba ocultar.

—Soy mayor y más prudente —dijo—. He visto cosas y he aprendido cosas... que ojalá no las hubiera sabido. —Bajó la mano y retrocedió un paso—. Eso es lo que notas en mí. Sólo en eso he cambiado.

Ella lo observó atentamente.

—¿Qué te ocurrió en Francia, Lachlann?

Él desvió la vista, con la mandíbula apretada.

—No más de lo que le ocurrió a cualquiera. —Vio su ceño preocupado y presintiendo que le haría más preguntas, se apresuró a continuar—. En cuanto a esta discusión, aquí y ahora, no me agrada que se ponga en duda mi lealtad.

—Si pudieras demostrar que apoyas a mi gente, ¿lo harías?

Él ladeó la cabeza.

—Y sin embargo tú no quieres dejar en paz esto.

—Mis parientes desean que les hagas armas —dijo francamente—. Desean probar y medir tu lealtad. Simón tiene que estar seguro de ti para encontrarse contigo.

Él frunció el ceño, pero agradeció su sinceridad.

—Supongo que esas armas no se usarían para cazar sino para otra cosa.

Ella lo miró fijamente, sin responder, lo que en sí ya era una respuesta. El hizo una inspiración resollante.

—Estás comprometida con Colin. ¿Me pedirías que arme a tus parientes para que vayan en contra de los Campbell y del rey?

Arrugando su tersa frente, ella negó con la cabeza.

—La influencia de Colin podría conseguirles el perdón algún día. Pero ellos necesitan defenderse por ahora. Y su rebelión es justa. Supongo que ves eso.

—Lo veo, pero eso no significa que quiera ayudarlos en la rebelión.

—¿Por qué no?

—¿Por qué habría de acceder a unirme a esta causa sin siquiera haber hablado con Simón? Es insurrección y traición fabricar armas expresamente para que unos rebeldes

las usen contra la corona. Además, hay que tomar en cuenta el gasto y el trabajo, por no decir nada del riesgo para sus vidas, por el amor de Dios —añadió enérgicamente.

—No te pedimos que proporciones armas afiladas a niños —espetó ella.

—Eva, no puedo hacer eso. —No podía decirle por qué.

—Entonces Simón no se encontrará contigo.

Algo hizo explosión en él, motivado por la ira y la hiriente desconfianza de ella y por la continua y crepitante tensión entre ellos. La cogió por los brazos, con más fuerza de la que pretendía. Como una tormenta, pasaron por él una minada de sentimientos intensos: miedo, rabia, deseo, y un innegable dolor. Eva ahogó una exclamación y le apretó el musculoso brazo, aun cuando él la tenía cogida.

—Si dudas de mi lealtad, ponía a prueba —gruñó—. Hay una manera.

Casi antes de darse cuenta de lo que hacía, la estaba besando, fuerte, violentamente. Moviò los labios sobre los de ella y se desencadenó la avidez. Ella reaccionó con un suave gritito, cediendo a su presión. Apoyó las manos en su pecho y emitió un gemido.

El beso continuó en otro y otro, como una brillante cadena candente entre ellos. Ella le correspondió cada beso, y él sintió su necesidad, igual a la suya, llama a llama, verdadera, potente, ávida. ^M Estaba perdido, absolutamente perdido, y lo sabía. Sangre y fibras, respiración y alma, a punto de explotar. Lo inundaron sus sueños, años de sueños. Al instarla a ponerlo a prueba, él ponía a prueba lo que había negado a su corazón durante tanto tiempo.

«Para», se dijo. «Antes que sea demasiado tarde». Sin aliento, se apartó, sin aflojar las manos en sus brazos. Eva continuó con las palmas apoyadas en su pecho, como si eso fuera lo único que la sostenía en pie. Tenía el pecho agitado y los labios más sonrosados.

—Ahora —dijo en tono severo—, pregunta a tu corazón de mujer si soy un hombre digno de confianza.

La soltó y se dirigió a la puerta. Abriéndola de un tirón, salió, y agradeció la ráfaga de aire frío que le dio en la cara.

Capítulo 12

—Esta cama hay que hacerla de ramitas con hojas —murmuró Eva, separando los trocitos de brezo en dos montones.

Mientras elegía ramitas para la cama de Lachlann, le ardían las mejillas, al recordar sus pasmosos besos. El sol ya estaba bajo y Lachlann no había vuelto a la casa, y ella seguía sentada ahí, separando brezo y hablando sola como una loca.

Nuevamente la recorrió un estremecimiento, recordando todos los besos, uno solapado con otro. Por mucho que se esforzara en resistirse a los emocionantes recuerdos, no podía olvidar la presión de sus fuertes brazos, su boca cálida... Frunciendo el ceño, se ordenó ir a la herrería a decirle muy enfadada que no toleraría esas libertades.

La verdad era que deseaba desesperadamente volver a besarlo. Sin embargo, por mucho que sus besos la hubieran calentado y debilitado, o hecho realidad sus sueños más acariciados, cualquier peligro para su matrimonio era un peligro para su clan. Sería una tonta si permitía que Lachlann fuera algo más que un amigo.

Pero deseaba que fuera algo más, y lo deseaba intensamente. Arrojando más ramitas en el montón, gimió, al comprender que su amistad, en otro tiempo fiable y ahora mezclada con pasión, nunca volvería a ser igual. Ese excitante beso, motivado por el orgullo, no era señal de una emoción fraterna.

Eso era lo que debía decirle, decidió: que fuera amigo o la dejara en paz. Cogiendo una manta de tartán la extendió en el suelo, puso encima las ramitas y hojas del montón, y anudó las esquinas. Se echó el bulto al hombro y abrió la puerta. *Solas y Grainne* salieron corriendo con ella, y después de cerrar bien la puerta de roble echó a andar por el prado.

Lachlann fue cogiendo trozos de hierro del montón cambiándolos de sitio, para evaluar lo que había, pero no lograba concentrar su mente en la tarea. Trató de hacer a un lado la tinaja que ocupaba la mayor parte del rincón, pero ésta no cedió. Le dio una patada, y se volcó, haciendo un fuerte ruido. Otro empujón le sirvió para desahogar un poco de rabia y frustración.

Lo que más deseaba en la vida eran imposibles: trabajar el acero, cosa que ya no podía hacer; defender a una joven destinada a ser un símbolo, y amar a Eva, con alma y corazón, pero eso no podía ser tampoco.

Sin embargo, la había cogido en sus brazos y besado como si fuera sólo suya. Se le excitó el cuerpo con el vivo recuerdo, deseando seguir el curso natural de su deseo. Había tenido que recurrir a toda su fuerza de voluntad para soltarla.

Haber vuelto a Balnagovan había sido más que estúpido, se dijo; podría resultar ruinoso, incluso desastroso, para los dos y para los demás. Se pasó los dedos por el pelo, exasperado, después fue hasta la puerta y la abrió de un tirón. El aire frío le despejó el torbellino mental y lo invitó a salir. Miró hacia la casa, a través del brillo ámbar del sol poniente.

Eva iba atravesando el prado, con un abultado tartán en el hombro. Venía en dirección a la herrería, su fastidio evidente en cada paso, su expresión sombría y resuelta.

Él conocía muy bien el genio explosivo de Eva, aunque los años y la feminidad lo

habían suavizado. Bien advertido, se apoyó en el marco de la puerta, se cruzó de brazos y esperó.

Ella atravesó el patio pisando fuerte, se quitó el bulto de la espalda y lo empujó hacia él con tanta fuerza que lo hizo retroceder hacia el interior. Sin soltar el bulto, ella lo empujó más hacia dentro.

—Aquí tienes tu cama —ladró, pasando junto a él. Llevó el bulto hasta un rincón desocupado y lo dejó caer con un floreo triunfal; los nudos se soltaron y el brezo se desparramó por el suelo—. ¡Háztela tú, y que no tengas ni un solo momento de paz en ello! ¡Esto es más de lo que te mereces!

Acto seguido, se giró para marcharse.

—Eva...

Trató de cogerle un brazo pero ella retrocedió bruscamente.

—No creas que puedes volver a cogerme.

—Eva, te pido disculpas.

—¿De qué? ¿Qué has hecho, ahora o antes?

—Por el beso. Fue... indecoroso de mi parte.

—*Ach* —exclamó ella, en un tono que más pareció angustiado que enfadado—. Vuelves a Balnagovan y me besas como si nunca te hubieras ido, y luego esperas que yo haga como si tal cosa. Tal vez tú puedes hacer eso, pero yo no. Significó algo para mí, entonces y ahora —añadió con intensidad—, aunque no significara nada para ti.

—¿Qué significó para ti? —dijo él—. ¿Entonces y ahora?

Ella miró hacia otro lado.

—Ahora soy una mujer, no una niña tonta que no conoce sus sentimientos. Estos últimos años han sido difíciles, y he estado... muy sola. Trato... me esfuerzo tanto en... —Tragó saliva y él vio que estaba conteniendo las lágrimas—. Hago lo que creo que es correcto, aun cuando... no desee hacerlo. Y luego vienes tú y... *Ach!* —Levantó las manos, frustrada, lo miró furiosa, y volvió a desviar la vista—. No estoy diciendo lo que quiero decir.

Un atisbo de sonrisa asomó brevemente a los labios de él. No debía disfrutar viéndola en ese estado de confusión, pero disfrutaba. Era tan apasionada, tan auténtica.

—¿Qué es lo que quieres decir?

—No lo sé —repuso ella, y se cruzó de brazos, enfurruñada. Una chispa se encendió en él entonces: esperanza. No la había sentido desde hacía mucho tiempo, pero estaba seguro. Entornó los ojos y en su campo de visión volvieron a bailar lucecitas, como luciérnagas o hadas. Pero estaba tan concentrado en ella que apenas las notó.

Un beso, y el dado había rodado quedando en otra cara. La chispa de esperanza parpadeó y brilló más cuando vio lo verdaderamente furiosa que ella estaba con él. Conocía su genio, y la conocía a ella. Estaba conmovida, en lo más profundo. Sus emociones eran como el lago, con muchas profundidades; le había correspondido el beso con igual pasión.

Tal vez sus sentimientos por él eran algo más que amistad, después de todo, como había creído una vez, una noche de Beltane en la playa. Tal vez sus sueños, sus sueños con ella todos esos años, podrían hacerse realidad de alguna manera, si de verdad ella no deseaba ese matrimonio. Casi no se atrevía a pensarlo, pero veía la posibilidad, tan nítida como un arco iris.

A ella le tembló la barbilla y él deseó estrecharla en sus brazos otra vez. «Espera», se dijo. Si lo que sospechaba era cierto, si sus sentimientos eran iguales o al menos parecidos a los suyos, el poder de eso era innegable.

—Te pido perdón. Estaba enfadado y se me ocurrió demostrar mi argumento, que se

puede confiar en mí, incluso contigo en mis brazos.

—Ese beso no demostró nada —dijo ella alzando el mentón.

—Ya estás comprometida. Eso fue indigno de mí. Nunca hemos estado destinados el uno para el otro.

Se obligó a decir eso, aunque en realidad pensaba que lo cierto era lo contrario. Pero si ella deseaba a Colin y prefería casarse con él, debía saberlo.

—N-nunca hemos estado destinados el uno para el otro —repitió ella, desviando la vista, con una pequeña arruguita en el entrecejo.

—La hija de un jefe de clan y el hijo de un herrero. Tu padre no lo habría tolerado jamás. Eligió al hombre que consideraba mejor para ti, y, lógicamente, debes respetar eso.

—D-debo. Y deseo lo que sea mejor para mi clan. Pero nunca he deseado, no deseo... —Hizo un gesto vago y una inspiración entrecortada.

Él no supo si era a Campbell al que no deseaba o al hijo del herrero. Le dio tiempo para decirlo, pero ella se limitó a morderse el labio, con expresión afligida.

El ladeó la cabeza.

—Bueno, entonces. Tienes mis disculpas. No volverá a ocurrir.

Ella lo miró por debajo de sus cejas oscuras, dudosas.

—¿El beso o la disculpa? —preguntó, con la voz inesperadamente calmada.

El curvó los labios en una rápida sonrisa.

—¿Qué querías que repitiera? ¿La disculpa o el beso?

Ella pestañeó y guardó silencio. En lugar de contestar, fue hasta el rincón y se arrodilló en el brezo que había desparramado ahí. Cuando comenzó a arreglar el desorden, él echó a andar hacia ella. Ella lo miró por encima del hombro.

—Lamento el desastre. —Parecía calmada—. Fue un pronto de genio.

—Lo sé todo de tu genio. No tiene importancia. Pondré un tartán encima y será una buena cama.

—Deja que te la arregle, como era mi intención.

Extendió el tartán y dobló una mitad, reservándola para tapar la parte de encima. Colocando el brezo en hileras sobre la manta, distribuyó las espigas abiertas entrelazándolas para formar un mullido y ordenado conjunto. El hincó una rodilla para ayudarla. Trabajaron en silencio, envueltos en la fresca fragancia. Finalmente Eva extendió la otra mitad de la manta sobre la cama de brezo y la alisó.

—Te traeré la piel de lobo de la casa —dijo—. Las noches se hacen más frías ahora.

—La necesitarás en tu cama.

—La casa tiene gruesos muros de piedra, que retienen el calor del hogar toda la noche. Esa cama no está nunca fría, ni siquiera al amanecer.

—Lo sé —dijo él en voz baja—. Dormí en ella toda mi vida.

Ella se ruborizó y volvió a pasar la mano sobre la manta para alisarla. Al estirar el brazo le rozó la rodilla, y él sintió su aroma, como un complemento cálido y femenino a la dulce fragancia del brezo.

Lo inundó el deseo, y se imaginó revolcándose en esa cama de brezo con ella. Había soñado con eso más de una vez. En Francia había sobrevivido gracias a sueños que eran asombrosamente parecidos a lo que había ocurrido desde su llegada: Eva en su casa, Eva junto a su hogar, Eva en sus brazos... Eva con él en una cama de mullido y embriagador brezo.

Su cuerpo se encendió como yesca bajo la chispa de un pedernal. Pero no permitiría que esa reacción potente y natural arramblara con su autodominio. Tenía que considerar demasiadas cosas, y andar con cautela.

La esperanza había florecido y era necesario alimentarla.

—Eva...

Estiró la mano para tocarle el hombro, justo en el momento en que ella se inclinaba a meter la manta por el otro lado. Su talle flexionado se meció con gracia sensual.

—Ya está —dijo ella, sentándose sobre los talones—. Está lista.

El contempló la cama.

—Esa manta de tartán era de Finlay —dijo—. Se la ponía para las fiestas, bodas y funerales.

—Ah, no lo sabía. Iré a buscar otra. Mairi tiene un montón de tartanes en la casa, para usar de mantas para la cama y cortinas.

—Es un consuelo, no una molestia. Déjala.

Ella lo miró, con la cara muy cerca. El se acercó más, pensando en besarla de nuevo, esta vez con ternura, no con rabia ni resentimiento, como antes. La mirada de ella se posó en sus labios, y a él no le cupo duda de que estaba pensando lo mismo, con el mismo deseo. La conciencia de esa cercanía se tensó entre ellos. Inclinado hacia ella, sintió esa revolución interior que sólo ella podía causar.

Eva cerró los ojos y ladeó la cabeza, su cuello largo, grácil, suave. Él le tocó ligeramente la mandíbula y deslizó la mano por la fresca seda de sus cabellos.

—Lamento lo que hice en la casa —susurró.

—¿Lo lamentas? Yo no.

El corazón le dio un vuelco.

—Dios mío, Eva —susurró acercando más la cara a la de ella—. ¿Qué es esto que hay entre nosotros?

No debería haberlo reconocido tan francamente, pero ya habían salido las palabras, roncadas y sinceras.

En la exquisita profundidad verde gris de sus ojos vio la dulzura del verdadero cariño, junto con chispas que insinuaban rabia, resentimiento y cautela, reflejando lo que sentía él.

Ella era parte de él, y lo sabía; ¿sentiría ella lo mismo? No estaba prometida a él, aunque en un mundo bueno y perfecto lo habría estado. Sentía fuerte y puro lo que existía entre ellos, como si los ángeles los hubieran comprometido antes que nacieran. Pero los hombres habían roto ese acuerdo. ¿Sería él capaz de corregirlo?

Tonterías, se dijo; simples anhelos de un hombre solitario, profundamente enamorado desde mucho tiempo sin tener jamás la libertad para expresarlo.

Se inclinó y la besó, suave, tierna, largamente. La elección estaba en el equilibrio, y esperó la reacción de ella.

Ella le correspondió plenamente, moviendo la boca bajo la de él, con tanto deseo que casi se quedó sin aliento, sin razón y sin ese autodomínio conseguido con tanto esfuerzo; con tanta dulzura que casi la tumbó en la cama de brezo para hacerle el amor, ahí, en ese momento.

Sólo se tocaron sus bocas, pero esa simple unión contenía una compleción diferente a todo lo que hubiera experimentado antes. La pasión ardía en ese espacio entre sus cuerpos y sus manos quietas.

Entonces ella se apartó y apoyó la cabeza en su hombro. Se le escapó un suspiro, como una tristeza liberada. Él la oyó inspirar y sintió cómo esa tristeza volvía a entrar. Pasó su mano por encima de la seda revuelta de sus cabellos.

—¿Qué es esto que hay entre nosotros? —dijo Eva, como si él acabara de hacer la pregunta—. No lo sé, pero creo que ha estado ahí mucho tiempo. .

Levantó la cabeza y él apoyó la frente en la de ella.

—¿Qué quieres hacer?

Ella suspiró, volvió a suspirar y bruscamente se puso de pie.

—Nada —dijo—. ¿Qué se puede hacer? Se queda como está.

Dicho eso atravesó la habitación con pasos seguros, decididos, dejándolo arrodillado solo junto a esa lujuriosa cama de brezo, su relleno y fragancia perfectos, sin tocar.

Capítulo 13

La lluvia caía suave como llovizna sobre el techo cuando Eva puso a cocer avena en la olla con agua hirviendo. Cuando acabó de echar la comida a los pollos y rastrillar heno fresco hacia el corral de la vaca de Mairi, ya se había desatado el aguacero. El agua caía con tal fuerza que se tomó tiempo en ordeñar la vaca bajo el techo de paja del corral. Después dio la vuelta corriendo alrededor de la casa, con el cántaro en la mano, en dirección a la puerta. Tenía el vestido empapado, los pies descalzos congelados y cubiertos de lodo, y la leche ya estaba un poco aguada.

Oyó un grito y se detuvo a mirar hacia la herrería, a través de la oblicua cortina de lluvia gris, con la esperanza de que fuera Lachlann el que la llamaba. Con gran desilusión vio cerrada la puerta de la herrería, aunque se veía luz a través de las contraventanas. ¿Cuándo volvería a verlo?, pensó.

El llevaba varios días ocupado en la herrería, limpiando, trasladando cosas, y reparando el techo. Verlo de pie sobre el techo de pizarra una soleada tarde, con falda y sin camisa, casi le había quitado el aliento. El la saludó con la mano, sonriendo, y ella se apresuró a corresponderle el saludo, agitando la mano, esperanzada. Después él entró en la herrería, pero ese exquisito momento, y su sonrisa, se quedaron con ella.

También había trabajado en el establo, reparando las puertas, cambiando la paja y haciendo las tareas pesadas que a ella no le gustaba hacer. Sus breves conversaciones se centraban en lo que necesitaba atención en el establo y en la herrería. Aunque lo ayudaba cuando podía, al parecer él prefería trabajar solo, y ella lo dejaba en paz. Cada día salía en su rocín, y ella sabía que iba a las montañas, en busca de Simón, suponía.

Claro que no encontraría a Simón mientras éste no quisiera ser encontrado, se decía. Su hermano y sus parientes eran listos en esconderse para sobrevivir.

Volvió a oír el grito, y miró hacia el lago. La fuerte lluvia retendría a Alpin y a los soldados en Innisfarna, aunque los había visto con frecuencia esos días, cuando los soldados salían a patrullar. Como siempre, ella los había evitado. Había practicado esgrima con Alpin y visitado a Margaret y Angus, para ofrecerles ayuda y contarles el regreso del herrero. Otro día, recogiendo manzanas tardías, descubrió un lugar protegido para practicar esgrima con un palo resistente.

Los días se le pasaban rápidos, inmersa en la paz de tareas sencillas y pocas visitas. Aun teniendo a Lachlann cerca, sabía muy poco de él. Incluso cuando lo invitaba a la casa a comer, sus conversaciones se centraban en temas sin importancia.

Ninguno de los dos hablaba de los rebeldes ni de armas, ni de mensajes del rey. Ninguno hablaba de sueños, ni de besos ni de anhelos, aunque ella tenía la cabeza llena de esos pensamientos y el corazón hecho una maraña. Agradecía el respiro, que le daba la oportunidad de evaluar sus sentimientos, si pudiera hacerlo, claro.

Dudaba de que Lachlann saliera de la herrería con esa lluvia, si tenía trabajo ahí. Ya tenía bastantes provisiones y se había hecho un cómodo lugar para vivir en un lado de la espaciosa habitación. Por lo tanto iba a la casa con menos frecuencia y ella lo echaba terriblemente de menos.

Sumida en sus pensamientos, miró nuevamente hacia la herrería, todavía con la esperanza de que se abriera la puerta, mientras la lluvia le caía a chorros, rizándole los cabellos y empapando su sencillo vestido de lana. *Solas* y *Grainne* estaban echadas junto al hogar, mirándola por la puerta abierta, con las cabezas ladeadas, como pensando que era una tonta por estar ahí mojándose cuando podría entrar a secarse y

calentarse.

Volvió a oír el grito y miró hacia el prado. Un hombre y una mujer venían en dirección a la casa, llevando un poni en medio. La mujer llevaba la manta de tartán sobre su cabeza rubia, y el hombre sujetaba otra sobre el lomo del poni, del que colgaban dos cestas; dentro de las cestas se movían dos cabecitas cubiertas. Entonces la mujer agitó la mano y ella contestó riendo.

—¡Margaret! —gritó, haciéndose bocina con las manos—. ¡Angus!

La pareja debió de salir de su casa, que estaba a unos kilómetros más o menos en una colina, antes que la lluvia se hiciera torrentosa. Ya venían corriendo, protegiéndose con las mantas las cabezas de ellos y de los niños.

Eva entró en la casa a dejar el cántaro de leche y corrió a la herrería; se le hundieron los talones en el lodo cuando llegó al patio. Golpeó fuertemente la puerta y Lachlann no tardó en abrir.

—Eva, ¿qué pasa? —preguntó preocupado.

Ella sonrió y se echó hacia atrás el pelo empapado. Él se echó a reír, moviendo la cabeza.

—*Ochan*, muchacha, pareces un silfo salido del lago. Entra a calentarte —dijo, haciéndose a un lado para dejarla pasar.

Ella se rió y le cogió el brazo, disfrutando de su contacto, su brazo fuerte, cálido y seco.

—¡Sal a la lluvia conmigo! —insistió, tirando de él.

Él la miró como si se hubiera vuelto loca.

—¡Ven a la casa! ¡Están Margaret y Angus!

Indicó hacia el establo, donde en ese momento la pareja iba entrando a toda prisa con el poni. Él asintió, entró en la herrería y volvió con una manta de tartán que puso como una tienda sobre sus cabezas.

—¡Corre, muchacha!

Ella le pasó un brazo por la cintura y echaron a correr bajo el frío aguacero, chapoteando en el lodo. Cuando llegaron a la casa, estaban empapados y riendo.

Mientras esperaban en la puerta a que Angus y Margaret salieran del establo, Eva miró a Lachlann, que seguía sujetando la manta sobre sus cabezas, para ampararse de la lluvia. Sonriendo, él le apartó el pelo de la frente.

—Mírate, muchacha silfo —bromeó él.

—Y mírate tú, hombre silfo —replicó ella, pasándole los dedos por los chorrillos de agua que le caían por la frente.

Bajo el refugio del empapado tartán, a él se le desvaneció la sonrisa y el azul de sus ojos se intensificó. Vibró el deseo, un deseo ardiente que emanó de la mano que él tenía sobre la cabeza de ella. Eva lo sintió con tanta intensidad como si él la estuviera acariciando de un modo más provocativo. Detuvo la mano en su firme mejilla, sintió la aspereza de su barba en la palma, y una emoción vibrante la recorrió toda entera.

—¡Lachlann MacKerron! —gritó Margaret.

Él miró hacia allá y pasó el momento, aunque quedó la ardiente emoción entre ellos. Eva bajó la mano y se giró a mirar también.

—¿Me recuerdas? —dijo Margaret riendo, ya muy cerca.

—Margaret MacArthur, ¿cómo podría olvidarte? —contestó él, en el tono alegre con que siempre le hablaba antes.

Dejando la manta en los hombros de Eva, la hizo entrar en la casa, apartándola de la lluvia. Después se volvió a saludar a Margaret con un beso en la mejilla y a Angus con un apretón de mano.

—Este día pide un *brose* caliente —dijo Eva. Fue a remover el contenido de un pequeño cazo puesto encima de una parrilla sobre el fuego del hogar. Con un atizador movió las brasas hasta hacerlas brillar, crepitar y echar humo. Miró a Lachlann por encima del hombro—. Empezamos a prepararlo con Margaret mientras vosotros estabais en la herrería.

Lachlann estaba sentado en una banqueta junto al hogar, pasándose enérgicamente los dedos por entre los cabellos todavía empapados; acababa de llegar corriendo con Angus de la herrería y la lluvia los había vuelto a mojar. Estiró las piernas, apoyando las botas cerca del hogar, y miró hacia Angus y Margaret.

La pareja estaba sentada en un banco junto a la mesa, hablando en voz baja mientras se ocupaban de hacer comer a sus dos hijos pequeños, una niña que se estaba echando torpemente gachas de avena en la boca con la cuchara, y un bebé que estaba mamando bajo el *arisaid* con que su madre cubría decorosamente sus amplios pechos. Angus tenía inclinada la cabeza, de cabellos castaño rojizos, junto a la cabeza rubia dorada de Margaret, con su ancho y musculoso hombro apoyado en el de ella.

Lachlann dio unas palmaditas a *Solas*, que estaba echada a su lado.

—Un *brose* me parece excelente ahora —dijo a Eva—. Aunque la Eva MacArthur que conocí en otro tiempo no podría haber preparado uno bueno.

—Ha cambiado —contestó ella, en un tono seco que lo hizo mirarla.

—Y pronto será una esposa —añadió Margaret.

—Y una buena —añadió Angus—. Mantiene muy bien la casa aquí en ausencia de Mairi.

Eva se sentó en una banqueta frente a Lachlann, estiró las piernas desnudas y puso los pies descalzos cerca de las brillantes brasas de terrones de turba. Mirando disimuladamente, Lachlann admiró la hermosa forma de sus tobillos y pies, tan elegantes y finos como todo el resto de ella.

Lentamente subió la mirada, disfrutando del placer: piernas largas y caderas esbeltas, abdomen plano, pechos firmes y redondeados, hombros erguidos en ángulo recto, un gracioso cuello, y el blanco contorno de su cara, brillante a la luz del fuego. Era un alivio para sus ojos, pensó, incluso cuando aparecían imprevisibles lucecitas en su campo de visión.

Eva se inclinó a remover el contenido del cazo.

—Ya está listo y nos va a calentar agradablemente —dijo, levantándose a sacar copas.

«No tengo frío», deseó decirle él, «no puedo tener frío cuando te estoy mirando». Y no podía tener frío estando sentado ahí con ella, como una pareja mucho tiempo casada, satisfecha y en paz en la mutua compañía, como habían sido sus padre adoptivos, como era evidente que eran Angus y Margaret.

Eva sirvió una humeante mezcla no espesa de agua con avena en cuatro copas, añadió nata fresca, un poco de miel y otro poco de *uisge beatha*, y removió el contenido de cada copa antes de distribuirlas.

Lachlann cogió la suya, dio las gracias y aspiró el agradable aroma, vivificado con el *uisge beatha*.

—*Sláinte* —dijo Eva alzando la copa y sonriendo a Lachlann y a los otros dos.

Lachlann también hizo el brindis a todos y bebió. El agradable calor lo impregnó, irradiando por todo él. La lluvia golpeaba en el techo, el viento aullaba fuera. Levantó la vista hacia las vigas.

—En Francia llovía muchísimo, pero no había *brose* para calentar a un hombre —comentó y bebió otro trago.

—¿Qué había para calentar a un hombre? —preguntó Eva riendo.

Él la miró con la cabeza ladeada, deseando que el pelo mojado no le formara esos encantadores rizos alrededor de la cara, que sus mejillas no se ruborizaran con tanta facilidad, porque no podía apartar los ojos de ella.

—No mucho —contestó finalmente—. El sol durante el día y fogatas de pino por las noches. Dormíamos al aire libre con más frecuencia que menos, o nos agrupábamos en habitaciones o tiendas demasiado pequeñas para tantos hombres y con demasiado pocos jergones y mantas.

—Dormir apelotonados calentaría a un hombre —dijo Margaret.

—O lo llenaría de pulgas —bromeó Angus.

Riendo con los demás, Lachlann bebió otro trago.

—Ahora que has vuelto, me alegra no tener que hacer la larga cabalgada hasta Glen Brae para buscar clavos para mi trabajo de carpintería, o para herrar a mi caballo y mi buey —dijo Angus, sonriendo.

—Y gracias a Dios que volviste sano y salvo —añadió Margaret—. Ahora tendrás más trabajo del que puedas hacer. Ese otro herrero no es capaz de hacer nada bien. Va por la herrería como un duende.

Lachlann se echó a reír. La niña, llamada Maeve, se bajó del banco y caminó hacia Eva, que la cogió y la sentó en su falda. La niña, tan rubia y hermosa como su madre, observó fascinada a Eva sacar un largo cordón de una cesta y formar con él un juego de cuna.

—Lachlann, necesito unos cuantos cucharones, un nuevo atizador, y cuchillos de cocina, cuando tengas tiempo —dijo Margaret, y él asintió—. Ah, cuánto te he echado de menos, más de lo que podrías imaginarte.

Él miró a Eva, no pudo evitarlo. Ella lo estaba mirando muy seria por encima de la cabeza de la niña.

—Espero que mi mujer no te haya echado demasiado de menos, porque le gustabas bastante —dijo Angus, a lo que Lachlann sonrió y Margaret le dio un codazo. Angus alzó la copa en brindis y añadió—: Ah, eso me recuerda que debo darte las gracias por lo que hiciste hace unos años.

—¿Y qué fue eso? —preguntó Lachlann.

—¿Te acuerdas de esa noche de Beltane antes que te marcharas a Francia? Margaret esperaba que salieras a pasear con ella, pero tú la dejaste a mi cuidado y te fuiste a pasear con Eva. Margaret no estaba nada contenta contigo por eso... ¡Uf! —exclamó al recibir un fuerte codazo de Margaret. La miró y le hizo un guiño—. Pero al final de la noche estaba muy contenta conmigo, creo.

—Ah, sí, y tú estabas aún más feliz —musitó Margaret, dándole una palmadita en la barbuda mejilla.

Angus se echó a reír de un modo tan exuberante y simpático que todos sonrieron.

—De nada por el favor —dijo Lachlann—. Parecéis hechos el uno para el otro.

—Una lástima que no encontraras esposa esa noche, para calentarte —dijo Angus, aunque Margaret emitió una exclamación. El la miró en actitud defensiva—. Si la hubiera encontrado, podría haberse quedado aquí, evitándonos desperdiciar buenas monedas con ese borracho.

Nuevamente Lachlann miró a Eva; los recuerdos de Beltane estaban grabados en su corazón. El rubor de Eva le dijo que ella también tenía ardientes recuerdos.

—Ese herrero de Glen Brae no es un MacKerron, ese es su problema —continuó Angus—. Los MacArthur llevan la herrería en la sangre, desde tiempos remotos.

Margaret asintió.

—Se supone que los MacKerron tienen sangre oscura de elfos, y eso les da su

pericia, y los cabellos negros y los ojos claros, al menos eso dicen. Eva también tiene sangre oscura de elfos en ella, de Aeife la Radiante. Tú sabes la historia, Lachlann.

—Hace mucho tiempo que no la oigo —contestó él.

El bebé de Margaret lloriqueó y se movió dormido, ella lo apoyó en su hombro y le acarició la espalda.

—Tal vez Eva quiera contar la historia para nuestra pequeña Maeve, que todavía no la ha oído.

—Maeve es pequeña para una historia, pero a mí me gustaría oír una —dijo Angus—. Un cuento junto al fuego en una noche de lluvia es el mejor de los cuentos. Tal vez Eva nos haga ese favor, mientras acabamos nuestro *brose*, antes de que nos vayamos.

—Lo contaré —dijo Eva—, pero creo que deberíais quedaros a pasar la noche aquí, porque la lluvia no va a acabar pronto.

Mientras ella hablaba, Maeve se bajó de su falda y se encaminó con sus pasos inseguros hacia *Solas*, para enseñarle su juego de cuerda. Lachlann estiró el brazo para impedir que la pequeña se acercara demasiado al fuego; ella le pasó la cuerda a él. El le sonrió y la pequeña se subió a su falda, sorprendiéndolo.

—Estaríamos felices de quedarnos —dijo Angus—. Maeve, ven.

—Está bien aquí —dijo Lachlann, acariciando los suaves rizos de la pequeña. Ella se apoyó en su pecho, relajada—. Tal vez Eva nos cuente la historia ahora.

Eva asintió y guardó silencio un momento.

—Quedaos quietos y callados y os contaré una historia digna de contarse —comenzó.

Lachlann apoyó la espalda en las piedras calientes de la pared del hogar, con la niñita cómodamente instalada en su falda. Narrado con la voz suave y melosa de Eva, el conocido cuento ejercía una nueva fascinación en él.

—... Y cuando Aeife cogió la espada —dijo Eva, ya acercándose al final de la historia—, la sintió liviana y flexible como una pluma en su mano, con una hoja que brillaba como el sol, una empuñadura de oro y un pomo parecido a una joya transparente con mil colores en ella.

Lachlann frunció el ceño. Hacía tiempo se había imaginado forjando una espada así, exquisita y única, llena de magia. Pero los sueños sólo son sueños, se dijo. Rara vez se hacen realidad.

Cuando Eva terminó la historia, parpadeó, arrancado de sus pensamientos. Margaret se limpió una lágrima y Angus sorbió por la nariz.

Lachlann miró a la niña, que estaba dormida apoyada en su pecho. La levantó suavemente y se la pasó a Angus. Después sonrió a la narradora y vio centellear sus ojos al mirarlo.

—Y así ha continuado la tradición a lo largo del linaje de Aeife —dijo—, hasta nuestra Eva, la radiante. Gracias por el hermoso cuento. Muy digno de contarse.

Las brasas encendidas brillaban como rubíes en la fragua, tiñendo de rojo la espada rota con su reflejo. Lachlann hizo girar lentamente la empuñadura en la palma de la mano. Desvelado a pesar de la cómoda cama de brezo y el tranquilizador sonido de la lluvia, se había levantado antes del alba a sacar la espada de Jehanne de su escondite. La examinó detenidamente, sintiendo el frescor de la hoja en la mano y el calor del fuego en la piel.

Seguía doliéndole el recuerdo de la cara pequeña y demacrada de Jehanne, que reflejaba su sufrimiento, pero siempre agradecería el inmenso privilegio de cabalgar junto a ella. Hizo una larga espiración y la tristeza pareció disolverse un poco, como si

se hubiera aligerado la carga. La vuelta a casa y, por encima de todo, estar con Eva, habían comenzado a sanarlo. Eso lo veía tan claro como un chaparrón de limpia lluvia.

Cerró los ojos y brillaron las malditas estrellas que con tanta frecuencia flotaban en su campo de visión. Ciertamente la curación podría no ocurrir nunca, por encantador y agradable que fuera el remedio. Soltó una maldición en voz baja, como la espiración de un dragón, y dejó la espada en la fragua. La luz del fuego tiñó el acero de un color como de sangre.

Jehanne le había dicho que algún día sabría qué hacer con su espada. Pero aún no lo sabía. Jamás había sido propenso a la indecisión ni

a la inacción, pero todavía no cumplía su promesa de reparar la espada. No sabía si sería capaz.

Después que Eva relatarla la historia de Aefe y la Espada de la Luz, había vuelto a la herrería a acostarse, y se había quedado desvelado pensando en Aefe, Jehanne y Eva, y en las espadas de esas doncellas, una real y escondida, la otra una leyenda.

Se imaginó a Eva espada en mano como Aefe y Jehanne, fuerte, hermosa, resuelta a defender su isla y cumplir la tradición. Suspiró, pensando en la espada rota que tenía en la mano.

Tres doncellas de espadas en su vida, tres hebras diferentes y deslumbrantes. Una perteneciente a un viejo cuento, otra que ya tenía sobre sí el brillo de la leyenda. Y la tercera..., a la tercera él la amaba hasta el fondo de su ser. De las tres, Eva era la que formaba parte de él, de un modo inextricable. Vivir sin ella lo destrozaría para siempre.

Hizo girar el pomo en la palma y devolvió la reluciente hoja a su envoltura de tela. Asaltado por una repentina convicción, comprendió que debía actuar. Necesitaba resolución, no leyendas. Necesitaba a Eva, y de alguna manera debía conquistarla.

Capítulo 14

Eva iba sentada erguida en la barca, contemplando la isla, verde y sólida sobre la superficie del agua, el castillo de piedra elevado en medio de un anillo de árboles y roca. La barca azotada por el fresco viento pasó junto a la isla y Alpin continuó remando.

—Innisfarna sigue siendo un lugar hermoso —comentó Lachlann, que iba sentado en un banco detrás de Alpin—. No ha cambiado.

—Innisfarna no cambiará jamás —dijo Eva enérgicamente—. Debe continuar protegida y tal como está, siempre.

—¿Desde cuándo no has estado ahí? —le preguntó él.

—Desde hace demasiado tiempo —repuso ella, mirando a Alpin.

Visitaba la isla con frecuencia, pero lo ocultaba.

—Volverá triunfal algún día —dijo Alpin, mirando a Lachlann por encima del hombro—. Cuando luce por su isla.

—Alpin —dijo Eva en tono de advertencia.

—¿Cuándo luce por ella? —repitió Lachlann.

—Green Colin la desea, pero no permitiremos que se apodere de ella —contestó Alpin, sin dejar de remar, y gruñó algo en voz baja, como confirmando lo dicho—. Cuando llegue el momento de defenderla, Eva estará preparada.

Eva le dirigió una mirada fulminante, pero Alpin no hizo caso.

Lachlann arrugó el entrecejo, pero no dijo nada más. La barca dejó atrás Innisfarna rápidamente, llevada por la corriente e impulsada por el viento. Muy pronto una franja de tierra rocosa lo tapó todo a excepción de las almenas con tres torreones del castillo. Entonces Lachlann volvió la mirada a la orilla norte del lago, hacia donde se dirigían.

Eva lo observó con curiosidad. Parecía relajado, pero ella le notó una sutil tensión alrededor de los ojos y la boca. Pensó si estaría deseoso o temeroso de ver a Mairi.

Alpin había ido temprano esa mañana a decirles que Mairi MacKerron había regresado a Glen Brae y esperaba ver a su hijo adoptivo. Al instante Lachlann decidió ir allí a caballo, pero Alpin insistió en llevarlo con Eva en la barca.

—Ahí está Glen Brae —dijo Alpin en ese momento, apuntando hacia los cerros redondeados que se elevaban en el lado norte del lago—. Y el castillo está ahí, en esa colina —añadió señalando hacia una torre de piedra amarilla posada sobre una explanada limpia en medio del bosque.

—No he estado en este extremo del lago desde hace varios años —comentó Lachlann—. Con Finlay a veces hacíamos el viaje en ponies para comprar hierro y carbón vegetal, pero la distancia es de más de cincuenta kilómetros y tardábamos tanto que por lo general comprábamos el carbón más cerca de casa. El castillo de Glen Brae pertenece a los Estuardo, si mal no recuerdo —añadió.

—Ahora lo tiene sir Patrick Estuardo —dijo Eva—. Es un primo lejano del rey*. La sobrina de Mairi se casó con él.

—¿La muchacha con todos los hijos pequeños? —preguntó él sonriendo.

Ella asintió.

Había desaparecido el olor a humo que impregnaba el aire hasta hacía unos momentos, reemplazado por el limpio y fresco aroma del agua. Eva levantó la cara hacia el viento y Alpin dio un fuerte impulso con los remos, lanzando la larga barca baja por en medio de la espuma.

* El apellido Estuardo es la traducción castellana del apellido Stuart, que también se escribe Stewart o Steuart.
(N. de ja T)

Lachlann estaba medio de lado, sus cabellos oscuros revueltos por la brisa, su perfil fuerte a la luz del sol, sus ojos azules brillantes y entornados. Eva sentía brincar locamente el corazón cada vez que lo miraba, y la ardiente pasión de sus besos volvía a revolotear dentro de ella. Desvió la vista, arrebuajándose más el *arisaid*, pero sintió una nueva oleada de deseo, tan fuerte que le ardieron las mejillas.

Esa noche que le llevó la cama, si se hubiera quedado en la herrería y contestado de otra manera, sinceramente, a su pregunta, en lugar de marcharse para encerrarse en la casa, podría haber ocurrido algo más entre ellos. Sus sueños se habrían hecho realidad.

Suspiró y notó que la mirada de Lachlann estaba fija en ella. Era evidente que él también sentía la pasión que se encendía entre ellos. No sabía cuánto tiempo podría seguir negando su poder. Se encendía dentro de ella siempre que él estaba cerca.

Se dedicó a mirar el agua que formaba espuma y pasaba velozmente junto a la barca, hasta que Alpin la detuvo en la orilla y amarró la barca en un embarcadero de madera. Desembarcaron y subieron por el largo sendero que llevaba al castillo, de pendiente tan abrupta que a ella empezaron a dolerle las piernas, y eso que estaba acostumbrada a caminar y correr muchísimo por las montañas de Glen Fhionn.

Se abrieron las puertas de hierro y el centinela, que conocía al barquero, los hizo pasar. La petición de Alpin de ver a Mairi MacKerron fue recibida con una amplia sonrisa, y con un gesto de la mano, el centinela les indicó que entraran en el patio interior. Desde allí, una muchacha del servicio los guió por una escalera de piedra hasta una segunda entrada.

Ya en el interior del castillo, recorrieron largos pasillos; el castillo era tan grande y lujoso como las propiedades que tenía Iain MacArthur antes de ser desposeído su clan. Eva caminaba mirándolo todo con tanto interés que sus pasos eran más lentos que los del resto del grupo, e iba bastante rezagada cuando la criada se detuvo ante una ancha puerta en arco y golpeó.

La muchacha abrió la puerta, dijo algo y con un gesto les indicó que entraran, a la vez que se oyó la voz de una mujer dándoles la bienvenida. Lachlann entró primero.

—¡Lachlann! —resonó la voz melodiosa y acogedora de Mairi, I que se levantó del asiento y corrió hacia él.

Eva sonrió entre lágrimas al ver a Mairi envolver a su hijo adoptivo en un largo abrazo. No eran madre e hijo de sangre, pero tenían constituciones similares, los dos altos y de cabellos oscuros. Mairi tenía unos ojos castaños, cálidos y serenos, y sus cabellos, cubiertos por un pañuelo de lino blanqueado, estaban matizados por abundantes canas.

—Cuando llegué a Balnagovan no estabas ahí para darme la bienvenida —bromeó él, sonriendo—. Me sorprendió encontrar a Eva en tu lugar. Ella me hizo sentirme en casa nuevamente. Incluso hace una cerveza de brezo tan buena como la tuya, y lleva muy bien la casa y los animales.

—Me alegra oír eso —dijo Mairi riendo—. Has estado ausente mas de tres años, hijo mío. ¿Esperabas que me quedara sentada ahí esperándote? Tengo muchísimo que hacer, aunque siempre me tomaba un tiempo para rezar por ti cada día. Ah, Eva, ven aquí, qué alegría verte.

—¡Mairi! —exclamó Eva, avanzando hacia el firme y tierno abrazo que había llegado a amar.

—Me alegra que estuvieras ahí cuando llegó Lachlann —susurró Mairi—. Siempre te ha querido de verdad y creo que significó mucho para él encontrarte ahí.

Eva sintió oprimida la garganta cuando Mairi la soltó y se volvió hacia Alpin.

—Alpin MacDewar, no creas que vas a recibir un abrazo ni un beso de mí, viejo macho cabrío.

—*Och*, me lavé para nada —se quejó Alpin.

Eva se echó a reír; estaba acostumbrada a las espinosas bromas entre los dos viejos amigos. Vio subir un verdadero rubor a las curtidas mejillas de Alpin, y el brillo travieso en los ojos castaños de Mairi.

Lachlann pasó un brazo por los hombros de su madre adoptiva y la condujo hasta un banco con respaldo cubierto de cojines situado junto a un enorme hogar de piedra. En la espaciosa habitación había varios niños, sentados cerca del hogar, en banquetas y en el suelo.

—Preséntanos a tu prole, Muime —dijo Lachlann, sonriendo a un par de nenitas que lo estaban mirando boquiabiertas, sin disimulo, con sus muñecas hechas a mano bien apretadas en sus brazos.

—Los cuatro que están más cerca del hogar son los hijos de mi sobrina Katrina y su marido Patrick Stewart —explicó Mairi—. Los otros cuatro, las nenitas y los dos niños sentados junto a la ventana, son sus primos Stewart. Siéntate, Lachlann. Eva, Alpin, vosotros también. La sirvienta va a traer refrigerios. —Miró a los niños y añadió—: Para vosotros también.

Puso en otro banco un tablero, haciendo sitio para que se sentara Eva. Una de las piezas de piedra del juego cayó al suelo, y un niño de cabellos oscuros que comenzaba a andar salió de alguna parte a recoger la pieza para echársela a la boca. Eva se la quitó de la mano y Mairi lo cogió y diestramente y se lo puso bajo el brazo.

—El pequeño Patrick es un alma curiosa —dijo—. Elspeth y Robert, poned allí vuestro juego. Los adultos queremos hablar.

El niño y la niña llevaron el tablero con las piezas al asiento junto a la ventana y se sentaron allí con sus primos.

Mairi se acomodó en el banco y sentó a Patrick en su falda. Con un pie comenzó a mecer una cuna baja que estaba cerca, sobre el suelo. Dentro del sombreado interior de la cuna, Eva vio un bultito cubierto por mantas de seda, del que asomaban dos puños diminutos y sonrosados y una carita apacible.

—Así que éste es el último bebé de Katrina —comentó.

—Se llama Aileen —dijo Mairi mirando a Lachlann, que estaba sentado a su lado.

Eva vio que a él se le formaba una arruga en la frente.

—El nombre de mi madre —dijo él en voz baja—. No me extraña que aún no hayas vuelto a Balnagovan, con todo el trabajo que tienes aquí. ¿Cuánto tiempo crees que te quedarás? ¿Hasta que estos niños crezcan?

Sonrió a Patrick, que lo estaba mirando con sus ojos azules muy abiertos.

—Katrina y Patrick andan buscando dos niñas jóvenes para sus hijos —explicó Mairi—. Me quedaré con ellos hasta que las encuentren. Ahora, Lachlann, cuéntame qué has estado haciendo. Veo una cicatriz en tu barbilla que no estaba ahí. —Le palpó la cicatriz con cariño maternal—. ¿Cómo te hicieron esto?

—Una flecha inglesa me hirió en Orleans —repuso él.

—¡Orleans! ¿Donde la muchacha francesa salió victoriosa? Supe que cabalgabas con ella. —Le sonrió—. ¡Qué orgullosa me sentí!

—Los escoceses estuvimos a su lado durante toda la batalla. Ella me limpió la sangre de la cara con su manga cuando me hirieron.

Eva lo miró sorprendida, porque hasta el momento él no había contado casi nada de sus aventuras en Francia.

—Dicen que era valiente, extraordinaria. ¿La conociste bien? —preguntó Mairi.

—Jehanne era mi comandante, y yo la admiraba. La capturaron, la juzgaron por

herejía y la quemaron. ¿Qué más se puede decir?

Dijo eso en tono tranquilo, pero Eva percibió claramente la tensión en su voz.

Volviendo la atención a Patrick, Lachlann movió los dedos y sonrió cuando el niño intentó cogerle la mano.

—¿Estabas con ella cuando murió? —le preguntó Mairi.

El negó con la cabeza. A Eva la recorrió una sensación de alivio; la alegraba que él no hubiera presenciado esa tragedia, aunque sintió curiosidad por saber qué sabía él de la Doncella de Orleans.

—Yo ya no estaba en Ruán —dijo él—. Estaba de camino a Escocia, para recuperarme de algunas heridas que recibí.

—¿Heridas muy graves? —preguntó Mairi, preocupada,

Él se encogió de hombros.

—Un tajo en el costado y un golpe en la cabeza. Ya están curadas, aunque ya no tengo la vista tan aguda como antes.

—Cuéntanos lo que ocurrió —le dijo Mairi, tocándole el brazo.

Él negó con la cabeza. Eva sintió oprimido el corazón por el sufrimiento que vio en él. Lachlann no la miró.

Patrick agitó las manitas riendo, impaciente por continuar el juego. Lachlann movió la mano y el niño se abalanzó hacia él con los brazos extendidos. Riendo, él lo cogió y lo puso en su falda. Eva observó la escena en silencio, totalmente segura de que Lachlann ocultaba algo de su pasado.

Mairi sonrió al verlo jugar con Patrick.

—Este niño podría ser hijo tuyo, os parecéis muchísimo —dijo—. Bueno, sois primos después de todo.

—¿Qué? —exclamó Lachlann, mirándola por encima de la cabeza del niño.

Eva los miró sorprendida a los dos.

—¿Primos?

—Su padre, que si estuviera aquí os lo presentaría, es tu primo hermano. Vuestras madres eran hermanas. Lachlann, yo creía que Finlay te había explicado eso antes de morir.

Lachlann negó con la cabeza.

—Finlay me dijo algo acerca de mis padres, pero no ese detalle. ¿Qué más debería saber? —preguntó en tono receloso.

Eva miró hacia Alpin, que parecía preocupado. Lo único que había oído acerca de los padres de Lachlann era que estaban emparentados con Finlay y que murieron cuando él era bebé. En ese momento comprendía que a él le habían dicho muy poco más que eso.

—Finlay quiso ocultarte la verdad cuando eras pequeño —dijo Mairi suspirando—. Pensaba decírtelo cuando llegara el momento oportuno, pero siempre lo iba dejando para después. Y luego murió tan rápido, de una enfermedad que parecía tan sencilla... —Se le cortó la voz y Lachlann le cogió la mano. Ella hizo una inspiración y continuó—. Sé que él habló contigo en privado cuando se estaba muriendo, pero yo estaba tan afligida entonces que no soporté estar a su lado para oír sus últimas palabras... Cuando encontré las fuerzas para preguntarte, tú estabas a punto de marcharte a Francia. Decidí esperar a que regresaras. Lo siento, Lachlann.

—Lo comprendo —dijo él—. Dime lo que sabes. —Miró a Eva y a Alpin—. Confío en vosotros dos.

Eva sintió una cálida emoción ante esas palabras. Él la miró a ella.

—Tal vez tú también necesitas oír esto —le dijo.

El niño comenzó a moverse en su falda, inquieto, y él se lo pasó a Mairi, que lo tranquilizó hasta que se relajó apoyado en ella. Al mismo tiempo continuó meciendo la cuna de Aileen con el pie.

—Recuerdo la noche en que te llevaron a Balnagovan, a nuestra casa, la noche en que murieron tus padres. Sólo tenías poco más de un añito, la misma edad de este pequeño.

—¿Quién me llevó a vosotros?

—El carbonero y su mujer. El viejo que vive en ese bosque que hay más arriba de Strathlan. Creo que todavía vive ahí. ¿Alpin?

Alpin asintió.

—Sí, aunque él y su mujer son bastante raros. Él hace buen carbón, pero sus rarezas ahuyentan a muchos clientes.

—Lo recuerdo —dijo Lachlann—. A veces Finlay le compraba el carbón a él. Continúa —dijo, mirando a Mairi.

—El carbonero sabe algo de lo que ocurrió la noche en que murieron tus padres. Finlay decía que el viejo era el único que sabía la verdad, pero nunca hablaba de lo que sabía. Lachlann, tu padre era un MacKerron y un espadero muy experto. Eso sí lo sabías.

Lachlann asintió.

—Tomas MacKerron era primo de Finlay. Aprendieron juntos su arte del padre de Finlay. Y ahora me entero de que estoy emparentado con este niño por el lado de mi madre —dijo Lachlann, mirando a Patrick dormido en el amplio regazo de Mairi—. Me gustaría saberlo todo.

—Su abuela y tu madre eran hermanas, hijas de un Stewart pariente del rey. A la hermanita de Patrick le pusieron el nombre de tu madre, Aileen.

—Nunca me dijeron que mi madre era una Stewart de Glen Brae —dijo él, ceñudo.

—De Strathlan. No pienses mal de nosotros por eso, Lachlann. Finlay insistió en que había que guardar el secreto. Yo no estaba de acuerdo, pero respeté sus deseos.

Él asintió, tratando de entenderlo.

—¿Stewart de Strathlan? —preguntó, sorprendido.

—Pero Strathlan está en posesión de Colin —dijo Eva.

Lachlann la miró; estaba inclinada hacia ellos, con las mejillas sonrosadas por el calor del hogar. Ver su lozana y morena belleza lo reanimó, fue como un respiro en medio de su confusión. Lo alegraba que ella conociera también su obligación de vengarse. Al parecer había detalles que desconocía, pero sí sabía que Colin había participado en la muerte de sus padres. Finlay le había dicho eso, aunque él aún no había encontrado el momento de decírselo a ella. Pero había llegado el momento de la verdad.

—Cuando éramos niñas Aileen y yo —continuó Mairi—, Strathlan formaba parte de la dote de Aileen Stewart. Pero ella no quería casarse con el hombre elegido por su padre. Una noche se casó en secreto con su verdadero amor, Tomas MacKerron, el herrero del pueblo. Su padre se enfureció y la desheredó.

—Finlay no me contó esa parte —musitó Lachlann—. Me dijo que mi padre era primo de él y excelente espadero, y que mi madre era una belleza de una buena familia. Y que fueron asesinados.

—¿Asesinados? —exclamó Eva.

—Finlay siempre creyó eso, y con motivos —dijo Mairi—. ¿Qué más te dijo?

—Algo sobre una tradición entre los MacKerron... —Se interrumpió y movió la cabeza—. La forja de una espada mágica.

—¿Espada mágica? —preguntó Eva, interesada.

—Hay una tradición que dice que los MacKerron saben forjar acero mágico —dijo Alpin—. Yo creía que sólo era una leyenda.

Lachlann se encogió de hombros.

—Hay métodos para hacer el acero, se dice que los elfos los enseñaron a los MacKerron en tiempos remotos. Son tonterías, por supuesto, pero va bien para hacer un buen cuento.

—No son tonterías —rebatíó Mairi—. Hay quienes dicen que Tomas MacKerron forjaba las mejores espadas porque hacía uso de esos secretos. Y Finlay te los reveló a ti.

—Me dijo algunas cosas. Creo que dejó mucho sin decir. Estaba débil, y no quise insistir para hacerlo hablar.

Mairi asintió y guardó silencio un momento.

—Lachlann, tus padres eran felices. Se llevaban muy bien, y los dos amaban a su hijito. —Le acarició la mano—. Pero Tomas se hizo enemigo del hombre que estaba comprometido con Aileen Stewart. Este hombre le metió pleito por su dote, y lo ganó. Después de eso Tomas y Aileen se quedaron sin nada, aparte de lo que él ganaba con su oficio. Pero estaban contentos. Quiero que sepas eso.

—¿Quién era su prometido? —preguntó Eva.

—Murdoch Campbell, el padre de Colin. Por eso Colin posee Strathlan ahora, lo heredó de su padre.

—¡Oh! —exclamó Eva—. ¡Debería haber pasado a Lachlann!

—No podía; su padre desheredó a Aileen. Ella no aportó nada a su marido, aparte de su amor, que era lo único que él deseaba de ella.

—¿Así que Murdoch ganó Strathlan? —dijo Alpin.

Mairi asintió.

—Metió el pleito y lo ganó tres años antes que Aileen y Tomas murieran en un incendio en su herrería.

—Cuéntame lo que sabes de esa noche —le pidió Lachlann.

Recordaba lo que le había dicho Finlay cuando se estaba muriendo y todavía le helaba la sangre. Con palabras entrecortadas, Finlay nombró a Colin Campbell como asesino de su padre, y lo instó a vengarse. En ese tiempo él apenas había oído hablar de Colin, y lo había visto una o dos veces. Pero a las pocas semanas de la muerte de Finlay, volvió a oír su nombre, como el pretendiente favorito de Eva. Entonces pensó, malhumorado, si alguna vez se vería libre de ese enemigo, al que apenas conocía.

—El incendio comenzó una noche en que Tomas se había quedado a trabajar hasta tarde, como era su costumbre —dijo Mairi—. Finlay y tú solíais hacerlo también.

—Los cambios de color son esenciales en la forja del acero —explicó él—, pero los colores son sutiles y se ven mejor de noche.

—Tu madre estaba con Tomas. Era hermosa, morena, esbelta. Tú tienes sus ojos azul oscuro, Lachlann. Cómo te adoraba.

El sonrió, pero sintió un dolor profundo, agudo, deseando haberla conocido.

—A veces ella ayudaba a Tomas en su trabajo —continuó Mairi—. Esa noche tú estabas durmiendo en la casa, al lado de la herrería. Cuando los demás vieron las llamas y llegaron a ayudar, Tomas y Aileen ya estaban muertos. El carbonero te rescató y te llevó a nosotros recorriendo toda la orilla del lago hasta Balnagovan.

Lachlann se frotó los ojos, cansina y tristemente. Había hecho duelo por Finlay, como el único padre que había conocido, y nunca había hecho duelo por sus verdaderos padres.

—Yo no tenía hijos —dijo Mairi, y Lachlann detectó la pena en su voz—. Y te amé como si fueras hijo mío.

—Lo sé. Siempre he sabido eso —dijo él.

Mairi debería haber tenido varios hijos, pensó. Servía para eso, pero el cielo tenía otros planes.

—¿Quién mató a los padres de Lachlann?—preguntó Eva.

Lachlann la miró.

—Finlay me dijo que Colin Campbell provocó el incendio y sus muertes.

—¡Colin! —exclamó ella, mirándolo consternada.

El frunció ligeramente el ceño.

—Finlay oyó eso al carbonero que había estado en la herrería incendiada —dijo Mairi—. Colin, que era joven entonces, vino a nuestra casa a preguntar por el bebé de Tomas, porque se enteró de que lo habíamos adoptado. Expresó sus condolencias por la tragedia y ofreció monedas para el cuidado del niño, que Finlay rechazó. Mi marido juraba que fue asesinato, pero Colin negó saber algo de eso; dijo que sólo había venido a visitarnos por piedad, y se ofendió. Los Campbell eran poderosos, y los MacKerron eran pocos, simplemente una tribu derivada del clan Arthur. Finlay no podía hacer nada.

—Hicisteis lo posible —dijo Alpin—. Criasteis al hijo de Tomas y Aileen convirtiéndolo en un hombre bueno y un excelente herrero.

—Sí —musitó Mairi, sonriendo tristemente—. Lachlann, nunca te dijimos todo esto porque no queríamos envenenar tu mente con odio. Finlay pensaba contarte la verdad, pero al final no tuvo tiempo para decirte todo lo que sabía.

—Me instó a vengarme de Colin —dijo él.

—Él lo creía justificado —explicó Mairi.

—Desde la muerte de Finlay has tenido motivo para odiar a Colin —dijo Eva.

—Pues sí —repuso él tranquilamente, mirándola a los ojos—. Lo tengo.

—Comprendo la necesidad de vengar las horribles muertes de tus padres —dijo ella—, pero no sabes de cierto que él las causara.

—Eso veo ahora —contestó él, suspirando.

—Pregúntale al carbonero —dijo Alpin—. Está más loco que una chota, pero podría recordar la verdad.

—Eso haré —dijo Lachlann, ceñudo—. Muime, ¿me conoce Colin? Sólo lo recuerdo como a uno de los hombres que a veces cogían la barca a Innisfarna para ver a MacArthur.

—Dudo de que haya pensado mucho en nosotros después de eso, viviendo como vive en el otro extremo del lago. A veces cogía la barca de Alpin, pero apenas hablaba con Finlay, a no ser que fuera para pagarle por dejar su caballo en el establo. Sé que tenía importantes tratos con los MacArthur.

—Y ahora yo estoy comprometida con él —dijo Eva.

—Sí, el mundo está lleno de ironías —dijo Mairi, asintiendo.

—¿Dónde estaba la casa de mis padres? —preguntó Lachlann.

—En una colina más arriba de Strathlan que mira a un pequeño lago, al noreste del lago Fhionn. No queda nada de las casas, pero sus tumbas están en el camposanto cerca de ahí. Lachlann, por favor, perdónanos el haberte ocultado la verdad tanto tiempo. Finlay no quería hablar de eso. —Suspiró—. Cuando te estabas haciendo hombre, bondadoso y fuerte, no quería llenar de odio tu joven corazón. Te amaba, Lachlann. Por eso esperó.

Él asintió, y las lágrimas le escocieron los ojos, y no pudo hablar. Le cogió la mano a Mairi y se la apretó, en silencio.

Su mirada se encontró con la de Eva, y la compasión que vio en sus ojos lo consoló. Pero desvió la vista, suspirando pensativo.

El agua lamía los costados de la barca conducida por Alpin de vuelta a casa. La linterna brillaba en su gancho del poste instalado en el centro de la barca, bañando en oro sus cabezas y hombros. Eva iba sentada junto a Lachlann en el banco transversal, porque el otro estaba ocupado con el montón de cosas que les había dado Mairi: alimentos y barricas de cerveza y *uisge beatha* hechos por ella.

Envuelta por la oscuridad, Eva se sentía segura y cómoda al lado de Lachlann, amparada del viento por su cuerpo y sintiendo la presión de su brazo. Lo miró y lo vio mirar la lámpara y el agua y cerrar un ojo un momento. Entonces él la miró y sonrió levemente.

—¿Te molesta el ojo? No tienes ninguna cicatriz allí. No sabía que tenías problemas en él.

—El problema está dentro del ojo, no fuera. Me dieron un golpe en la cabeza, en el lado izquierdo.

—¿Estabas luchando junto a la Doncella cuando te ocurrió?

—En cierto modo.

—¿Todavía te duele?

Él negó con la cabeza.

—A veces veo luces y colores que no son reales. —Ladeó la cabeza y la miró—. En este momento veo chispas y estrellitas alrededor de tu cabeza. Pareces un ángel con un nimbo y una corona de estrellas. —Curvó la boca en una sonrisa sesgada—. Te sienta muy bien, a no ser que uno conozca tu genio endemoniado, como yo.

Ella le hizo una mueca y él se echó a reír.

—Y si en este momento no llevas nimbo ni corona de estrellas, quiere decir que el ojo me está dando problemas.

Su expresión se puso sombría y desvió la mirada.

Ella detectó amargura en su voz y lo comprendió, porque sabía más de lo que sabía antes.

—¿Cómo te hicieron esa lesión? —le preguntó. Sentía curiosidad por saber de Jehanne, a la que él rara vez mencionaba, y quería oírlo hablar de ella.

—Me golpearon cuando intenté salvar a Jehanne y no lo conseguí. La capturaron en las puertas de una ciudad, aunque hicimos todo lo que pudimos por impedirlo. Tal vez ahora estoy condenado a ver ángeles, nimbos y estrellas, para que no olvide nunca a la que veía ángeles, la que perdimos.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas al percibir el sufrimiento oculto en sus palabras. Suspiró, pensando de qué naturaleza serían los sentimientos de él por la muchacha francesa. De pronto se sintió herida y abandonada. Pero eso no tenía mucho sentido, pensó, puesto que ella estaba comprometida.

Prometida y confundida. La pasión ardía entre ellos, y sus sentimientos por él eran cada día más fuertes. Al margen de a quien amaran o del rumbo que tomaran sus vidas, Lachlann era, y sería siempre, su amigo. Ese lazo existiría siempre, aunque ella deseaba mucho más que eso.

Pasado un momento, ella pasó la mano por debajo de los pliegues de las mantas, la de él y la de ella, y le tocó la mano. Él le cogió los dedos y ella giró la mano hasta que su palma quedó tocando la de él, los dedos entrelazados.

«Si no puedo tener nada más de ti, por lo menos que haya siempre amistad entre nosotros», deseó decirle. Pero se limitó a suspirar, reservándose los pensamientos, aunque continuó con la mano cerrada en la de él.

Capítulo 15

Inclinado sobre la fragua, Lachlann frotó el pedernal en el palo para encender el fuego. Podría haber traído una brasa del hogar de la casa, pero Finlay le había enseñado que para asegurarse la buena suerte, la fragua fría debe encenderse con una chispa nueva, no con una vieja. Ciertamente él necesitaba buena suerte, ya que estaba a punto de reanudar el trabajo de herrería en Balnagovan.

Continuó frotando madera y pedernal hasta que empezó a subir una delgada espiral de humo. Cuando saltó una pequeña llama, dejó el palo quemado en la fragua y amontonó trocitos de leña alrededor. Las llamas crecieron y las alimentó por los bordes con una pequeña escoba de mano hecha con ramitas humedecidas.

—Buenos días —saludó Eva.

Él miró por encima del hombro. Eva estaba bajo el marco de la puerta, que había dejado abierta para que entrara la luz del sol y el aire fresco. Ella sonrió y él se sintió calentado, no por el fuego recién encendido, sino por esa caprichosa sonrisa, adorable, conocida.

—Y a ti —contestó, y continuó alimentando las llamas.

Sintiendo su candorosa mirada fija en él, se sintió torpe, como si volviera a ser el larguirucho muchacho enamorado que fingía estar ocupado en su presencia. Y ella seguía siendo la radiante que había sido siempre para él, fresca, indomable, embriagadora.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella acercándose—. ¿Armas?

Él le dirigió una mirada severa, para ocultar el derretimiento de su corazón.

—No haré armas para tus rebeldes, si acaso es eso lo que estás pensando.

—Lo sé —dijo ella, levantando la cara hacia él.

La luz del fuego daba un tono de crema y rosa a su piel, hacía resplandecer sus exquisitos cabellos y destacaba sus ojos plateados, tormentosos. Un bálsamo para la vista, pensó él, transparente, perfecto. Tuvo conciencia de que no aparecían esas molestas chispas en su campo de visión.

—Hay algunos trabajos que hacer en la casa —dijo ella—. La cadena para colgar la olla sobre el hogar se está oxidando, el mango de la rejilla está roto y el pestillo del corral está suelto.

—Eso lo puedo arreglar —dijo él.

Eva miró hacia arriba como si estuviera repasando una lista.

—Ah, y todos los ganchos de la casa están ocupados. ¿Podrías hacer unos nuevos para cestas, atados de hierbas y ristras de cebollas? ¿Y podrías afilar los cuchillos de cocina y hacer uno nuevo pequeño para cortar las verduras? Los anillos de la cortina de la cama se están descamando por el orin, y tal vez habría que cambiarlos también.

El se echó a reír.

—¿Eso es todo?

—Hay una cosa más —dijo ella en voz baja—. Tengo un broche, un prendedor de plata que tiene roto el pasador. Necesita...

—Sé lo que necesita —susurró él—. Lo recuerdo.

No la miró, pero recordó la noche, años atrás, cuando se le soltó el broche; unos momentos después, él la besó. La magia de esa noche no lo abandonaría nunca.

—Bueno —dijo ella—. Hemos estado mucho tiempo sin un buen herrero, y sé que a Mairi le gustaría que se repararan esas cosas.

—Se hará. ¿Algo más? ; Ella se encogió de hombros.

—No, a menos que quieras hacer armas.

Mirándola de soslayo, él soltó una risita. Ella se ruborizó y desvió la mirada. Él lamentó la risa, porque tenía que mantenerse firme en ese tema. Pero la entrada de ella en la herrería le había alegrado el ánimo; siempre lo había afectado así, incluso ahora, en especial en esos momentos en que la tristeza y el pesar le nublaban las emociones.

La pequeña chispa de esperanza que había sentido antes seguía ahí, más fuerte, alimentada por unos mareadores besos, por la deliciosa compañía, por su visita a Mairi con ella, y por ese gesto la noche anterior cuando le buscó la mano para cogérsela. Había confiado en ella y en Alpin para que oyeran lo de su pasado, y aunque implicaba a Colin sabía que su secreto estaba a salvo.

Las perras ladraron fuera y Eva fue a asomarse a la puerta.

—Sal —le dijo él—. Tenía planeado ir a la casa a quitar los cerrojos mientras se calienta el fuego.

Ella asintió y salió, y él la siguió después de recoger las herramientas que necesitaba: lima, cincel, martillo de cerrajero unos cuantos clavos.

Caminó lentamente detrás de ella por el prado, admirando su andar seguro, la fluida gracia de sus caderas. Esa agradable vista le endureció agradablemente el cuerpo, pero frunció el ceño y miró hacia otro lado.

Entró en la casa, agachando la cabeza para pasar por la puerta y empezó a trabajar en los cerrojos, con Eva al lado mirando. Después de limar el frío hierro de uno, lo examinó.

—Esto hay que calentarlo para darle nueva forma. —Apoyó el cincel en el roblón que sujetaba las armellas y con unos cuantos golpes lo soltó. Lo colocó en la palma para enseñárselo a ella—. El hierro que tocaba el roblón está roto, ¿ves? Se ven las fibras del hierro; cuando ocurre esto durante la forja, es muy mal trabajo. Ahora hay que rehacer la pieza para que calce recta sobre la puerta. Si el hierro es demasiado fibroso hay que desecharlo.

Después de quitar los otros, recogió las piezas de hierro y sus herramientas y salió. Ella lo siguió.

—¿Puedo verte trabajar?

El se encogió de hombros, aunque agradecía su presencia, y se dirigió a la herrería.

El fuego de la fragua ya estaba ardiendo agradablemente, su lecho limitado a una pequeña parte cuadrada, que era lo que necesitaba para la mayoría de los trabajos. Suspendida sobre el lado izquierdo de la fragua estaba la larga manilla de cuerno que hacía funcionar el enorme fuelle situado detrás de la chimenea. Lachlann bajó la manilla para hacer salir un poco de aire hacia el fuego. Mientras aumentaba la temperatura, miró los cerrojos, pensando cómo repararlos y mejorarlos.

—Siempre te gustó esta parte del trabajo, creo —comentó Eva en voz baja a su lado.

Él levantó la cabeza y la miró sorprendido. Tan absorto estaba que por un momento había olvidado que estaba ella ahí.

—¿Qué parte?

—Pensar en la forma de hacer el trabajo —explicó ella—. Recuerdo cuando os observaba trabajar a Finlay y a ti. Me maravillaba lo bien que conocíais vuestro oficio, y lo inteligentes y fuertes que erais para convertir el metal en algo tan útil como un gancho para colgar cazos o tan hermoso como una espada.

Él movió el cerrojo pasándolo por la abrazadera.

—Sólo se requiere aprendizaje e ingenio —dijo—. Y no requiere mucha fuerza.

Se giró hacia el fuego y pasó la pequeña escoba humedecida por los bordes. Eva tenía razón, pensó. Siempre había encontrado inmensa satisfacción en trabajos mentales

de la herrería, tanto como en los aspectos físicos. Era capaz de darle vueltas a un diseño sin esfuerzo dentro de la cabeza hasta que lo veía terminado y perfecto. Entonces podía dar al metal candente la forma que había visto en la cabeza. Lo que ella encontraba maravilloso para él era algo natural y corriente, pero estaba feliz por su interés.

—¿Está bien la temperatura ya? —preguntó ella.

—Casi.

Nuevamente tiró de la manilla del fuelle. Las llamas del lecho llenaron un área de más o menos un palmo cuadrado, y brillaban y se mecían alegremente. Aunque ese día sólo haría trabajos sencillos, notaba acrecentarse en él el entusiasmo y la expectación.

El crepitar, el humo y el brillo del lecho de fuego siempre habían ejercido atracción en él. Desde que era niño respetaba el fuego, comprendía sus estados de humor, sus dones, sus peligros, y saboreaba el reto de trabajar con él. Por la cabeza le pasó el pensamiento de por qué había vacilado en volver a trabajar en herrería.

Entonces lo recordó. Nuevamente en su campo de visión había lucecitas que no tenían nada que ver con el fuego de la fragua. Cerró los ojos, receloso del trabajo. Entonces volvió su concentración al trabajo, diciéndose que era un herrero, formado y nacido para eso. Como el fuego de la fragua, la esperanza y la pasión habían comenzado a arder en él nuevamente, estimuladas en muchos sentidos por Eva. Ella era una hebra de fuego continua en su vida y en su corazón, delicada y potente.

Cogió el cerrojo con unas tenazas y lo colocó en el fuego. El hierro negro se enrojeció y empezó a brillar. Cuando estaba rojo amarillento, lo sacó y lo colocó sobre el yunque. Con un martillo pequeño le dio varios golpeitos, cambiando su forma como si fuera arcilla.

—Es como magia lo que haces —dijo ella, observando—. Pones el hierro en el fuego y se convierte en llama sólida.

Una repentina espiral de deseo lo recorrió ante la imagen que ella creó en su mente con sus palabras. La miró y asintió.

—Tam Lin —dijo ella sonriendo.

El ladeó la cabeza en interrogante tácito, sin dejar de trabajar.

—¿Has oído la historia? A Tam Lin lo robó una reina hada y su amante juró salvarlo. Él se le apareció en un sueño y le dijo qué debía hacer. «En tus brazos creceré, amor, como el hierro en fuego intenso —cantó, con voz grave y entonada—; pero abrázame fuerte, no me sueltes...» —Se interrumpió.

—Sigue —dijo él, golpeando nuevamente el metal, para hacer saltar chispas—. La he oído pero se me ha olvidado.

—«Soy el deseo de tu corazón» —concluyó ella, entonando suavemente.

Lachlann dio un golpe demasiado fuerte. La miró y vio que se ruborizaba.

—Ah, sí que la recuerdo.

«El deseo de tu corazón, sí», pensó. Con la sangre hirviendo, continuó tranquilo por fuera, y concentró la atención en el trabajo.

«Estúpido», se dijo, golpeando el hierro candente, desear a la prometida de otro, a la novia de su enemigo. «Estúpido», repitió en el siguiente golpe, amarla tan apasionadamente y siempre refrenarme. El último golpe hizo saltar chispas y una profunda hendidura en el metal.

Debía volver a calentar la pieza. Se giró hacia el fuego, consciente de que ella estaba observando. ¿Cuánto tiempo más podría soportar estar cerca de ella cada día, amándola con todas las fibras de su ser, y aparentando frialdad hacia ella, aparte de los momentos en que perdía el dominio sobre sus deseos y ansias? ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que volviera a besarla y no pudiera detenerse ahí?

¿Y qué haría ella si ocurría eso? Le vibraba el cuerpo cuando metió el hierro en el

lecho caliente del fuego, apartando con la escoba las cenizas de las orillas.

Tenía que saber qué deseaba ella, y tenía que encontrar una cierta paz y resolución del asunto, por el bien de ella tanto como por el de él. Fuerte como el acero debía ser, pero su hierro interior estaba derretido y no lo podría contener mucho tiempo más.

Con el ceño fruncido se obligó a concentrarse en el hierro, que ya estaba brillante. Sacó la pieza y la colocó en el yunque. Entonces lo golpeó, girándolo con las tenazas, atormentándolo con el martillo hasta que el metal se doblegó a su voluntad y se acercó a la imagen que tenía en la mente.

Repitiendo los pasos, y cuando la forma del cerrojo era la precisa, lo metió en un cubo con agua que tenía al lado del yunque, y luego lo puso sobre el yunque, chorreando y todavía chisporroteando.

—Ya está tu nuevo cerrojo —dijo a Eva.

Ella asintió.

—En las viejas historias se dice que los herreros eran magos. Ahora comprendo por qué. De verdad esa transformación parece mágica. Tú lo haces parecer muy fácil.

—A veces lo es. Otras veces no —contestó él.

—Tengo curiosidad por probar.

El arqueó una ceja, pero sabía que ella era capaz de hacerlo. Sin decir palabra, cogió un par de guantes de cuero y unas tenazas y se los pasó.

—Coge esa varilla corta de hierro y ponía en el fuego. Vamos —la animó, al verla vacilar.

Ella tomó las tenazas y cogió torpemente el trozo de hierro; casi se le cayó pero logró deslizar un extremo dentro de la fragua, haciendo una mueca por el abrasador calor.

—Con cuidado. Déjalo ahí. Ahora dale un poco de aire, lo justo. Tira de la manilla... un poquitín más fuerte, sé que tienes la fuerza para eso.

Ella tiró de la manilla y la subió. El fuego se expandió como algo vivo.

Lachlann le sujetó la mano antes que volviera a tirar.

—Suficiente. Cuando el hierro adquiere un color rojo amarillento, se puede trabajar. «Rojo cereza a azul paloma, acero fuerte, temple cabal» —recitó—. Finlay me enseñó eso cuando era niño. Los colores son importantes en herrería. Dicen al herrero qué debe hacer y cuándo.

—El rojo se está volviendo dorado —observó ella.

—Sácalo. Trabaja deprisa, porque pierde temperatura muy rápido.

Cuando ella pasó la varilla de hierro candente al yunque, él puso una mano sobre la de ella enguantada para ayudarla a sostenerlo con las tenazas. Con un martillo pequeño, golpeteó el metal hasta que se dobló, y demostró la forma de cambiar el ángulo al golpear. Después le entregó el martillo.

Ella dio un golpecito tímido sobre el hierro. El le ayudó a girarlo. Cuando golpeó con más osadía, le soltó la mano. Sonrió para sus adentros observándola, complacido de que ella no se hubiera echado atrás ante el reto o peligro.

Entonces ella golpeó con tanta fuerza que hizo saltar una pequeña

lluvia de chispas. Lanzando un chillido, retrocedió, chocando con él y enterrando un pie en el de él.

—Tranquila.

Ella continuó metida en el hueco formado por sus brazos, y él la sostuvo ahí, ayudándola a sostener las tenazas y el martillo. El calor llenó el espacio entre sus cuerpos. Él le guió la mano en otros pocos golpes, explicándole con gestos y pocas palabras.

—Ya no brilla —dijo ella, en tono desilusionado.

—Vuelve a calentarlo.

Esta vez con más seguridad, ella repitió los pasos de calentar, golpear y volver a calentar. Cuando al siguiente golpe el hierro candente se dobló, luminoso, ella rió encantada y él sonrió.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó.

—¡No lo había pensado! ¿Puedo hacer un gancho de esto?

—Puedes hacer lo que quieras. El hierro sigue tu voluntad. Sé firme, mantente alerta y relajada, y sabe lo que quieres. —Le hizo un guiño—. Ese, muchacha mía, es el secreto de la magia del herrero.

Ella sonrió, resplandeciente.

—Voluntad. ¿Ese es el secreto?

Él asintió.

—Cualquiera puede usar fuego, hierro y herramientas. Es la voluntad, la intención, la imaginación, lo que marca la diferencia.

Sonrió al caer en la cuenta de que le agradaba enseñarle. Por su mente pasó el errante pensamiento de que le gustaría enseñarle algo acerca del deseo y el amor.

Eva le dirigió una mirada evaluadora y él pensó si no le habría leído ese caprichoso pensamiento. Ella volvió a calentar el trozo de hierro, lo sacó y lo golpeó. Volaron chispas y diminutas estrellitas fueron a caer en el antebrazo de él.

Haciendo un gesto de dolor, él se las quitó y metió el antebrazo en el cubo de agua fría que tenía al lado del yunque.

—Ay, lo siento —dijo ella, deteniéndose.

—No pares. Y vigila hacia donde mueves las herramientas cuando pides disculpas. Continúa. Calientalo y trabájalo.

Finalmente ella logró doblar el hierro convirtiéndolo en un gancho pasable; entonces lo metió en el agua y lo levantó, sonriendo orgullosa. Lachlann la felicitó.

Después sacó de la fragua un hierro que ya había calentado y le demostró la forma de golpear la pieza para aplanarla y convertirla en una lámina en forma de hoja.

—Los cuchillos sencillos se hacen así —le explicó.

—Ah, entonces yo podría hacer armas.

—¿Armar a tus parientes con cuchillitos de hierro de cocina? *Ochan*, eso ayudaría muchísimo a vuestra rebelión.

Ella arrugó la nariz. :

—Enséñame más. Me gusta esto.

—Te gusta demasiado. —Le quitó las tenazas, el hierro a medio batir y el martillo—. Jugarías aquí todo el día y entonces ¿cuándo haría yo mi trabajo, mmm?

—No te molestaré mucho tiempo hoy —dijo ella—. Le prometí a Alpin encontrarme con él. Pero puedo ayudarte aquí otra vez, si quieres. Podría ayudarte todos los días, ser tu ayudante.

Él golpeó el hierro caliente para hacer otro gancho, con el ceño fruncido, considerando la propuesta. Prefería trabajar solo, pero no podía resistirse a la perspectiva de pasar más tiempo con ella, aunque debería hacerlo.

—Algunos trabajos van más rápidos con dos pares de manos —dijo, aventurándose—. Clavos, herraduras y ese tipo de cosas.

—Ganchos y cadenas —añadió ella—. Eso podría hacerlo.

—Siempre has sido una muchacha energética —dijo él, y la vio sonreír, con las mejillas y los ojos brillantes. Sonrió también, y se encogió de hombros, como rindiéndose—. Bueno, si quieres ser mi aprendiz, tendrás que poner mucha atención. Hay mucho que aprender —añadió, poniendo la varilla en el fuego para volver a calentarla.

Ella asintió entusiasmada.

—Soy capaz de aprender esto. Antes, a veces me parecía que Finlay y tú no me queráis aquí.

—A los herreros no nos gustan las distracciones mientras trabajamos. Podríamos quemarnos por mirar a una muchacha en lugar de mirar el hierro candente —añadió, travieso, sacando el hierro de la fragua.

—¿Yo era una distracción entonces?

Él tardó en contestar.

—A veces.

—¿Y ahora lo soy?

—Ciertamente. Ahora cállate. A los herreros nos gusta el silencio. —Golpeó el hierro encendido y saltaron chispas—. No te pongas tan cerca. Las chispas vuelan como lluvia de estrellas cuando estás tú. Creo que tú las creas.

Ella se echó a reír y se apartó.

—¿Por qué usas ese tipo de martillo? ¿Qué vas a hacer ahora?

—Chh, calla.

Eva asintió en silencio.

El continuó trabajando con movimientos rápidos y seguros para hacer más ganchos, dándoles una forma en S, elegante y práctica. Ese trabajo no era ningún reto, pero hacer cualquier objeto útil y hermoso le producía satisfacción y placer.

Estar con Eva también le producía muchísimo placer. Volvió a mirarla. Era muy ciertamente una distracción, con sus cabellos enroscados en oscuros rizos y un brillo rosa en la cara. La herrería estaba calurosa y el sudor le corría por la espalda y le goteaba en la frente. Se pasó el antebrazo por la cara.

Por un momento se le ensombreció el campo de visión. Cerró y abrió los ojos para corregir el defecto, pensando si alguna vez sería capaz de hacer algo más que doblar hierro caliente para darle formas sencillas.

En Perth sólo había trabajado con hierro negro, no con acero. En Balnagovan existían recuerdos y expectativas. Lo aguardaba una espada mágica, y la espada de Jehanne estaba oculta. No podía escapar a los sueños rotos ahí.

Mirando a Eva se le aclaró la visión y saboreó su vista, como un bálsamo para sus ojos cansados. A sus ojos, ella siempre parecía resplandecer, con un brillo intenso, perdurable. Sonrió para sus adentros, contento de que estuviera allí, sintiéndose a gusto en su presencia, sanando un poco. Y pensó si algún día sería capaz de expresarle su gratitud, o su amor.

Bajó la vista e hizo otro pliegue en el dócil hierro, ordenándose pensar solamente en la tarea que tenía entre manos. En la fragua el fuego ardía alegremente y el hierro estaba candente, exigiéndole trabajar y pensar rápido. Había comenzado su trabajo de herrería.

Capítulo 16

Saliendo de la extraña paz de un sudo maravilloso, Eva despertó y abrió los ojos. El agrado y felicidad del sueño continuaron: Lachlann estaba ante una fragua ardiente; su musculoso cuerpo parecía tallado en bronce a la luz ámbar del fuego. Ella lo estaba mirando forjar una reluciente espada, sabía que era una espada mágica. Él se la entregaba a ella, sonriendo, y después la besaba, un beso largo, profundo, tierno, hasta que ella se derretía por dentro y se aferraba a él, deseando más, mientras él la acariciaba apasionadamente con sus manos suaves, cálidas.

El viento aulló fuera y las vigas crujieron. Las piedras que afirmaban el techo colgadas en cuerdas golpearon las paredes por fuera. Se dio la vuelta en la cama acortinada de Lachlann, y pensó en él, que estaba durmiendo en su cama de brezo en la herrería. Después de ese apasionado sueño, sintió ansias, dolor un hueco de soledad. Rápidamente se bajó de la cama, se puso un sencillo vestido de lana y el *arisaid* y metió los pies en los zapatos. Fue hasta la puerta, la abrió y fue saludada por una ventosa mañana cola gris paloma.

Ya había luz en las ventanas de la herrería, y el martillo sonaba como una campana amortiguada. Tal vez ese sonido ronco, profundo, repetitivo, la había arrancado de su sueño con él, pensó.

Después de ocuparse de los quehaceres necesarios y preparar unos panecillos de avena, envolvió unos cuartos en un paño y echó a andar por el prado. El fuerte viento azotaba sus cabellos y hacía revolotear su *arisaid*. Cuando llegó a la herrería, continuaba el golpeteo del martillo. Golpeó fuerte la puerta, la abrió y entró en la penumbra.

Lachlann estaba junto a la fragua, en camisa de lino y falda de tartán, sus cabellos negros relucientes a la luz del fuego. La saludó con una inclinación de la cabeza y volvió a su trabajo.

Ella cerró la puerta y encontró oscuro el interior, porque las contraventanas estaban cerradas, para que no entrara el aire frío. El olor a carbón vegetal y metal era fuerte, y las llamas brillaban en el lecho de la fragua. Se acercó a ella, atraída por ese estimulante calor.

—¿Has venido a ayudarme esta mañana? —le preguntó él sonriendo—. Cuando acabe unas pocas cosas aquí iré a herrar los caballos.

—No seré de mucha ayuda con los caballos. —Ya había visto ese proceso y no le gustaba nada estar detrás del caballo engatusándolo para que levantara la pata para enterrarle clavos en los cascos—. Te traje algo de comer —dijo, dejando los panecillos en la mesa de las herramientas—. Y venía a preguntarte si me puedes reparar esto. —Se quitó el broche de plata prendido en el hombro—. Sé que no eres platero...

—Pero prometí arreglarlo —interrumpió él, mirándola un instante a los ojos.

Cogió el broche y movió el pasador con la rosca rota. Puso a calentar un atizador delgado y cuando estaba al rojo lo aplicó con sumo cuidado en el punto de rotura, uniendo la plata reblandecida mediante unas tenacillas. Después de meter el broche en el agua, lo dejó sobre el yunque.

—Con cuidado —advirtió al ver que ella lo tocaba.

Con un gesto de dolor, ella retiró la mano.

—La primera lección que aprende un herrero es que un metal que parece frío puede estar muy caliente, aun después que se ha metido en el agua. Siempre has de ir con

tiento para tocar una pieza.

Ella asintió y dio unos golpecitos en el broche con la yema del dedo. Lachlann lo cogió y se acercó a prendérselo en el chal, rozándole la clavícula con los nudillos. Estaba tan cerca que ella sintió su calor y algo empezó a revolotear en su interior.

—Ya está —dijo él—. Lamento haber tardado tanto tiempo en cumplir la promesa. —Pasó el pulgar por encima del broche, rozándole el hombro con los dedos, produciéndole estremecimientos—. Antes de marcharme a Francia esperé que me lo trajeras para reparártelo. Te esperé, pero no viniste. Y no te vi cuando fui a Innisfarna a entregar las armas que debía a tu padre.

Ella se sintió atraída hacia su brillante mirada azul.

—¿Esperabas que viniera a la herrería?

Él sonrió levemente.

—Si hubieras venido te habría reparado el broche entonces.

—Ah, pensé... creí que no querías verme después de...

—Pues claro que quería —musitó él, apartándose y girándose hacia la fragua—. Tengo trabajo que hacer. Cuando haya terminado estas cosas, hoy o mañana, iré a Glen Brae.

—Alpin te llevará en barca a ver a Mairi siempre que quieras.

—Esta vez iré a caballo —dijo él, de espaldas a ella—. Quiero ver al carbonero. Necesito comprar material de buena calidad para la fragua, y tengo algunas preguntas que hacerle.

Mientras hablaba metió una varilla de hierro en el fuego y se puso un par de guantes de cuero.

Eva sintió una punzada de compasión; sabía que deseaba preguntar al carbonero acerca de la muerte de sus padres, a los que no conoció.

—Te acompañaré, si quieres.

El estuvo en silencio un momento.

—Esto debo hacerlo solo, Eva.

Ella asintió y se acercó otro poco.

—¿Puedo ayudarte ahora?

—Puedes vigilar el hierro —repuso él, pasándole las tenazas y la escoba pequeña de ramitas.

Mientras ella barría la ceniza de la orilla, él fue a buscar otras herramientas y las colocó sobre el yunque. Insertó un cincel en vertical en un agujero del yunque, con la parte biselada hacia arriba.

—La varilla ya comienza a brillar —le avisó ella.

Lachlann se apresuró a sacar la varilla con las tenazas y la colocó sobre el cincel. Con rápidos martillazos cortó la varilla en varias partes. Después trabajó cada parte con tenazas y martillo para formar eslabones de cadena.

—Esta será tu nueva cadena para colgar las ollas —dijo, mientras unía cada eslabón a una cadena que ya tenía comenzada.

Curiosa por su seguridad y velocidad, ella observó el trabajo, escuchando el ritmo de los martillazos. Pronto se dio cuenta de que la herrería estaba muy calurosa, con la puerta y las ventanas cerradas para protegerse del frío. El sudor le formaba gotitas en la frente a Lachlann, y de tanto en tanto se las iba quitando con el antebrazo.

Lachlann puso más varillas en el fuego; después hizo una pausa para bajarse por el hombro la parte del tartán que le cubría la espalda y quitarse la camisa, que dejó sobre un banco de trabajo cercano. Miró a Eva.

—Este lugar se calienta como si fuera verano, incluso en los días más fríos —comentó, secándose nuevamente la sudorosa frente.

Ella pestañeó, asintió con la cabeza, y él continuó trabajando. Ondulaban los músculos de su pecho y brazos, redondeados y bien definidos bajo la brillante piel. A ella se le aceleró la respiración, recordando la inolvidable visión de Lachlann forjando una espada mágica, su cuerpo bien esculpido y bronceado, sus ojos como penetrantes llamas azules. En ese momento era simplemente un hombre práctico haciendo un trabajo corriente, pero absolutamente irresistible.

El deseo la recorrió ardiente, urgente, toda entera, recordando el contacto de esos brazos anchos, la deliciosa caricia de sus labios sobre los de ella. Consciente de que lo deseaba intensamente, en cuerpo y alma, se arrebujaó más el *arisaid*, como para sofocar sus sentimientos.

El martillo sonaba y resonaba en el yunque, y el ritmo le penetraba en el cuerpo. Se apartó y retrocedió con la respiración acelerada, y cuando saltó una lluvia de chispas, dio la espalda a la fragua. Al ver la camisa tirada sobre el banco, la cogió, la estrechó contra ella, sintiendo su invitador aroma, y fue a colgarla en un gancho de una rejilla junto a varias tenazas. Paseándose por la habitación, fue pasando la mano por las herramientas y superficies. Miró a Lachlann, que estaba totalmente absorto en su trabajo.

En el extremo más alejado vio la cama de brezo y se imaginó a Lachlann dormido allí. Suspiró, pensando si él soñaría con ella como ella con él.

En un rincón vio varios trozos de hierro: herraduras, varillas y un arado roto. Fue allí y cogió una herradura, curiosa.

—¿Qué vas a hacer con todo este hierro? —preguntó.

—Fundirlo para hacer cosas—contestó él, y le sonrió, una sonrisa rápida y sesgada—. Eva, hazme un favor. ¿Podrías traermelo uno de los frascos con aceite de ese arcón adosado a la pared? Esta cadena va a necesitar pulimento.

Ella fue hasta el arcón, lo abrió, encontró el frasco, lo sacó, y al bajar la tapa creyó vislumbrar un brillo arriba y miró. En la repisa formada por la parte superior de la gruesa pared, debajo de las vigas, vio un largo envoltorio de lino. A través de un pliegue abierto vio un brillo amarillo de oro o latón.

Pensando que Lachlann desearía tener protegido ese objeto fino del aire y humo, estiró la mano para cerrar la abertura. Al tocarlo el objeto se vino abajo y ella alcanzó a cogerlo antes que cayera al suelo, y el envoltorio se abrió más aún.

Ahogó una exclamación de sorpresa, porque lo que tenía en la mano era una empuñadura de espada, con el puño forrado en cuero, un pomo esferoidal de reluciente latón y una guarnición en cruz de acero, graciosamente curvada con adornos en latón. La hoja estaba quebrada en ángulo agudo un poco más abajo de la guarnición; la parte terminada en punta estaba guardada debajo de la parte con la empuñadura. En los dos resplandecientes restos brillaban lirios grabados en oro.

—Dame eso —dijo Lachlann bruscamente.

Ella se giró y se encontró cara a cara con él. Había estado tan absorta contemplando su hallazgo que no lo sintió acercarse.

—Es preciosa —dijo—. Una espada corriente, ligera, de estoqueo, pero de hechura extraordinaria. ¿Es una de las que forjaste antes de marcharte de Balnagovan? —Continuó mirándola—. ¡Qué lástima que se haya quebrado! Debe de haber tenido un punto débil en la hoja. Entonces, seguro que no es una espada MacKerron —añadió sonriendo.

El tenía una expresión triste.

—Un amigo la tenía en Francia, y me la traje. Le prometí repararla. —Tendió la mano con gesto firme—. Dámela.

Ella frunció el ceño, extrañada por su tono y actitud, pero se la entregó. El empezó a

envolverla cuidadosamente.

—Creo que tú no usarías esa espada. Lo más probable es que prefieras algo más sólido, para tu puño y tu fuerza, tal vez una espada larga de dos manos, de doble filo.

El arqueó una ceja.

—¿Cómo es que sabes tanto de espadas?

Ella abrió la boca para contestar, pero entonces recordó que él no sabía nada de sus clases de esgrima con Alpin. A él siempre le molestaba el tema de hacer armas para sus parientes, por lo tanto no podía decirle eso, como tampoco decirle que necesitaba una buena espada para ella, algo ligero y fino como la que él tenía en la mano.

—Sé algo —contestó, encogiéndose de hombros—. Lo suficiente para ver que esta es una espada hermosa, aunque no la hayas forjado tú. Las espadas que hacíais Finlay y tú no tenían este tipo de pomo, con el centro hundido, y la mayoría de las guarniciones tenían forma inclinada pero recta, no curva, y acababan en diminutas figuritas caladas. —Abrió con sumo cuidado la envoltura de lino para señalar la decoración de la hoja—. Y esta tiene flores grabadas en la acanaladura. Tú y Finlay siempre grababais unos diminutos corazones bajo la guarnición. Un corazón, como un juego de palabras con MacKerron y *mo càran* —añadió.

—*Mo càran* —repitió él, mirándola—. Mi bienamada.

La recorrió un estremecimiento por todo el cuerpo al mirarlo a los ojos, pero no pudo responder. Por un instante se sintió avasallada por el deseo. Desvió la mirada, y él también.

Lachlann acarició lentamente la hoja y echó atrás la tela, dejando al descubierto las dos piezas de la espada.

—Los lirios se llaman *fleurs-de-lis* en francés —explicó—. La flor de lis es el símbolo de la casa real francesa.

—¿El dueño de esta espada era miembro de la realeza francesa? —preguntó ella, reverente.

Pasó un dedo por los delicados lirios grabados a lo largo de la acanaladura que discurría por el centro de la espada, que aligeraba el peso del acero, lo que le daba más flexibilidad.

—No de la realeza —dijo él—. Esta pertenecía a un ángel.

Ella detuvo el dedo sobre el liso acero y lo miró extrañada. Entonces, comprendiendo lo que quería decir, hizo una brusca y rápida inspiración.

—Lachlann, ¿esta espada es de la Doncella? ¿Es la legendaria espada de santa Catalina?

—¿Cómo te has enterado de eso?

—Mis primos me lo dijeron. Parlan y William me contaron algo sobre Jehanne la Doncella, y dijeron que llevaba una espada con flores doradas en la hoja, de latón y acero. La espada era especial, bendecida, mágica, regalada a la Doncella por la propia santa Catalina.

—No era mágica, pero sí extraordinaria a su manera —dijo él. Sus ojos se ensombrecieron y ella vio tristeza en ellos—. Jehanne supo de esta espada en un sueño y envió a unos hombres a una capilla desierta a buscarla. Estaba allí, debajo de las losas del suelo. Yo la examiné cuando se la llevaron. Me pidió que le hiciera una vaina de cuero, de cuero sencillo —continuó con voz enronquecida—, como la que conviene a un soldado. Quería una vaina tosca, no la vaina elegante enjoyada que le regaló el rey. Ella era así.

Eva asintió, comprendiendo.

—Mis primos dijeron que la espada se rompió y después desapareció cuando su campaña fracasó.

—La rompió ella en un pronto de genio —dijo él—. La bajó con fuerza cuando estaba discutiendo una estrategia con algunos de nosotros. La espada golpeó una piedra y se quebró. Tenía un genio vivo —añadió, sonriendo.

La sonrisa se desvaneció y sacó la espada de la envoltura. Al girar la, la luz del fuego de la fragua tiñó de rojo la hoja pulida como un espejo.

—Prométeme que nunca le dirás a nadie que has visto esto —le dijo.

—Nunca lo diré —susurró ella, observándolo.

—Sus enemigos están por todos lados —continuó él—. Los ingleses, los *goddams*, como los llamaba ella, por esa palabrota que sueltan ellos, harían cualquier cosa por tenerla, si supieran que todavía existe. Temen que tenga algo de magia. Lo que fuera que tenía... ya ha desaparecido.

Al ver su expresión de pena contemplando la espada de Jehanne, Eva retuvo el aliento.

—Entonces debes tenerla bien escondida para protegerla.

El asintió.

—En el juicio le preguntaron por la espada. Ella se negó a revelar su paradero a los jueces, aunque sabía que la tenía yo.

—No quería ponerte en peligro —dijo ella, pensando que en cierto modo eso era cierto. Su respeto y admiración por la Doncella siempre habían sido grandes, pero en ese momento se intensificaron, con su gratitud, porque Jehanne había protegido a Lachlann—. ¿Estabas ahí donde la...?

—¿En Ruán, donde la juzgaron y ejecutaron? —dijo él con amargura—. Estuve ahí. Asistí a las sesiones del juicio. La visité en su celda de la prisión. —Seguían ensombrecidos sus ojos y se le movió un músculo en la mandíbula—. Pero no estaba ahí cuando murió.

Entonces ella tuvo la seguridad de que él había amado a la doncella y su aflicción por su muerte era profunda. Sintió compasión por su dolor, pero también sintió una punzadita de desilusión, aunque sabía que no debía hacerle caso.

—Pero fuiste fiel y leal —le dijo—. Tiene que haberse sentido feliz de que estuvieras con ella.

Por la cara de él pasó una expresión extraña.

—Eso espero. Esta espada... es lo único que queda de ella. Cuando se quebró me pidió que la reparara e insistió en que me la quedara. Le prometí arreglarla. Algún día, me dijo, yo sabría qué hacer con ella. Pero no sé qué hacer con ella, aparte de tenerla escondida. —La miró—. Nadie fuera de ti la ha encontrado. Y no me importa que sepas esto.

Ella sonrió levemente.

—Lachlann, tienes el conocimiento y el talento para devolverla a su belleza original. Pero tal vez no desees cambiarla y perder ese último trocito de ella.

—Es posible. —Frunció el ceño, pasó la mano por la hoja y se la pasó—. Cógela, si quieres.

Eva cogió la espada por el puño y la alzó, con la parte rota hacia arriba. La parte interior oscura del acero parecía una gran herida. El puño forrado en cuero calzaba en su mano perfectamente; si la espada hubiera estado entera, le habría convenido en largo y peso. La luz destellaba en el acero bruñido, y no le fue difícil imaginarse la brillante espada entera.

Sintió vibrar en ella una extraña sensación de su misterio, su poder, como si de verdad la espada fuera mágica. La idea de su noble y valiente dueña la hizo sentirse humilde. La luz hacía brillar los adornos de la guarnición en cruz y la hoja rota, y recordó otra espada, la de la leyenda de Innisfarna.

—Esto me hace pensar en la Espada de la Luz —musitó—. En cierto modo siento a Jehanne en esta espada; siento su orgullo, su fuerza, el aura de beatitud que debe de haberla rodeado.

—Hablas como si la hubieras conocido —dijo él, observándola—. Me la recuerdas.

—¿Cómo podría parecerme en algo a ella?

—Eres similar en apariencia. Ella tenía el pelo negro como tú, y se parecía en volumen y forma, aunque era de constitución algo más robusta. Y tenía los ojos grises, chispeantes, animosos, tal como los tuyos. Es tu osadía, tu brío, lo que más te hace parecida. —Sonrió—. Eso, y tu tozudez.

Ella también sonrió, contenta de ver retornar su humor.

—Se vestía como un hombre, dicen.

—Eso lo hacía para proteger su virtud entre los soldados. Aunque ninguno de los hombres que la acompañaban y luchaban con ella le habrían hecho ningún daño jamás. Estaba a salvo con nosotros, o al menos eso creíamos, hasta que la capturaron.

—¿Era bonita? —preguntó ella, pasándole la espada.

Él la puso en la tela, envolviéndola cuidadosamente.

—Tenía una forma hermosa, y su rostro era sereno y puro. Pero eran su valor y su fe los que le daban su verdadera belleza. Era como un ángel guerrero.

Eva percibió su devoción por la muchacha, y la sintió como un golpe por dentro. Sabía que a él le dolía el corazón por la tragedia, y deseó poder hacer algo para ayudarlo a recuperarse.

—Ojalá la hubiera conocido —dijo suspirando.

—Necesitaba una amiga como tú, creo —dijo él. Entonces miró hacia la puerta, ceñudo—. ¿Qué pasa ahí fuera?

Fuera estaban ladrando las perras, frenéticas, y Eva comprendió que habían visto algo que no les gustaba. Se dirigió a la puerta. Lachlann guardó la espada en su escondite encima de la pared y la siguió.

Eva salió al patio y se hizo visera con la mano. Vio a *Grainne* y *Solas* corriendo de un lado a otro del prado, sobre la ladera entre la herrería y el establo, que bajaba al lago. Se recogió la falda y corrió tras ellas.

Dos barcas se deslizaban por el agua acercándose a la playa; a través de la niebla matutina, vio brillo de armaduras. Se giró a mirar a Lachlann.

—¡Viene Alpin por el agua! —gritó—. ¡Trae a algunos de los hombres del rey!

Capítulo 17

Cuando las dos barcas llegaron a la playa, bajo la propiedad de la herrería, Eva reconoció a Alpin en la primera; dentro venían tres de los hombres del rey y Ninian. La segunda traía más hombres, y uno de ellos remaba.

—Los soldados cruzan el lago casi todos los días para cuidar de sus caballos —comentó—, y con frecuencia salen a patrullar en busca de mi hermano y los demás rebeldes. —Miró a Lachlann—. Algunos soldados han sido descortesés conmigo, y por eso los evito siempre que puedo.

Él asintió, indicando que lo comprendía. Cuando los hombres empezaron a subir por la ladera, él se puso delante de ella, formando un escudo protector con sus anchos hombros y espalda cubiertos por el tartán.

Su reacción a eso, si hubiera sido otro hombre, habría sido dar un paso adelante para demostrar que sabía defenderse sola. Pero de él lo aceptó fácilmente, contenta de su gesto de apoyo.

John Robson era un hombre corpulento, fornido y rubio, con un aire de relajada seguridad que Eva encontraba tranquilizador. Lo observó acercarse.

—No tengo nada contra Robson —dijo—, aunque no me gusta tener a esa guarnición en la isla.

—Parece digno de confianza, para ser un hombre del rey —dijo él sarcástico.

Ella lo miró furibunda un instante, por la referencia a su inicial desconfianza de él cuando regresó a Balnagovan.

—No tengo buena opinión de todos sus hombres. Varios de ellos me demostraron tan poco respeto en Innisfarna que me pareció más prudente marcharme de allí. Entonces fue cuando vine a alojarme con Mairi MacKerron.

—Haciéndote fuerte detrás de cerrojos y trancas.

—Exactamente. Y para ser sincera, me alegra que hayas vuelto a Balnagovan. Me siento más segura aquí.

—¿Ahora que estoy aquí o ahora que los cerrojos están reparados? —bromeó él—. Buenos días, John Robson —saludó en inglés, cuando los hombres llegaron a lo alto de la larga pendiente.

—¡MacKerron! ¿Cómo estáis, señor?

—Muy bien, ¿y vos? Otra patrulla, ¿verdad?

—Sí. Buenos días, lady Eva —saludó Robson haciendo una inclinación ante ella.

—Sir John, buenos días —contestó ella en inglés, con la pronunciación educada del gaélico nativo: escueta, formal y melodiosa.

Observó que Lachlann había adquirido el ritmo alargado de los escoceses de las Lowlands, aunque a Alpin lo saludó en gaélico, en voz baja y dándole un apretón de manos.

—¿Y este niño? —preguntó entonces, mirando a Ninian.

Ninian estaba medio escondido detrás de Alpin, con los hombros hundidos y la cabeza gacha. Eva le hizo un gesto para que se acercara. Él se cubrió la parte inferior de la cara, como solía hacer ante desconocidos, para ocultar el labio con la cicatriz.

—Es Ninian Campbell —dijo Eva a Lachlann—. Es paje en Innisfarna. Y él es Lachlann el herrero —dijo al niño.

—*Failte* —lo saludó Lachlann.

Ninian lo miró con los ojos azules agrandados, como si nunca hubiera visto a un

hombre tan alto y tan musculoso. Por el aire fresco de la mañana, los demás hombres llevaban armadura y capa; Lachlann, en cambio todavía vestía la falda de tartán y no llevaba camisa. Su pecho desnudo y sus largos cabellos le daban un aspecto indómito, pensó Eva, y una especie de belleza primitiva, salvaje. Pero ella sabía que era más civilizado e inteligente que la mayoría de los hombres que en ese momento estaban frente a él.

Ninian la miró nervioso, y ella le sonrió.

—El herrero es un amigo —le dijo en gaélico—. No tienes por qué estar nervioso.

Asintiendo, el niño se quitó la mano de la cara.

—Es un placer conocerte, Ninian —le dijo Lachlann tranquilamente, cogiendo su delgada mano en la inmensa suya.

En su expresión no se vio ninguna reacción al defecto de la boca del Ninian. Eva sonrió, porque había estado segura de su simpática aceptación. Alpin movió la cabeza aprobador y dio unas palmaditas en el hombro al niño.

—Le hemos encontrado ocupaciones —le dijo Robson a Eva—. Colin Campbell envió la orden de que debía mantenerse ocupado, aunque ya tenemos varios pajes y escuderos. Los niños le toman el pelo y él se pelea con ellos; es un muchachito resistente éste, pero reservado. Y es buen trabajador, cuando logramos encontrarlo —añadió irónico, mirando de soslayo a Alpin, que puso cara de inocente.

—Hay muchas cosas que hacer en el establo y la herrería —dijo Lachlann—. Podría hacer trabajos aquí.

—Eso sería estupendo —asintió Robson.

—Te veo fuerte, muchacho —dijo Lachlann a Ninian—, muy capaz de acarrear agua a la herrería y al establo. Y creo que también podrías cuidar de los caballos y sacarlos al prado de vez en cuando. Por ahora, puesto que los soldados van a ocupar los caballos, podrías llenar los abrevaderos y poner avena fresca en los corrales. Hay un enorme saco de avena en el establo, pero sé que puedes moverlo.

Ninian asintió enérgicamente.

Eva sonrió.

—Cuando termines eso, ven a la casa. A *Grainne* le encantará volver a verte.

El niño se tapó la sonrisa con la mano y corrió hacia el establo, con los bordes de la falda agitándose alrededor de las rodillas.

Lachlann ladeó la cabeza con expresión de curiosidad y miró a Eva.

—¿Colin lo envió a Innisfarna? ¿Es su primo Campbell?

—Es su hijo —repuso Eva.

—Ah. Entonces serás su madrastra.

—Eso parece —dijo ella.

No quería pensar en eso. Detestaba cada vez más la perspectiva de su inminente matrimonio, aun cuando beneficiaría a su clan y a Ninian también.

Alpin, que había estado hablando con Robson, agitó la mano a Eva y Lachlann y echó a andar de vuelta a la playa. Robson se volvió hacia ellos.

—¿Habéis tenido la oportunidad de herrar los caballos? —le preguntó a Lachlann.

—Aún no, porque era urgente la necesidad de reparar algunas cosas en la casa y en el establo. Además, tengo que ir a comprar hierro dulce al fundidor de Glen Brae, y carbón vegetal también, a un carbonero que hay ahí.

Robson asintió.

—Id a buscar lo que sea que necesitéis para forjar buen acero también. Tenemos armas por reparar, y necesitamos hojas nuevas.

—Veré lo que hay —repuso Lachlann impertérrito.

Eva lo miró boquiabierta, deseando poder hacerle notar que se había negado de plano

a hacer armas para sus parientes. Le dirigió una mirada dura, y vio que él se daba cuenta de eso.

—Estáis vestidos para la guerra —dijo Lachlann—. ¿Es esta algo más que una patrulla de rutina?

—Todavía no —contestó Robson—, aunque la corona podría ordenar eso muy pronto. —Miró a Eva—. Por ahora, nuestro objetivo es mantener la paz del rey. Nuestra sola presencia tendría que servir para disuadir a los rebeldes de hacer más incursiones.

La intencionada mirada de Lachlann a Eva le dijo que él no creía eso.

—Aún no he visto a los rebeldes para entregarles el mensaje del rey —dijo—. Aunque apostarí a que son muy conscientes de la desaprobación del rey sin necesidad de mensajes escritos.

—Sin duda. Pero es necesario entregar en sus manos el mensaje del rey. Mi ofrecimiento sigue en pie. Acompañadnos.

—¿Invitasteis al herrero a patrullar con vosotros? —preguntó Eva, sorprendida.

—Ciertamente —repuso Robson—. Es un hombre del rey. Y conoce estas montañas, y también a los rebeldes. Decidme, MacKerron, ¿visteis mucho de la refriega cuando estuvisteis en Francia?

—Estuve en el castillo de Chinon, como guardia del delfín antes que lo coronaran rey. Durante un tiempo cabalgué junto a la Doncella de Lorraine, como parte de su guardia escocesa. La acompañamos a Orleans y estuvimos con ella en París, Lagny, Compiègne y en otras partes.

—¡Por los santos! ¡Qué aventura debió ser esa!

—Pues sí.

Uno de los hombres de Robson, que estaba escuchando con mucho interés, preguntó a Lachlann:

—¿Visteis el final de la muchacha francesa? ¿Estuvisteis presente en la quema, señor?

—No —contestó Lachlann, y no añadió más.

Eva vio vibrar un pequeño músculo en su mandíbula. Dado que ya comprendía sus profundos sentimientos por Jehanne, sintió una oleada de compasión.

—Sin duda por respeto a su memoria, el herrero no desea hablar de ella.

—Bueno, contaba con la compasión de muchos —dijo Robson—, entre ellos los escoceses. Qué lástima que no se haya podido hacer nada para salvarla.

—Si —ladró Lachlann—. Creo que vuestras monturas están listas, señor —dijo, haciendo un gesto hacia el establo, del que iban saliendo varios hombres con caballos ensillados.

Robson echó a andar hacia los caballos y Eva y Lachlann lo acompañaron.

—Lady Eva —le dijo Robson—. Me alegra tener esta oportunidad de hablar con vos. Por lo general, cuando venimos aquí estáis ausente. Quería deciros que hace poco recibí un mensaje de sir Colin. —Sondó—. Me asegura que tiene la intención de reclamar muy pronto a su novia.

Eva alzó el mentón.

—A mí no me ha enviado ningún mensaje. No he tenido noticias [suyas desde hace casi un año.

—Le veréis antes que acabe el mes, supongo. Voy a enviarle un mensaje a Edimburgo. ¿Deseáis enviarle una respuesta en el paquete?

—Esperaré a que llegue, si eso va a ser tan pronto —contestó ella.

Se le revolvió el estómago de miedo, pero no podía pensar en la llegada de Colin estando Lachlann tan cerca de ella.

Robson se despidió con una inclinación de la cabeza hacia los dos y, cogiendo las

riendas de su caballo, montó con el resto de sus hombres.

Lachlann se volvió a mirarla.

—Viste a Simón hace poco.

—¿Y les voy a decir eso a los hombres del rey? —replicó ella—. No sé dónde está Simón día a día.

—Supongo que puedes hacerle llegar un mensaje.

Claro que podía hacerlo, pero eso no se lo iba a revelar a nadie, ni siquiera a Lachlann. Creía que podía confiar en que él no los traicionaría, pero tenía que tener cautela.

—¿Me estás pidiendo que te diga dónde está? Simón sabe lo que desea el rey. El te buscará cuando desee hablar contigo.

—No estaré satisfecho con eso durante mucho tiempo.

En ese momento los ocho hombres del rey salieron del patio haciendo ruido y levantando polvo. Eva retrocedió, observándolos, y la alegró ver que se dirigían al sur, porque sabía que Simón seguía escondido hacia la parte norte del lago.

Ninian salió a la puerta del establo a verlos partir también, con un cubo en una mano y un rastrillo en la otra. Eva le sonrió antes que desapareciera en el interior para continuar con su trabajo, y después se volvió hacia Lachlann.

—Quieres saber dónde está Simón, pero estás en buenas relaciones con los hombres del rey. ¿Cómo puedo decirte lo que sé? —Echó a andar hacia la casa y él caminó a su lado—. Oí lo que le dijiste a Robson. Vas a hacer armas para los hombres del rey, para que puedan dar caza y hacer daño a mis parientes, pero te niegas a hacer espadas para los MacArthur.

El la miró ceñudo.

—A Robson sólo le prometí herrar los caballos y reparar aperos. No hicimos ningún trato respecto a hacer armas, si escuchaste bien. Y tampoco voy a hacer ese trato contigo. —Deteniéndose con ella en la puerta, se adelantó a abrirla. El cerrojo recién reparado y aceitado funcionó a las mil maravillas—. Pero hay un asunto en el que tenemos que ponernos de acuerdo. ¿Puedo entrar para que lo hablemos?

Extrañada, ella entró y se hizo a un lado para que pasara él. Después de cerrar la puerta, lo miró.

—¿De qué se trata?

—Del alquiler de Balnagovan —dijo él, sorprendiéndola—. He estado pensando en esto desde que regresé. Sabes que esto no es ni mi casa, ni mi herrería ni mi terreno.

—Poseo Balnagovan de la corona en calidad de la Doncella heredera de Innisfarna —dijo ella. Con el crepitante fuego del hogar sintió calurosa la habitación, después de estar al aire frío. Se desprendió el broche, que se abrió fácilmente, se quitó el *arisaid* y se alisó la trenza que le caía sobre el hombro—. Pero tu familia siempre ha tenido este lugar. La familia de Finlay —añadió, recordando lo que había revelado Mairi sobre los padres de él.

—Es necesario pagarte un alquiler por cualquier propiedad que esté dentro de los límites de Innisfarna, la isla y la tierra del lado sur del lago. La herrería —añadió, haciendo un gesto hacia fuera de la casa—, la aldea, el prado, los cerros cercanos y la orilla del lago, forman parte de tu heredad. Yo diría que actualmente recibes poco o ningún ingreso por la tenencia de estas tierras.

—Ninguno, es cierto, desde la proscripción de los MacArthur. Pero tengo lo que necesito, gracias a la generosidad de Mairi. —Le dio un vuelco el corazón con la idea que le vino a la cabeza—. Ya que quieres acordar un precio de alquiler, ¿significa eso que piensas quedarte?

—Me quedará hasta que llegue Colin, que al parecer no tardará mucho.

Se cruzó de brazos y apoyó el peso del cuerpo en la pierna izquierda, junto a la puerta. Alto, de anchos hombros, bien cincelado e imponente, dominaba todo su entorno. Pero ella veía un aspecto más bondadoso en sus ojos azules, en la curva de su labio superior, en el grosor de su labio inferior. Le encantaba ese contraste y ese equilibrio en sus rasgos, y su carácter, equilibrado entre la potencia y la bondad.

—¿Volverás a Perth a trabajar en herrería? —le preguntó, sintiendo el sufrimiento de perderlo ya antes de que se hubiera marchado.

El se encogió de hombros. Ella desvió la vista, agitada ante su mirada fija. No quería pensar en la inminente llegada de Colin. Se dirigió a la mesa.

—¿Te apetece... puedo servirte un poco de cerveza de brezo? —le preguntó cogiendo una copa del estante y girándose hacia la jarra de arcilla que ya estaba sobre la mesa.

Él negó con la cabeza y ella dejó a un lado la copa.

—No es en mí que pienso, sino en mi madre adoptiva. Quiero asegurarle a Mairi la permanencia aquí con un alquiler acordado. Insisto —añadió al ver que ella abría la boca para protestar—. El alquiler o algún tipo de permuta es costumbre. Pide lo que quieras y lo pagaré.

A ella el corazón le latió aún más fuerte. Se acercó a él, que continuaba con los brazos cruzados, consciente de que estaban enzarzados en una lucha.

—Acepto por permuta tu promesa de que continuarás aquí —dijo ella.

—Eva, no puedo prometerte eso —dijo él con la frente arrugada.

—Los MacKerron siempre han trabajado para nosotros. Eso también es una costumbre en Balnagovan.

—Te hice unos cuantos ganchos —replicó él, con un destello travieso en los ojos.

—Me refiero a espadería —dijo ella tercamente.

—Eva... —Movié la cabeza y rió, frustrado—. No volvamos a eso. Pon un precio.

—Finlay nos hacía trabajos de herrería a cambio del uso de la tierra y los edificios, y nosotros también le proporcionábamos alimentos, velas y otras cosas de primera necesidad, creo. Hizo muchísimos trabajos para mis padres y después para mi padre. Para ser franca, no sabría cuánto pedir.

—Entonces acordemos una cantidad anual, en moneda o en trabajo terminado. Si no satisfago lo acordado antes de marcharme, enviaré el resto desde Perth, en moneda o en trabajo en hierro.

Se hizo más honda la arruga del entrecejo; ella deseó alisarle el ceño con caricias.

—Mairi ha sido muy generosa conmigo. No puedo aceptar nada por su permanencia aquí. Prefiero darle el derecho gratis.

Él negó con la cabeza.

—Tiene que haber constancia de un acuerdo entre nosotros. Cuando vuelva Colin Campbell, averiguará la situación de los inquilinos de Innisfarna. Si ya no estoy aquí, no quiero que echen a Mairi. Sé que tú no harías eso —añadió, levantando la mano antes de que ella hiciera su pronta y vehemente protesta—, pero no me fío de Campbell.

Eva suspiró; él tenía motivos para recelar de Colin.

—Entonces sólo aceptaré algo simbólico. Robson puede anotar en el libro de cuentas que el alquiler de Balnagovan se me pagó directamente a mí. Colin no tiene ningún derecho a hacer preguntas sobre los asuntos de Innisfarna, pero si las hace, eso bastará.

—¿Qué símbolo aceptarías de un herrero por el alquiler de un año? ¿Una cadena para la olla o un paquete de ganchos? —Sonrió—. ¿Un apretón de manos de buena fe hasta que se pueda permutar algo más?

Descruzó los brazos y le tendió la mano. Ella puso la mano en la de él y él la estrechó entre sus dedos. Sin soltarle la mano, se inclinó sobre ella como si la estuviera saludando en una corte real. Luego tiró de la mano y ella se acercó, los dos moviéndose

como en una danza lenta.

—Tal vez es necesario algo más que un apretón de manos —dijo él—. Un símbolo de honor, algo más vinculante y sagrado.

—¿Qué es más vinculante? —preguntó ella, y se le aceleró la respiración porque de pronto lo supo.

La expectación la mareó un poco pero también le dio osadía, como si estuviera suspendida en el umbral de lo desconocido, a punto de dar un paso en un acantilado, para caer o volar.

—Un beso de paz podría servir —susurró él.

Se inclinó, acercando la cara hacia la de ella, y ella echó hacia atrás la cabeza.

—Podría.

Cerró los ojos cuando la boca de él tocó la de ella, cálida, tierna, sintiendo la aspereza de su barba de un día. Suspiró cuando él apartó los labios.

—¿Suficiente por el alquiler de un año? —preguntó él con voz ronca y suave.

—Ah, lo dudo —musitó ella, con el corazón desbocado.

El suspiró y le cubrió los labios con los suyos una vez más. Le flaquearon las rodillas y él la sujetó con una mano bajo el codo. Ella le aferró el potente brazo desnudo y mientras él moldeaba su boca a la de ella la recorrió toda entera una dulce corriente de fuego líquido, como un rayo.

El se apartó.

—¿Está pagado ahora? —susurró.

Ella se encogió de hombros, en silencio, deseando que eso no acabara. Le vibraba todo el cuerpo, cada curva, cada hendidura. No podía pensar con claridad, sólo podía sentir, apoyarse en la fuerza de él.

—Tal vez podrías elevar el precio —dijo él.

—Podría —suspiró ella.

El se acercó más, bajando la mano hasta posarla en su espalda a la altura de la cintura y la estrechó contra él. Ella entró impotente en el siguiente beso, como una hoja en un torbellino, girando, hundiéndose. Le rodeó el cuello con los brazos y se apretó contra él, sintiendo los duros contornos de su cuerpo amoldados a sus curvas. Gimiendo suavemente se entregó a otro beso y comenzó a sentir la embriaguez, se sintió caer por el borde de ese umbral al que se había arriesgado.

Se rindió a la debilitante tormenta interior, cuando sabía que debía apartarse. Abrió los labios, sintió el contacto de su lengua, tierna pero ardiente, y gimió. Sus brazos se apretaron, y ella se arqueó para apretarse más.

El susurró en su boca, su nombre, creyó oír, repetido, o tal vez era una oración, y luego sintió deslizarse sus labios por su mejilla, su aliento suave en su pelo y como éxtasis en la oreja. Las rodillas sencillamente le cedieron por un instante; aumentando la presión de un brazo alrededor de su cuello, puso la palma sobre su pecho, donde el contorno era duro y firme y sintió latir su corazón como un tambor.

El la sujetó por la cintura con una enorme mano y subió la otra. Por su brazo; sus dedos buscaron y se posaron sobre un pecho. Ella hizo una repentina inspiración entrecortada cuando su mano le acarició el pezón ya dispuesto, perlado y hormigueante. La sensación la recorrió como una delgada hebra de fuego nuevamente encendida.

Un símbolo, pensó vagamente, un beso casto y honorable había encendido eso. No se sentía capaz de detenerse ya, no deseaba apartarse; estaba impulsada por sentimientos intensos, por exigencias que le eran nuevas, pero que en cierto modo comprendía. En lo más profundo sabía qué necesitaba su cuerpo, y lo que más deseaba: volar hasta el sol, no volver a sumergirse en las sombras.

Las manos de él, cálidas y delicadas, se movían sobre ella, produciéndole solaz y

consuelo, placer y regalo, amoldándose a sus pechos, deslizándose por su abdomen y bajando más abajo. Sintiendo un revoloteo interior, un intenso deseo, se arqueó hacia él, gimiendo. La boca de él buscó la suya nuevamente y la exploró en profundidad.

Cogiéndole la cara entre las manos, él la volvió a besar y se apartó. Ella gimió su protesta, deslizándole las manos por el pecho, por la cintura, por sus musculosos brazos, pero él se apartó.

La miró, sus ojos tan brillantes como la llama azul del hogar.

—Escúchame Eva, muchacha —dijo, tan jadeante como ella, su voz ronca, áspera.

Ella asintió en silencio, reteniendo el aliento, mirándolo a los ojos, casi incapaz de pensar por el fuerte golpeo de la sangre.

—Esto se ha estado incubando entre nosotros durante un tiempo —dijo él—, pero estás prometida, y según esa disposición, no soy yo el que se va a casar contigo. Jamás te deshonraría, pero, pardiez, no es fácil estar tan cerca de ti cada día. Ahora dime esto, y sé sincera.

Ella volvió a asentir. Lo único que deseaba era sentir sus besos, sentirse envuelta en su fuerza, sentirse llena por él. Se esforzó en escuchar, con las manos apoyadas en sus brazos. Sentía el cuerpo de él como piedra esculpida calentada por el sol, y sus dedos eran suaves sobre su cara.

—¿Romperás tu compromiso con Colin? —le preguntó él en voz baja.

El corazón le dio un brinco y se sintió desgarrada entre la tristeza y la dicha.

—Si dijera que no, ¿qué harías?

Él la soltó y dio un salto atrás, con las manos levantadas, las palmas abiertas. Ella lo miró deseosa, desesperada, dolida.

—Y si dijera que sí, ¿qué harías?

Él le acarició la mejilla con los dedos, le pasó el pulgar por los labios, con tanto cariño en el gesto que ella supo lo que le decía. Él retiró la mano lentamente.

Ella cerró los ojos, angustiada, deseando derretirse en sus brazos y decirle que lo deseaba más que todo lo que había deseado y desearía en su vida.

—Lachlann —dijo, sin aliento—, ¿qué es esto que hay entre nosotros? ¿Es deseo lo que tira de mí cuando estás cerca? ¿Es sólo... un apetito del cuerpo, una necesidad, como el fuego necesita combustible?

—¿Qué crees tú? —preguntó él.

Nuevamente ella se sintió oscilar en el borde del acantilado, y tuvo la certeza de que en la sincera claridad de sus ojos azules veía lo que tanto ansiaba de él, y no podía pedir.

—Creo que siento mucho más que deseo —dijo, con cautela.

—¿Pero no estás segura? —preguntó él, su voz profunda y dulce.

—Podría estar segura si no me atontaras, si no me atizaras el fuego cada vez que me tocas, y si pudiera pensar claro cuando estás cerca.

El frunció los labios y ella pensó que se iba a reír. Pero en lugar de eso frunció el ceño.

—No tomaré a la novia prometida de otro hombre, aun cuando ese hombre sea mi enemigo. Pero si es la mujer la que toma la decisión, bueno, eso cambiaría.

A ella se le arremolinó el corazón y el alma. Se pasó la mano por la frente. Recordó la historia de Aileen Stewart que contara Mairi, que se fugó con su amado herrero, Tomas MacKerron, y comprendió absolutamente cómo había ocurrido eso, si el padre se parecía en algo al hijo.

Pero ella estaba atada con grilletes por Colin, por Innisfarna y por las necesidades de sus parientes, e incluso por Ninian. Se cogió las manos, bajó la cabeza y reprimió un sollozo.

El la observaba franca, pacientemente, con una pequeña arruguita entre las cejas.

Como si un hilo fuerte estuviera estirado entre ellos, sintió el tirón. Se meció en el borde de la opción. Moverse hacia Lachlann le llenaría el corazón, haría realidad sus sueños. Pero moviéndose hacia Colin salvaría a sus parientes y a su clan. Negó con la cabeza.

—Eh... le hice una promesa solemne a Colin.

—Entonces eso es lo que debes hacer —dijo él—. Y lo que yo debo hacer es marcharme de aquí. Pensé que estaba hecho de piedra, Pero no lo estoy tratándose de ti. Ella comprendió que él se refería a algo mucho más que amistad, a algo tierno, profundo, directamente salido de sus sueños. Lo miró con el corazón desbocado. Deseó arrojarse en sus brazos, pero estaba atrapada en obligaciones.

—Si... si yo rechazara a Colin, ¿qué harías?

Estaba atrapada por Colin, pero necesitaba saber la respuesta.

Él le dirigió una sonrisa breve, sesgada, y le levantó el mentón con los nudillos.

—Ven a buscarme si decides eso, y entonces lo sabrás —dijo.

Acto seguido, se giró, abrió la puerta y salió.

Eva puso las palmas en la puerta cerrada, apoyó la frente en su granuloso frescor y expulsó el aire en un gemido.

Capítulo 18

Lachlann llevaba un ritmo rápido martillando el hierro candente. Saltaban chispas sobre sus guanteletes de cuero y delantal, y unas pocas le caían en los antebrazos, pero él se las quitaba con una sacudida, casi sin sentir la quemadura. Cerrado un eslabón en la cadena, comenzaba otro, doblando el brillante metal color ámbar con un fuerte giro de las tenazas, pasando el eslabón nuevo por el último de la cadena, y uniendo los extremos con un golpe de martillo, haciendo saltar chispas.

Mientras trabajaba veía la imagen de Eva con la espada de Jehanne en las manos. Y nuevamente sentía el calor y el placer de tener a Eva en sus brazos. Ella poseía una gracia no común y una cierta magia, y cada día que pasaba se sentía más impulsado a estar con ella. Ya sabía que no podría quedarse en Balnagovan si no podía tenerla.

Se giró a calentar otra varilla de hierro y la observó transformarse en luz sólida, pensando en cómo ardían su cuerpo y su alma por Eva. Ambos eran de naturaleza similar, fogosa y fuerte. Lo que existía entre ellos estaba lleno de chispas, llamas y calor perdurable, o al menos podría ser perdurable si se le daba libertad y se alimentaba.

Uniendo otro eslabón a la cadena a golpes de martillo, comprendió que lo alegraba que ella hubiera descubierto la espada de Jehanne, porque sólo ella podía comprender lo que significaba esa espada para él. Había amado castamente a Jehanne, con el respeto de un hermano y camarada, o como podría amar un hombre a un ángel caído a la tierra.

Sus sentimientos por Eva eran profundos y ardientes, cada vez más intensos, una parte de las intrincadas capas de su alma. Percibía su compasión, parte de lo que más amaba en ella. Pero ella no sabía la parte negra de la historia: que él le había fallado al ángel que le confiaran a su cuidado.

Golpeando el martillo con fuerza y furia, continuó construyendo la cadena, partiendo, doblando el hierro candente, modelándolo a su voluntad. Su memoria evocó otra pesada cadena negra atada a una muchacha menuda, obstinada, extraordinaria. Ya no podía hacer nada por Jehanne, aparte de atender a su petición y rehacer su espada.

Comprendía que para sanar debía realizar de alguna manera sus sueños tan largamente acariciados. Seguramente le resultara imposible forjar espadas; y sus ansias de Eva era un sueño precioso cuya realización de pronto le parecía tan cercana, pero todavía estaba muy lejos de su alcance.

Muy pronto terminó la cadena, la metió en el agua para enfriarla y abrigó cada eslabón con aceite. Chorreando de sudor, se pasó el brazo sucio por la frente y cogió la escoba pequeña para dispersar las brasas para que se apagaran.

Abrió la puerta y saboreó la fría ráfaga de viento en su piel sudorosa. Metió un cucharón en el cubo de agua que tenía junto a la puerta y bebió, sediento. Vio que el cielo ya estaba oscureciendo, con los colores del crepúsculo; el día se le había pasado sin darse cuenta, absorto en su trabajo junto a la fragua y el yunque.

Miró hacia la casa, al otro lado del prado. Las contraventanas estaban cerradas, para no dejar entrar el viento, y un humo claro salía de la chimenea. De pronto su pie chocó con un bulto envuelto en un paño y miró. Dentro del envoltorio había panecillos de avena, un buen trozo de queso y una manzana cocida, todavía caliente y con olor a especias. También había una jarra tapada en el peldaño, el vientre blanco glaseado.

Haciendo un silencioso gesto de agradecimiento hacia la casa, cogió la comida y volvió a entrar.

A la mañana siguiente, después de un rápido baño en las frías aguas del lago, para

refrescarse y limpiarse la suciedad de hierro y hollín, trabajó en la fragua todo el día hasta bien entrada la noche. Reparó los arneses de los caballos del establo, forjó una parrilla para el hogar de la casa e hizo cucharones y pequeños y afilados cuchillos de cocina para Eva y Margaret.

Ese día Eva no fue a la herrería, aunque él había esperado que fuera. Cuando fue a la casa para instalar la parrilla, ella no estaba ahí. Comió solo, conversando con las amorosas perras, y le dio dos panecillos a *Grainne*, porque estaba hambrienta. Deseó que Eva estuviera allí i para reprenderlo por eso.

Volvió a la herrería y se absorbió en su trabajo, en el calor, el sudor y el incesante golpeteo del martillo. El rítmico sonido y la atención constante que le exigía el trabajo le servía para olvidar sus complicados pensamientos y emociones; el intenso calor y el trabajo le ¡servían para desahogar sus frustraciones.

Resistió al agotamiento, trabajando hasta bien entrada la noche. I Martillando tenía la extraña impresión de que golpeaba un plano interior, transformando su voluntad, rehaciendo su futuro.

«Ojalá todo fuera tan sencillo», se dijo, y continuó trabajando ¡como demonio en la fragua, fuerte, rápido y medio loco de deseo de hacer todo lo que pudiera, por tarde que fuera. Se le puso borrosa la ¡visión, y aparecían las luces extrañas cuando cerraba los ojos, pero era ¡brillante hierro rojo el que estaba trabajando, sencillo en sus cambios de color, no acero fino, por lo tanto continuó.

Cuando sonó el golpe en la puerta, fue tan suave que casi no lo oyó. Volvió a sonar y fue a abrir la puerta, deseando que fuera Eva.

Allí estaba ella, sus ojos grandes, su cara blanca, y no estaba sola. Junto a ella estaba un joven con una falda sucia, el pelo recogido en luna desordenada trenza, su cara extraordinariamente parecida a la de ¡Eva, a pesar de la desgredada barba. Sus ojos se veían cansados y ojerosos de preocupación, para ser un hombre tan joven. Lachlann los ¡miró un momento y luego se hizo a un lado para dejarlos entrar en la ¡calurosa herrería.

—Simón, bienvenido —dijo.

—Lachlann —dijo Simón, estrechándole la mano—. Cuánto tiempo hace que no te veo. Espero que estés bien.

—Bastante bien —repuso Lachlann, y miró a Eva, que estaba un poco apartada, como si fuera una simple acompañante, aunque él sabía que estaba tan metida en la rebelión como sus parientes—. Me alegra que hayas decidido verme por fin. Tengo un mensaje para ti.

—Una carta del rey, pero ya sabemos lo que quiere. Pretende ame-lazarnos con fuego y espadas.

Lachlann soltó un suspiro y se frotó el cuello, donde le dolían los músculos de cansancio.

—Sabes lo que dijo el mensajero de Colin a Robson, pero tienes que leer el mensaje oficial.

—¿Qué importan los detalles? Aunque nos amenacen de muerte, no podemos huir como unos cobardes. Estamos luchando por nuestras tierras, nuestro apellido, nuestra existencia.

La tenue luz roja de la herrería le fue suficiente a Lachlann para ver cómo unos pocos años y una buena cantidad de apuros y responsabilidad habían hecho madurar al hermano menor de Eva, convirtiéndolo en un hombre de marcados rasgos severos. Ese no era el joven impulsivo que recordaba.

—Simón, sé que pusiste en duda mi lealtad cuando te enteraste de mi misión. Pero me conoces desde hace mucho tiempo. No he cambiado más que tú. —Sentía la mirada de Eva sobre él, pero no la miró—. Comprendo tu causa, pero espero que tengas la

prudencia de obedecer las leyes del país.

—Las leyes del país nos quitaron a nuestro padre y nuestras propiedades y nos desbandaron sin ningún buen motivo, aparte de que nuestro padre era uno de los jefes que no estaban de acuerdo con el plan del rey.

—Al margen del pasado, debéis poner fin a las hostilidades ya.

—No necesitabas buscarnos para decirnos eso. Las patrullas por las montañas lo dejan muy claro —dijo Simón, con una sonrisa amarga, tensa—. Vine aquí con la esperanza de apelar a nuestra vieja amistad, para persuadirte de que te unas a nosotros.

—Simón, escúchalo —le dijo Eva apaciblemente—. Deja que te dé el mensaje del rey.

Simón frunció el ceño pero asintió.

Lachlann exhaló un suspiro y dijo:

—El rey no sólo os enviará fuego y espadas sino que además ejecutará a Donal, si no ponéis fin a los intentos de recuperar vuestras tierras.

—Jesús —exclamó Simón—. ¿Haría una cosa así el rey, después de matar a nuestro padre?

—Lo haría, si hubiera causa.

Intervino Eva:

—Yo esperaba que Colin... Lachlann, ¿hay alguna referencia a perdón en la misiva del rey?

—No, que yo sepa, pero no he leído la carta. Está sellada. Pero sí sé que si continúan los ataques de los MacArthur después de la entrega de este mensaje, la muerte de Donal es segura; eso podría seguir en pie al margen de un perdón posterior. Una vez que estés informado, Simón, eres responsable del resultado, según el mandato. Míralo tú mismo.

Fue al dormitorio de la herrería, cogió su capa y sacó un paquete envuelto en cintas de un bolsillo del interior de raso, y volvió a entregárselo a Simón.

Éste lo abrió y echó una ojeada a la carta.

—Es cierto.

—Cuando me enteré de la rebelión en Perth, me ofrecí para traerte un mensaje, y los consejeros del rey lo consideraron buena idea. Esperaba negociar contigo y ganarte tiempo. El rey ya estaba preparado para enviar tropas, pero accedió a esperar.

—Esta es una clara amenaza —dijo Simón—. Una vez que se inicie el ataque a fuego y espada, el rey Jacobo no parará hasta que todos los MacArthur proscritos sean cogidos y colgados.

—¡Pero Colin hizo una petición de perdón! —exclamó Eva.

—Al parecer sin éxito —dijo Lachlann bruscamente—. Si llegan más tropas aquí, y continuáis la rebelión, tarde o temprano seréis capturados todos.

—Necesitamos armas, no advertencias —replicó Simón—. Y necesitamos más hombres. Eres buen soldado, uno de los mejores del rey. Mis primos dicen que en Francia estabas en la guardia más selecta. Siempre fuiste uno de nosotros antes, y tienes la especialidad para armarnos. Necesitamos saber si estás de nuestra parte.

—Contáis con mi simpatía, pero no os haré armas. Aun en el caso de que aceptara, me faltan los materiales. Para hacer acero se necesita carbón vegetal y hierro dulce de buena calidad, y esas cosas son caras.

—Podemos comprar todo lo que necesites —dijo Simón—. Tenemos nuestros medios. Los Campbell y los Stewart tienen ganado, por lo tanto tenemos nuestros medios. —Sonrió sin humor, pero con orgullo—. Ganamos buena moneda vendiendo sus reses en los mercados de la frontera.

Lachlann vio hacer una mueca a Eva y captó la diferencia de opinión entre ella y su hermano en ese asunto y, supuso, en otros también. La tensión entre los hermanos

parecía evidente.

—Ese tipo de ingenio os ganará un dogal —dijo—. He dado el aviso. Es poco lo que puedo hacer si no hacéis caso.

—Sí hay algo que puedes hacer —dijo Simón, tenaz—. Necesitamos espadas, puñales y hachas.

—No suministraré armas para una rebelión.

No podía, pensó Lachlann; sus capacidades estaban dañadas, pero Simón y Eva tenían fe en su pericia como espadero, veía la esperanza en los ojos de ella.

—Necesitamos armas para sobrevivir también, no sólo para la rebelión —dijo Simón vehementemente—. Perdimos nuestras posesiones cuando nos echaron de nuestras casas después de la muerte de mi padre. No tenemos casi nada aparte de lo que robamos a los Campbell y los Stewart, que ahora tienen nuestras tierras.

—Y por lo tanto deberíais tener cuidado, porque Colin dijo que solicitaría el perdón para nuestro clan —dijo Eva—. Seguro que hay alguna referencia a eso en la carta del rey —añadió, tendiendo la mano.

—Aparece el nombre de Colin, lo vi —dijo Simón—. Tú lees mucho mejor que yo, toma. —Le entregó la hoja de pergamino—. Ella cree que nos salvará a todos —susurró a Lachlann mientras Eva leía—. Le he insistido en que no se arriesgue por nosotros.

—¿Y si Campbell no cumple su promesa? —se apresuró a preguntar Lachlann—. ¿Y si no puede, o no quiere, hacer algo?

—Entonces estaré feliz de romper el compromiso —contestó ella enérgicamente, levantando la vista y mirando a Lachlann un momento, sus ojos brillantes de resolución.

Él asintió y sintió un rayo de esperanza nuevamente.

—Entonces tu matrimonio pende de un hilo —dijo.

—Que ojalá se rompiera —exclamó Simón—. Pero Eva intenta salvar a Donal y a todos los demás —pasó un destello de pena y obstinación por sus ojos azules—, como si nosotros no pudiéramos salvarnos solos; ella se siente obligada a ponerse en el tajo por nosotros.

Conociendo la lealtad y amor que unía a los tres hermanos MacArthur, Lachlann percibió la discordia entre esos dos. Su aflicción la aumentaba el incierto destino de su hermano mayor, pero los dos eran testarudos y orgullosos.

Eva continuaba leyendo, el entrecejo arrugado, moviendo ligeramente los labios, totalmente concentrada.

—Aquí está —musitó, y leyó—: «Respecto al asunto y petición de Colin Campbell...» —siguió leyendo en silencio.

—Simón, no te envidio esa furia —dijo Lachlann.

—Es una furia justa —contestó Simón, inflexible.

—Sí, pero te aconsejo que actúes con prudencia.

—Los Campbell están instalados en nuestras tierras, alimentándose de ganados que eran nuestros, cabalgando caballos que nos pertenecían. Sus arcas se llenan mientras nosotros sufrimos. Nosotros sólo cogemos lo que necesitamos.

Lachlann movió negativamente la cabeza.

—Robar o luchar ahora, después de haber recibido las órdenes del rey, es traición pura y declarada. Añade combustible a ese fuego y la llama sólo será más caliente.

—Entonces usa esa llama para forjarnos armas.

En ese momento Lachlann vio el relámpago de fuego interior en el joven, señal de la fuerza del verdadero líder. Suspirando se pasó la mano por la cara. De pronto se sintió viejo, amargado, cansado, mucho más prudente de lo que debía ser.

—Simón, he visto la guerra. He visto su devastación, su negrura y carencia de alma. No te conviene continuar esto. Créeme.

—Te volveremos a pedir ayuda —contestó Simón—. Y otra vez y otra vez, hasta que oigamos la respuesta que queremos. ¿No es así, Eva?

Ella no contestó. Se volvió a mirarlos con la hoja aferrada con ambas manos, los nudillos ya blancos, la cara pálida.

—*Ach Dhia!* —exclamó—. ¡Lo que ha hecho! ¡El imbécil!

—¿Quién? ¿Qué pasa? —preguntó Lachlann, inquieto.

—Colin... ay, Dios. —Miró con sus grandes ojos horrorizados a Lachlann y luego a Simón—. Aquí dice que... que se casó conmigo por poder, ¡cuando estaba en Francia!

—¿Qué? ¿Dónde dice eso? —preguntó Simón.

—Déjame ver —dijo Lachlann, arrebatándole la hoja para leerla él.

—Colin no podría hacer una cosa así —dijo Simón—. Necesitaría tu consentimiento, Eva. Debes de haber leído mal. Al fin y al cabo está en inglés —añadió.

—No ha leído mal —dijo Lachlann lúgubremente—. Está aquí. Colin Campbell ahora tiene el derecho a la propiedad poseída por su esposa, gracias a una boda celebrada por poder cuando estaba atendiendo a sus deberes en Francia, y aquí el amanuense escribe que la petición de Campbell de un perdón para los MacArthur está en consideración. Mientras no se decida eso, los rebeldes MacArthur tienen que obedecer las órdenes del rey. —Levantó la vista. Le temblaba la mano cuando le entregó la hoja a Simón. Después miró a Eva—. Es cierto, Colin está casado contigo a los ojos de la Iglesia.

Ella lo miró fijamente, en silencio. Aunque sólo los separaba un largo de brazo, él se sintió como si el mundo se hubiera movido y ella se hubiera alejado, alejado, fuera de su alcance, sin esperanzas. Sin poder hablar, se limitó a corresponderle la horrorizada mirada en silencio.

—Esto no puede ser legal —dijo Simón, leyendo nuevamente la carta, pasando un dedo por las apretadas palabras en tinta negra—. Eva no dio su consentimiento para un matrimonio por poder. No es válido.

—Podría serlo, si Colin tenía el consentimiento del rey —dijo Lachlann—. O tal vez le envió una carta pidiéndole el consentimiento y ella no la recibió. Eso es muy posible, con el alboroto que hay en Francia. Algunos de mis mensajes no llegaron nunca a destino. Si Colin envió la carta y no recibió respuesta, pudo interpretar el silencio de Eva como consentimiento.

—Encontraremos una manera de disolver ese matrimonio —dijo Simón.

—Tú lo sabías —dijo Eva, que seguía mirando a Lachlann—. El rey lo sabía. ¡Seguro que te lo dijo!

—Eva, te juro que nunca oí nada de esto —contestó él apaciblemente.

—Pero tú trajiste el mensaje. Tienes que haberlo sabido. ¿Iba bien a tus propósitos guardártelo para ti?

El vio la angustia en sus ojos y sintió la dolorosa puñalada de su desconfianza. Sintió brotar también su propia rabia y dolor.

—Eso es lo que has deseado todo el tiempo —dijo secamente—. Insistías en casarte con él. Ahora ya está hecho.

Ella lo miró furiosa, pero él vio brillar lágrimas junto con la rabia. Lamentando su explosión, susurró su nombre y le tendió la mano. Ella se dio media vuelta y echó a correr hacia la puerta, dando un portazo al salir.

—Cueste lo que cueste —masculló Lachlann con voz ronca—, encontraremos la manera de disolver este matrimonio.

—Piensa rápido, herrero —le dijo Simón—. Mi nuevo cuñado volverá pronto. Y dudo mucho que tolere tener unos pocos rebeldes por parientes, o a un apuesto herrero en la propiedad de su esposa. No habrá piedad ni clemencia para ninguno de nosotros.

Dicho eso se dirigió a la puerta, la abrió y salió detrás de su hermana.

Capítulo 19

—Tienes que volver, Eva, cariño —dijo Margaret, dulcemente—. No es propio de ti esconderte de tus problemas. —Apoyó al bebé en el hombro y empezó a friccionarle suavemente la espalda en círculos—. Maeve —añadió, severa, al ver que su hija comenzaba a subirse a una banqueta, haciéndola oscilar precariamente.

Eva cogió a la niñita, la sentó a su lado y le pasó los dedos por los revueltos rizos rubios.

—Volveré pronto —dijo—. Sencillamente necesitaba estar lejos para pensar.

Ni podía estar tan cerca de Lachlann sabiendo que estaba casada, por traición de Colin. La irresistible atracción entre ellos debía acabar si era la esposa de otro. Cerró los ojos angustiada.

Sólo al marcharse de Balnagovan había comprendido del todo con qué desesperación necesitaba estar con el herrero, y lo esencial que era poner fin a su compromiso obligado con Colin. Sin embargo, de alguna manera debía proteger el bienestar de sus parientes.

—Margaret, gracias por tu hospitalidad —continuó—. Hablar con vosotros y caminar por la montaña para pensar y estar sola me ha servido mucho estos días, de verdad. Pero todavía no sé qué hacer.

Suspiró y bajó los ojos, sintiendo la pesada carga que llevaba sobre sus hombros.

—Deberías haber rechazado a Colin desde el principio —dijo Margaret—. Todos lo habríamos comprendido. Sé que te prometió lo que tú más deseabas oír, que tu familia estaría a salvo. Pero aún no ha obtenido el perdón, y si él no cumple su parte del trato, ¿por qué habrías de cumplir la tuya?

—Se casó conmigo, y eso es mucho más difícil de romper que un compromiso, aunque haya sido por poder, sin mi consentimiento. Aún no hay perdón que sepamos, pero todavía podrían aprobar su petición. La carta del rey decía que está en consideración, por lo que todavía tengo cierta esperanza.

—No parece muy esperanzada —observó Margaret, mirándola preocupada—. Nunca te había visto tan desgraciada.

—Si el rey perdona a tu clan y libera a tu hermano, puedes hacer anular el matrimonio después —sugirió Angus, que estaba sentado junto al hogar terminando una carreta de juguete para Maeve. Hizo girar las fuertes ruedas y empezó a ajustar el eje—. Eso no será difícil, mientras te mantengas alejada de él cuando vuelva. —Sonrió—. Que ese fornido herrero te proteja, y mantente alejada de Colin hasta que se anule el matrimonio. Anularlo llevará unos meses. Lachlann sabrá arreglárselas para mantenerlo alejado.

—Angus, esa es una mala solución —dijo Margaret.

—Ojalá fuera tan sencillo —añadió Eva.

Angus alzó la vista y la miró, arqueando una ceja castaña.

—¿Qué otro poder tiene Colin sobre ti? Nunca me ha parecido suficiente ese perdón, eres una muchacha demasiado osada para aceptar una cosa así. Yo creo que te ha amenazado con algo. ¿Es cierto?

Eva desvió la vista y asintió.

—Me amenazó con que a Donal lo ejecutarían y a Simón lo capturarían a menos que me casara con él —admitió—. Yo sabía que se encargaría de que lo hicieran. No tenía alternativa.

Margaret ahogó una exclamación.

—Aja —dijo Angus—. Me imaginé que había algo más. Bueno, ve a ver al rey e infórmalo de la malvada amenaza de Colin. Haz tu propia apelación y pon al descubierto al canalla, ante todos.

Margaret negó con la cabeza.

—No puede hacer eso, estando sus parientes proscritos y desposeídos, y siendo el rey el responsable de la muerte de su padre. Es más seguro que Eva esté aquí, y luche sus propias batallas.

—Una lástima que no se haya comprometido hace unos años —musitó Angus, pensativo, lijando el costado de la carretita—. Entonces el compromiso y el matrimonio serían inválidos.

—¿Qué has dicho? —exclamó Eva levantando la cabeza.

Él se encogió de hombros.

—Estaba pensando en esa noche de Beltane cuando nos encontramos Margaret y yo y nos hicimos nuestras promesas. Tú estabas con Lachlann esa noche, recuerdo. Es una lástima que sólo seáis amigos. Mis padres deseaban que me comprometiera con otra muchacha, y me hizo feliz tener un motivo para no hacerlo. Y me hizo feliz que Margaret entrara en mi vida cuando entró —añadió, sonriendo a su mujer—. Si te hubiera ocurrido eso, Eva, tendrías un motivo para rechazar a Colin cuando vuelva.

Eva lo miró pestañeando, con la mente chisporroteando.

—Si hubiéramos... ¡Ah! —exclamó, enderezándose en el asiento—. Tengo que irme a casa.

—Está oscuro y ventoso —dijo Margaret—. Espera hasta mañana. Sea lo que sea, no se acabará. —Ladeó la cabeza y la miró, pensativa—. Sospecho que esto lleva mucho tiempo, ¿eh? Nunca dijiste ni una palabra, ni siquiera a mí.

Eva sintió subir el rubor a sus mejillas.

—Eh... bueno, pensé que era... sólo un recuerdo maravilloso para guardar en mi corazón.

—Pero en estas últimas semanas has comprendido que es mucho más —observó Margaret.

Eva asintió, consciente de que tenía las mejillas ardientes como una llama.

—Me lo imaginé —continuó Margaret—, cuando te vi con él esa noche en la casa del herrero.

—¿Qué? —preguntó Angus, curioso, pero distraído.

—Ah —dijo Margaret, sonriendo—, nuestra Eva se parece más a su amado herrero de lo que yo habría pensado, guarda bien sus secretos. —Le tocó el hombro—. Vuelve a Balnagovan por la mañana. Puedes arreglar esto de alguna manera.

—Tal vez pueda —dijo Eva. Hizo una honda inspiración y sintió renacer la esperanza. Riendo y sollozando al mismo tiempo, asintió—. ¡Y lo haré!

Era media mañana y el sol brillaba como una moneda de oro en el cielo cuando Eva atravesó el ancho prado en dirección a la propiedad de la herrería. Oyó el apagado tintineo del martillo del herrero. Pensando en su conversación con Margaret y Angus, sonrió, inundada por una débil esperanza.

Pero sabía que sus problemas distaban mucho de haber acabado.

Aunque su impulsivo compromiso con Lachlann bastara para invalidar su matrimonio obligado con Colín, seguía preocupada por la seguridad de su familia. El grado de ambición y deseo de venganza de Colin podría ser muy grande.

Si era preciso, pensó, podría enfrentarlo para salvar Innisfarna, como deseaba Alpin.

Pero para ayudar a sus parientes podría tener que apelar al propio rey, aunque no tenía el menor deseo de enfrentar al monarca que había tratado con tanta crueldad a su padre inocente y a los otros jefes de clanes.

Cuando se acercaba a la herrería cayó en la cuenta de que el rítmico ruido de metal contra metal provenía de fuera de la herrería. Vio a Lachlann apoyado en el anca de un enorme caballo de guerra blanco, con las piernas separadas inclinado sobre el casco que sostenía entre las rodillas. A su lado, en el suelo, había un pequeño yunque portátil y un cubo con brillantes brasas de carbón. Ninian tenía sujetas las riendas del caballo, y le estaba hablando y acariciándole la ancha nariz.

Observarlos le llenó el corazón de amor, orgullo y tristeza. Ninian se veía pequeño y serio al lado del caballo, mientras que Lachlann se veía potente y capaz. La camaradería entre el niño y el hombre era visible, incluso a la distancia, trabajando juntos para tranquilizar al caballo, haciéndose gestos entre ellos.

Aunque deseaba librarse de Colin para estar con Lachlann, la preocupaba que de eso resultara algún daño para Ninian. No deseaba abandonarlo al cuidado de su padre, al que por lo visto su hijo le importaba muy poco. Los demás habían reaccionado bien a su naturaleza amistosa pero tímida, y tenía amigos declarados en Robson, Alpin, Lachlann y ella. No le cabía duda de que todos ellos, juntos y cada uno por su cuenta, se cuidarían del niño, se casara ella o no con su padre.

Esas últimas semanas, a medida que Ninian ayudaba más en la herrería y en el establo, había visto cómo se sentía más seguro con Lachlann, que le demostraba callado respeto y paciencia, y esperaba obtener buen trabajo de él. Sonrió con cariño cuando se acercó y vio al niño observando atentamente a Lachlann, escuchando sus consejos.

—Sujétala bien —estaba diciendo Lachlann—. Que sienta lo tranquilo que estás, y se calmará también. Esa es la manera. Buen muchacho.

Se giró y con las tenazas sacó una herradura caliente del cubo con brasas. Después de probar la herradura en el casco del caballo, la puso en el yunque y la golpeó para corregir su forma.

Después de calentarla y enfriarla en el agua, la sacó y la puso. Salió humo cuando la herradura todavía caliente tocó el casco duro e insensible del caballo. Lachlann martilló los clavos, doblándolos sobre el borde de la herradura, bajó la pata del animal y comenzó a trabajar la otra pata trasera.

Todo esto lo hacía hablándole a la yegua en un suave murmullo. Tranquilizada por las palabras de Lachlann y las caricias de Ninian, la yegua toleraba bien la operación. Eva esperó pacientemente a un lado, observándolos.

Cuando Lachlann terminó, levantó la vista.

—Ah, has vuelto—comentó.

Ninian se asomó por el costado de la yegua y le sonrió.

—Margaret te agradece los ganchos para las ollas y los cucharones —dijo ella, acercándose más—. Y Angus querría saber cuándo se harán los clavos. Tiene bastante trabajo ahora, porque el cura le pidió que reparara las vigas de la iglesia.

—Tendré listos los clavos dentro de unos días —dijo él, enderezándose y limpiándose la frente con el brazo manchado. Después acarició al caballo y elogió a Ninian.

—Ninian, éste era el último caballo, amigo mío. Has trabajado mucho hoy, y te lo agradezco. Ahora llévala al establo, por favor.

El niño cogió las riendas y se alejó con la yegua. Lachlann se giró a mirar a Eva.

—Ha sido de gran ayuda esta mañana. Tiene un don para tratar a los caballos y parece que ellos lo quieren.

—¿Ya has terminado? Pensé que herrar caballos te llevaría la mayor parte del día.

—Comenzamos muy temprano. Alpin trajo al niño al amanecer para ver si habías vuelto. Ninian se ha encargado de los quehaceres de la casa también durante tu ausencia.

Ella asintió y vio en él una expresión de extrañeza. Comprendió que sentía curiosidad por los días que ella había pasado en casa de Margaret. Pero no preguntó nada.

—Y me alegro del tiempo extra —continuó él—, porque quiero ir a Glen Brae a ver al carbonero.

Se agachó a coger el cubo con las brasas encendidas. En ese momento volvió Ninian corriendo del establo y le recogió las herramientas. Lachlann lo miró aprobador.

—Buen muchacho. Ahora, mientras me voy a lavar, ¿podrías ensillarme a mi yegua? Ya debe de estar descansada de su sufrimiento.

Ninian echó a correr entusiasmado a hacer lo pedido.

—¿A tu yegua no le gusta que la hierren? —le preguntó Eva.

—Los rocines tienen los cascos tan duros que no necesitan herradura como necesitan los caballos de guerra en este suelo pedregoso, pero le pongo uñas a sus cascos para que se afirme mejor en las montañas en invierno. No le gustó la operación, pero Ninian consiguió calmarla muy bien. Ese niño tiene un don.

—Gracias por ser tan bueno con él.

—¿Creías que iba a ser menos bueno con él? Es un muchachito de muy buen corazón.

—Sí —convino ella—, pero puesto que es hijo de Colin, podría no caerte muy bien.

—No soy tan insensible, Eva.

—Losé—dijo ella.

Él frunció el ceño y dio la impresión de que iba a decir algo, pero en lugar de hablar echó a andar hacia la puerta de la herrería.

—Estaré de vuelta esta noche —dijo por encima del hombro—. Si vienen los soldados al establo, mantén a Ninian contigo y enciérrate en la casa.

—Sé cuidarme —respondió ella.

Él giró la cabeza para mirarla.

—De eso no me cabe duda. Pero ahora tienes cerrojos nuevos. Aprovéchalos.

—Ninian, no tan rápido —rió Eva, siguiendo al niño por la larga y escarpada pendiente desde la orilla del lago al patio del establo.

Le dolían agradablemente los músculos después de una sesión de práctica con Alpin en Innisfarna. La falda del vestido se le pegaba a las piernas desnudas, pues antes de volver de la isla había tenido buen cuidado de cambiarse, quitándose la falda masculina de tartán.

Después de la marcha de Lachlann hacia Glen Brae, había venido Alpin a buscar a Ninian en la barca, y ella decidió ir a la isla con ellos para practicar un poco con la espada de madera. Después estuvo ayudando a Ninian a podar los rosales en el jardín de Alpin, mientras el viejo se quejaba de todo el trabajo que da cultivar unas pocas flores.

Se tomó tiempo para explicarle a Alpin, a *solas*, lo que había hecho Colin, pero no le dijo nada de su amor por Lachlann, cada vez más profundo. Escuchó sus malhumorados comentarios y su consejo de que no aceptara el matrimonio, pero se calló lo de las amenazas de Colin.

Cuando se aproximaba al patio detrás de Ninian, oyó ladrar a las perras, entusiasmadas, y se echó a reír al ver su alegría cuando el niño empezó a correr por el prado con ellas. Cayendo en la cuenta de que tenía hambre, entró en la casa para

preparar huevos y gachas de avena. Ninian podía comer bien eso; con algunos alimentos tenía dificultad para masticar y tragar, por lo que ella le preparaba las comidas teniéndolo en cuenta.

Estaba removiendo la olla cuando Ninian entró corriendo en la casa; se volvió a mirarlo sonriendo. Al ver la alarma en su cara, se enderezó y quitó la olla del fuego, con su nueva cadena. El niño apuntó hacia fuera, con el pecho agitado, la cara pálida, moviendo la boca como tratando de hacer sonidos inteligibles. Oyendo ruido de cascos de caballos en el patio, comprendió que había vuelto la patrulla, pero normalmente eso no lo perturbaba. Las perras también estaban ladrando ferozmente.

Se acercó a Ninian.

—¿Qué te pasa? ¿Te ha ocurrido algo?

—¡Tchoh'n, tchoh'n! —Estaba nervioso, frenético, los ojos desorbitados, las palabras le salían más distorsionadas que de costumbre.

—Habla más lento, dímelo —dijo ella, acercándosele más.

—Tch.. oin, ¡Ba! —exclamó él, frustrado—. ¡Aquí!

Entonces ella entendió y el corazón se le vino al suelo, como una piedra.

—¿Colin? ¿Tu padre está aquí?

Él asintió y apuntó con la mano. Por la puerta abierta ella vio hombres y caballos, y oyó voces. Antes de que alcanzara llegar a la puerta, entró un hombre. Ninian se apartó de un salto de su camino.

Con peto de coraza y capa, Colin se veía más corpulento y gordo de lo que ella recordaba, pero no había olvidado sus rasgos rubicundos y gruesos, ni el ceño que los adornaban en ese momento.

—¡Muchacho, te he hecho una pregunta! Espero una respuesta de j ti, a pesar de ese defecto tuyo. ¿Dónde están el herrero y la dama que reside aquí? Muchacho... —Se interrumpió al verla a ella.

Ella lo miró, inmóvil. Ninian se le acercó y ella le puso una tranquilizadora mano en el hombro.

—¡Eva! —exclamó Colin, acercándosele—. Estaba impaciente por j verte. —Sonrió y le tendió las manos—. Debería decirte esposa. Qué I agradable estar aquí por fin.

—Colin —dijo ella tranquilamente, aunque el corazón le martilleaba por dentro y le temblaba la mano sobre el hombro de Ninian.

No le dio la mano a Colin para saludarlo. Cuando él se acercó a besarla, giró la cabeza y él sólo pudo tocarle la mejilla con los labios. El retrocedió.

—¿Recibiste la noticia de nuestro matrimonio? Te envié una carta para informarte de que ya estaba hecho. El rey lo consideró mejor para dar prisa a las peticiones que tengo pendientes. No fue difícil organizar una ceremonia por poder.

—Recibí la noticia —dijo ella fríamente—, pero no de vos. Lo supe por... un mensaje que el rey envió aquí.

Él asintió.

—Mientras lo sepas. Tenemos mucho para celebrar, entonces. —Entornó los ojos y la miró de la cabeza a los pies—. Casi no te conocí, escondida en esta oscura cabaña. Pareces una pescadera con ese viejo vestido y esa manta. Eso cambiará ahora que eres la esposa de un hombre de elevada posición.

Ella alzó el mentón y no contestó.

Él fue a cerrar la puerta, para acallar los ruidos del patio, donde los hombres estaban desmontando, hablando y llevando los caballos al establo. Un opresivo silencio descendió sobre la estancia. Eva nunca había sentido tan oscura, pequeña ni llena de humo la casa; siempre la había encontrado acogedora, conocida. Pero Colin traía consigo la penumbra y la tensión.

Él se le acercó.

—Esperaba encontrarte bien, pero, por los santos, no esperaba encontrarte en tan malas circunstancias.

—Me gusta vivir aquí, donde me siento segura y acogida por mis amigos.

—Vi a Robson en Strathlan hoy. Me dijo que huiste de Innisfarna, puro mal genio, le dije. Sigues siendo la loba, ¿eh? —Le cogió la mano en la suya áspera y se la besó, sus labios fríos y secos—. Veo que has conocido al niño.

Ella le apretó el hombro a Ninian para alentararlo.

—Ninian, saluda a tu padre.

—Dios sea con vos, padre —logró decir el niño.

Habló con la voz entrecortada y gangosa, pero ella le entendió.

Colin lo miró con mala cara y luego la miró a ella. .

—Le has enseñado a hablar, ¿eh?

Ella ahogó una exclamación, horrorizada por esa insensibilidad.

—Ninian habla muy bien —dijo—. Debes de haber olvidado eso en tu ausencia.

—No he olvidado que lo envié a Robson para que aprendiera algunos oficios sencillos. No quería molestarte. —Miró a su hijo, ceñudo—. Parece más grande.

—Por supuesto —ladró ella—. Está creciendo. Y Robson dice que hace muy bien sus tareas, y ha sido buena compañía para mí aquí. Ninian tiene un don para trabajar con los caballos, también. Te enorgullecería ver eso. Cuando le enseñes a montar, superará a cualquier jinete que hayas visto.

Notó como Ninian erguía los hombros.

—¿Cuando le enseñe a montar? —rió Colin.

Reprimiendo un estallido de ira, Eva le dio una palmadita en el hombro a Ninian. Sonriéndole, le dio un suave empujón.

—Ve al establo a ver si los soldados necesitan ayuda, si quieres.

Ninian pasó junto a su padre y salió corriendo.

Entonces Eva miró a Colin, indignada.

—No entiendo cómo podéis tratar a vuestro hijo como si no valiera nada, ¡como si apenas fuera humano!

—Veo que le has tomado cariño. Ten piedad, gatita salvaje. No me falta compasión. Cumpló mi deber de padre, aunque el cielo me lo ha enviado como una adversidad.

—Es una bendición para vos, si quisierais verlo.

Él la miró perplejo y fue a sentarse en un banco.

—Dame cerveza —dijo—. La larga cabalgada me ha dado sed. Dudo que tengas buen vino aquí, aunque envié a Innisfarna, para mi uso después. ¿Qué se hizo?

—No tengo idea —repuso ella en tono glacial.

Sirvió cerveza de brezo en una copa y la puso sobre la mesa delante de él.

—No soy posadera —dijo—, aunque os ofrezco mi hospitalidad. Puedo servirlos unas gachas, si tenéis hambre.

Él rechazó el ofrecimiento con un gesto de la mano. Entonces ella recordó, con pesar, que Ninian no había comido, con el hambre que tenía. Se encargaría de darle de comer cuando Colin se hubiera marchado.

Dios santo, que se vaya pronto, pensó. Necesitaba tiempo para hacerse a la idea de que había vuelto, y que con su llegada acababan todos sus sueños que, aunque preciosos, eran imposibles. Cualquier esperanza que hubiera tenido se desvanecía con su intensa y exigente presencia.

Pero debía aferrarse a la esperanza y a la fuerza de su decisión. El matrimonio con Colin sería insoportable, fueran cuales fueren los beneficios para sus parientes. Ya había demostrado lo arrogante, desagradable y cruel que podía ser. Y ya no podía imaginarse

la vida sin Lachlann.

Por un momento ferviente, culpable, deseó que Colin le dijera que no podía hacer nada por sus parientes. Sólo entonces se sentiría libre para rechazarlo de plano. Frunció el ceño y organizó sus pensamientos, como quien prepara las armas para la batalla, y abrió la boca para hablar.

—Así que has tomado al niño bajo tu protección —dijo Colin de pronto, secándose la boca.

Ella asintió.

—Es un buen muchacho. Colin...

—Debería haberse muerto al nacer, tan chillón y feo que era, se atragantaba con la comida.

—Dios mío. ¡Pero si sólo es un niño!

—Su madre murió después de darlo a luz, y me lo dejó a mí. Un castigo por mis pecados. Era mi querida, no mi primera esposa, que murió sin hijos. —La miró descaradamente por encima de la copa, como retándola a protestar por su inclinación a tener amantes.

—Comprendo —dijo ella lisamente—. ¿Quién lo crió?

—Mi madre se encargó de su cuidado, y lo mimó demasiado. Pero lo subió sano hasta la infancia —reconoció de mala gana—. No es fácil hacer eso con un niño cambiado por los duendes.

—¿Cambiado por los duendes?

—Mi madre nunca lo creyó, pero yo estoy convencido de que sólo puede ser un niño cambiado por los duendes. A mi hijo debieron robárselo después del parto y dejaron a otro en su lugar. Deben de haberlo dejado en la montaña para que se lo llevaran los elfos. Es un ser salvaje, un idiota, tan perezoso y estúpido como los elfos. Apenas crece, jamás será un hombre alto, pero los elfos de las montañas no engendran hijos fuertes ni hermosos —añadió, mirándola—. No como los de tu clase.

—¿De mi clase?

—Los elfos morenos, los altos, los guerreros de antaño, los de tu linaje. El linaje de Aeife. Me gusta pensar, querida mía, que te pareces mucho a ella.

Ella lo miró fijamente, y de pronto se le aceleró el corazón al comprender: con toda su astucia y frialdad práctica, Colin creía en los elfos. Entornó los ojos, pensando en esa rareza en un hombre tan endurecido y mundano. Al parecer, le fascinaba el remoto linaje de sus antepasados.

—Ninian es una especie de duende. Me mira como un idiota, y no puede hablar. Nunca podrá, con esa maldición que lleva encima.

—Mi sangre de elfos no es otra cosa que leyenda —dijo ella—. Estoy segura de que no me parezco en nada a Aeife la Radiante. Y no sé cómo podéis hablar tan mal de vuestro propio hijo —añadió.

—Bah. Medio espero que salga por la chimenea hecho humo uno de estos días. Pero tengo un deber para con él, así que lo envié a Innisfarna para que sirviera de paje. Eso es caridad cristiana.

—Dadle la caridad de vuestro corazón. No es ni idiota ni cambiado por los duendes, sino un niño pequeño. Necesita el respeto y el amor de su padre, como cualquier hijo.

Colin hizo un mal gesto.

—Veo que te ha encantado. Lo mismo le ocurrió a mi madre, que lo malcrió cuando estaba viva, le mostraba más cariño maternal que el que me mostró a mí jamás. Mi padre nunca permitió que me mimaran. Ninian necesita tareas sencillas y una mano estricta. Esa es la única manera con un crío así —masculló, y sorbió un trago de cerveza—. No es juicioso socorrer a un hijo de elfos. Debería haberme librado de él.

Eva sintió una oleada de furia y cerró fuertemente las manos en puños.

—¡Colin, por favor! ¿No podéis actuar como un verdadero padre y mostrarle un poco de tolerancia, incluso simple amabilidad?

El levantó las cejas.

—Reprendiendo a tu marido, ¿eh? Podemos jugar a ese juego. Pero esperaba una bienvenida feliz. Eres una muchacha agria.

—No os merecéis una bienvenida feliz —espetó ella—. No me considero vuestra esposa. No teníais mi consentimiento para el matrimonio.

—Escucha. Te hizo mía una ceremonia formal en Francia, aprobada por la Iglesia. Podría poseerte ahora mismo, ahí, en esa cama —apuntó con el pulgar la cama encortinada— y consumir el matrimonio a los ojos de Dios y de los hombres. Debería tener un verdadero hijo contigo, ahora, así que no hay para qué seguir diciendo que Ninian es mi hijo.

Eva inspiró con fuerza para vencer la repugnancia.

—Oídmeme a mí. Me las he arreglado sola mientras estuvisteis lejos. Mi casa fue tomada por soldados y tuve que buscar un refugio seguro en otra parte. Y amenazasteis a mi familia. Después de eso, jamás iría bien dispuesta a la cama con vos, ni a un matrimonio con vos.

—Me diste tu promesa. —Se levantó y avanzó hacia ella, mirándola hacia abajo, la cara enrojecida—. Tu mal carácter no ha cambiado nada. Sigues escupiendo fuego y bufando —sonrió—, y sigues siendo atractiva. Nadie te obligó a marcharte de Innisfarna para venir a vivir en esta cabaña, eso sólo fue tu mala naturaleza. Pero puedes venirte conmigo a Strathlan, a vivir con más lujos.

—No iré a ninguna parte con vos —repuso ella fríamente—. Os casasteis conmigo sin mi consentimiento, y prometisteis ayudar a mis hermanos y parientes, y no lo habéis hecho. ¿Qué noticias traéis respecto a eso?

—Tenía el permiso escrito de tu guardián, de Donal, a cambio de mi influencia en su caso.

—¿Escrito? ¿Le habéis visto? ¿Está bien?

—Obtuve su firma de consentimiento cuando estaba en Francia. Te envié una carta —ladró él.

—No la recibí. ¿Cómo está Donal? ¿Lo pondrán en libertad?

—Delgado, débil, y dócil por su situación.

—Donal nunca sería dócil —replicó ella, alzando el mentón—. Ni ninguno de mis parientes MacArthur.

—Ni tú —añadió él.

Ella se cogió las manos, con el corazón desbocado.

—He esperado mucho tiempo para oír buenas noticias para mis parientes. ¿Tenéis alguna?

—He cumplido mi promesa, como dije que haría —dijo él bruscamente. Metió dos dedos en la abertura de la coraza para el brazo y sacó dos hojas de pergamino muy dobladas y arrugadas—. Estos son una orden firmada por el rey y otro documento que te interesará. Según esto, Donal será puesto en libertad y perdonado, y tus parientes también, con condiciones. Así pues, como ves, he hecho lo que querías de mí.

Ella lo miró sorprendida, acometida por una oleada de alivio y una secreta punzada de pena al mismo tiempo.

—Dejadme leerlo —dijo, tendiendo la mano.

Cogió el documento y apenas alcanzó a echarle una ojeada rápida porque él se lo quitó.

—La orden es provisional.

—¿Por qué provisional? Dádmela, sé leer, inglés, francés, latín, lo que sea.

Alargó la mano pero él levantó la hoja por encima de su cabeza.

—Está condicionada a la transferencia de Innisfarna a mí. Este otro documento es la escritura de propiedad de la isla, copiada de los rollos originales que se guardan en Edimburgo. La propiedad pasa a mi posesión por nuestro matrimonio, y la orden es provisional hasta que firmes tu acuerdo; después lo enviaré de vuelta al amanuense del rey. Entonces se perdonará a tus parientes, según las condiciones del rey.

A ella se le heló la sangre.

—¿Condiciones? ¿Y qué pasa si me niego a firmar esa hoja? —preguntó en voz baja.

—¿Si te niegas? —rió él, incrédulo—. Retiro mi apoyo y hago valer mi influencia en contra de tu clan. Donal morirá, al rey se le está agotando la paciencia con este asunto, y a tus parientes se les dará caza hasta que todos estén muertos. —Se encogió de hombros—. La decisión es tuya, claro. ¿Tienes pluma y tinta en este tugurio, o vamos a encargarnos de la firma en Strathlan, en la comodidad de nuestra casa, querida esposa?

Eva lo miró con la palma apoyada en el corazón, sin saber qué contestar, sin saber si aceptar o protestar.

Capítulo 20

Guiándose por el olfato y por el delgado velo de humo gris que se cernía en la parte central del bosque de pinos, Lachlann encontró al carbonero a mediodía. Con cautela guió a su rocín y al percherón, que llevaba tirado de una cuerda, por el sendero del bosque cubierto por una alfombra de rojizas agujas de pino. El dulce y picante olor de la resina era tan agradable que lo aspiró con inspiraciones profundas.

Más adelante se hizo más fuerte el olor a leña chamuscada, y por entre los árboles vio un claro y tres montículos cónicos de leña ardiendo suavemente, los montículos eran enormes, del tamaño de cabañas pequeñas; de allí salía el humo.

Cuando salió al claro vio allí a un hombre y una mujer, los dos pequeños, arrugados y grises, como si el humo constante los hubiera marchitado. Los dos lo observaron en silencio mientras él desmontaba y ataba a los caballos a un árbol.

—Te dije que vendría y aquí está —dijo la mujer, haciendo avanzar al hombre con un codazo.

—Eres un MacKerron —dijo el hombre—. Conozco las trazas de tu estirpe. Has estado aquí antes, pero hace años. Y tu padre también estuvo aquí, hace mucho, mucho tiempo. Soy Leod.

Lachlann le estrechó la mano negra de hollín.

—Leod, te saludo. Te recuerdo. Hace años vine aquí con Finlay MacKerron a comprar carbón. Él siempre decía que el tuyo era el de mejor calidad y hacía el mejor acero.

—El mejor, por supuesto —dijo la mujer acercándose a toda prisa—. Nadie puede hacer buen acero sin nuestro carbón. Cortamos los árboles y quemamos la leña de una manera secreta. Tú no eres hijo de Finlay. El otro era tu padre. —Dio un codazo a Leod—. Míralo, Leod, es él.

—Sé quién es, Nessa —dijo Leod, en tono irritado.

—Y también te pareces a tu madre —continuó Nessa en un susurro fuerte—. Ojos azules, ojos azules, prima de un rey —canturreó, y sonrió a Lachlann, tan bajita y encorvada que escasamente le llegaba a la cintura.

—¿Qué? —preguntó Lachlann, sorprendido por su conducta.

—Tu madre —dijo ella—. Tenía los mismos ojos azules campanillas, y era prima del rey. Y no es que la sangre Stewart la salvara ni la vengara. Pero hay reyes y elfos en ti. Buena sangre la tuya —añadió, sin dejar de sonreírle.

—¿Conociste a mi madre?

—Era muy bella, y su amor por un hermoso hombre moreno... ay, qué apuesto era. Y tienes a los dos en ti.

—Decidme lo que sabéis de ellos.

—¿Es carbón lo que deseas? —preguntó Leod—. ¿O es la verdad?

—Las dos cosas. He venido aquí a preguntarte qué les ocurrió a mis padres. Mairi me dijo que tú podrías saberlo. Y compraré carbón, el mejor que tengas, para hacer el mejor acero.

—Ah, pronto estará haciendo acero mágico —dijo Nessa, asintiendo con cara de conocedora.

Leod la miró enfurruñado.

—Ve a atender los fuegos, Nessa, si no sólo tendremos ceniza y hollín. Este hombre quiere el mejor carbón que podamos venderle. Ve. —Se volvió hacia Lachlann—.

Cortamos la leña y la quemamos con sumo cuidado, muy lento, durante semanas, para hacer nuestros mejores trozos de carbón. Esas cabañas todavía están ardiendo por dentro, pero tengo de nuestro mejor carbón para ti.

Lachlann observó a Nessa atizar con un largo palo las brasas enterradas debajo de la pila en forma de cabaña, más alta que ella.

—Puedo darte todo el carbón que puedas cargar en tu caballo y puedas trocarme por trabajo en hierro, alimento o incluso monedas —continuó Leod—. ¿Cuánto quieres? ¿Y cuánta verdad deseas?

Lachlann pestañeó.

—Por ahora quiero tres sacos, que pagaré en trabajo en hierro o monedas, como quieras. En cuanto a lo otro... dime todo lo que sabes «abre mis padres.

Leod asintió y se rascó la mandíbula barbuda.

—Tienes las trazas de Tomas MacKerron, esa sangre de los elfos morenos, eres moreno y alto como él, con ojos como la plata. Era buen herrero para forjar las espadas mágicas más finas.

Lachlann lo miró con reserva.

—Finlay me habló de una tradición para eso entre los herreros MacKerron.

—Es más que tradición. Quieres la verdad. Tomas MacKerron hacía espadas mágicas y a causa de eso lo mataron.

—Si sabías eso, ¿por qué nunca me buscaste?

—Finlay lo sabía. Y a ti te correspondía buscarme a mí, y lo has hecho. Te lo diré ahora, pero entonces no quería llevar cuentos. Hay personas a las que no les gustaría. Yo no me meto en asuntos que no son míos. Sólo soy un carbonero.

—Leod, si sabes quién mató a mi padre, y por qué, dímelo.

—Estábamos los dos con Nessa ahí esa noche. Llevábamos una carga de carbón a Tomas. El vivía en esa colina, por ahí arriba. Puedes ver las ruinas de la herrería y de la casa, cerca del enorme roble chamuscado en la colina norte.

—¿Qué ocurrió?

En ese momento volvió Nessa arrastrando un enorme saco de carbón casi más alto que ella. Pasó junto a su marido, que se limitó a mirarla. Lachlann se adelantó para ayudarla, pero antes que llegara a su lado ella ya lo había cargado sobre el lomo del percherón. Después regresó por donde había venido, palmoteando con las manos para sacudirse el polvo.

—Bueno —dijo—. Díselo, viejo tonto. Yo te lo habría dicho, joven, pero los elfos no me dejaron.

—¿Los... qué?

—Esos de ahí —contestó ella, señalando—. Esos pequeños que te están observando. No quisieron que te lo dijera. Dijeron que saberlo era decisión tuya, y que cuando estuvieras preparado, vendrías a vernos.

Lachlann miró hacia donde señalaba, pero sólo vio árboles. Al parecer Nessa veía algo más, porque agitó la mano y soltó una risita.

—Ahí están —dijo—. Están contentos de que por fin hayas venido. Ya era hora, dicen. Escucha como cantan «Ya es hora de que el herrero haga su espada mágica».

El la contempló un momento y luego se volvió hacia Leod. El viejo sonrió como si no hubiera nada raro en la chachara de su mujer.

—¿Qué... qué ocurrió esa noche, Leod?

—Fue el viejo —dijo Leod—. El viejo Murdoch Campbell.

—¿El padre de Colin? —preguntó, reconociendo el nombre del anterior terrateniente. Leod asintió.

—Fue a la herrería donde tu padre estaba trabajando por la noche. «Sal, *gobha*,

gritó Murdoch, con la espada levantada —exclamó Leod con voz ronca e imitando los gestos—. «Eh, *gobha*, esta no es la espada que te encargué. Sal, herrero, y dame la espada mágica por la que te pagué.» Y Tomas el herrero salió a la puerta, limpiándose las manos en el delantal, con su bonita esposa al lado.

Nessa llegó corriendo hasta ellos.

—Y entonces el herrero volvió a hablar —dijo, deseosa de participar en la narración. Imitó la voz masculina—: «Yo te hice una buena espada para la batalla, Murdoch, ahora vete. Estás borracho otra vez», le dijo tu padre.

—«Pero yo quiero una espada mágica. Dámela, o te meteré esta entre las costillas» —continuó Leod, embistiendo y moviendo el brazo como una máscara en una feria, haciendo el papel de Murdoch Campbell.

—«Vete, Murdoch Campbell, y deja en paz a mi marido» —continuó Nessa, imitando la voz femenina juvenil y haciendo los ademanes—. «Siempre hablas de espadas mágicas cuando estás bebido.» Y entonces tu madre lo echó con las manos. Era hermosa como un hada.

Lachlann los miraba embobado y asustado a la vez por esa representación extrañamente cómica.

—¿Murdoch mató a mi padre? —preguntó.

—Casi se cayó del caballo —dijo Leod, y Nessa imitó el balanceo—. Siempre hablaba de espadas mágicas cuando estaba con sus copas de *uisge beatha*. Incluso venía aquí. Quería una espada mágica, verás, porque tenía negras ambiciones en su alma endurecida. Sabía que podía ganar esa isla del gran lago si tenía un arma así.

Cerca de ellos, Nessa movía el brazo en alto como si estuviera blandiendo una espada.

—¿Ganar qué? ¿Te refieres a Innisfarna?

—El viejo tonto deseaba Innisfarna —dijo Nessa—. Murdoch quería casarse con la muchacha que la poseía. —Sonrió—. Pero ella se casó con el apuesto jefe de los MacArthur y le dio tres hermosos bebés. Murdoch siempre deseó esa isla, porque pensaba que si la tenía, tendría a Escocia en su poder, por encima del dominio del rey. Los elfos me dijeron que no podía tenerla. No era para él ese lugar. No era para él.

Se acercó a mirarlo detenidamente. Lachlann la miró como si le hubieran asestado un golpe. Vaya, se dijo.

—Su hijo Colin también desea Innisfarna.

—Es posible, no lo sé —dijo Leod—. Pero me acuerdo que Murdoch le exigió la espada mágica a tu padre, y Tomas le dijo que no podía hacérsela. Era un hombre de voz tranquila y espíritu fuerte. «¡Déjanos en paz, Murdoch!», le dijo e hizo entrar a su esposa para enfrentar solo al viejo.

—«Aileen, mi amor, vete dentro» —dijo Nessa.

—Ve a buscar la espada —dijo Leod a Nessa.

Ella corrió a la pequeña cabaña que estaba separada de las pilas de leña ardiendo. Lachlann supuso que era su morada.

—¿Qué ocurrió entonces? —preguntó.

—Murdoch se enderezó sobre el caballo y lo amenazó, pero tu padre no le tuvo miedo. El viejo embistió con la espada, borracho como estaba, y se la enterró en el pecho. —Movié la cabeza entristecido.

Lachlann agradeció que el anciano no hubiera representado eso. No estaba muy seguro si Nessa se hubiera refrenado.

—Mató a Tomas ahí mismo —continuó Leod—, y le ordenó a su hijo que prendiera fuego a la herrería.

—¿A su hijo? ¿Colin estaba ahí?

Leod asintió.

—Murdoch le ordenó hacer eso, pero él le rogó que se marcharan. El viejo estaba tan borracho que él mismo inició el incendio, con la antorcha que llevaba para cabalgar en la oscuridad, y después se marchó con su hijo.

—¿Viste eso?

—Yo no. Nessa lo vio, y fue corriendo a buscarme. Cuando llegamos ahí, el herrero estaba muerto, la herrería y la casa estaban en llamas, y su hermosa esposa también había muerto, por la pena y el humo. Corrí a la casa y cogí al bebé, tú, Lachlann MacKerron, y te llevé a casa de Finlay y Mairi, en el otro extremo del lago. Un largo viaje y, ay —movió la cabeza—, qué noche tan triste.

—Leod, te debo gratitud por tratar de ayudar a mis padres. Y te debo mi vida.

—Pues sí—convino el anciano.

Lachlann se pasó la mano por el pelo.

—¿Por qué se me ocultó esto? ¿No se hizo nada por sus muertes?

—Murdoch murió poco después, se cayó del caballo, borracho otra vez. Estando muerto el asesino de tu padre, ¿a quién más se podía culpar? Aunque creo que, para sus adentros, Finlay juzgaba duramente a Colin. El hijo trató de detener al padre, aunque huyó como un cobarde con él.

Lachlann se presionó los párpados con las yemas de los dedos.

—¿Se le dijo todo esto al sheriff?

—Finlay se lo dijo. Pero no hizo nada. Las herrerías se incendian con facilidad. El cuerpo de Tomas estaba quemado, así que nadie vio la herida. Sólo Nessa. —Se encogió de hombros—. Y nadie le creyó a Nessa, aparte de mí y Finlay. Algunos piensan que mi mujer está un poco loca —susurró.

En ese momento llegó Nessa, arrastrando una larga vaina de cuero.

—Los elfos quieren que tengas esto —dijo, pasándosela a Lachlann.

Él desenvainó una bella espada, brillante y perfecta, con puño de hueso bruñido y una guarnición acabada en figuritas caladas. En la parte inferior de la hoja, debajo de la guarnición, estaba grabado un minúsculo emblema. Lachlann lo miró de muy cerca.

—Un corazón —dijo—, por MacKerron, el que siempre usábamos Finlay y yo. Pero este tiene una pequeña «te» en el centro.

—Tomas MacKerron —dijo Leod—. Él hizo esta espada.

Lachlann la empuñó, y levantó la punta, que captó la luz del sol.

—¿Esta es la espada con que Murdoch...?

—No, esa no. Esta la hizo tu padre para él. Yo la cogí de su casa cuando te rescaté. Sabía que algún día la querrías y la guardé para ti. Esta es una espada mágica.

Lachlann lo miró de soslayo.

—¿Cómo lo sabes?

—Siente su poder.

Lachlann movió lentamente la muñeca, bajando la espada en tajo hasta el suelo, varias veces. La espada hendía el aire con un suave silbido, el más dulce que había oído jamás. Sintió un delicado estremecimiento, que comenzó en el brazo y se le extendió por todo el cuerpo y de pronto sintió la espada ligera como una pluma, y llena de luz.

—Es preciosa, sea lo que sea —comentó.

—Tomas conocía el secreto, y tenía la habilidad —dijo Leod—. Finlay conocía el método, pero no sabía hacer una verdadera espada mágica. Era un buen artesano, pero tu padre era un artista de la espada, tenía su forja en el corazón, ¿sabes? Tú eres hijo de Tomas, y tienes la habilidad. Veo la chispa en ti.

Lachlann lo miró receloso.

—Ya conoces el secreto —continuó Leod—, pero para hacer cantar la hoja tienes

que tener la destreza. ¿Qué te dijo Finlay?

—En una espada mágica debe mezclarse aire, tierra, fuego y agua. Hasta ahí lo entiendo; esas materias son parte de la forja de toda espada. También me dijo que había que verter luz y una bendición mágica. Me dijo más, pero estaba muy débil y no pudo decírmelo todo. Y yo no podría hacerlo, aunque lo entendiera.

—Vamos, sí que puedes —dijo Nessa—. Tienes la chispa. Pregúntale a Leod.

—Sé la bendición —dijo Leod—. Aire, tierra, fuego, agua y el resto.

—¿Tú? —exclamó Lachlann, mirándolo sorprendido.

—Yo se lo enseñé a tu padre —dijo el anciano. Extendió la mano derecha, que estaba encorvada y deformada, los dedos unidos por las cicatrices de viejas y horribles quemaduras—. Fui herrero en otro tiempo, y primo de tu padre y de Finlay. Leod MacKerron me llamaba. Te enseñaré la magia de las espadas MacKerron.

Con la espada y la vaina de su padre bien aseguradas en su silla y la cabeza y el corazón llenos de lo que acababa de aprender, Lachlann cabalgó de vuelta a Balnagovan, tirando del percherón cargado de sacos de carbón. Aunque iba sumido en sus pensamientos al atravesar el largo prado, oyó la conmoción en el patio de la herrería antes de verla.

Había varios soldados en la franja de tierra que separaba la herrería del establo. Algunos estaban agrupados en un círculo, riendo animadamente, en el medio, dos hombres competían por levantar un viejo yunque que estaba cerca de la puerta de la herrería. Lachlann desmontó en el patio y se quedó mirándolos. Estaba moviendo la cabeza, medio riendo, cuando se le acercó John Robson.

—Me he quitado el barro de las botas en ese yunque desde que tengo memoria —dijo a Robson—, y esos tontos quieren levantarlo—. ¿No tienen nada mejor que hacer?

—Están esperando —dijo Robson.

—¿A Alpin con la barca? ¿O que les ensillen los caballos? —Miró alrededor—. ¿Dónde está Ninian?

—Escondido en el establo —contestó Robson—. Ha vuelto su padre.

Lachlann sintió en los huesos el golpe de la noticia.

—¿Colin Campbell? ¿Dónde está?

—En la casa, con Eva.

Ya iba a mitad del patio cuando Robson terminó la frase.

—¿Cuándo va a liberar a Donal y perdonar a los otros el rey Jacobo? —preguntó Eva.

Colin levantó una mano en actitud de superioridad.

—Cuando se demuestre que Innisfarna es mía, entonces quedará libre Donal. Viajaré a la corte real para recordarle su promesa al rey. Tus parientes se beneficiarán de las condiciones del rey.

—¿Qué condiciones? —preguntó ella de nuevo, porque él no le había contestado directamente esa pregunta.

—Exilio. Los hombres MacArthur deben salir de Escocia, a cualquier parte. En Francia, Irlanda o Dinamarca los recibirán. No pueden volver nunca.

Ella lo miró horrorizada.

—¿Nunca? ¡Eso los mataría! Sus almas están en estas montañas.

—Eran sus cuerpos los que me pediste que salvara —dijo él encogiéndose de hombros—. Que algún sacerdote se ocupe de sus almas. Ese fue el único trato que pude conseguir para tus parientes.

—Uno que me quita Innisfarna y deja a mis parientes sin derechos ni hogar.

—Los deja vivos —declaró él, avanzando un paso—. Eso querías tú. Te permitiré visitarlos dondequiera que estén. Los franceses reciben bien a los escoceses, pero los irlandeses son unos salvajes, tus parientes podrían estar más contentos entre ellos. —Se le acercó con las manos tendidas. Ella retrocedió y él la alejó del hogar de un tirón—. Te vas a quemar. Ven aquí.

La besó, su boca mojada de cerveza. Ella lo apartó de un empujón.

—Eres hermosa y te tengo cariño. Y tu padre era un viejo amigo.

Mirándolo desconfiada, de pronto ella comprendió la verdad; sonó como una campana en el silencio.

—Alegas a favor de mi clan y aceptas a una novia pobre sólo para poseer Innisfarna. ¿Pero por qué te importa tanto la isla?

—No es la isla sino mi cariño por ti —insistió él.

—Mis parientes no aceptarán jamás el exilio. Rechazarán ese trato, y se negarán a dejar la isla en tu posesión.

—Entonces todos debéis pensar en Donal. Es un destino horroroso ser decapitado. No querías condenarlo a eso...

—¡Basta! —exclamó ella, retrocediendo y reprimiendo un sollozo.

Él se le acercó con pasos pesados.

—Y a tus parientes los perseguirán y matarán como a lobos —siseó.

En el momento en que él se acercaba, ella oyó un golpe en la puerta y vio moverse el cerrojo. Esperando ver a Ninian o a Robson, levantó la vista y vio la alta figura de Lachlann en el vano de la puerta. Sintió un alivio inmediato.

—¿Quién diablos eres, que entras así en una casa particular? —preguntó Colin.

—Soy el herrero y ésta es mi casa. Eva MacArthur es huésped aquí —dijo él, mirándola a ella—. Eva, ¿me necesitas?

—Sí, quédate, por favor.

Él entró y el aire pareció cargarse de electricidad. Ella sintió su poder en oleadas.

—Herrero, ¿eh? —dijo Colin—. Tengo algunos trabajos para un buen herrero. ¿Tienes pericia para hacer armas?

—Por supuesto. Soy un MacKerron.

—Debí imaginármelo —dijo Colin, entornando los ojos—. Conocí al herrero MacKerron de este lado del lago, pero supe que murió. Tenía un hijo adoptivo... lo había olvidado. Él te enseñó el oficio, entonces.

—Sí —repuso Lachlann tranquilamente—. Soy el hijo de Tomas MacKerron, que trabajaba cerca de Strathlan, cuando estaba vivo.

Percibiendo un tono grave y peligroso en su voz, Eva lo miró fijamente y observó que le vibraba la mandíbula y tenía las manos en puños. Vio que se estaba esforzando por dominarse.

—Ah —dijo Colin—. Eso fue una tragedia.

—Deberíais saberlo —repuso Lachlann.

Colin lo miró en silencio y luego sonrió.

—Qué suerte que nuevamente haya un herrero MacKerron trabajando en el lago Fhionn. Si tienes el talento de tu padre, tal vez te encargue algunos trabajos.

—Mi trabajo sale a un precio elevado —dijo Lachlann.

—Bien lo vale, seguro.

Eva los observaba, pensando que en cualquier momento uno u otro podría atacar, aunque los dos estaban inmóviles.

—Necesito una espada —dijo Colin—. Una especial. Pero debo estar seguro de que tienes el talento para hacerla.

—Ah, podéis estar seguro —repuso Lachlann, en el mismo tono letal—. Pero no estéis tan seguros de que haga una para vos.

—Cuando se ofrecen monedas, el artesano acepta el trabajo —dijo Colin y se encogió de hombros—. Es un simple negocio. En estos momentos tengo otras cosas en la mente, pero la próxima vez que

venga por aquí, te diré el tipo de espada que deseo. Conmemorará mi matrimonio con Eva.

Lachlann miró a Eva. Ella se sintió palidecer, como si se le hubiera agotado toda la fuerza, y no pudo apartar la vista de la intensa mirada de él.

—Y marcará la transferencia de Innisfarna a mí —continuó Colín— Una buena espada es apropiada para ese acontecimiento, ¿no te parece, mi señora esposa? —Se acercó a ella y la rodeó con un brazo—. Felicítanos —dijo a Lachlann—. Nos hemos casado recientemente.

—Eso supe —dijo Lachlann, sin apartar la mirada de Eva.

—Mi esposa vivirá en Strathlan, así que tendrás nuevamente tu casa, herrero. Y habrá más paz en la región. Esos rebeldes MacArthur bajarán de la montaña en tropel cuando se enteren de que han sido perdonados.

Lachlann entornó los ojos.

—¿Perdonados?

—Colin ha hecho un trato para la liberación de mi hermano —dijo ella—. Ha asegurado un perdón condicional para mis parientes.

—Ah —dijo él, y ella detectó la ironía en su voz—. Y, claro, debes cumplir tu promesa. —La miró fijamente, sus ojos azules duros y fríos—. ¿Cuáles son las condiciones?

—El exilio. Mis parientes deben marcharse de Escocia.

Mirando a Lachlann, ella sintió una fuerte tensión entre ellos. Pero él le correspondió la mirada con una opaca y cerrada.

—Y lo único que tenías que hacer era casarte con él —dijo—. Qué trato más placentero.

Acto seguido salió de la casa, y el portazo le movió los cabellos y el vestido como una ráfaga de aire de una fragua.

Capítulo 21

Solas y Grainne ladraban con tanto ardor que Eva abrió la puerta para dejarlas salir. Al oír ruidos de voces masculinas y de caballos en el patio del establo, salió también ella para seguir a las perras, que corrieron a meterse en medio del alboroto.

—Lady Eva, me alegra que estéis aquí —dijo Robson, cuando la vio salir.

La voz de Lachlann, profunda y segura entre los demás, fue lo que la atrajo al lugar. En los tres días transcurridos desde el regreso de Colin, apenas lo había visto; por Alpin supo que él había ido a ver a Mairi y al carbonero del otro extremo del lago. La tercera noche regresó tan tarde que ella ya estaba durmiendo, aunque el sonido del martillo la despertó antes de la aurora.

Angustiada como estaba, también notaba su enfado, y lamentaba no haber encontrado ningún momento para hablar con él sobre lo que le había dado un poquitín de esperanza.

El también se giró a mirarla, con sus penetrantes ojos azules, desde el otro lado del patio.

Llamó a las perras, y Lachlann, que estaba con Robson, les ordenó que volvieran a la casa. Sorprendida, vio que las perras le obedecían, incluso la pequeña *Grainne*, que, después de ladear la cabeza mirándolo, echó a correr detrás de *Solas*.

Los hombres estaban sacando caballos del establo, con armas colgadas a las sillas.

—Vais a salir a otra patrulla —dijo a Robson, cuando éste se le acercó a saludarla. Frunció el ceño—. ¿Tan pronto después de la última? ¿Ha ocurrido algo?

Con una creciente sensación de miedo, miró a Lachlann, que la estaba mirando fijamente.

—Llegó un mensaje de sir Colin de Strathlan —dijo Robson—. Anoche los MacArthur robaron ocho vacas de sus tierras, y quiere que cojamos a los rebeldes.

—¡Pero si acaba de concertar el perdón para ellos! —exclamó ella. Miró alrededor—. ¿Dónde está Colin? Quiero hablar con él.

—No está aquí. Envió a decir que iba a estar en Perth unos cuantos días. Su mensaje dice que hemos de prender a los hombres y retenerlos, y que él se encargará del asunto cuando regrese.

—El perdón aún no está en vigor —añadió Lachlann secamente—. Robar ganado es un delito, no una travesura. Sir Colin no es del tipo que pase por alto eso, ni siquiera para complacer a su novia —añadió, su mirada y su actitud claramente frías.

Ella alzó el mentón ante eso, pero no pudo negarlo.

—Lady Eva, si los encontramos podrían tenerlo muy mal —dijo Robson—. Lamento decíroslo.

—¿Fuego y espada? —preguntó ella alarmada.

—Esta vez no, pero debemos poner más empeño en la búsqueda. MacKerron, cuando estéis listo.

Haciéndole una rápida inclinación con la cabeza, se alejó. Eva se giró a mirar a Lachlann.

—¿Listo? ¿Es que vas a ir de patrulla tras mi hermano y sus hombres?

—Sí, pero sé lo que hago.

—¿Cómo puedes obedecer órdenes para hacer daño a mis parientes?

—¿Hacerles daño? Quiero encontrarlos —dijo él tranquilamente—. Tú no quieres decirme dónde están.

—Acepté eso para protegerlos.

—Yo también quiero protegerlos —dijo él entre dientes—. Es mejor que los encuentre yo y no algunos de esos hombres. A Robson no le gusta este trabajo, pero tiene que cumplir con su deber. Si sabes dónde está Simón, por el amor de Dios, dímelo.

—Nunca sé bien dónde está de un día a otro.

—Entonces debo encontrarlo yo, con o sin tu ayuda, antes que lo encuentren estos hombres. Tengo que ir a buscar mi equipo.

Caminó a grandes zancadas hasta la herrería y entró dando un portazo.

Con creciente terror, Eva corrió hacia Robson, abriéndose paso por entre los hombres y caballos.

—John Robson —gritó—. Algunos de esos hombres son de mi familia-

Él se giró hacia ella.

—Lo sé, pero están actuando fuera de la ley. Tenemos poca elección, con o sin perdón. Sir Colin está preocupado por su propiedad y las de sus vecinos, pues todos han sufrido daños a causa de vuestros parientes rebeldes. Los MacArthur podrían perder cualquier tipo de perdón y buena voluntad que pudieran conseguir gracias a vuestro matrimonio.

Eva vio a Lachlann salir a toda prisa en dirección al establo. Se había puesto su coraza de acero brillante como espejo y se la iba abrochando a la cintura. Sus cabellos negros le enmarcaban las mandíbulas y una larga capa color azul noche ondeaba sobre sus hombros.

Retuvo el aliento un instante, recordando la noche que lo vio en la puerta a la luz de la luna, como un jinete elfo. Pero no había nada mágico en él, así preparado para patrullar en busca de su hermano y sus primos. Hizo una mueca.

—Vuestro rocín ya está ensillado, MacKerron —dijo Robson.

—¿Dónde tenéis pensado patrullar esta noche? —le preguntó ella.

—Últimamente las incursiones han sido en el noroeste, así que cabalgaremos en esa dirección —contestó Robson—. Hace buen tiempo y ahora oscurece más pronto, de modo que las incursiones han aumentado.

—Hay viento fuerte del norte —terció Lachlann—. Es posible que se aventuren hacia el sur, para evitar ese viento.

—Buen argumento, pero primero nos internaremos en las montañas. Por allí los vieron hace poco.

Robson se alejó a hablar con los hombres, y Lachlann se volvió hacia Eva.

—Métete en casa y pon cerrojo a la puerta.

—¿Por qué vas con ellos tras mi hermano?

—Tu hermano y mi amigo —dijo él tranquilamente—. Te dije que quiero encontrarlo yo. Pero quiero que te encierres en la casa.

Ella alzó el mentón.

—No te preocupes por mí, herrero.

—Eva —dijo él en tono algo cansado—. Creo que siempre me preocuparé por ti.

Conmovida por esa declaración, ella titubeó y luego tomó una rápida decisión.

—Conoces la cascada que cae desde lo alto de la garganta, la que llamamos Cola de la Yegua Blanca.

—La recuerdo —asintió él—. Hay cuevas por ahí.

—Si Robson y sus hombres toman ese camino... podría haber hombres ocultos en esas cuevas. Envíalo hacia otra parte. Por favor, Lachlann.

El la miró un momento.

—Enciérrate en casa —repitió bruscamente y echó a andar hacia el establo, la capa ondeando detrás de él.

Lachlann quería que se encerrara en la casa, pero un leal aviso dado sin tardanza podría salvar vidas esa noche. Aun en el caso de que Lachlann encontrara a su hermano él solo, podrían seguirlo.

A la luz del atardecer observó alejarse a los hombres, Lachlann cabalgando al lado de Robson, que indicaba con el brazo hacia el gran anillo de cerros que se elevaban detrás del terreno de la herrería. Simón y sus hombres estaban escondidos justamente en esos cerros. Eso la decidió.

A toda prisa se cambió el vestido y la camisola por la manta de tartán atada como falda por el cinturón, los pantalones ceñidos y la camisa que usaba para las prácticas de esgrima, y ocultó la trenza debajo de la camisa. De su escondite bajo el colchón, sacó la espada de acero con la vaina de cuero que le había prestado Alpin por si alguna vez la necesitaba para defenderse. Aunque pese a su aprendizaje esperaba no tener que luchar jamás con un hombre, esa noche le iría bien para protegerse.

Metiendo la espada envainada bajo el cinturón, dejó a las perras echadas junto al hogar y salió. El cielo ya había oscurecido a un tono índigo y el sol poniente era una brillante franja de color detrás de las oscuras montañas.

Afirmándose la espada con una mano, corrió a toda la velocidad que le permitían sus piernas hasta llegar a la primera ladera. Atravesó saltando el somontano y comenzó a subir. La escabrosa pendiente era boscosa y el suelo estaba resbaladizo por las hojas caídas. Aunque la bajada por el otro lado podría ser peligrosa, sobre todo con la poca luz del anochecer, conocía un sendero oculto y continuó con sumo cuidado.

En la otra vertiente del cerro había un sendero para caballos más fácil de seguir, pero la ruta escabrosa era la más corta. A lo lejos oía el estruendo de los cascos de caballo y comprendió que Robson y sus hombres estaban cerca de la zona donde se escondían Simón y los suyos.

Deteniéndose sobre un montículo de esquisto, contempló las elevaciones y pendientes de roca, tierra y bosque. Abajo se extendía el gran lago, espejeando los exquisitos colores del crepúsculo. Entornando los ojos divisó jinetes cabalgando por el valle, sus armaduras titilando como estrellas. Se habían desplegado, comprendió, algunos internándose en la montaña y otros a lo largo del valle.

Más arriba vio la delgada cascada que caía desde el cono rocoso que se elevaba por encima de esa ladera boscosa de la montaña. Simón había instalado un campamento temporal en una de las bien escondidas cuevas que había allí.

Continuó subiendo hasta que el aire le ardía en el pecho, corrió por entre los grupos de blancos abedules y otros árboles más altos, aplastando las hojas caídas que no le permitían moverse silenciosamente. Continuó así, sin perder de vista la elevada masa de roca cortada por la lechosa cola de agua que formaba la cascada.

Entonces oyó gritos y el ruido de pasos sobre las hojas, y vio el brillo de acero por entre los árboles. Se ocultó detrás de un pino y vio a tres soldados caminando muy cerca. Corriendo para esconderse detrás de otro árbol, los observó sin que ellos la vieran. Para llegar a las cuevas tenía que atravesar una extensión sin árboles. Una vez que los hombres pasaron y le dieron la espalda, salió de su escondite y corrió en diagonal por la pendiente boscosa.

—¡Alto! —gritó una voz masculina—. ¡Alto, muchacho!

Rápidamente se ocultó entre los pinos y esperó, reteniendo el aliento. Pasado un momento, quitándose ramitas de la ropa, inició la marcha y se detuvo en seco. Los hombres estaban cerca, demasiado cerca, y sin aviso. Debieron regresar para seguirla. Ellos gritaron y avanzaron, con las espadas desenvainadas.

Se le heló la sangre. Sin pensar, echó el pie izquierdo atrás, en postura de guardia, y desenvainó la espada, las rodillas flexibles, el peso equilibrado en las almohadillas de las plantas. Con la espada levantada en la mano derecha, extendió el brazo izquierdo, y en la posición en guardia empezó a moverse de lado, a la izquierda y a la derecha.

Los hombres se movieron como ella, formando un círculo del que ella formaba parte. Dos de los hombres eran altos y corpulentos, sus espadas y armaduras brillantes, el tercero era rápido y estaba armado con un hacha. Apenas les miraba las caras, oscurecidas por las sombras de sus cascos, su atención concentrada en la luz reflejada en los filos de las hojas apuntadas hacia ella.

—Detente, muchacho —dijo uno de ellos.

Ella volvió a dar unos pasos hacia un lado, y ellos la siguieron. Si echaba a correr, la cogerían, porque ellos tenían las piernas largas y en forma. Era mejor defenderse enfrentándolos, dispuesta y preparada para el encuentro.

Jamás se le habría ocurrido desenvainar una espada para enfrentar a un hombre en serio, y mucho menos a tres a la vez. Pero la ocasión se le había presentado con una aterradora repentinidad.

—Detente —repitió uno de ellos—. ¿Quién eres?

—¿Qué haces aquí? —preguntó otro, situando la espada en un ángulo que le cortaría las piernas si intentaba huir. El tercero se abalanzó con el hacha levantada.

Flexionando las piernas, movió la espada de revés, con la punta hacia arriba, para parar con un corte en el largo mango del hacha, moviendo la mano izquierda hacia el lado. Ninguno de los hombres tenía escudo, y aunque alguna vez ella había entrenado con uno, tampoco lo llevaba. Lo que más necesitaba, y no tenía, era equipo de protección, tendría que conformarse con hacer uso de su destreza.

Uno de los hombres altos avanzó hacia ella, y con un revés le dio en la hoja y se oyó el clic del choque de aceros. Cuando él giró la punta y le hizo a un lado la espada, a ella casi se le soltó la mano de la empuñadura. Las prácticas con Alpin habían sido controladas, cada movimiento estudiado y repetido. Aquí necesitaba fuerza, rapidez y pensamiento claro. Pero el corazón le latía desbocado y tenía la mente extrañamente en blanco.

Pero esos ejercicios repetidos interminablemente le habían servido, porque tenía muy arraigados en ella las posturas y los movimientos. Levantó la espada para golpear, moviéndose en círculo y el hombre alto hizo el círculo con ella. A ambos lados de él vio avanzar a los otros.

Hábil y veloz, se puso fuera de alcance antes que ellos pudieran tocarla o tocarle la espada. El segundo hombre bajó su espada en tajo, su estilo tosco y abrupto, comparado con la relajada celeridad del caballero alto. Un salto en diagonal la puso fuera del alcance de su hoja. Dio un giro en redondo, moviendo la espada en medio molinete por detrás del hombro para protegerse la espalda y volvió a enfrentarlos, tirando tajos, con el brazo libre extendido para equilibrarse.

El hombre del hacha arremetió y el corto y letal filo del arma le golpeó la espada, ella saltó hacia un lado, sintiendo la vibración del golpe en el hombro y la espalda. Entonces el caballero alto le hizo un altibajo, pero con movimiento lento, firme y relajado, sin intención de hacer daño. Ella lo paró fácilmente.

—Bien —dijo él, en tono aprobador.

Sorprendida, paró otro altibajo lento y controlado.

—Bien —repitió él, y se volvió hacia los otros dos—. Puedo dominarlo fácilmente. Es sólo un muchacho. No tiene sentido ocupar a tres hombres para luchar con este muchacho solo. Continúa, yo os daré alcance.

Mientras hablaba mantuvo la espada en ángulo, preparada para tocarla a ella o a su

espada si intentaba un ataque.

Los dos soldados se marcharon a toda prisa, y el caballero alto se volvió hacia ella, con la espada levantada. Eva se había quedado quieta, mirándolo.

—No deseo hacerte daño, muchacho. Deja de luchar y hablaremos.

Habló en gaélico, idioma que ninguno de los hombres de Robson j hablaba bien. Aunque no podía verlo claramente en la oscuridad, reconoció esa voz ronca aterciopelada, inconfundible, y la sintió retumbar en su interior.

Lachlann levantó la espada y la bajó en tajo.

Pasmada, despistada momentáneamente, ella hizo el revés y la parada de rutina y continuó los movimientos de ataque y parada, siguiéndolo en una danza de espadas.

El muchacho se movía como un gato montes, alerta y ágil. Lachlann se movía en círculos, en guardia, sin ninguna intención de herirlo. Suponía que era un joven MacArthur, dada la actitud furtiva propia de un rebelde y el atisbo de cabello oscuro y su cara finamente cincelada.

Algunos MacArthur tenían rasgos casi bonitos, causa de bromas y pullas en mejores tiempos.

Qué muchacho era ese, no lo sabía. Todos los MacArthur del valle del Fhionn se parecían, pensó malhumorado. Ese tenía los mismos rasgos de la mayoría de ellos, incluso se parecía a Eva...

«¡Maldición!» La miró fijamente, deteniendo su avance. ¿Qué demonios hacía Eva ahí, vestida de muchacho? ¿Y dónde había aprendido a manejar una espada? Frunciendo el ceño, comprendió que Alpin debía de haberle enseñado.

Había dicho a los guardias que se fueran para poder convencer al muchacho de que él no era un peligro. En ese momento, mientras ella retrocedía hacia un grupo de pinos, decidió seguirle el juego para descubrir qué pretendía. La siguió, con la espada en un ángulo controlado pero amenazador.

—Para, muchacho —le dijo—. Baja el arma.

Eva lo miró fijamente, su rostro ovalado pálido, los ojos agrandados, sus cabellos a medio salirse de su gruesa trenza. El bajó ligeramente la punta de la espada, y ella se giró y echó a correr.

El corrió detrás. Eva encontró bloqueado su escape por una maraña de fragantes ramas de pino, girándose, bajó la espada de él con un golpe de tajo para pasar veloz por su lado.

El paró el golpe y girando los dos en círculo entraron en el claro. Era evidente que estaba bien preparada. Lo asombraban sus golpes rápidos, su excelente juego de pies y su veloz razonamiento, como también sus movimientos estratégicos bien calculados. Él contraatacaba con relativa facilidad, con la ventaja de su altura, alcance y fuerza.

Ella sabía defenderse, fintar y parar, usaba tretas y bloqueos, e improvisaba también. Cuando tropezaba o trastabillaba, se recuperaba al instante para golpear el hombro acorazado de él.

Velozmente paró la espada de ella con la suya y se le acercó hasta quedar pie con pie, rodilla con rodilla, cada uno empujando la espada, con las caras en la sombra. Jadeaban al unísono, mirándose a los ojos. La tensión entre ellos era intensa, ardiente, más de amantes que de enemigos.

Lachlann sintió las llamas del deseo, mientras se esforzaba en resistir la fuerza de ella.

Sintiéndose aniquilado desde el día que tuvo noticia de su matrimonio, se había mantenido distante, con la esperanza de ordenar sus pensamientos y dejar enfriar sus

sentimientos. Se había calmado su rabia, pero su amor y pasión por ella no disminuirían nunca. Enfrentado a ella en ese momento de una manera tan íntima y absorbente, sintió ensanchado nuevamente el corazón. Dios santo, cuánto la amaba, pensó. Jamás había dudado de que ella poseía una valentía extraordinaria y una naturaleza enérgica y tenaz, y lo enorgullecía lo que estaba viendo en ella esa noche.

En ese momento de tensión e inmovilidad, observó su mirada intrépida y comprendió que ella lo había reconocido. Pero ella no lo dijo, por lo tanto, él tampoco.

En esa posición de resistencia mutua, de pronto recordó la historia de Aefe y su príncipe, que estuvieron enfrentados tres días con sus noches, sus manos cerradas sobre la Espada de la Luz, y cuando uno de ellos estaba a punto de desplomarse de agotamiento, el otro lo afirmaba. Entonces entendió esa pasión, fuerza y cariño.

Sabía que podía desarmarla fácilmente, con un rápido tirón a la empuñadura de la espada. Pero en lugar de hacer eso, se apartó sin arrebatarle el arma.

—Estoy cansado de este juego del gato y el ratón —dijo—. Estás bien entrenado en esgrima. Ahora demuéstreme lo que sabes hacer. No te dejaré marchar, así que bien podríamos disfrutar los dos con esto.

Ella adoptó una postura relajada en señal de aceptación. Con movimientos más lentos, él comenzó un ejercicio y Eva respondió con pericia. El susurró un elogio y la desafió en otra treta, conocida desde sus prácticas cuando era niño.

Entonces encontró valiosa la competición, un encuentro de pericia y conocimiento. No le interesaba derrotarla para demostrar su mayor destreza. Curioso por comprobar su capacidad, descubrió que lo atraía ese encuentro, como un baile de poder extrañamente sensual.

Respirando rítmicamente, avanzando y retrocediendo, acercándose y apartándose de él, ella aceptó sus lentas estocadas, parándolas con agilidad y destreza. La hizo pasar de un ejercicio a otro, la lucha se convirtió en una clase; los enemigos se habían convertido en iguales y considerados, como amantes.

Habiendo forjado espadas, él las conocía en todos sus detalles. Estaba formado en esgrima, como arte y estudio, mejor que la mayoría de los caballeros. Hacía años, había leído manuales sobre el tema, en latín y en inglés, dos prestados y uno comprado en un mercado de Glasgow. Había estudiado detenidamente cada palabra y cada ilustración con laboriosa dedicación, aprendiendo a leer y sobre espadas al mismo tiempo. En los campos de batalla en Francia había hecho más uso de esos conocimientos de lo que habría deseado.

Trajo todo ese conocimiento a su mente y memoria corporal, como un estudioso repasando sus lecciones una a una, sólo que esta vez él era el maestro.

Inició una serie de tretas de ataque y contraataque, y Eva contestó con movimientos bien ensayados y practicados. Algunos eran tradicionales, y otros improvisados con gran inteligencia, y más de una vez estuvo a punto de desarmarlo. Él aumentó la velocidad y la fuerza, teniendo buen cuidado de golpearle solamente la espada.

Con todo lo que estaba disfrutando de la competición y deseaba continuarla, cayó en la cuenta de que debía ponerle fin, no fuera que el ruido del entrecuchar de espadas atrajera hacia ellos a los hombres del rey.

Con un potente y oportuno revés hizo salir volando la espada de Eva. Él sintió la vibración del golpe en el brazo. La espada fue a caer girando en un lecho de hojas y ella se cogió el antebrazo, doblándolo hacia el pecho, como si le doliera.

—¿Te has hecho daño? —le preguntó él, preocupado.

—Estoy bien —replicó ella, como de mala gana.

—Bien hecho. Siéntate ahí —dijo él, señalando el pie de un frondoso árbol con la punta de la espada.

Ella se sentó, con las piernas cuidadosamente dobladas hacia un lado, y se cogió la muñeca.

Con su espada en una mano él recogió la de ella. Con su conocedor ojo de herrero advirtió al instante que la espada estaba hecha a la antigua, estaba mellada y muy usada.

—¿De quién es esta espada? —le preguntó.

Eva no contestó. De pie ante ella, él enterró las puntas de las espadas en la tierra y puso las manos sobre los dos pomos juntos. Ella se levantó y giró hacia un trozo iluminado por la luna para pasar junto a él. La cogió del brazo.

—Quédate, Eva.

Ella trató de soltarse.

—¡Suéltame! —exclamó con voz débil, en tono de frustración.

—¿Adonde vas? ¿Y qué demonios haces aquí? —La giró hacia él, pero ella logró zafarse de su mano—. Te dije que te quedaras en Balnagovan.

—¿Acaso eres mi guardián? —repuso ella mirándolo indignada.

—No creí que necesitaras uno. Te creía sensata, pero debí imaginar que no lo eras. ¿Y para qué ese disfraz? ¿Y dónde aprendiste a manejar la espada? ¡Te tomamos por un hombre, por el amor de Dios! Uno de nosotros podría haberte matado.

—Aprendí a protegerme durante el tiempo en que estuviste en Francia. Dame eso —dijo, tironeando la empuñadura de su espada—. Es de Alpin.

—Ahora es mía. Soy el vencedor.

—Te dejé ganar —masculló ella—. Te permití ese último golpe.

—¿Sí? —dijo él tranquilamente. Le pasó la espada, por la empuñadura—. Devuélvesela a Alpin, o lo haré yo.

—Él me la dio para que pudiera defenderme en caso de necesidad.

La metió en la vaina que colgaba de su cinturón. La vaina y la espada eran demasiado largas para su altura, y le colgaban hasta más abajo de la rodilla.

—De niña nos acompañabas a tus hermanos y a mí casi en todo, pero recuerdo que nunca quisiste luchar con espadas de palo. No querías hacer daño ni que te lo hicieran.

—He disfrutado de las clases de esgrima, pero nunca he tenido la intención de usar mi destreza para luchar con nadie en serio.

Él desenterró su espada y la metió en su vaina, oyendo el silbido del buen acero.

—¿Cuánto tiempo llevas aprendiendo con Alpin?

—Casi dos años —dijo ella, frotándose la muñeca.

—Bueno, es el mejor profesor que podrías tener. Él me enseñó a mí cuando era más joven y a tus hermanos también. Pero por qué has decidido aprender, aunque sea para defensa propia, no logro... —Se interrumpió—. Ah, la leyenda de Aeife. La doncella con la espada. ¿Crees que necesitas recuperar Innisfarna de esta manera?

Ella dejó de frotarse la muñeca y lo miró en silencio.

—¿No crees que tu amado marido mantenga la isla a salvo?

—¿Lo crees tú?

—¿Entonces por qué has aceptado el matrimonio? Puedes rechazarlo.

Y deseaba que hiciera eso, y pronto, si no, él se encargaría de Colin Campbell. Se le estaba acabando la paciencia en ese asunto.

—No es tan fácil como crees. No podemos hablar de esto aquí —añadió, retrocediendo—. Debo encontrar a mi hermano para avisarle.

Él le cogió el brazo, temiendo que echara a correr. Los hombres de Robson no debían encontrarla vestida de muchacho, armada y diestra como un soldado, y ciertamente en connivencia con los rebeldes. Tenía que mantenerla a su lado, aunque ella no quisiera.

—Te dije que yo encontraría a Simón. No deberías estar aquí.

—No vine sólo para molestarte —ladró ella, soltándose el brazo.

Entonces hizo un gesto de dolor y volvió a frotarse la muñeca.

—Déjame mirar eso.

Le cogió el esbelto antebrazo y pasó los dedos por él hasta el codo, explorando suavemente, haciendo girar su muñeca en su mano. La mano y la muñeca se veían pequeñas y frágiles en sus enormes manos, pero él conocía su formidable temperamento, la había visto luchar con valentía y destreza. Su fragilidad era engañosa, su fuerza y resolución, auténticas.

—No está hinchado, pero está amoratado y debe de dolerte. Una compresa fría y un poco del ungüento de sauce de Mairi te irá bien. Te golpeé la espada con demasiada fuerza para arrancártela de la mano. Pensé que si no lo hacía podrías desarmarme tú —comentó, irónico. . —Podría hacerlo todavía —replicó ella.

Ya lo había hecho hacía mucho tiempo, pensó él. Le había arrancado el corazón como quien coge una manzana del manzano.

—Ven —dijo, cogiéndola del brazo—. Vamos a volver a Balnagovan.

—¡Vine aquí a advertir a Simón!

—No es ningún tonto. Con todo el ruido de choques de espadas y cascos de caballo, no se va a dejar ver si está cerca. Quiero tenerte a salvo, y Simón también desea eso, estoy seguro. Vamos.

La guió firmemente hacia el sendero.

—Sé cuidar de mí misma. *4i* —Eso es lo que me preocupa. Ve con cuidado en la oscuridad.

—Conozco el camino —dijo ella, cuando ya iban bajando la ladera. Repentinamente se detuvo y se giró—. ¡Oh! Escucha.

Él oyó el chirrido de acero y cuero y el crujido de las hojas aplastadas por pisadas.

—¡Han vuelto! —susurró ella.

—¡Al suelo! —siseó él cogiéndole el brazo.

Antes de que ella pudiera protestar, le sacó la espada de la vaina, la hizo arrodillarse y luego tenderse en el suelo y la empujó hacia un elevado montón de hojas secas. Sacando su espada, la puso en el suelo junto a la de ella, se tumbó a su lado y, poniendo su capa encima de los dos, se hundió con ella en el montón de hojas.

—¿Qué...?

—Shh —susurró él, poniéndole un dedo sobre los labios.

Teniéndola abrazada, sintiendo sus suaves cabellos en la mandíbula, asomó la cabeza por un pliegue de la capa. Por entre los árboles, un poco más arriba en la ladera, vio a los dos soldados que lo acompañaban antes. Volvió a ocultar la cabeza bajo la capa y se quedó inmóvil con ella, sus formas camufladas en el amplio montículo de hojarasca.

Capítulo 22

La pendiente pareció ladearse cuando Lachlann la hizo caer al suelo y echó la capa sobre ellos. Se aferró a él, temiendo rodar con él ladera abajo.

—Quieta —susurró él, aumentando la presión de sus brazos—. Espera.

Se quedó inmóvil, envuelta en sus brazos, sintiendo su cálido aliento en la mejilla. Sentía frío su peto de acero en el pecho, y la barba áspera como arena sobre la frente.

—¿Por qué te escondes de ellos? —susurró.

—No quiero que te encuentren.

—Habría huido...

El le puso un dedo sobre la boca.

—Shh.

Después de un momento vibró el suelo cuando los hombres pasaron por un lado, haciendo crujir las hojas y hablando. Los oyeron claramente.

—¡MacKerron!

Mientras el eco de su nombre resonaba en las montañas, él aumentó la presión de sus brazos alrededor de ella.

—Estaba aquí hace un rato, y su caballo sigue amarrado ahí en la ladera —dijo uno—. Debe de haber perseguido al rebelde hacia otra parte. No se ven señales de que haya resultado herido alguien aquí. Apuesto a que MacKerron no logró dominar a ese rápido muchachito y acabó corriendo detrás de él.

Amparada bajo la capa con Lachlann, Eva sintió resonar su suave risa. Lo golpeó en el hombro.

El otro soldado se echó a reír.

—Juraría que oí el ruido de choque de espadas después que nos marchamos. Pero no hay nadie por aquí.

—Es la época del celo. Tal vez oíste a dos ciervos haciendo chocar los cuernos por una hermosa cierva. —Más crujidos de hojas—. Qué lugar este, escarpado y escabroso. Vámonos. Los demás están esperando al pie de la montaña. No podemos esperar al herrero. Él sabe que Robson quiere reunirse con nosotros en el valle después de explorar la montaña.

Se alejaron, haciendo crujir las hojas bajo los pies, sin hacer el menor intento de caminar con sigilo.

Volvió a descender el silencio sobre la ladera. Eva apoyó la cabeza en el hombro de él y sintió la caricia de su mano sobre sus cabellos. Suspiró, feliz por ese momento de paz, por fugaz que fuera.

—Es mejor que esperemos hasta estar seguros de que se han marchado —susurró él.

Ella asintió, contenta de continuar en sus brazos dentro de su oscuro refugio. Giró la cabeza y sus labios encontraron el mentón de él.

—Quieta, tú.

El tierno susurro activó una fuerza sensual dentro de ella. Le pareció que el aire entre ellos se cargaba, vibraba. También le vibró el cuerpo cuando su boca casi tocó la de él.

Sintió un avasallador deseo de rodearlo con sus brazos, de volver a sentir su pasión. Deseando que la abrazara, la amara y no la soltara jamás, cerró los ojos y se apretó más contra él.

—Lachlann —susurró, deseando decirle lo que pensaba de Colin, de las promesas y compromisos.

—Shh.

Él giró un poco la cabeza y su boca se apoderó de la de ella, certera, ávida. Cuando le levantó suavemente la barbilla para profundizar el beso, ella se disolvió en sus brazos, deseando que no acabara jamás ese momento tierno, mágico. La invadió una especie de frenesí, teñido de desesperación. Lo deseó intensamente y sintió manifestarse el deseo de él, firme y urgente, contra su cadera.

—*Dhia* —susurró él en su oído.

Bajó lentamente los dedos y pasándolos por el hombro continuó bajando hasta detenerlos sobre su pecho. Ella ahogó una exclamación cuando él pasó el pulgar por su pezón, que se endureció, produciéndole una sensación intensa, exquisita, irresistible. Él apoyó la palma sobre su corazón, y su boca buscó nuevamente la de ella, encontrándola, alargando el beso. Ella se arqueó contra él y su boca se deslizó por su mejilla.

—Esto es una locura —susurró él—. No puedo estar cerca de ti I sin...

Nuevamente sus labios se acoplaron a los suyos y ella sintió un estallido de pasión en todo su cuerpo, intensa, profunda.

—Eva, dime que deseas ese matrimonio —dijo él sobre su boca, I y su voz la recorrió en espiral como una llama—. Dímelo —dijo, besándola.

—*Ach Dhia* —gimió ella—. No lo deseo...

—Estupendo —susurró él, amoldando su boca a la suya otra vez. Le acarició los labios con la lengua, ella los abrió y él la introdujo, explorándola, mientras ella lo estrechaba en sus brazos, estremecida. —*Lachlann*... —susurró.

El giró la cabeza y su mano se quedó inmóvil en su cintura. —Shh.

Ella se quedó quieta, oyendo un suave ruido de pasos sobre las hojas. El silencio se rompió con la presencia de otra persona.

—Si continúas así, amigo —dijo Simón con voz arrastrada, burlona—, serás tú el que se case con mi hermana antes que acabe la noche, al margen de quién más pueda reclamarla.

Reprimiendo una maldición, *Lachlann* echó hacia atrás una esquina de la capa.

—Simón —dijo tranquilamente, ocultando su asombro. Simón apoyó la espalda en un árbol que se elevaba derecho en la escarpada pendiente, se cruzó de brazos y los miró. —*Lachlann*. Eva, sal de ahí, muchacha. Eva se sentó.

—Simón, no debes andar por aquí al aire libre. Los hombres del rey te andan buscando.

—Parece que uno me encontró —dijo él—. *Lachlann*, tus amigos ¡bajaron llamándote.

Lachlann se puso de pie y ayudó a Eva a levantarse. Después se volvió hacia Simón.

—Tenemos que hablar—le dijo.

—Aquí no. Seguidme.

Echó a andar ladera arriba, seguido de cerca por Eva y *Lachlann*.

Lachlann había subido por ahí antes, pero de eso hacía años. Cuando comenzaron a subir por la orilla de la profunda garganta, la blanca espuma del riachuelo que discurría en el fondo y la luz de la luna señalaban el camino. Sabía exactamente adonde iban. Encima de la garganta y en el lado izquierdo de la cascada, recordaba una excelente cueva, grande y seca, metida en la pared rocosa que se elevaba por encima de la ladera. Sólo la gente de ahí conocía ese lugar; los rebeldes estaban a salvo ahí.

Eva iba adelante con Simón, y *Lachlann* los seguía a paso más lento, cargando con el peso de la coraza, y porque era de naturaleza más cautelosa que los hermanos *MacArthur*. Iba envuelto en la capa para ocultar el brillo plateado de su bruñida coraza.

En lo alto de la ladera, donde el riachuelo caía sobre la garganta, Eva y Simón cruzaron a la otra orilla, saltando de piedra en piedra, y continuaron hacia la enorme muralla de roca negra.

La entrada de la cueva era tal como la recordaba, una estrecha grieta oculta por rocas y helechos, disimulada aún más por una manta oscura colgada de una cuerda. Entraron en un túnel que más adentro se ensanchaba formando una espaciosa estancia natural. La parpadeante luz dorada de una fogata iluminaba rugosas paredes de roca.

Lachlann se detuvo en la entrada. Vio caras conocidas vueltas hacia él. Parlan y William se le acercaron sonriendo. No había visto a los hermanos gemelos de Margaret desde que estuviera con ellos en Francia. Sonriendo correspondió sus cordiales abrazos. Después se giró hacia tres jóvenes delgados, apuestos, de cabellos castaños y barba de unos días. Reconoció a los hermanos menores de Margaret, Fergus, Andra y Micheil, que estaban con un hombre mayor al que no había visto nunca.

—Habéis crecido, bribones —les dijo sonriendo, estrechando la mano a cada uno—. Estás tan alto como yo —dijo a Andra, el menor—. ¿Sigues gastando bromas?

—Siempre que puedo —rió Andra.

—Lachlann, te presento al primo de nuestro padre, Iain Og MacArthur —dijo Fergus, indicando al hombre mayor que estaba a su lado.

Iain lo saludó con una tosca inclinación de su cabeza gris.

Simón les hizo un gesto a Lachlann y Eva de que lo siguieran al Héctor del fondo de la cueva, y los demás volvieron a ocupar sus puestos sentados alrededor de la pequeña fogata. En un espetón se estaba asando carne de caza, y Fergus estaba comprobando su cocción con una daga corta. Lachlann observó que el humo subía en espiral y desaparecía, llevado por una buena corriente de aire.

En un rincón en la sombra, donde el techo era más bajo y el aire estaba impregnado con los fragantes efluvios del asado, se sentaron Eva y Simón en un tronco partido por la mitad. Lachlann se sentó en el suelo al lado de Eva y levantó una rodilla, apoyando la espalda en la pared.

Inclinado con los antebrazos sobre las rodillas, Simón escuchó atentamente el relato de Eva sobre el regreso de Colin con la escritura de Innisfarna en su bolsillo, cosa que no extrañó a nadie, y sobre el ofrecimiento de perdón a los MacArthur, incluido Donal, si aceptaban el exilio.

—Pronto estaréis libres y Donal será puesto en libertad —concluyó ella.

—¿Exilio? —preguntó Simón, frotándose el mentón, pensativo—. ¿Libertad para todos? ¿Y cuál es el precio?

—El matrimonio de Eva —contestó Lachlann en tono glacial—, y su isla.

—No podemos hacer eso —dijo Simón, negando con la cabeza.

—Pero si os buscan incluso ahora —dijo Eva—. Si esta vez os cogen, eso será vuestra única oportunidad. Colin está furioso.

—El robo de reses fue inoportuno —añadió Lachlann.

—Las vacas que robamos nos dejarán un buen beneficio —dijo Simón—. Podremos pagarte para que nos hagas armas.

—Eso no os servirá de nada —repuso Lachlann, ceñudo—. Y Colin no es tan tolerante como Robson, te lo aseguro.

—Pronto seréis hombres libres, no corráis esos riesgos —suplicó Eva.

—No me gusta el acuerdo que ha hecho Colin por nosotros —contestó su hermano—. A Donal tampoco le gustaría, si estuviera aquí.

—Simón, no tenemos otra alternativa.

—Sí la tenemos —insistió él—. Tiene que haber otra manera. Lachlann, necesitamos esas armas. Lucharemos a nuestra manera para salir de esto, creo.

—Simón, por favor —dijo Eva—. Colin ha ofrecido los medios para salvaros a todos. —Le cogió el brazo—. Escúchame. Haré lo que sea que deba hacer para mantenerte a salvo, ¿acaso no lo sabes?

—No tienes por qué seguir tratándome como a un niño, sólo porque eres mayor —dijo él en tono cansino pero afectuoso.

—Nuestro padre ya no está, Donal está prisionero, y todos los nuestros han tenido que abandonar sus casas. Simón, no puedo perderte a ti también.

—Idearemos una manera de liberarte de ese matrimonio —dijo él, obstinado.

—Pensé que había una manera —dijo ella, mirando a su hermano con ojos apenados y serios—. Esperaba que funcionara. Pero ahora veo que eso sólo me salvaría a mí, y no a vosotros. No puedo pedirlos ese sacrificio.

—Y yo no puedo pedirte que te sacrifiques por nosotros —dijo él—. Así que nuevamente estamos en desacuerdo.

Eva suspiró y bajó la cabeza. Se cubrió la frente con la mano un momento.

—Simón, te lo ruego. No más luchas, no más incursiones. Acepta el perdón del rey. El exilio suele ser temporal. Pasado un tiempo volveré a solicitar el perdón y el rey os permitirá volver a Escocia.

Simón entornó los ojos y negó con la cabeza.

—Quiero que vivas —dijo ella, con un suspiro resollante—. No me importa dónde estés, mientras estés vivo.

Lachlann la observó, ceñudo. No por primera vez admiraba su tenacidad, su entrega, su energía. Y en ese momento comprendió claramente por qué creía que debía continuar casada con un hombre al que odiaba; amaba hasta ese extremo a su hermano y a sus parientes. Y cuando Eva amaba a alguien, lo hacía con toda el alma, con todo su ser. Cerró los ojos y suspiró.

—Podríamos reunir hombres y armas —dijo Fergus, acercándose—, y recuperar Innisfarna para hacerla nuestra fortaleza. Entonces podríamos tratar directamente con la corona, sin la intromisión de Green Colin.

—No queremos que Eva se rinda ante Colin —dijo Micheil, poniéndose junto a su hermano.

Los dos se quedaron allí juntos, altos y fuertes, y a los pocos instantes los demás se unieron a ellos.

—Lucharemos —dijo Iain Og, levantándose—. Eva también debería luchar.

—Si no quieres hacer armas para nosotros, herrero —dijo Micheil—, haz una para Eva. Eres un MacKerron, después de todo. Tienes el conocimiento para forjar una espada mágica, y ella necesita una ahora, para hacer lo que debe hacer.

—¿Espada mágica? —preguntó Eva, mirando a Lachlann.

—Sabes que eso es sólo un cuento —repuso él, ceñudo.

—También lo es la leyenda de Aeife —dijo Fergus—, pero seríamos estúpidos si la pasáramos por alto. La magia existe.

—Sí, en cierto modo —musitó Lachlann, mirando fijamente a Eva—. Pero es ridículo pedirme que forje una espada para ella, mágica o de otro tipo. Eso no resolverá nada.

—Es necesario recuperar Innisfarna con una espada de hechura mágica —dijo Andra—, si no, habrá grandes desgracias para toda Escocia.

Micheil y Fergus asintieron.

—Debemos recuperar Innisfarna —continuó Andra—, y Eva debe ser la que nos dirija.

—No colaboraré con ese plan —dijo Lachlann—. Simón, ¿estás de acuerdo con ellos?

Simón negó con la cabeza.

—No me van las espadas mágicas ni los planes supersticiosos. Tampoco creo que mi hermana deba renunciar a su felicidad por la mía. Déjame luchar mis batallas, Eva.

Ella se levantó.

—Debo honrar a mi clan, y debo honrar la leyenda de Innisfarna. Os quiero a todos a salvo y libres.

—¿Sea cual sea el precio para ti? —le preguntó Lachlann.

Ella lo miró a los ojos en silencio.

—Eva, correremos nuestros riesgos —dijo Simón.

—Es que no lo entendéis —exclamó ella agitando la cabeza.

—Eva —le dijo Lachlann—, si lo hablamos podemos encontrar una manera de resolver esto para todos.

—¡Hablarlo! No lo entiendes... yo pensé que había una manera, pero...

Se dio media vuelta y ahogó un sollozo. Lachlann se acercó a ponerle la mano en el hombro, pero su mano se cerró en el vacío, porque ella se apartó y comenzó a pasearse.

—¿Qué es lo que no entendemos? —le preguntó.

Los demás los observaban, moviendo las cabezas para mirar del uno al otro.

—He cometido un terrible error —dijo ella, dando toda una vuelta por la larga y estrecha cueva—. Hice un trato con el diablo. No hay salida para mí. Pensé que podría haberla, pero si me libero de Colin, condeno a todos los MacArthur. ¡No puedo trocar mi felicidad por vuestras muertes!

—Eva, ¿a qué te refieres? —preguntó Simón, levantándose.

Lachlann fue hasta ella y le cogió el brazo.

—¿Qué pasa? —gruñó—. Nos ocultas algo. ¿Se trata de Colin? ¿Por qué tiene tanto poder sobre ti?

Ella lo miró y le brotaron las lágrimas.

—Colin me obligó a comprometerme con él. —Trató de reprimir un desgarrador sollozo—. Me dijo que haría decapitar a Donal. Juró que daría caza a Simón y todos los demás y se encargaría de que los mataran. ¿No lo comprendes?

Lachlann soltó una maldición y se pasó la mano por el pelo.

—Comprendo —dijo—. Ahora lo comprendo. Te obligó.

Ella asintió enérgicamente.

—Me prometió obtener el perdón para ellos si me casaba con él y le entregaba Innisfarna. Yo acepté el matrimonio. Ahora ya no importa lo que deseo o lo que lamento o lo que quiero cambiar. —Ahogó un sollozo, mirándolo fijamente—. Si no acepto la boda por poder, hará valer su influencia con el rey para que decrete la muerte de los MacArthur.

Volvió a apartarse de Lachlann y reanudó su agitado paseo.

—Dios —masculló Lachlann en voz baja—. Eva, ¿cuánto tiempo has vivido con esa amenaza?

—Todo el tiempo que estuviste ausente —espetó ella—, y más.

—¿Y nos lo has ocultado todo este tiempo? —preguntó Simón.

Ella volvió a asentir, caminando, y se giró hacia ellos.

—No podía decíroslo. Él amenazó con... —Se interrumpió con un fuerte sollozo y se pasó la mano por los ojos, de los que brotaban las lágrimas.

—Colin es un hijo puta cruel y arrogante —exclamó Simón, enterrándose un puño en la palma—. Lo mataría si estuviera aquí por lo que le ha hecho.

—Esa es la mejor solución —dijo Iain Og.

Eva se acercó a ellos.

—Esperaba ganar tiempo para Donal. Incluso pensé que podría negarme a casarme

con Colin una vez que se obtuviera el perdón. Pero él arregló el matrimonio antes de volver de Francia. —Se cubrió la boca y se giró alejándose de ellos.

Lachlann la siguió.

—Eva.

Ella negó con la cabeza y volvió a apartarse de él, llorando desconsolada. A él le dio un vuelco el corazón, de tristeza y de amor, al verla así.

—Colin nunca ha sido digno de confianza, Eva —dijo Simón.

—No confiaba en él —repuso ella—, pero le creí. Ahora es demasiado tarde. No obtuvo el perdón y tramó el exilio para todos vosotros.

Volvió a estallar en sollozos, cubriéndose los ojos con una mano.

—Haremos anular el matrimonio —dijo Simón.

—¡Haced eso y Colin se encargará de que os maten a todos! Y Donal nunca volverá a casa. Cometí un error terrible cuando acepté... ay, Dios. Simón, lo siento. Lachlann... ooh...

Llorando se dio media vuelta y salió corriendo de la cueva. La manta oscura de la entrada quedó ondeando.

Lachlann echó a andar para seguirla, pero Simón lo cogió por el hombro.

—Déjala sola un rato. Bastante pronto la encontrarás en Balnagovan. Mientras tanto, tenemos que resolver este problema. No me entusiasma nada el exilio ni que me corten la cabeza, pero tampoco quiero permitir que mi hermana se rinda a Green Colin Campbell.

—Hay que eliminar a ese cabrón de la faz de la tierra —dijo Iain Og—. Si ninguno de vosotros lo hace, lo haré yo.

Simón se volvió hacia Lachlann.

—Necesitamos tu ayuda —le dijo en voz más baja—. Habla con ella, convéncela de que lo rechace. Y ayúdanos a encontrar la manera.

—Anulación o muerte —dijo Lachlann—. Elige.

—La anulación lleva demasiado tiempo —terció William—. Una espada es más rápida. —Se cruzó de brazos y miró a su gemelo.

Parlan frunció los labios.

—Creo que debería haberse casado con el herrero hace mucho tiempo —dijo—. Entonces esto no habría ocurrido.

Lachlann lo miró ceñudo, y vio la mirada evaluadora de Simón.

—Tan pronto como tengamos la anulación —dijo Simón—, hay que casar rápido a la muchacha, para protegerla. ¿Qué dices, herrero? ¿Sacrificarías tu libertad por nuestra causa casándote con mi hermana?

—Lo haría tan rápido como tardas en decirlo —contestó él—. Pero no será fácil convencer a Eva de ningún plan que no sea el suyo.

—Encárgate de eso. Siempre te ha hecho caso.

Lachlann lo perforó con una mirada agria, escéptica.

—¿Estamos hablando de la misma muchacha?

Acto seguido recogió su espada y la de Eva, hizo a un lado la cortina y salió de la cueva.

Capítulo 23

Cuando le faltaba poco para llegar al terreno de la herrería y oyó el retumbo de cascos de caballo, Eva miró hacia atrás por encima del hombro y vio a Lachlann cabalgando por la pradera. Corrió más deprisa hasta que le pareció que le iban a estallar los pulmones. Entonces, reconociendo lo inevitable, se detuvo y lo esperó, pasándose la mano por los ojos y sorbiendo por la nariz.

Cuando él llegó a su lado se agachó, la cogió del brazo, con puño de hierro, y la levantó hasta dejarla sentada sobre sus muslos.

—No tienes por qué huir de mí. No es conmigo que estás enfadada.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella, con el hombro apoyado en su frío y duro peto de acero.

—Porque te conozco, niña mía. Es contigo misma que estás más enfadada en estos momentos. —La rodeó fuertemente con un brazo y puso a la yegua a medio galope—. Pero no has hecho nada mal. No has cometido ningún error.

Te equivocas, deseó decirle ella; había cometido un error tras otro al dejarse avasallar por Colin. Estaba enfadada consigo misma, y con Lachlann también.

Deseaba que él manifestara vehementemente su desacuerdo con el matrimonio y la sacara de esa situación. Estaba cansada de luchar sola contra Colin durante tanto tiempo. Revelar el motivo por el que Colin tuviera ese poder sobre ella le había producido alivio y angustia al mismo tiempo.

Deseaba que Lachlann comprendiera lo que ella sabía, que esa promesa que se hicieron espontáneamente años atrás, podía invalidar el matrimonio en esos momentos. Pero él se mantenía frío y reservado, guardándose para sí sus pensamientos, como era su costumbre.

Fuertes emociones se agitaban como olas dentro de ella, expresadas impulsiva y totalmente. Admiraba la reserva de Lachlann porque comprendía que formaba parte de su integridad y fuerza, pero ansiaba que él también se sintiera furioso y herido por eso, como ella. El amor entre ellos podía florecer, pero no si ella era la esposa de otro hombre ni si sus parientes iban a sufrir por su libertad.

Aun cuando podría ser demasiado tarde, deseaba saber que él la amaba tanto como ella a él. ¿O habría confundido deseo carnal y amistad por un vínculo profundo?

Sorbió por la nariz, acurrucada en sus brazos. Fuera lo que fuera lo que sentía o pensaba Lachlann, podía confiar en él con toda seguridad, y en ese momento necesitaba eso, y mucho.

Las perras empezaron a ladrar dentro de la casa cuando él detuvo el caballo en el patio. Lachlann desmontó en silencio y le tendió la mano para ayudarla a apearse, pero ella se deslizó hasta el suelo sin ayuda.

—Entra en casa —le dijo él—. Cuando vuelva del establo hablaremos de esto.

—No es hablar de esto lo que deseo.

—¿Deseas compasión? La mía no te servirá de nada. No puedo arreglarte esto con tanta facilidad como te arreglé esos malditos cerros.

—Tampoco quiero eso —dijo ella entre dientes—. Sólo deseo saber que no te gusta este matrimonio.

—Eso debería ser obvio para ti. No necesito decirlo. No soy un hombre dado a cantar mis penas para que todos las oigan.

—Lo sé, pero esperaba que me dijeras tus sentimientos.

—¿Para qué? ¿Qué podría cambiar eso, estando como estás tan resuelta en el rumbo que debes tomar?

—¡Pensé que esto podría por lo menos molestarte!

—¿Molestarme? Dios mío, Eva. —Soltó una risa seca, sin humor—. Esa no es la palabra que emplearía yo.

—¿Cuál, entonces? —Lo miró enfadada, con los puños en la cintura, inclinándose hacia él en la intensidad de su ira—. ¿Furioso? ¿Afligido? ¿Desilusionado? ¿Compasivo?

Estiró el cuello para mirarlo. Se veía alto y corpulento en la oscuridad, bajo la lluvia suave que le estaba mojando la camisa y el pelo, y tamborileaba en la coraza y la capa de él.

Él la miró fijamente en profundo silencio.

—Eva, entra —dijo finalmente.

Ella le agarró el brazo y sintió los músculos duros como piedra bajo su túnica acolchada.

—¿O tal vez te apenan mis problemas, pero te alegra librarte de mí ahora que estoy casada? Hablo demasiado y peleo demasiado. Y ahora te estoy reteniendo aquí bajo la lluvia cuando deseas estar en otra parte.

—Eso se acerca bastante —dijo él—. Pero ninguna de esas cosas podrían describir mis sentimientos.

Ella le golpeó la coraza con el dedo.

—¿Qué, entonces, amigo mío? Dime cómo te sientes.

El le cogió el dedo.

—Aniquilado —gruñó—. Me siento aniquilado, herido de flecha, amiga mía. Tendido en el campo de batalla con el corazón arrancado de mi pecho. —Con la otra mano le echó hacia atrás un mechón mojado, mientras ella lo miraba fijamente, pasmada—. Pero viviré, y lo soportaré —añadió, con una sonrisa triste, amarga.

A ella se le atascó el aire en la garganta y casi no pudo hablar.

—Lachlann... ooh...

—Entra —dijo él en tono bronco, y le soltó el dedo.

Aniquilada ella, se sintió como si le hubieran arrancado el corazón y él lo tuviera en su mano latiendo, porque en ese momento vio plenamente lo que antes sólo había vislumbrado: Lachlann la amaba.

—Oh, siento tanto...

Poniéndole una mano en el hombro, él la giró, abrió la puerta, y con mano firme la obligó a subir al umbral.

—Vamos, entra.

Las perras se tropezaron en su prisa por ir a saludarlos, moviendo la cola. *Solas* pasó rápida junto a Eva y salió a la lluvia, pero Lachlann la cogió al vuelo y la puso dentro.

—Ve, *Solas*, y lleva a tu ama contigo.

Eva se quedó en la puerta, en silencio, sin saber qué hacer. El le había dejado claro que se marcharía y en ese momento comprendió por qué. La comprensión la atravesó como una espada.

Él la amaba y ella no lo sabía. Había dado su promesa a su enemigo, y todo ese tiempo Lachlann la había amado. Preocupada por su clan, se había apoyado en su amistad, pensando que eso era lo único que verdaderamente tendría de él. Y lo había herido sin intención.

Él retrocedió, y ella no pudo decirle nada por el nudo que tenía en la garganta, casi no veía por las lágrimas mezcladas con la lluvia.

—Lachlann —susurró, y se le quebró la voz.

Deseó decirle otra vez que lo sentía, deseó explicarle. Pero la fuerza de la revelación la tenía aturdida, y el pesar la debilitaba. Él la había hecho a un lado firmemente una vez más, tal como hiciera antes.

—Vamos, entra.

Le habló con tanta ternura que a ella se le oprimió el corazón; era como si la estuviera apartando para siempre.

—Está lloviendo —insistió él—. Y tengo que llevar a la yegua a su corral.

Echó a andar tirando de la yegua. La lluvia hacía un débil tamborileo en su coraza de acero y un suave golpeteo en el suelo. A medida que él se alejaba con la yegua hacia el establo, el brillo de su armadura se fue perdiendo en las lluviosas sombras.

Después de desensillar y acomodar a la yegua en su corral, se quitó la armadura y la túnica acolchada, las colgó y salió del establo, con la intención de correr a toda prisa bajo la lluvia hacia la herrería. Pero sus pies lo llevaron hacia la casa y empezaron a hundírsele las botas en el suelo reblandecido.

Eva ya no estaba en la puerta, pero él no había olvidado su imagen allí, silenciosa, consternada, con una miríada de lucecitas brillando alrededor de su cabeza, añadidas por su ojo lesionado. Sintió que se le rompía el corazón cuando se alejó de ella, aunque continuaba laténdole fuerte y seguro en su pecho.

Pero es que había estado agobiado por sentimientos profundos, intensos, avasalladores. Tenía que alejarse, para encontrar unos pocos momentos de soledad y silencio, tan esenciales para su bienestar. Lo que más necesitaba era encontrar la fuerza para expresar esos sentimientos, como ella lo instaba a hacer, y derrotar esa permanente sensación de que ella jamás sería de él.

Vio luz a través de las rendijas de las contraventanas, la puerta estaba cerrada y salía humo por la chimenea. Detenido bajo la lluvia, sintió un intenso anhelo. Esa acogedora casa era el único lugar donde deseaba estar. Ella estaba ahí. La lluvia le iba empapando la camisa y los pantalones, y le corría por el pelo.

Semanas atrás había pensado si su regreso a Balnagovan no habría sido un error. En ese momento comprendió que el destino lo había llevado ahí para resolver el pasado, para sanar, para volver a encontrar su camino. Dondequiera que se volviera en ese camino, pasado, presente o futuro, y dondequiera que mirara, Eva estaba allí. Había estado con él en su infancia como compañera y confidente, adorada; había estado metida en su corazón y en sus sueños en Francia; y estaba ahí en ese momento. Y continuaba amándola.

Ella era una cinta de fuego entrelazada con su vida, y fuera donde fuera o hiciera lo que hiciera, jamás dejaría de amarla. Esa ardiente hebra de emoción le calentaría el alma eternamente.

Reanudó la marcha, empapado. No hacía mucho, otro día lluvioso, Eva había entrado en la herrería sonriendo, alegre y encantadora, empapada hasta los huesos. Recordó su risa y volvió a sentir la emoción por un momento: dicha pura y simple, dicha bendita.

Deseó sentir eso nuevamente, no la tristeza y la angustia que lo consumían en ese momento. No quería perderla, y ya no podía negar el amor que ardía abrasador dentro de él, como un hierro al rojo en el fuego. Lo que Eva aportaba a su vida lo abrigaba, lo estimulaba, lo desafiaba. Con ella se sentía verdaderamente vivo, intensamente consciente, cargado de estimulante finalidad y pasión.

No podía vivir sin ella.

Llegó a la puerta y se apresuró a golpear, antes que su reserva natural lo refrenara. Al

cabo de un instante, estaba Eva allí a contraluz del fuego rojo del hogar. Su manta de tartán y sus cabellos seguían mojados por la lluvia. Vio huellas de lágrimas en sus mejillas y esperanza en sus ojos cuando levantó la cara para mirarlo.

—Siempre te he amado —le dijo.

—¿Q-qué? —susurró ella.

Él abrió más la puerta y entró. Cerró la puerta y apoyó la mano ahí, por encima de la cabeza de ella, para que no pudiera ir a ninguna parte, para poder decirle por fin lo que debía decirle.

—Te he amado desde que era un niño —susurró.

Eva asintió, con los labios temblorosos, los ojos muy grandes y brillantes de lágrimas.

—Aunque me marché, nunca dejé de pensar en ti, ni un solo día, ni una sola noche. Traté de dejar de amarte, Eva MacArthur, cuando te comprometiste con otro y comprendí que nunca serías mía. Pero formas parte de mí, como el calor que llena el sol, como el agua que llena ese gran lago de ahí. Sigo amándote, amiga mía, y no puedo evitarlo.

Una lágrima bajó por la mejilla de ella; él se la limpió

—Querías saber cómo me siento —continuó—. ¿Está claro ahora?

Ella emitió un sonido, en parte sollozo, en parte alegría, y volvió a asentir. Le pasó los dedos por la cicatriz de la mandíbula, le tocó los labios.

—Lachlann, te amo, te quiero —susurró.

—¿De veras? —preguntó él, bajando la cabeza, mientras ella le acariciaba la nariz, mientras a él le martilleaba el corazón y le vibraba el cuerpo.

—Siempre te he amado —dijo ella en su boca—. Has estado en mis sueños... sigues estando en...

—Ahora no. Ahora estoy aquí.

La estrechó fuertemente y posó sus labios sobre los de ella, primero suave, buscando, y luego con intensa avidez. Ella le rodeó el cuello con los brazos, saboreó su beso y echó atrás la cabeza para mirarlo.

—¿Y Colin?—preguntó apurada.

—No le perteneces. Eres mía.

Volvió a besarla, larga y apasionadamente.

—Siempre he sido tuya. Te lo dije en esa playa, hace tanto tiempo.

—Beltane —musitó él—. Lo recuerdo. Me preguntaste si un beso podía ser un compromiso y yo te dije que sí, si los corazones eran sinceros.

—Mi corazón era sincero esa noche, y sigue siéndolo. Si hicimos un compromiso de intención, entonces mi compromiso...

—Nunca fue válido —acabó él, acariciándole los labios con los suyos. La besó, aspirando su aliento y apartó la cara—. Te di mi promesa esa noche y siempre ha sido tuya.

—Lachlann, yo deseaba esperarte. Lo intenté.

—Lo sé —dijo él, envolviéndola en sus brazos—. Hiciste lo que tenías que hacer. Lo comprendo. Dile a Colin que habías hecho otro compromiso antes de comprometerte con él, por lo tanto el matrimonio no es válido. —Le deslizó los labios por la mejilla hasta la oreja—. Siempre has sido mía —le susurró al oído—. Ahora sellaremos eso.

Ella asintió, apretando la frente contra su mejilla.

—¿Y qué será de mi familia? ¿Qué podemos hacer?

—Encontraremos una manera. —La besó apasionadamente, hasta dejarla sin aliento, con la cabeza ladeada, los ojos cerrados—. Silencio ahora, déjame amarte. Deja el resto para después.

Le besó el delicado lóbulo de la oreja y la sintió aflojarse pegada a la puerta, oyó su gemido, y sintió la misma urgencia dentro de él. Las manos de ella le acariciaron el pecho, continuaron por sus brazos y se detuvieron en su espalda.

Cubriéndole la boca con la suya, estrechándola en sus brazos, sintió un anhelo interior. En sus manos y en sus besos percibió que ella también sentía la potencia del fuego que ardía entre ellos.

Ella se apretó contra él, su abdomen plano y pequeño, su cuerpo fuerte y flexible, y su creciente excitación le endureció la erección, acunada en sus curvas. Una atronadora urgencia lo estremeció todo entero, y volvió a besarla, apretándola contra él, acariciándole el hombro, el brazo, siguiendo la curva de su pecho por encima de la mojada camisa.

Ahuecó la mano en su pecho, acariciándose, y ella suspiró en su boca. Cada vez que la tocaba, sentía lo maravilloso y pasmoso que era eso. Había soñado con ella en Francia, y pensó que debía seguir soñando, tan dulce era todo, tan real y perfecto. Ella gimió contra sus labios, y él la besó más profundamente, echándole atrás la parte del tartán que le pasaba por el hombro. Bajó la mano hasta el cinturón, lo desabrochó y se lo quitó, y la falda de tartán que la envolvía cayó el suelo, dejándola con una delgada camisa de lino.

Con los hombros apoyados en la puerta, besándolo ardientemente, ella tironeó su camisa mojada y la cinturilla del pantalón. Riendo suavemente lo ayudó y él la ayudó a ella, y empezó a reírse también, sintiendo un burbujeo de alegría. Declararle su amor por fin le había alegrado el alma y levantado el ánimo de una manera que jamás había experimentado antes.

Fueran cuales fueran los problemas que los aguardaban, estaban fuera de ese recinto de amor. El aquí y el ahora eran lo único que existía, perfectos y verdaderos. Le había entregado su corazón hacía mucho tiempo, mucho antes de Beltane.

Deslizándose suavemente los labios por su mejilla y oreja, le quitó la camisa y ella le quitó la de él. Tironeando los dos, en una especie de frenesí, besándose y acariciándose, tirar a un lado la última prenda de ropa y las botas fue un absoluto alivio. Cuando ella quedó desnuda y dispuesta en sus brazos y él en los de ella, su miembro saltó contra ella con el deseo encendido, listo.

Ella todavía estaba mojada por la lluvia, los cabellos rizados en guedejas bajo sus manos cuando le enmarcó la cara para besarla. Desde allí las bajó deslizándolas por todo lo largo de su cuerpo hasta más abajo de las caderas y las volvió a subir, sintiendo su piel, un lujo de seda en sus palmas, sintiendo sus besos tiernos pero ardientes en su boca y a lo largo del cuello. Con un largo y ronco suspiro de placer la estrechó en sus brazos. Ella bajó suavemente las manos acariciándolo hasta colocarlas más abajo de su cintura, ciñéndolo, y él se hinchó de deseo, y se apretó fuerte contra ella. Ella hizo una inspiración entrecortada y lo estrechó contra ella, hasta que él pensó que iba a perder el aliento, la razón y el autodomínio.

La pasión lo recorrió en oleadas, estremeciéndolo cuando sus dedos le cubrieron el pecho y sintió el pezón endurecerse en su palma. Deslizándose la boca hasta su garganta, le acarició el pezón y luego reemplazó los dedos por la boca, succionando suavemente. Ella gimió, suave e impaciente, y sus dedos encontraron una curva en su oreja, tan sensible que él sintió un revoloteo en el cuerpo y se le tensaron los músculos.

Entonces la levantó en brazos, ella rodeándolo ligeramente con las piernas, y la llevó hasta su cama, donde ella había dormido durante tanto tiempo sola. Introduciéndose con ella por entre las cortinas cerradas, la depositó en el colchón relleno con brezo y se arrodilló a su lado.

La fragancia que despedía la cama era silvestre y embriagadora; hacía años que no

dormía ahí, y ahora estaba con ella. Por fin se sentía verdaderamente en casa, en cuerpo y alma.

Ella estaba tendida a todo lo largo, seductora, su curvas tan hermosas, tan cálida al tacto, tan excitante, que con sólo mirarla en la penumbra su erección se endureció más, la sintió más firme y caliente. La luz color rubí del fuego se filtraba por los poros del tejido de la cortina, dándole un intenso color encendido, como una joya. Se inclinó a besarla, trazando una senda de besos por su cuello hasta el valle de sus pechos, acoplando la boca a un pezón, después al otro, hasta que ella retuvo el aliento y lo acercó más.

Tendiéndose a su lado, acariciándole el firme muslo, la besó donde el corazón le tamborileaba más fuerte, la garganta y el pecho. Ella se arqueó como un arco cuando él deslizó los dedos por su abdomen y siguió bajando hasta acariciar el blando nido de su entrepierna. Ella hizo una inspiración profunda y se arqueó más hacia él.

Exploró más adentro, donde la encontró ardiente, mojada y resbaladiza como miel, y le acarició el botoncito de rosa, arrancándole un gritito y acelerándole la respiración. Arqueándose, moviéndose, suplicando con su cuerpo, ella cabalgó en sus brazos, y él notó el instante en que la llama prendió dentro de ella. La sintió propagarse como reguero de pólvora en él, pero se contuvo, saboreándola con los labios, manos y yemas de los dedos hasta que ella volvió a gritar atrayéndolo con más fuerza.

Ella le acarició la espalda, las caderas, el abdomen, sus manos buscaron y encontraron su miembro endurecido, y las llamas lo recorrieron como un rayo, estremeciéndolo todo entero. Continuó moviéndose, demasiado dispuesto, demasiado a punto, su cuerpo cada vez más tenso. Pero se tomó su tiempo con ella, sus caricias implacables pero tiernas. Se movió sobre ella hasta que ella fluyó como una ola debajo de él, sus gemidos suaves como la lluvia que caía incesante sobre el techo.

Habría seguido mimándola, acariciándola, pero la miel y fuego en que se había convertido su sangre lo precipitaron. Ella volvió a encontrar su miembro, cerró las manos sobre él, ardientes como brasas y él como un hierro candente en ellas. Cálida y exuberante, apretada contra él, la blandura de su cuerpo lo excitó aún más. Cuando ella introdujo su miembro en la vibrante oquedad de ella, ahogó una exclamación, sintiendo el calor y la delicia, tan exquisitos que casi dejó de pensar, y no pudo seguir refrenándose.

En su siguiente respiración, se sintió deslizarse dentro de ella, y penetró la delgada barrera tan rápido que se dio cuenta demasiado tarde, antes de poder retirarse para prepararla con un susurro, con más ternura. Ella emitió un suave gemido de dolor que enseguida se transformó en un suspiro de placer. Lo inundó un abrasador calor interior, y una sutil, sensual flexión de las caderas de ella lo introdujo aún más adentro.

Ella se estremeció, fusionando su cuerpo con el de él, creando con sus ondulantes movimientos una potencia que lo introdujo más en la magia con ella. Dónde acababa él y comenzaba ella, no lo sabía. Besándole la boca, la lengua, sintió aumentar el poder dentro de él, ondulante como una llama hasta que explotó y ya no fue capaz de controlarlo. El amor lo invadió a oleadas, sanándolo de todos esos años de ocultar sus sentimientos por ella. Todo lo que había deseado siempre, todo lo que deseaba en ese momento, era Eva.

Las oleadas remitieron y recuperó los sentidos, encontrándose separado de ella nuevamente. Suspiró y la estrechó en sus brazos.

—Eva, Eva mía —susurró en la exquisita masa revuelta de cabellos.

La besó, con la callada fuerza de su pasión hirviendo suave en su sangre. Ella se giró en el amparo de sus brazos.

—Soy tuya —dijo—, y tú eres mío. Siempre ha sido así, creo.

Capítulo 24

La incesante lluvia caía a torrentes sobre el techo de la cama. Eva añadió un tronco de pino al fuego de turba, para aumentar la luz y el calor. Encendió dos velas de sebo y las puso sobre la mesa, mientras Lachlann terminaba de comer su queso con panecillos de avena. Cuando partió el último panecillo para dárselo a las perras, ella se echó a reír, de pie a su lado. Aunque el día estaba triste y gris, la inundaba una luminosa dicha.

Él la atrajo hacia sí y ella se inclinó a besarlo, rebosante de gratitud por la tierna noche de amor y la maravilla de despertar en sus brazos. La transformación de su vieja amistad en algo absolutamente diferente se le antojaba una especie de milagro. Cerró los ojos cuando él apoyó la cabeza en su pecho, y se le aceleró el corazón bajo su sencillo vestido cuando deslizó sus manos sobre sus caderas, insinuando placeres por venir.

Más allá de esa preciosa intimidad de su dicha recién encontrada, sus pensamientos continuaban confusos. Quedaban problemas que exigían solución. Pronto tendría que afrontarlos, aunque durante la mayor parte de su vida había temido una lucha y confrontación definitiva. Debía enfrentarse a Colin para recuperar no sólo su isla, sino también su identidad y su libertad.

A pesar de sus prácticas de esgrima, jamás se había considerado una guerrera; tampoco era tan extraordinaria como la Aeife de la leyenda. Era una muchacha corriente, fuerte y capaz, voluntariosa y a veces osada; y ahora sabía que la amaban profundamente.

Si quería librarse de Colin y recuperar Innisfarna, si quería vivir en paz con Lachlann y sus parientes, necesitaría todo eso y mucho más. Debía encontrar un manantial de valor en algún lugar dentro de sí misma, y hacer uso de él.

—Demasiado lento y desequilibrado —comentó Alpin, dando la vuelta a su alrededor, observando su postura con ojo evaluador.

Esa mañana la había corregido más que de costumbre en su práctica de ataques con una vieja espada de acero, contra un sólido poste de madera instalado por Alpin en el claro del bosque de Innisfarna.

—Lo hago lo mejor que puedo —replicó ella, irritada, y repitió el altibajo.

El filo mellado de la hoja se enterró en la madera y se quedó atascado. La sacó de un tirón, emitiendo un chillido de exasperación. Encontraba pesada la espada, y le dolían la espalda y los hombros con cada movimiento. Cuando comenzó la sesión comprobó que estaba rígida y dolorida a causa del frenético desafío de esa noche en la montaña. Los golpes de Lachlann eran más potentes de los que estaba acostumbrada a recibir, y su muñeca y hombro todavía sufrían las consecuencias.

Un par de noches pasadas haciendo el amor le habían aliviado deliciosamente los dolores, además de ejercitarle otros músculos, pero en esos momentos notaba la distensión muscular y el cansancio. Y aunque intentaba concentrarse en sus movimientos, su mente estaba en la herrería, y con el herrero.

El día había amanecido nublado, pero sin lluvia, y cuando llegó Alpin con su barca, se marchó sin decírselo a Lachlann. Vio brillar la luz roja de la fragua en las ventanas de la herrería y oyó el uniforme golpeteo del martillo y no quiso interrumpirlo.

Distraída y cansada, volvió a perder pie. Los siguientes golpes fueron torpes, la espada dio en el poste con la parte plana, y el golpe le vibró en todo el brazo.

—Fatal —dijo Alpin—. ¡Eso es una espada, no un hacha! ¿Qué te pasa hoy, muchacha?

Ella lo miró de soslayo sin contestar. Aunque rara vez practicaba a plena luz del día, el cielo estaba oscuro con nubarrones de lluvia, y en el castillo se veía poca actividad. Los soldados estaban descansando, había dicho Alpin, porque muchos de ellos habían estado patrullando nuevamente hasta la madrugada.

Recordaba haber oído llegar a los hombres al establo justo antes del amanecer, cuando ella estaba en brazos de Lachlann, feliz de sentirse a salvo en ellos. Pero sus noches de amor no cambiaban el hecho de que su decisión podría ser peligrosa para a sus parientes, y para Lachlann. Ese continuado miedo la tenía tan nerviosa que ni siquiera la embriaguez del amor recién encontrado lograba serenarla.

En el siguiente tajo no sólo perdió pie, sino que se le soltó la espada de la mano y fue a caer tintineando en el suelo. Alpin levantó las manos, exasperado.

—*Ach*, eres una inútil —dijo malhumorado.

—Pero pongo todo mi esfuerzo —protestó ella, flexionando los hombros doloridos—, y lo noto.

—Repite ese movimiento —gruñó él—, pero piensa en tu altibajo. Imagínate que tu contrincante avanza hacia ti.

Ella resolló en el siguiente altibajo, y sintió una dolorosa vibración en la muñeca y el brazo, pero continuó repitiendo el movimiento, pese al dolor y el agotamiento. Nada le salía bien, y Alpin continuaba mascullando.

Finalmente puso fin a la práctica con el poste para que luchara con él. Antes de enfrentarlo se puso una túnica acolchada para protegerse. El levantó la espada y ella arremetió de revés parando el golpe, pero su espada se deslizó por la de él. Soltando una exclamación de frustración, y acicateada por el fastidio, volvió a arremeter, golpeándole la espada en diagonal, con tanta fuerza que él retrocedió un paso.

—¡Bien, eso es! —exclamó él, aprobador.

Continuaron con otra serie de ataques y paradas, haciendo chocar las espadas. De pronto él bajó la espada y miró hacia un punto detrás de ella. Ella se giró.

Lachlann estaba apoyado en un árbol, de brazos cruzados, y la cara de Ninian asomaba detrás de él.

—Así que aquí es donde practicáis —dijo Lachlann—. Podríamos ser soldados. ¿Dónde está vuestra prudencia?

—*Ach*, yo sabía que estabas ahí y te dejé mirar —dijo Alpin, aunque Eva dudó de que fuera cierto.

Alpin comenzó a recoger las cosas y Ninian corrió a ayudarlo.

Eva se secó la frente, con la respiración agitada, resuelta a disimular el sobresalto que se llevó.

Nadie nos ha sorprendido nunca —dijo—. Ninian se encarga de eso. Te trajo aquí porque sabe que no es peligroso que nos veas. ¿Qué haces en la isla?

Lachlann se le acercó.

—Unos soldados cruzaron el lago para atender a los caballos, y me dijeron que Robson deseaba hablar conmigo acerca de unos trabajos de herrería, así que cuando regresaron me vine con ellos. Esperaba que Alpin me llevara de vuelta. No sabía que estabas tú con él, aunque no me sorprende, después de la otra noche —añadió en voz más baja.

—¿Qué ocurrió la otra noche? —preguntó Alpin.

Eva no contestó y arrugó la nariz hacia Lachlann; sabía que Alpin no era tan sordo como aseguraba a veces.

—Descubrí que nuestra muchacha tiene algo de guerrera en ella —contestó

Lachlann.

Alpin emitió un gruñido, como diciendo que eso era evidente.

Eva se agachó a recoger la vaina de cuero de su espada, y Lachlann se acercó a coger la espada antes que pudiera envainarla. Pasó el dedo por las mellas y arañazos.

—Es una hoja vieja y está muy gastada. Lógicamente conviene que siga mellada para las prácticas, pero es necesario limar estos arañazos y pulirla.

—Ese no es el trabajo de espadería que quiero de ti —dijo ella.

El arqueó una ceja.

—¿Todavía insistes para que haga armas?

—Los rebeldes las necesitan urgentemente ahora, si piensan continuar resistiendo o tomar Innisfarna.

—Unas cuantas reparaciones es lo único que obtendrás de mí.

Ella cogió la espada y la metió violentamente en la vaina. El movimiento le torció la muñeca y, con un gesto de dolor, se frotó el antebrazo.

—¿Todavía te duele? —preguntó él, quitándole la espada envainada—. Creí que estaba mejor.

—No es nada —replicó ella.

—¿Qué ocurrió la otra noche? —repitió Alpin, acercándose, y mirando del uno al otro. Apuntó a la muñeca de ella—. No dijiste nada de la muñeca, sólo que tenías doloridos los músculos.

Eva exhaló un suspiro.

—Hace unas noches, Lachlann y dos soldados me vieron en la montaña. Me confundieron con un rebelde y luchamos a espada.

—¡Sin duda los derrotaste!—exclamó Alpin, con expresión complacida—. Aunque pararle los golpes a Lachlann sería difícil, yo mismo le enseñé. Eva asintió.

—Me torcí el brazo cuando Lachlann...

—Casi me hizo saltar la espada —dijo Lachlann—. Me sorprendió su pericia. Tienes que estar muy orgulloso de tu alumna.

—Lo estoy —repuso Alpin—. Muchacha, deberías habérmelo dicho. Le irá bien un baño caliente para esos músculos —dijo a Lachlann, que asintió.

En ese momento llegó Ninian hasta ellos, equilibrando las espadas de madera en los brazos. Alpin tenía en la mano la vieja de acero que había estado usando.

—Tú puedes ayudarlo a preparar el baño —continuó, dirigiéndose a Lachlann.

—Claro que sí —repuso él, y miró a Eva, arqueando una ceja.

Eva notó que le subían los colores a la cara, y vio la penetrante mirada que les dirigió Alpin a los dos. Empezó a desatar los lazos de la pesada túnica acolchada y Lachlann le ayudó a quitársela.

—Mira también esta vieja espada, herrero —dijo Alpin, tendiéndosela—. Te agradecería si pudieras reparar las dos. No me gusta llevar mis espadas a ese herrero de Cien Brae. Llévatelas contigo y límpialas, ¿eh?

—Lo único que les hace falta es un poco de limado y pulido, y un toque de calor aquí y ahí. Bastante fácil.

—Estupendo —dijo Alpin, asintiendo—. Le devuelves esa a Eva. Necesita más práctica con acero. Del modo que luchó hoy no habría herido ni a un hombre de paja.

—Los filos están romos —se defendió ella.

—Y tú te movías como una vieja —contestó Alpin—. Necesitas práctica con los altibajos y las posturas. Soy duro con la muchacha —explicó a Lachlann—. Y es buena, pero podría ser excelente con más entrenamiento. Los soldados me ocupan todo el tiempo llevándolos y trayéndolos, y tengo mil quehaceres en el castillo, como un

sirviente. No le he dedicado a ella todo el tiempo que deseaba. Tú siempre fuiste buen alumno de la espada —añadió, mirándolo—. Tal vez tú podrías trabajar con ella.

Podría ayudarla en algunos movimientos —dijo Lachlann.

Eva sintió un estremecimiento de ilusión. Durante ese encuentro en la ladera, él la había guiado y enseñado e incluso en esos pocos minutos había aprendido y puesto en práctica nuevas tácticas. Y sus enseñanzas después, en la intimidad del mullido colchón de brezo habían sido relajadas, tiernas y elocuentes. Sintió subir un intenso rubor desde el cuello a las mejillas.

—No olvidéis trabajar las arremetidas con estocadas —dijo Alpin entonces.

Lachlann la miró con los ojos chispeantes, y asomó una sonrisa a sus labios. Ella frunció la boca para no echarse a reír.

—Podríamos hacer eso —contestó Lachlann tranquilamente.

—Estupendo, estupendo —dijo Alpin—. Eva, acompáñame a la casa. Ninian tiene algo para ti. Herrero, ven tú también y os llevaré a los dos de vuelta a Balnagovan.

Recogió el resto de sus cosas con la ayuda de Lachlann, y salieron del bosquecillo de alisos, Alpin a la cabeza y Ninian cerrando la marcha.

Atravesaron la estrecha franja de tierra de ese extremo de la isla y se dirigieron a la casa de Alpin, sobre la verde ladera que daba al lago. No había flores en el jardín, los rosales estaban desnudos y podados. Las hojas secas revoloteaban en pequeños remolinos bajo el oscuro cielo.

Tan pronto como entraron en la casa, Ninian fue hasta un rincón, cogió un saco de tela y se lo pasó a Eva en silencio. Cuando ella lo abrió, el aire se impregnó de una deliciosa fragancia.

—¡Pétalos de rosa! —exclamó, hundiendo las manos en los cientos de pétalos de diversos colores—. ¡Ah, qué maravilla! —Aspiró extasiada—. ¿Tú las recogiste y las secaste para mí?

Ninian asintió, feliz.

—Cuando llega el otoño y se caen los pétalos, nunca sé qué hacer con ellos —explicó Alpin—. Ninian los recogió y los secó, dijo que su abuela lo hacía. También lo hacía mi mujer, recuerdo —añadió, y una sonrisa le arrugó las mejillas.

—Ninian, gracias —dijo Eva, abriendo los brazos y abrazando al niño, que se ruborizó intensamente y se tapó la boca con la mano—. Este es un regalo precioso, y muy amable. Puedo usarlos para perfumar los colchones y las almohadas, y para hacer agua de rosas. La casa va a oler muy bien este invierno.

Sonrió, mirando a Lachlann también, que la estaba observando con expresión aturdida. De pronto le vino el pensamiento de dónde estaría ella ese invierno: en Innisfarna, en su casa, o a salvo y feliz en Balnagovan con el herrero, o; no lo quisiera Dios, encerrada en Strathlan como una prisionera.

—Pon unos pocos en el baño caliente para aliviar tus dolores le dijo Alpin—. Que el herrero te ayude a llenar esa enorme bañera que tiene en la herrería. —Sonrió, y Eva lo miró sorprendida—. Ninian, lo has hecho muy bien, muchacho. Lleva la bolsa a la barca, por favor, y espéranos ahí. Lachlann llevará las espadas. Os seguiremos dentro de un momento. Quiero hablar con Eva acerca de sus prácticas.

—Faltaría más —dijo Lachlann.

Cogiendo las dos espadas envainadas, puso una amistosa mano en el hombro de Ninian y salieron juntos.

Entonces Alpin se volvió hacia Eva.

—¿Qué pasó la otra noche? —le preguntó bruscamente.

—Eh... ¿qué quieres decir? —preguntó ella y se aclaró la garganta.

—Quiero decir que tienes su corazón y él tiene el tuyo. No soy ciego. —Ante el

silencio de ella, la miró atentamente—. Cuando el hijo del herrero era niño te adoraba, muchacha, aunque al parecer tú no lo sabías. Era evidente para mí y para mi mujer.

—¿Los dos lo sabíais?

—Lo sospechábamos, aunque es un hombre que se guarda sus pensamientos. A veces se veía claramente en sus ojos, cuando te miraba. Es probable que te lo ocultara. Y ahora veo que sigues teniendo su corazón. Os estuve observando, y creo que algo ocurrió hace poco, aparte del encuentro a espadas.

De pronto ella deseó llorar, no de tristeza sino porque Alpin, que para ella era más padre de lo que había sido su padre, le tocó la fibra que le abría un manantial de emociones.

—No sé qué quieres decir —dijo, con la barbilla temblorosa.

—¿Ah, no? Ninguno de tus parientes quiere que te quedes con Campbell. Estoy seguro de que Lachlann MacKerron está de acuerdo con ellos, por razones del corazón. —Se le acercó más—. ¿Tengo razón?

Entonces le brotaron las lágrimas y se las limpió, asintiendo.

—Sí, lo amo —dijo en un susurro—. Y ahora sé que él también me ama.

—Y queréis estar juntos, como debe ser —dijo él—. Aunque creo que ya habéis estado juntos —añadió, dándole unas palmaditas en el hombro—. Yo fui joven también y recuerdo ese tipo de fuego. ¿Creías que te iba a regañar por eso? *Ach*, te vigilaba cuando eras más niña, Eva, muchacha, pero ahora ya tienes edad para saber lo que deseas. Y ^me gusta el hombre que amas, y también gusta a tus parientes. Obedece a tu corazón, y todo irá bien. No te preocupes por Green Colin.

Ella sorbió por la nariz.

Quiero rechazar a Colin, pero temo los problemas que causará mi decisión.

—No te preocupes por eso, queremos que seas feliz. Tus muchachos sobrevivirán y recuperarán sus derechos sin la ayuda de ese reptil.

—¿Y Ninian? No puedo abandonarlo al cuidado de Colin. Ahora está feliz, pensando que voy a ser su madrastra.

—Ninian siempre tendrá tu amistad. No necesitas casarte con su padre para darle eso. Y yo no abandonaré al niño tampoco. Pero no te dejes dominar por la compasión. Obedece a tu corazón y nunca lamentarás las decisiones que tomes.

Ella lo abrazó impulsivamente.

—Tenemos que irnos, antes que me vean aquí los soldados —se tocó la falda y la camisa—, vestida así. Gracias por las rosas. Te haré una maravillosa almohada rellena con ellas.

—Eso sólo me hará estornudar —gruñó él—. Si quieres agradecérmelo, usa esa espada recién afilada para herir a unos cuantos soldados y apodérate de esta isla. He entrenado a una nueva Aefe, y creo que está preparada.

Eva hizo en silencio el trayecto hasta la playa, donde los esperaban Lachlann y Ninian junto a la barca. Sentía una vaga sensación de miedo, no sólo ante la idea de enfrentar a Colin, sino también ante la de levantar la espada contra él.

Alpin la ayudó a subir a la barca, esperó a que subiera Lachlann, y cogió los remos.

—No olvides darte ese baño caliente —dijo remando—. Mi mujer siempre decía que las rosas tienen propiedades curativas. El herrero puede ayudarte a calentar el agua —añadió sonriendo.

—Alpin —le regañó ella.

El soltó una risita y Lachlann los miró a los dos, perplejo. Alpin remó un momento con fuerza hasta adentrar la barca en el agua.

—Piensa en la princesa Aefe —continuó—. Recuerda cuánto amaba Innisfarna y cómo luchó por ella. —La miró y ella asintió—. Y recuerda que Aefe tenía su príncipe.

—Agitó sus blancas cejas—. Tú también necesitas uno.

Mientras la barca se deslizaba por las aguas rizadas en dirección a Balnagovan, Eva pensó en la brillante espada perdida en sus profundidades. Pensó en Aeife y su príncipe, y recordó que en sus sueños de niña, el príncipe siempre se parecía a Lachlann.

Capítulo 25

Lachlann despertó junto a Eva, que dormía como una paloma, tranquila y quieta. Se levantó silenciosamente, salió de la casa y se dirigió a la herrería. Después de encender la fragua, sacó la espada de Jehanne de su escondite bajo las vigas.

Las llamas ya lamían la fragua brillantes y calientes cuando desenvolvió la espada. Puso la mano cerca del fuego y el calor le abrasó la piel, retándolo a retirarla. Pasado un momento, retiró la mano.

El fuego había destruido a Jehanne, aunque en su corazón sabía y su fe le decía que estaba encarnada, sin sufrimientos, mejor de lo que había sido en la tierra. En lo más profundo de su alma sabía que estaba dichosa y satisfecha. Día a día iba disminuyendo su pena y aflicción por ella. Agradecía haberla conocido, y apreciaba su encuentro con ella, al que debía el ser un hombre más fuerte que antes.

Pero no había disminuido su ira por la injusticia cometida con ella, y un sentimiento de culpabilidad todavía le ensombrecía el corazón. Tenía una promesa que cumplir, mientras no la cumpliera no se aligeraría de ese peso.

Pasó las manos por entre las llamas y no sintió quemazón. Pero todavía no podía poner esa espada al fuego. Bruscamente cogió la escoba corta de ramitas para echar las cenizas hacia las llamas y apagarlas.

—No —dijo Eva.

El se giró. Ella ya había entrado y estaba cerrando la puerta, la cabeza cubierta por la manta de tartán y sus mejillas sonrosadas por el viento y la lluvia.

—No apagues ese fuego, por favor —le dijo, acercándose—, ni vuelvas a esconder esa hermosa espada. Ella quería que la repararas.

Él miró la reluciente espada rota que había puesto sobre el yunque.

—Eva, no puedo.

—Lachlann, ¿por qué? —Levantó la vista para mirarlo—. ¿Por qué siempre niegas tu capacidad para hacer espadas? Eres un espadero muy dotado. No lo entiendo.

Él exhaló un largo suspiro, puso a un lado la espada y volvió a suspirar.

—He aquí la verdad, entonces. Ya no puedo forjar acero.

—No lo entiendo. ¿Te faltan materiales?

—Es por la lesión del ojo —dijo él, tocándose la ceja izquierda—. Te expliqué lo de los cambios en mi visión y lo de las extrañas luces y cambios de color que veo a veces.

Ella asintió.

—Con este problema de visión, sobre todo para los colores, no puedo forjar buen acero. Por eso ahora sólo trabajo con hierro negro. Esos cambios sencillos de color todavía puedo verlos.

Ella puso sus fríos dedos en los de él y él le apretó la mano, sintiendo emanar compasión de ella. Su fuerza lo sostenía en ese momento en que se sentía herido por lo que no podía hacer, por lo que había perdido de sí. Su fe en él, su sola presencia, le aliviaba considerablemente el dolor. El tiempo pasado cerca de Jehanne lo había fortalecido y endurecido, pero el calor y amor de Eva lo templaba, lo sanaba, haciéndolo completo nuevamente, aunque había sido destrozado.

Comprendiendo eso, levantó sus manos unidas y le besó los dedos. Pero seguía sin poder hacer lo que ella le pedía.

Ella lo miró fijamente, sus ojos muy serios.

—Si es la forja del acero, si es observarlo, déjame ayudarte —le dijo—. Yo puedo

ayudarte.

—Él negó con la cabeza.

—Has hecho unos cuantos ganchos, Eva, y me has visto hacer una cadena y otras cosas. Pero no sabes lo que se requiere para forjar acero...

—Lo que sé —interrumpió ella, acercándosele tanto que tuvo que echar hacia atrás la cabeza, y él sintió el calor de sus pechos— es que debes hacer esto. En tu corazón, eres más espadero que herrero, Lachlann. Nunca serás verdaderamente feliz mientras no vuelvas a trabajar el metal blanco. Naciste para eso. Es parte de ti, como yo soy parte de ti y tú de mí ahora.

El ladeó la cabeza hasta que cambiaron las sombras y aparecieron las chispas alrededor de ella como estrellitas feéricas.

—Ya no tengo la capacidad para ver los verdaderos colores del acero. Mis espadas serían defectuosas, y una espada defectuosa es un peligro para su dueño. ¿Cómo puedo darle una espada así a cualquiera de tus parientes?

—Déjame ser tus ojos.

Mientras él la contemplaba se reanudó la lluvia, tamborileando sobre el techo de pizarra de la herrería, azotando las paredes. Y de pronto le vino la idea de que Eva era como una llama, fuerte y fiel. Cerró los ojos y desaparecieron las estrellitas.

—Yo sería tus ojos —dijo ella, mientras él continuaba en la oscuridad de sus ojos cerrados—. Yo puedo ayudarte a distinguir un color de otro. Juntos podemos hacer una nueva espada.

Entonces él la estrechó en sus brazos, incapaz de hablar por la opresión que sentía en la garganta.

—Mejor sé mi corazón —dijo finalmente, y la besó, cogiéndole la cara con una mano.

Levantándola en brazos, sintiendo sus brazos rodeándole suavemente el cuello, la llevó al otro lado de la habitación y la depositó en la rústica y mullida cama de brezo que ella le había hecho, la cama con que había soñado tantas veces cuando dormía solo en un lugar desconocido tan lejos de casa. La había deseado entonces, pero en ese momento lo invadía un verdadero y ardiente deseo.

Ella lo atrajo, y la fuerte lluvia se hizo eco del ritmo de sus respiraciones mientras la despojaba de su sencillo vestido, mientras metía sus manos por entre sus mojados rizos y le enmarcaba la cara, besándola apasionadamente. La lluvia siguió cayendo mientras él derramaba su amor en ella, compensando los largos años sin ella, todos esos años en que ella había formado parte de él siendo, sin embargo, tan inalcanzable.

La acarició impresionado, con reverencia, porque era delicada, como un milagro, suave, tersa, perfecta, cálida y brillante en sus brazos. A la roja luz de la fragua y el calor de la habitación, rebosaba de

Pasión con la fuerza de su espíritu, irresistiblemente arrastrado hacia ella.

Cada beso, cada suave gemido, cada caricia de las manos de ella sobre su cuerpo, le producían dulces, lentas e inexorables ráfagas de sensaciones que enardecían su excitación. En sus manos se convirtió en hierro candente, y cuando llegó la fusión, fue como una abrasadora explosión de luz, de llamas. La creciente pasión y excitación de ella debajo de él, rodeándolo, lo llevó a una cima más alta, más perfecta.

Dios santo, cuánto la amaba, pensó después, besándole los ojos cerrados y agradeciendo a los ángeles que consideraron conveniente unir su alma a la de ella.

—Cuéntame, dime qué le ocurrió —dijo Eva, pasado unos momentos.

Estaban juntos en la cama de brezo, en la oscuridad coloreada de carmín por el fuego

de la fragua.

Después de la incandescencia del acto de amor, después de ser acariciada por sus manos expertas y cálidas, e inundada por el amor que la recorrió toda entera en espiral, como una luz brillante y ardiente, estaba acostada con él, en su calor y paz, y él comenzó a hablar de Jehanne, por fin. Comprendió que la oscuridad y el amor que los envolvía le permitían abrir esa parte protegida. Lo escuchó en silencio, con la cabeza apoyada en su hombro.

El encadenó bien la narración, su voz como terciopelo negro, tranquila, profunda. Ella se imaginó a la muchacha, brillante, rebosante de valor, vio en su imaginación los ejércitos extendiéndose por los campos, bajo el cielo azul empañado por el humo. Casi oyó los gritos de los hombres y la voz melódica de la joven que se elevaba por encima de todos, llena de pasión y elocuencia, y del verdadero fuego del alma. Sintiendo la pena de Lachlann, su sufrimiento, su veneración, su lealtad, se limpió las lágrimas que le llenaban los ojos.

El le contó el día que capturaron a Jehanne, cómo cayeron repentinamente las puertas de la ciudad, separándola de sus hombres. La traición y la angustia marcaron ese día, y él recibió graves heridas en la cabeza y vientre cuando intentó llegar hasta ella y no lo consiguió. Las palabras le salían entrecortadas cuando describió ese día, y los días y meses de recuperación posterior. Después le contó su frenético viaje a Ruán para verla, encerrada en la habitación de una torre convertida en prisión. Entonces ella ya parecía una niña desamparada, una sombra de sí misma, pero en sus ojos seguía brillando el entusiasmo por su causa.

—Dicen que las cenizas y el humo de su pira se extendieron por toda Francia. Ella invocó al Señor y los que la estaban mirando lloraron, y comprendieron que habían quemado a una santa, no a una pecadora. Dos hombres que estuvieron ahí me contaron que una paloma blanca se elevó hacia el cielo por encima del humo de la pira. Y esos hombres también lloraron. Después hubo en Francia lágrimas suficientes para apagar esa salvaje hoguera, pero ya era demasiado tarde. Ya estaba muerta, y no volverá a verse otra como ella en este mundo. Yo creo que pertenecía a los ángeles y que volvió a ellos.

Silenciosa y llorosa, acurrucada en sus brazos, Eva le puso la mano sobre el corazón que latía lento.

—Y tú la amabas —le dijo.

—Sí, la amaba a mi manera.

—Me alegro —dijo ella, besándole dulcemente la mandíbula rasposa, deslizando los labios por la cicatriz de la herida que él recibiera defendiendo al ángel.

Lachlann giró nuevamente la espada en la mano, examinando atentamente sus detalles, las partes dañadas, como si nunca la hubiera visto antes. La empuñadura estaba bien, y la corta parte de la hoja unida a ella estaba doblada en ángulo. De las cinco flores de lis originales, sólo quedaban dos, dos figuritas de oro deslustradas. Era imposible añadirle una hoja nueva a esa parte, la única manera de repararla era rehacerla totalmente.

Con el entrecejo fruncido, pasó los dedos por el puño, el pomo y la guarnición de la empuñadura. Ese lastimoso trozo de acero y latón era casi lo único que quedaba de la extraordinaria magia de Jehanne. Su armadura estaba en alguna parte, en posesión de los ingleses, no quedaba nada más.

Ese era el último y brillante hilo que lo conectaba con ella. Sin embargo, ella había querido que se la quedara, la cambiara, la rehiciera.

Exhalando bruscamente el aire, cayó en la cuenta de que estaba harto de dudas, de

duelo y de refrenarse. Siempre había sido un hombre decidido y de acción, un hombre que guardaba sus secretos y se fiaba de su fuerza física y mental. Debía recurrir a esa fortaleza y dejar marchar la aflicción y las penas.

Eva le había ofrecido su ayuda, y de pronto comprendió que podía aceptarla. Deseaba que ella fuera parte del renacimiento de la espada.

Hizo girar nuevamente la hoja, observando moverse la luz por sus superficies. Lo que le debía a Jehanne, comprendió entonces, no era conservar y ocultar ese trágico y roto reflejo de su vida; lo que le debía era reencender la belleza y poder de esa espada. Tuvo la seguridad de que ella habría deseado eso.

Podía continuar haciendo duelo por ella, o dejar eso de lado, encontrar su valor y honrar su recuerdo con una espada perfecta. No había sido posible hacer eso en el campo de batalla, ni tampoco hubo manera de hacerlo en el corto tiempo que vivió ella después. Debía hacerlo ahora, o no se libraría nunca de esa torturante sensación de haberle fallado.

Cogiendo un cincel pequeño y afilado, soltó el remache que sujetaba el pomo esferoidal a la empuñadura. Lo sacó y luego tiró del tubo hueco que formaba el puño, madera envuelta en alambre y cuero, y desprendió la guarnición. Luego soltó las demás piezas que afirmaban la parte de la rugosa espiga de la hoja que quedaba oculta dentro de la empuñadura. La espiga desnuda, de acero sin pulir, fusionada con el brillante trozo de hoja curvada, daba a la espada una patética apariencia de esqueleto.

Giró en las manos el resto de espada desnuda, pensando cuál sería la mejor manera de comenzar.

Capítulo 26

—¿Dos mil clavos? —exclamó Eva, incrédula—. ¿En un día?

Lachlann se rió, sin interrumpir el trabajo, y ella sonrió. Estaba hermoso, potente, con la luz rojo dorada de la fragua moviéndose sobre su cara y pecho desnudo. La imponente fuerza que emanaba de él la hizo recordar su duro cuerpo apretado contra el de ella. Esos pensamientos la distraían siempre que entraba en la herrería tenuemente iluminada por la luz del fuego, para refugiarse de una lluvia fría.

Volvió a sonreír y miró sus penetrantes ojos azules.

—Fácilmente dos mil —confirmó él—. Ya he hecho unos cuantos cientos desde que empecé esta mañana. Es un proceso sencillo, calentar las varillas, sacarlas, cortarlas, etcétera. Tú podrías hacerlos, si quisieras.

Hablaba sin parar de trabajar, cortando en trozos el hierro candente como si fuera mantequilla, usando las tenazas para poner la varilla calentada sobre el cincel vertical fijado al yunque, y luego, un martillazo.

—Podría cortar algunos, pero no a esa velocidad.

Lo observó sacar una varilla de hierro candente de la fragua y poner otra en su lugar. Sin perder un instante, se giró hacia el yunque, adelgazó la varilla con unos cuantos golpes de martillo y la cortó en trozos sobre el cincel. Con el martillo arrastró los clavos cortados desde el yunque al cubo de agua, y se giró hacia la fragua a sacar la otra varilla que ya estaba al rojo vivo.

—El secreto está en el ritmo —comentó.

Saltaron chispas al cortar más clavos, y con el martillo los arrastró hasta el cubo de agua, donde chisporrotearon y desprendieron vapor.

—Me contento con mirar —dijo ella.

Estaba fascinada por su pericia, pero también le gustaba ver los luminosos colores del hierro candente, y las brillantes chispas, rojo, rojo dorado, amarillo claro.

Y contemplar a Lachlann, tan potente, sólido, magnífico. Sus vigorosos músculos ondulaban bajo su piel brillante por el sudor y la luz del fuego, su pecho oscurecido por el fino y negro vello que bajaba por el abdomen y continuaba estrechándose bajo el tartán atado a la cintura, induciéndola a mirar más abajo.

Ruborizándose, se sintió derretida por dentro al mirarlo. Profundamente enamorada de él, comprendió que también amaba su cuerpo, adoraba su belleza sólida, dura, lustrosa, ansiaba sus fuertes abrazos, sus tiernos besos. Sorprendida por el descarado placer sensual que le producía mirarlo trabajar, sintió nuevamente la agitación del deseo, y sonrió para sus adentros.

Esos últimos días, obligados por la lluvia y el mal tiempo a mantenerse dentro de la casa o la herrería, Lachlann la había hecho descubrir un manantial de deseo en ella. Cuando la cogía en sus brazos y sus labios y manos la acariciaban, su cuerpo junto al de ella, la pasión discurría por ella como un fuego espiritual, exquisito y transformador.

Deseaba estar con él a toda hora, porque no sabía cuánto tiempo duraría eso, ni cómo acabarían sus problemas. Aun estaba por venir la confrontación con Colin. Aunque estaba casada con Colin no consideraba pecado amar a Lachlann, porque su compromiso con él años atrás era anterior en su mente y corazón. Esperaba que pronto hubiera una anulación y un verdadero matrimonio.

Pensar en Colin, aunque sólo hubiera sido ese breve instante, introdujo una nota fría y negra en el constante agrado que la llenaba. Suspiró y se rodeó fuertemente con los

brazos.

—Alimenta el fuego, Eva —dijo Lachlann sin levantar la vista.

Ella bajó la manilla del fuelle y observó animarse y aumentar las llamas con la ráfaga de aire.

Lachlann la miró y le sonrió. El corazón le revoloteó y le flaquearon las rodillas. Puso la mano sobre el yunque para afirmarse.

—Ahí no —dijo él.

Ella se apresuró a retirar la mano y se acercó otro poco a observarlo martillar el hierro rítmicamente. Saltaron estrellitas color rojo dorado; unas pocas dejaron de brillar y le cayeron humeantes en el brazo izquierdo. Ella ahogó una exclamación y se las quitó rápidamente de la piel escocida.

Al instante Lachlann dejó las herramientas y el hierro, le cogió la mano y le metió el brazo en el cubo de agua que tenía junto al yunque, y se lo dejó allí.

—¿Te duele todavía? —le preguntó, al cabo de un rato.

Ella negó con la cabeza y sacó el brazo del agua, pero le volvió el escozor e hizo un gesto de dolor. En su piel se veían claramente unas diminutas quemaduras rojizas.

—No es mucho —dijo, aunque le dolían.

—Tienes suerte. Cuando yo era un muchacho, unas chispas me incendiaron el pelo y Finlay me metió de cabeza en el agua. Ven aquí.

La llevó de la mano hasta la mesa. Cogió un pote de arcilla tapado con un paño, lo destapó y sacó mantequilla con dos dedos. Después de extenderla suavemente por las quemaduras, cortó una rodaja de cebolla y la aplicó encima.

—Esta no es mi comida de mediodía —bromeó—. Siempre tengo a mano un poco de mantequilla y cebolla, o algún tipo de ungüento, por si me quemo. Incluso yo me quemo —añadió sonriéndole.

Eva hizo una inspiración corta, de dolor, y luego otra de sorpresa, porque el escozor disminuyó cuando se imaginaba que aumentaría.

—¿Mejor? —preguntó él.

Ella asintió. Él sonrió, le levantó el brazo y le besó la parte interior de la muñeca.

—Mejor aún —dijo ella en un susurro, porque la sensación empezó a hacerle girar todo por dentro y se le doblaron las piernas.

Apoyó la mano en su antebrazo desnudo, cálido y tenso. Él le dio otro beso en el brazo y luego en la parte interior del codo.

—Eso... ah... eso es mejor. ¡Oh! —exclamó cuando él puso los labios en su palma.

—Cuando era niño y me acercaba demasiado a la fragua, Mairi solía besarme las quemaduras.

—Pero no así —repuso ella con voz arrastrada, traviesa.

El se echó a reír, con risa ronca y suave, y le deslizó los labios por la mano, lamiéndole los dedos. Eva tuvo la seguridad de que se derretiría igual que la mantequilla que le resbalaba por el brazo.

—Un beso quita el dolor —dijo él—. A mí me lo quitaba cuando era niño.

—No soy una niña.

—Lo sé—susurró él.

Con la otra mano le ciñó la curva de la cintura, acariciándole el abdomen con el pulgar. Eva se sintió vibrar por dentro.

—¿Se pasó el dolor? —preguntó él.

Ella echó atrás la cabeza, con el corazón acelerado, subiendo las manos por sus musculosos brazos hasta su pecho.

—Algo —dijo, consciente de la fuerte vibración que había entre ellos.

—Tal vez podríamos quitar el resto —dijo él, inclinando la cabeza para besarla.

Eva hizo una rápida inspiración, extasiada, y se derritió en sus brazos, bajo el poder de su boca tierna, apasionada.

—¿Cómo está ahora? —musitó él.

—Ah, podría necesitar más atención.

Se echó a reír cuando repentinamente él la cogió en los brazos y la llevó al otro lado de la habitación, y se dejó caer de rodillas con ella sobre la mullida cama de brezo cubierta por una manta de tartán de lana. Se tendió a su lado y ella le echó los brazos al cuello, besándolo con pasión, introduciendo su lengua en la boca con placer.

Después gimió de placer cuando él le levantó la falda y la camisola y le pasó la mano, todavía caliente por el trabajo con hierro, por las piernas y siguiendo más arriba. Continuó subiendo la mano bajo la camisola y vestido hasta encontrarle los pechos, llenos, y ansiosos de su caricia. El vestido subió otro poco y sintió en la piel la caricia de su aliento.

—¿Y la fragua? —preguntó cuando él rodó con ella, hundiéndola en el mullido nido de la cama—. ¿Y el fuego y el hierro?

Metió la mano por debajo de la falda y lo encontró listo para ella, ardiente e impaciente. Suspiró de absoluto placer.

Él la besó, deslizando los labios húmedos y ardientes a lo largo de su cuerpo, hasta que ella estaba desnuda y seductora atrayéndolo, temblorosa de impaciencia, y él la cubrió con su cuerpo.

—Estoy alimentando el fuego —susurró introduciéndose en ella, duro y exquisito, y entonces ella comprendió exactamente qué quería decir.

—Tanta lluvia —comentó Eva al día siguiente, apartándose de la ventana, después de cerrar la contraventana—. Nunca había visto tanta lluvia. Y me encanta —añadió.

Lachlann levantó la vista de la fragua, donde había apilado trozos de carbón vegetal muy bien dispuestos y los estaba encendiendo.

—¿La lluvia? Siempre te ha gustado más el sol y el calor —dijo, sonriéndole—. El sol va mejor con tu naturaleza que la lluvia, la niebla y el lodo.

—Me encanta la lluvia porque nos permite estar solos aquí. Nadie ha venido por el lago, nadie ha salido a patrullar, nadie viene a la herrería. Estamos solos tú y yo. Ojalá continúe lloviendo eternamente.

—Te hundirías hasta las rodillas en el lodo —comentó él.

Tiró de la manilla del fuelle y atizó el fuego. Fue hasta un rincón, abrió un saco que estaba apoyado en la pared y sacó un trozo de metal del tamaño de un puño, informe y verdoso. Después de ponerlo sobre el yunque, cogió unas tenazas de una rejilla y los gruesos guanteletes de cuero que solía usar.

Eva se acercó curiosa cuando lo vio sacar un cucharón con agua y rociar un poco sobre la pila de carbón encendido al rojo en la fragua. Despidiendo humo y vapor, el carbón formó una especie de costra alrededor del centro de la pila, que brillaba como una cueva.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó—. Ya reparaste las espadas de Alpin, limándolas y puliéndolas; después hiciste unos mil clavos. ¿Ahora qué?

—Y habría hecho muchos más clavos si no hubiera sido por cierta distracción —dijo él, travieso—. Esto será un buen pasatiempo para un día lluvioso. Vamos a forjar acero.

—¿Acero? —exclamó ella—. ¿Entre los dos?

—Te ofreciste para ser mi aprendiz. Voy a necesitar ese cubo que está ahí, el que tiene la arena blanca. Y ese saco de sal que está debajo de la mesa. Coge un par de guantes para ti también.

Eva hizo lo ordenado.

—¿Qué más?

—Echa sal en la tinaja, esa grande que ya tiene agua. Mucha, mucha sal, hasta que el agua quede blanquecina y espesa.

Mientras ella echaba la sal, él calentó dos varillas de hierro y luego las metió chirriando en la salmuera, para calentarla.

—¿Ya está todo? —preguntó ella.

El metió un atizador en la pequeña cueva de fuego y tiró de la manilla del fuelle, sin contestar. Siguió alimentando así el fuego hasta que « Pila de carbón brillaba como algo vivo. Eva esperó. La paciencia de ^{el} le parecía infinita, sus movimientos rítmicos y serenos, aunque cargados de energía.

Ahora —dijo él finalmente—, necesito esa espada.

—¿Su espada? —preguntó ella, impresionada.

Él asintió.

—Ahora estoy preparado.

Ella fue a la pared donde estaba guardada la espada en la repisa bajo la viga y sacó el envoltorio, lo llevó hasta el yunque, y allí lo abrió, casi reverente. Vio que el pomo, el puño y la guarnición ya estaban separados del resto. Comprendió que él había estado un tiempo pensando en eso, porque había desarmado la empuñadura. Para dar ese primer paso debió de hacer acopio de enorme fuerza interior.

Lachlann cogió las dos piezas de la hoja, y la luz del fuego hizo brillar el acero. Encajó los dos bordes rotos, formando una hoja entera, y ella vio tristeza en sus ojos, pero tuvo la impresión de que la enorme herida de su alma ya había comenzado a cicatrizar.

—¿Puedes soldar las piezas? —le preguntó.

Él negó con la cabeza.

—Eso crearía un grave defecto. La hoja podría volver a quebrarse. Es necesario rehacerla, pero la espada vieja será parte de la nueva.

Haciendo una honda inspiración, miró la espiga desnuda y la parte corta de la hoja. Le vibró un músculo en la mejilla y ella lo vio tragar saliva.

Después cogió esa parte con las tenazas y la metió en el fuego.

Lachlann observó cómo el resto de acero adquiriría el primer tono de color candente, como sangre. Giró la pieza con las tenazas, ceñudo. Desarmar la espada de Jehanne y meterla en ese pequeño infierno había sido una de las decisiones más difíciles que había tomado en su vida.

Ya estaba hecho, y continuaría.

—Voy a necesitar un poco de arena —dijo a Eva—, ahí en el cubo encontrarás un cucharón pequeño. Y vigila el fuelle, por favor, tienes que mantener el aire uniforme. Observa las llamas como están ahora, y da el aire suficiente para mantener el fuego a esta misma temperatura siempre.

Ella fue a buscar la arena y luego cogió la manilla del fuelle, muy seria y silenciosa. Él le sonrió, sacó el trozo de acero de la cueva de fuego y lo salpicó con un poco de arena. Ésta se deslizó como líquido por el metal, convertida en vidrio derretido.

Eva observaba con sumo interés, pero callada. Él la bendijo por eso, sabiendo que el silencio no le resultaba fácil a su naturaleza curiosa. Decidido a ser clemente empezó a explicarle:

—El carbón vegetal arde limpio y a mucha temperatura, y es el mejor para hacer una mezcla sin impurezas. La arena se derrite en el metal convirtiéndose en vidrio, y le da

una superficie brillante cuando se pule.

Cuando la capa cristalina comenzó a humear suavemente, sacó del fuego la pieza de la espiga, que tenía un brillo dorado y estaba casi blanco candente, y la colocó sobre el yunque. La trabajó con ligeros golpes de martillo hasta adelgazarla y alargarla, todavía candente y brillante.

—Esto será el centro de la nueva hoja —dijo—. El acero nuevo se unirá a éste.

—Con la arena —musitó Eva, observando.

—Aprendes rápido —la elogió él, y se giró hacia la fragua a recalentar la pieza, metiéndola en la luminosa cueva de fuego, y teniéndola allí hasta que se puso roja—. Rojo cereza a azul paloma, acero fuerte...

—Temple cabal —terminó Eva, recordando el verso. Se acercó un poco más, con sus guanteletes bien subidos y una mano sobre la manilla del fuelle—. Yo te vigilaré los colores. Ahora está muy rojo y se va poniendo más dorado.

—Eso lo veo bastante bien. Más adelante, cuando el acero esté templado, los cambios de color son mucho más sutiles. Entonces necesitaré tus ojos.

Ella asintió.

Parpadeando unas cuantas veces, porque veía ante los ojos chispas y luces que no brillaban así en el metal que estaba trabajando, calentó la pieza, la martilló y la alargó otro poco más. Continuó repitiendo los pasos hasta dejar la hoja delgada y alargada, y la espiga sin alteraciones. Dejándola a un lado, cogió el trozo de metal verdoso y lo introdujo en el fuego.

—Esto es un lingote de acero —explicó—. Se lo compré al carbonero, Leod MacKerron. El acero es hierro calentado con carbón vegetal y mezclado con arena para que adquiriera lustre, fuerza y flexibilidad. Esta pieza es de un acero especial, forjada no de hierro de los pantanos ni de hierro de mina, sino de una piedra caída del cielo.

—¡Ah! ¿Esas piedras que a veces caen del cielo, rojas brillantes? He oído hablar de ellas.

Él asintió.

Ese es el hierro más puro, y se cree que contienen gran magia, Porque se dice que las piedras son estrellas fugaces que caen a la tierra.

Mientras hablaba puso arena sobre el lingote calentado al rojo. La

arena se derretió al instante, deslizándose sobre el metal en un hermoso flujo, moviéndose, humeando.

—¿Esa es arena blanca de nuestra playa? —preguntó ella.

—Recogida una noche de luna nueva —asintió él.

—Me acuerdo de una vez cuando la recogiste. Yo estaba contigo.

Él la miró y vio el rubor de sus mejillas y el destello en sus ojos.

—Yo también lo recuerdo —dijo—. Yo te amaba entonces, Eva, pero no quise decírtelo. No me atrevía a reconocerlo ni a mí mismo. Creo que me aterraba —añadió riendo.

—Guardaste bien tu secreto, herrero —sonrió ella.

—Ya no, amiga mía. —Le sonrió—. La arena blanca recogida en luna nueva, como esta, garantiza un auspicioso comienzo.

Echó más arena sobre el metal y las partículas de cristal volaron como estrellas. Eva se apartó un poco.

Cuando el lingote de acero echó humo y se tornó blanco candente, lo sacó del fuego y comenzó a trabajarlo con el martillo, con golpes ligeros y diestros. La pieza adquirió la forma rudimentaria de una hoja de espada hecha de luz sólida.

Del acero salió volando cristal líquido, en una brillante lluvia de chispas en forma de finas lengüetas. Eva saltó hacia atrás soltando una exclamación. Lachlann sintió las

quemaduras cuando le cayeron unas cuantas brazas en los brazos. Se las sacudió, sin hacer caso del dolor, y continuó martillando.

Y así repitió el proceso una y otra vez, calentando y martillando, trabajando la tosca espada candente. Pasó el tiempo y le corría el sudor por la cara y el cuerpo, pero Lachlann apenas lo notaba. Eva tampoco se quejaba de cansancio, aunque él veía las señales de agotamiento en ella.

Mientras giraba la pieza de acero, la miró. Ella estaba moviendo la manilla del fuelle, alimentando las ardientes llamas.

—Has mantenido bien el fuego. Ahora quiero que martillees conmigo —dijo, poniendo la pieza al rojo vivo sobre el yunque.

Sin decir palabra, ella cogió un martillo y siguió su silenciosa orientación. Después que caía el martillo de él sobre la brillante superficie de la pieza, golpeaba ella, creando una rápida cadencia de golpes solapados, aplanando y alargando cada vez más la pieza.

El rítmico golpeteo le penetraba en los huesos, en su centro más profundo, vibrando a través de él como un acto de amor ardiente, insistente, glorioso.

En ese momento ya no necesitaban palabras y apenas unos pocos gestos. Eva captaba lo que era necesario hacer, sentía el ritmo igual ¡que él, y la bendijo por eso. Golpeando, calentando, repitiendo el ¡proceso, ella seguía su ritmo, y entre ellos iba adquiriendo forma la espada.

Hizo una pausa para beber agua fresca de un cubo con un cucharón, después le ofreció uno a Eva. Secándose la frente le observó el ¡largo cuello mientras ella tragaba, sedienta. Gotitas de sudor le perlaban el labio superior, sus mejillas estaban teñidas de un rosa fuerte y sus ojos le brillaban como joyas.

En silencio, ella le vertió el resto del agua sobre la cabeza, fresca, divina. El le hizo lo mismo a ella, y emitió una exclamación y la bebió. La besó, rápido y profundo. Después ella levantó el brazo hacia la nanilla del fuelle, dispuesta a reanudar el trabajo.

Sintió un inmenso amor por ella en ese momento, por su lealtad, su disposición, su comprensión. Sabía que debía parar y dejarla descansar, y debía descansar él, pero lo llenaba la pasión, el intenso deseo de continuar. Ella sabía eso de alguna manera, tal vez lo sentía también.

La espada ya estaba cobrando forma, había comenzado su fluido esplendor. No podía parar mientras no la viera nacida en fuego y luz.

Colocó la pieza en el fuego, cogió la otra rehecha con la espiga y la DUSO también, calentando las dos hasta que brillaron con una luz clara. Poniéndolas sobre el yunque y usando las tenazas con la delicadeza de un cirujano, colocó la pieza rehecha de la espada vieja con la espiga sobre la luminosa superficie de la nueva y la envolvió alrededor, como si fuera una hoja de masa.

Martillándolas juntas hasta que se desvaneció el brillo, las calentó como una sola pieza, vertiéndole arena, que se deslizó como un hermoso río sobre la resbaladiza superficie. Cogiendo nuevamente el martillo, miró a Eva. Ella comprendió, cogió su martillo y se reanudó el ritmo.

—O sea que la espada vieja —dijo ella, al cabo de un rato, cuando él puso la espada recién aplanada en la caverna de carbón encendido—, la de Jehanne, es ahora el centro de la nueva.

—Su corazón —dijo él.

Entonces la verdad, la potencia de eso, casi lo hizo caer de rodillas. Se detuvo y miró a Eva, con el martillo en una mano y las tenazas con ¹ radiante espada nueva en la otra.

—La espada de Jehanne es ahora el alma de la espada nueva —susurró ella.

Él vio la comprensión en sus ojos. Un estremecimiento lo recorrió todo entero, desde la coronilla a los talones, al comprender que todo, todo, sus vidas a lo largo de los años,

su unión de almas y causas para extraer fuerza el uno del otro, estaba destinado a ser.
«Algún día sabrás qué hacer con esta espada», le había dicho Jehanne.
En ese momento lo supo. Miró a Eva, y lo supo.

Capítulo 27

Llegada la noche, Eva continuó acompañándolo, haciendo su parte en las tareas, aunque le dolían los músculos y le temblaban las piernas y los brazos de cansancio. Y él continuaba, y no quería descansar. Ella le llevaba agua y le insistía para que bebiera, pues sudaba profusamente; le fue a buscar comida, pero él se limitó a mordisquear un poco y volvió a coger el martillo y las tenazas. La lluvia caía a raudales, azotando las paredes, pero la fragua daba calor, luz y finalidad.

En sus fuertes y capaces manos, se habían unido el trozo de acero y el trozo de la espada rota, candentes, convirtiéndose en una espada nueva. El metal estaba oscuro y tosco todavía, pero ya se apreciaba su agraciada forma.

Lachlann se pasó el antebrazo por la frente y se frotó los ojos con la mano. Eva le tocó el brazo, preocupada, pero él agitó la cabeza y continuó trabajando, girándose de la fragua al yunque, calentando, martillando, dando forma al acero. Atendiendo el fuelle y golpeando con el martillo a ritmo con él, ella se sentía como si hiciera muy poco. Lachlann hacía el trabajo, y Lachlann tenía la visión.

Transcurrido un tiempo, cuando el brillante fuego de la fragua perforaba la oscuridad, ella se sintió desvanecer, no tenía fuerzas para levantar el martillo ni para volver a levantar el brazo hacia la manilla del fuelle. Pero se obligó a hacerlo, tal como él se obligaba, porque no podía abandonarlo.

—Eva, ven aquí —dijo él, dejando las herramientas en el yunque.

La rodeó con el brazo y la llevó hasta la cama de brezo, y aunque ella protestó, la obligó a acostarse. Con la intención de tener cerrados los ojos un momento, se durmió profundamente, y cuando despertó ya era de día, otro día gris y lúgubre, y la fragua continuaba caliente. Lachlann estaba sentado en un taburete junto al yunque, inclinado sobre la espada, con una lima en la mano.

No se había acostado, comprobó ella, porque a su lado la cama estaba intacta. La necesidad de terminar la espada continuaba dominándolo. Cansada hasta la médula de los huesos, se levantó y se le acercó.

Él le sonrió, sus ojos de un azul vivo, con manchas negras debajo, las mejillas y el mentón oscurecidos por la barba de un día, el pelo revuelto. Ella le apartó mechones rizados de la frente, lo besó y miró lo que tenía en las manos.

La hoja de la espada estaba áspera, de color oscuro y sin la empuñadura, pero estaba completa, y sería magnífica. El la giró para enseñarle cómo había limado el acero para darle la forma exacta y afilar los bordes de la larga hoja terminada en punta.

—Cuando haya terminado esto, habrá que calentarla, mojarla y templarla. Y entonces necesitaré tus ojos, amiga mía, porque esos colores hay que distinguirlos bien si queremos que la espada sea buena y fuerte.

Ella asintió y él la besó. Ella sintió discurrir el cansancio por él como las vibraciones graves de una cuerda de arpa. No tardó en convencerlo de ir a tumbarse en la cama de brezo, se acostó a su lado y lo acompañó allí, aunque la luz de la mañana iba imponiéndose. Envolviéndolo en sus brazos, lo mantuvo abrazado hasta que se durmió.

Pasó las horas limando hasta que le dolían los brazos, el cuello y la espalda, pero no quería parar. Para una espada como esa lo más normal era pasarse días limando, pero él limó y limó sin considerar si era de día o de noche, al margen del tiempo. Cuando el día

fresco y lluvioso dio paso a una noche más fría y lluviosa, casi había terminado el trabajo con la lima.

Dejó la hoja sobre el yunque y cogió el pomo, el puño y la guarnición que había quitado antes y los introdujo uno a uno, para asegurarse de que calzaban bien. Comprobó que encajaban casi a la perfección, pese a los cambios producidos en la espiga por el calentamiento. Los volvió a sacar y continuó limando, sintiendo el sonido monótono, calmante.

Al levantar la vista vio a Eva barriendo la herrería con una escoba de ramas de brezo. Le estaba profundamente agradecido por su cariño, por su ayuda, por su absoluta comprensión, e incluso por el silencio y la quietud que le ofrecía. Lo alegraba que lo hubiera obligado a descansar y comer; si hubiera estado solo, podría haber continuado trabajando en la espada hasta caer desplomado de agotamiento.

Observándola, sonrió para sus adentros. Eva lo miró por encima del hombro, como si hubiera sentido su mirada, su amor, y también sonrió. Él levantó en alto la hoja tan laboriosamente limada para enseñarle el resultado, y ella corrió hacia él.

—Ha dejado de llover —dijo Eva, apartándose de la puerta abierta.

Habían pasado las horas. Por la puerta entraba la brisa fresca y húmeda de la noche. Los cabellos, el vestido y hasta su piel estaban impregnados del olor del carbón, el humo y el metal. Se pasó la mano por la gruesa trenza despeinada y miró a Lachlann por encima del hombro. El estaba armando una pila alargada y estrecha de carbón en la fragua, donde, ella sabía, pondría a calentar la hoja terminada de la espada.

—El agua para vuestro baño está caliente, mi señora —dijo él.

Le hizo un gesto hacia una de las dos tinajas grandes de madera, una llena de salmuera para enfriar el acero, y la otra a rebosar de agua que en ese momento se estaba calentando con varillas de hierro al rojo vivo. El agua desprendía un ligero vapor al aire fresco. Antes ella se había quejado de la suciedad y sudor, y él se puso a calentar el agua limpia, aún no usada, de la tinaja para lavarse.

Encantada ante la idea de volver a sentirse limpia, caminó hacia allá.

—Tal vez al herrero le gustaría darse un baño también.

Él se encogió de hombros.

—Por la mañana me daré un remojón en el lago.

—Ah, pero en el lago no hay pétalos de rosa y el agua está fría —dijo ella, metiendo la mano en el saco que le regalara Ninian y arrojando un puñado de pétalos en el agua humeante de la ancha tinaja.

—Es cierto —rió él.

Rápidamente se quitó el vestido y la camisola, dejándolos al lado de la ropa limpia, toallas de lino y jabón que había ido a buscar a la casa. Desde el otro lado de la habitación, él la observaba fijamente con sus penetrantes ojos azules. Ella se metió en el agua y, suspirando de placer, se sumergió, se sentó con las piernas flexionadas, apoyó la espalda sumergiendo los hombros y cerró los ojos, agradeciendo el alivio del agua después de horas de tremendo calor, humo y arduo trabajo.

Entonces él se acercó y se puso de rodillas junto a la bañera. Metiendo la mano en el agua llenó la palma ahuecada con coloridos pétalos de rosa y los arrastró hasta donde los pechos de ella sobresalían del agua.

—Me gustaría que los dos cupiéramos aquí, amiga mía —susurró, inclinándose hacia ella.

—A mí también, amigo mío —repuso ella.

Deslizando la mano por su ancho cuello, atrayéndolo más, saboreó su largo y

delicioso beso. Con sus sensuales dedos, ennegrecidos por el carbón, él modeló sus pechos blancos. Un estremecimiento discurrió por ella cuando la mano de él se hundió en el agua.

—Tal vez podríamos bañarnos mutuamente —sugirió ella.

—Ah, sí que podríamos —dijo él.

—Ahora hay que tratar la espada con calor —dijo Lachlann a Eva, indicando la larga pila de carbón que había formado, con costra por fuera y ardiendo al rojo vivo por dentro. Lentamente introdujo la larga hoja en la caverna de fuego—. Cuando el acero se ponga al rojo lo enfriamos en la salmuera tibia.

Eva se colocó junto a él ante la fragua y observó cómo la hoja comenzaba a adquirir un brillo rojo dorado. El le pasó las tenazas.

—Mantenía en el fuego —dijo, cuando ella tenía firmemente cogidas las tenazas en su mano enguantada—. Hay una cosa que debo hacer.

Sacó la daga corta que llevaba envainada en el cinturón y se hizo un delgado corte en el antebrazo. Ella ahogó una exclamación y se horrorizó al verlo. Cogiendo las tenazas, él sacó del fuego la espada al rojo y dejó caer unas gotas de sangre sobre ella, que burbujearon y desaparecieron.

—Ahora soy parte de esta espada y ella es parte mía —musitó, como para sí mismo.

Sin perder un instante se giró y metió la hoja en la tinaja. La viscosa salmuera burbujeó, desprendió vapor y luego se calmó, mientras la espada brillaba como una linterna dentro.

—La sangre —dijo Eva, mirándolo interrogante. ¿Para qué hiciste eso?

Él sonrió levemente, limpiándose el brazo con un paño. El corte era largo y delgado como un cabello, y apenas goteaba sangre.

—Es una tradición antiquísima en herrería. Es uno de los secretos para fabricar una espada fuerte, invencible. Dicen que en épocas remotas, las espadas nuevas a veces se templaban en la sangre de vírgenes. —Arqueó una ceja—. Así que estás a salvo.

Ella le hizo una mueca.

—¿La sangre forma parte del método para hacer espadas mágicas? —preguntó.

El frunció ligeramente el ceño y no contestó.

—Dicen que los MacArthur saben hacerlas —insistió ella, tratando de captar su mirada—. ¿Sabes tú? ¿Me lo dirías si supieras?

—Hay trabajo por hacer —dijo él. Sacando la espada de la salmuera, la giró y la examinó con ojo crítico—. Es una buena hoja, pero el agua, aunque necesaria, la hace frágil. Hay que templarla, ablandarle su naturaleza dura, hasta que esté fuerte y flexible a la vez, una fusión de los opuestos, calor y frío, fuego y agua, duro y blando. Masculino y femenino —añadió en voz baja, girando la hoja, pensativo.

Barrió la ceniza, añadió leña menuda y unas cuantas hojas, mientras ella alimentaba el fuego con aire del fuelle. Cuando las llamas se agitaban ondulantes, doradas y azules, él introdujo la hoja en ellas.

—Ahora —dijo acercándola con el brazo—, sé mis ojos, cariño.

Ella se colocó bien pegada junto a él y comenzó a observar. Las llamas lamían la hoja, sujeta por él con las tenazas. El metal comenzó a brillar.

—Pasará de amarillo a marrón —explicó él—, y luego de púrpura a azul. Observa atentamente. Si se saca la espada en el punto amarillo, será demasiado dura, si se saca entre el púrpura y el azul será demasiado blanda. Justo cuando pasa de marrón a púrpura, ese es el momento en que hay que sacarla. Y no puedo fiarme de mi visión para saber exactamente cuándo ocurre eso.

Ella asintió sin dejar de mirar el acero mecerse sobre las llamas, mientras se formaba un arco iris de vivos colores en su brillante superficie. Un amarillo dorado se deslizó por la hoja y se fue oscureciendo hasta convertirse en marrón. Entonces vio un pequeño asomo de púrpura...

—Ahora —dijo.

Al instante, Lachlann sacó la espada del fuego y la metió en la salmuera, chirriante. Allí desapareció el color dejando un intenso brillo.

—¿Ya está lista? —preguntó.

—Todavía no. Hay que temprarla más al fuego... ¿qué diablos es eso?

Sobresaltada por un repentino y suave golpe en la puerta y los distantes ladridos de las perras encerradas en la casa, Eva echó a andar hacia la puerta, pero Lachlann la detuvo por el brazo, la puso detrás de él y se dirigió a la puerta. Con la mano en la empuñadura de la daga envainada en su cinturón, la abrió cautelosamente, y retrocedió. Rápidamente entró Simón seguido por los cinco hermanos de Margaret e Iian Og.

—Simón, ¿qué pasa? —preguntó Eva, corriendo hacia ellos.

Antes que se cerrara la puerta alcanzó a ver el cielo negro guarnecido con encajes de la neblina posterior a la lluvia, y oyó claramente los ladridos de las perras y en la distancia el retumbo de cascos de caballos.

—¿Qué pasa? ¿Os siguen los hombres del rey? ¿Por qué habéis venido?

—Bien podrían seguirnos después del trabajo de esta noche —dijo Simón—. El que nos persigue ahora es Colin Campbell. Ya regresó de Perth. Acabamos de pasar por Strathlan.

—¿Colin está ahí fuera? —preguntó ella, mientras Lachlann cerraba la puerta.

—Viene para acá, aunque no nos imaginamos que nos seguiría tan pronto —repuso Simón.

—¿Tan pronto? ¿Qué habéis hecho? —preguntó Lachlann.

—Escuchad. Hemos venido a deciros nuestra decisión, y luego tenemos que marcharnos. Pensábamos quedarnos a celebrarlo, pero ahora no hay tiempo para eso.

—Dinos qué pasa —apremió Eva.

Lachlann, siempre práctico y dado a pocas palabras, empezó a conducir a los visitantes hacia la puerta de atrás de la herrería. Eva los siguió. Simón miró a los otros.

—Hemos acordado que el clan Arthur jamás aceptará el exilio. Yo asumo la responsabilidad de hablar en nombre de Donal. Nuestro jefe jamás aprobaría ese convenio hecho por Colin.

Ella le tocó el brazo.

—Pero, Simón, eso significa...

—Significa que vas a rechazar a Colin y que nosotros defenderemos nuestros derechos.

—Nosotros presentaremos nuestra petición al rey —dijo Fergus—, y solicitaremos una audiencia para que nos escuche imparcialmente en su corte.

—Yo os acompañaré cuando vayáis a la corte —dijo Lachlann, poniendo una mano en el hombro de Simón.

Mientras su hermano asentía agradecido, Eva sintió el escozor de lágrimas en los ojos. El amor y el miedo, el alivio y la aprensión, pasaron por ella como una riada al mismo tiempo.

—Eva, queremos anulado ese matrimonio —dijo Simón—, y no más objeciones por tu parte. Te tenemos otro marido en mente —añadió, mirando a Lachlann de soslayo.

Los demás observaban, los gemelos asintiendo sombríamente, los otros sonriendo.

Ella se sintió desgarrada.

—Os arriesgáis muchísimo por mí.

—Como hiciste tú por nosotros —repuso Simón—. Es justo.

—Vienen por el prado —dijo entonces Micheil, que había estado mirando por entre las rendijas de la contraventana.

—¿Quiénes? ¿Qué ocurrió? —preguntó Eva.

—Colin está fastidiado —dijo Andra—. Le... eh... le cogimos sus caballos.

—¿Qué?! —exclamaron Eva y Lachlann al unísono.

—Cogimos seis caballos que estaban paciendo en el prado de Strathlan y los trajimos aquí —explicó Andra—. Pensamos que Colin se retrasaría en venir aquí buscando una montura, pero tenía caballos y hombres en el patio interior del castillo. Entonces no sabíamos que había vuelto de Perth.

—¡Dios santo! ¿Por qué hicisteis eso?

—Es la noche de Todos los Santos —dijo Fergus—. Con Andra y Micheil pensamos que eso sería una buena broma y retendría en casa a Colin unos cuantos días.

—¡Todos los Santos, tan pronto! —exclamó Eva—. Lo había olvidado.

—Y la víspera de Todos los Santos —dijo Fergus—, salen a cabalgar los elfos. Se nos ocurrió que unos cuantos elfos debían cabalgar por Strathlan.

Moviendo la cabeza, Lachlann refunfuñó algo acerca de tontos.

—Cuando los demás dimos alcance a estos tres, ya estaba hecho —explicó Simón—. Así que pusimos a los caballos en tu establo.

—Sólo los tomamos prestados —añadió Andra—. Cuando Colin pregunte, decidle que los caballos llegaron solos ahí.

—¿Y se metieron en los corrales? —dijo Eva.

—La víspera de Todos los Santos puede ocurrir cualquier cosa —dijo Micheil sonriendo.

Eva movió la cabeza y miró a Lachlann.

—Después de lo que ha ocurrido este último tiempo, eso ha sido temerario, amigos míos —dijo Lachlann, preocupado—. Ahora, fuera, rápido. —Abrió la estrecha puerta de atrás, abajo se veía el lago, brillante y negro, en la neblinosa oscuridad—. Por ahí hay un sendero que lleva a la orilla del lago.

—Esperábamos tener tiempo para celebrarlo —dijo Fergus.

—¿Qué, Todos los Santos? Me parece que ya lo habéis hecho —repuso Eva, secamente.

—Eso no —dijo Simón—. Otra cosa muy importante. Veníamos a preguntarle al herrero si quiere...

—Preguntádselo después, lo que sea —dijo Eva—. No tenéis tiempo ahora que habéis fastidiado a Colin. Fuera, rápido.

—Sólo queríamos darle un buen susto a Green Colin —dijo Andra.

—Eso ya lo habéis hecho —dijo Lachlann con voz arrastrada—. Y si queréis vivir para celebrar cualquier cosa, será mejor que salgáis de aquí.

Los fue sacando uno por uno por la puerta. Iain Og se giró hacia Eva.

—Si Green Colin te da problemas por tu rechazo, coge esa espada tuya y demuéstrole que vuestro compromiso está anulado —le dijo haciéndole un guiño.

—¡Vete! —siseó Lachlann.

Iain pasó pesadamente junto a él y se perdió en la oscuridad detrás de los otros.

—Estando cerca por si nos necesitáis —dijo Simón, saliendo—. Y lo celebraremos después, hermana —añadió sonriendo.

Ella le dio un suave empujón, con el ceño fruncido.

—Desapareced de aquí, rápido —dijo Lachlann, y cerró la puerta.

Eva se asustó al oír aumentar el ruido de cascos de caballos en el patio de la herrería. Cuando oyó gritar a un hombre, reconoció la áspera y tosca voz de Colin.

—*Gobha!* —gritó Colin—. ¡Sal, herrero! ¡Y trae a esos rebeldes contigo!

Capítulo 28

—¡Herrero, sal de ahí! —bramó Colin, y su grito resonó repetidamente en las escarpadas y neblinosas montañas del valle—. ¡Lachlann MacKerron! ¡Tenemos que hacer cuentas! ¡Trae a esos rebeldes contigo!

Lachlann se dirigió a la puerta y la abrió. La luz dorado rojiza del fuego bañó el umbral y parte del patio, revelando a cuatro hombres de la región montados detrás de Colin, que estaba sobre un caballo blanco, con armadura y vestido con ropa de las Lowlands que prefería.

—Colin Campbell —dijo Lachlann, saliendo y cerrando la puerta para que Colin no viera a Eva.

Pero ella la abrió y se situó en el umbral detrás de él. Habría preferido que se quedara fuera de la vista; su belleza morena y esbelta y su enérgico temperamento era una mezcla explosiva capaz de incitar lujuria y rabia en Colin. Pero no podía ordenarle que entrara, ella tenía derecho a enfrentar a Colin con sus propias quejas, como él.

—Herrero, quiero algo de ti —dijo Colin—. Ah, Eva. ¿Dónde están tus parientes? Me robaron caballos y eso no lo voy a tolerar.

—No están aquí —repuso ella—. Pero tus caballos están en el establo. No tengo idea de cómo llegaron allí. Es una inofensiva travesura de la víspera de Todos los Santos que pudo haber hecho cualquiera. No es necesario echarles la culpa a mis parientes.

—Señora, vieron a algunos de tus parientes.

—Eso no se puede demostrar. Y tus animales están a salvo, después de un poco de ejercicio. Coge los caballos y vete de aquí.

Colin se volvió hacia sus hombres.

—Id al establo. Si los rebeldes están escondidos ahí con esos caballos, traédmelos.

Los hombres se dirigieron al establo y Colin se volvió hacia Lachlann, levantando su espada, haciendo brillar el filo.

—Herrero, tenemos que hablar de negocios —dijo, balanceándose en la silla.

—Está borracho —dijo Eva a Lachlann en voz baja—. Lo he visto borracho antes, pero nunca tanto. Casi no se sostiene en la silla.

—Cuando supe quién eres, herrero —continuó Colin—, decidí traer esta espada para enseñártela. Tu padre hizo esta espada para mi padre. Es una buena espada. Pero tu padre le prometió otra espada y nunca se la entregó. La quiero ahora.

—Si mi padre hizo esa espada, entonces es la mejor que puedes obtener de un herrero MacKerron. No necesitas otra.

—La hizo y murió bajo ella —dijo Colin. Se inclinó hacia un lado pero logró enderezarse—. Yo estaba ahí esa noche. Lo vi.

—Eso he oído —replicó Lachlann.

—Trágica esa noche, todavía me atormenta —masculló Colin—. Y me atormenta aún más que mi padre muriera sin tener la espada que tanto deseaba, la que le debía tu padre. Ahora quiero esa espada de ti, para cerrar una vieja cuenta.

Lachlann miró la espada y luego a Colin. Sintió que se le oscurecía la visión, y el corazón, de furia. Haciendo una honda inspiración, volvió la cabeza rígidamente.

—Eva, en la repisa encontrarás una espada de dos manos. Tráeme-la, por favor.

Ella entró, sin decir palabra.

—*Gobha* —gruñó Colin—, ¡no hemos terminado nuestro trato! No se te ocurra entrar ahí con ella, a no ser que quieras tener esta maravillosa espada entre las costillas.

Lachlann avanzó hacia él.

—No puede haber ningún trato entre nosotros —le dijo—. Vete de aquí y vuelve sobrio. Entonces hablaremos de negocios, de tratos o de lo que sea.

—Si no tienes la espada que quiero, hazme una.

Sacó una moneda de oro de la bolsa que colgaba de su cinto y se la tiró. Lachlann no la cogió y la moneda cayó a sus pies.

—¡ Ah, Eva! Estás ahí otra vez, y con una hermosa espada. ¿Es esa la que yo quiero?

Se agachó a arrebatarle la espada, pero Eva se la pasó a Lachlann, que cerró la mano en el puño protegido con cuerno y la apuntó hacia abajo.

—Esta es mía —dijo.

El poder de la espada pareció viajar por su brazo. En lugar de espolearlo a explotar en un alarde de fuerza y furia, la espada de su padre le infundió una extraña serenidad y paciencia, como una mano tranquilizadora sobre el hombro. Observó a Colin con una mirada glacial y no se movió.

—Los MacKerron son los mejores armeros de Escocia —dijo Colin—. Finlay hacía buenas espadas, pero Tomas MacKerron las hacía mejores, las suyas tenían poder mágico. Eso es lo que yo quiero. Y la noche de Todos los Santos, cuando se abre la cortina entre nuestro mundo y el mágico, es momento auspicioso para adquirirla. Comparto el sueño de mi padre de poseer una espada de hechura mágica, pero mi ambición es mayor aún. —Sonrió, y su caballo se movió.

—Te equivocas —dijo Lachlann—. Ningún herrero de la tierra puede hacer una espada mágica. Sólo existen en los cuentos.

—Eres tú el equivocado —rebatía Colin, apuntándolo con la espada—. Dame una espada mágica.

—La más excepcional de su clase está en el fondo del lago Fhionn. Ve a buscar esa, si puedes.

—Métete en tu fragua, herrero y hazme una espada de acero encantado, brillante como para cegar a un hombre.

—Esas espadas sólo son leyenda —terció Eva—. Además, estás borracho y deberías irte a casa.

—Tu isla es una leyenda, pero ahora la tengo yo —dijo Colin—. Mi padre sólo quería la Espada de la Luz, pero yo quiero Innisfarna y lo que viene con ella, la espada para guardarla y Escocia para poseerla.

—Está más achispado que una linterna —dijo Lachlann a Eva por lo bajo—. No sé cómo logró llegar aquí sobre un caballo. No se puede razonar con él. Colin, vete a casa —dijo en voz alta.

—Sólo las mujeres de Innisfarna pueden poseer la isla y proteger la Espada de la Luz —dijo Eva—. Basta.

—Una espada guardada por mujeres. Conozco un mejor uso de un estoque duro con una mujer —rió Colin mirándola lascivo. Después miró a Lachlann—. ¿Me has puesto los cuernos con mi mujer, herrero? ¿Por qué está aquí sola contigo? Eso no me gusta.

Movió la espada, se inclinó hacia un lado y casi se cayó de la silla. Lachlann flexionó la mano en su empuñadura.

—Colin, tú y yo tenemos una disputa, pero no se resolverá esta noche. No voy a tratar con un hombre borracho.

—Contéstame. ¿Me has puesto los cuernos?

Eva avanzó, se colocó entre Lachlann y el caballo y levantó la cara hacia Colin.

—Colin Campbell, si mañana no recuerdas esto, te lo volveré a decir, pero escúchame ahora. No acepto nuestro matrimonio, por motivo de tu mal comportamiento y mi equivocación. Te hice una promesa que no podía cumplir. Antes de nuestro

compromiso ya había prometido mi corazón a otro hombre, y esa primera promesa es la válida. Tú me amenazaste y yo acepté por el bien de mi familia. Ahora se ha de anular nuestro matrimonio. Si eso te causa problemas, lo siento.

—¿Qué? —exclamó Colin, parpadeando.

—Me niego a ser tu esposa —dijo ella simplemente.

—¡Es cierto entonces que me has traicionado con el herrero!

Apuntó la espada al pecho de Lachlann. Lachlann la apartó con la mano. Tratando de equilibrarse en la silla, Colin movió la espada para apuntar a Eva, y se agachó. Lachlann le cogió la muñeca y sin mayor esfuerzo se la torció. Colin se vino al suelo y en la caída soltó la espada. Eva la cogió, hizo girar la empuñadura con pericia y adoptó una postura en guardia. Colin se sentó en el lodo y la miró estupefacto.

—Debo de estar borracho —masculló, y se puso de pie, tambaleante.

Lachlann hizo girar la empuñadura de su espada y la levantó hasta poner la punta en la base del cuello de Colin.

—He llegado a mi límite —gruñó—. Tuviste mano en la muerte de mis padres y les debo venganza. Pero estás atontado y borracho, casi no te sostienes en pie. Reúne a tus hombres y vete de aquí. Nos volveremos a encontrar para una competición limpia.

—No tienes ninguna disputa conmigo —gruñó Colin—. Te salvé la vida esa noche.

Lachlann entornó los párpados.

—¿Qué?

—Tienes que saber cómo murieron tus padres. Sé que fuiste a ver al carbonero y a la loca de su mujer. Mis parientes te vieron.

—Leod me dijo lo que sabía. Continúa.

—Tu madre te tenía en brazos y te dejó caer cuando murió. Yo alejé a mi padre, que esa noche estaba estúpidamente borracho, si no no habría hecho lo que hizo. Oí llorar al bebé y lo vi gateando por el patio. Regresé y puse al bebé, a ti, en la casa. Sabía que alguien te en-

contraría ahí. Y te encontraron. El carbonero te llevó a casa de Finlay. Te salvé la vida —repitió—. No tienes ninguna pendencia conmigo, herrero.

Lachlann lo miró con el corazón palpitando fuerte y lento. Bajó la espada y retrocedió.

—Lárgate de aquí —gruñó—. Y no vuelvas.

A tropezones, Colin logró montar el caballo y cogió las riendas.

—Volveré a buscar esa espada que acabo de pagar —dijo. Miró a Eva—. Mi disputa con tus parientes sigue en pie, y nuestro matrimonio sigue en pie. No estoy tan borracho como para no saber eso. Innisfarna es mía y tú eres mía. Recuerda eso cuando te acuestes esta noche. —Rió burlón—. Y ten buen cuidado de dormir sola, si no, mataré al herrero con mis propias manos.

Acto seguido agitó las riendas y salió del patio, llamando a gritos a sus hombres.

Lachlann cogió del brazo a Eva, hundió la moneda de oro en el lodo al pisarla y juntos entraron en la herrería.

—Hay que temprarla varias veces —explicó Lachlann moviendo lentamente la hoja sobre las llamas amarillas— para producir una espada fuerte pero flexible.

Eva estaba a su lado, observando el metal, que aún no adquiría el color amarillo paja que precedía al marrón. Hacía un rato que se había marchado Colin, y estaba preocupada pensando en él y en el daño que podría causarles a todos. Miró a Lachlann, sin entender lo que éste había dicho. Él frunció el ceño.

—Estás agotada. Yo acabaré esto solo.

Ella negó con la cabeza.

—Te ayudaré. Casi has acabado. Y luego debemos descansar los dos.

—Vete a la casa y enciértrate dentro —dijo él tranquilamente, moviendo la espada en las llamas.

—Sólo iré contigo —repuso ella, y apoyó la cabeza en su sólido brazo—. No le tengo miedo a Colin Campbell. Con el dolor de cabeza y de estómago que va a tener no será amenaza para nadie durante un tiempo. —Trató de reírse pero no le salió la risa—. Pero estoy preocupada por mis parientes. No volvieron, y no esperaba que volvieran, pero estando Colin empeñado en encontrarlos, no sé, no puedo descansar tranquila mientras no sepa dónde están. Algo ha pasado. Lo presiento.

Lachlann continuó moviendo la espada sobre las llamas, con el ceño fruncido.

—Muy pronto saldré a ver qué logro averiguar.

Ella asintió.

—¡Ah!, ahora está marrón, sácala.

El sacó la hoja y la metió en la salmuera, al cabo de un momento la sacó para examinarla.

—Está casi lista. Para terminar de templarla se deja dentro del lecho de fuego, de modo que las brasas ardan alrededor.

—¿Y entonces está terminada?

—Después hay que pulirla y ponerle las piezas de la empuñadura. Entonces... está casi lista. —Puso la flexible hoja en el largo lecho de brasas—. Ahora deja que vaya a ver de qué logro enterarme acerca de tu hermano.

La besó y salió de la herrería. Eva se puso a observar la espada restaurada de Jehanne entre las rojas brasas; las llamas la lamían y el calor le abrasó las manos y la cara. Se apartó del intenso calor.

—Te amaba y respetaba mucho —dijo en voz baja a la espada, como si la joven que la blandiera en otro tiempo pudiera oírlo—. Gracias por enviármelo a casa sano y salvo.

Entonces se dirigió a la cama de brezo del rincón y se acostó, sintiéndose tan agotada que casi no lograba tener los ojos abiertos, y escasamente logró envolverse en la manta. A los pocos instantes, la venció el sueño y cayó en su dulce oscuridad.

Cuando despertó, la fragua sólo era un diminuto brillo rojo y Lachlann no estaba a su lado. Se levantó, todavía cansada, pero inundada de un miedo terrible, que no la dejaba dormir. Fue hasta la puerta y la abrió.

La noche estaba negra, fría y neblinosa. Le pareció apacible, hasta que oyó el murmullo de voces masculinas abajo, a la orilla del lago. Salió, caminó un trecho del largo terraplén y se detuvo a escuchar, rodeándose fuertemente con los brazos por el frío.

Distinguió con más claridad las voces, aunque no fuertes, y reconoció las de Lachlann y de Alpin, mezcladas con otras. Corrió hasta el borde de la colina, sintiendo que ellos iban subiendo. En la negra y neblinosa oscuridad, no los vio hasta que ellos estaban a unos pocos palmos de ella.

—¿Quién está ahí? —preguntó—. ¿Ha ocurrido algo? ¡Ah, Fergus, eres tú! ¡Y Micheil! Estaba muy preocupada.

Les tocó los hombros. A pesar de la oscuridad, vio que estaban muy pálidos y tristes. En ese momento apareció Alpin, con la mano en la cabeza. Entonces vio que la mancha oscura que tenía en la cara era de sangre.

—¿Qué ocurrió? —exclamó, asustada.

—Eva —le dijo Lachlann, cogiéndole el brazo—. Cogieron a Simón hace un rato. Colin lo tiene en su poder. Fergus y los demás estaban con él, y los hombres de Colin les dieron alcance. Simón fue el único al que cogieron, los demás están aquí.

—¿Está en Strathlan? Iremos allá.

Echó a andar pero Lachlann la retuvo.

—Está en Innisfarna. Colin lo llevó allí no hace mucho rato.

A ella se le cayó el alma a los pies.

—¿Lo tiene en el castillo?

—Cogieron mi barca —dijo Alpin, con la mano sobre la cabeza—. Crucé hasta aquí en la oscuridad porque creí que los muchachos me llamaban. Pero cuando llegué, vi que no eran los muchachos sino Colin y sus hombres. Colin estaba tan borracho que casi no se tenía en pie, y también es cruel cuando está borracho. Me golpeó tan fuerte con la parte plana de su espada que pensé que me iba a morir ahí mismo, en esa playa. Oí decir a Colin que lo iba a enjaular como a un lobezno, a ver si la loba iba a verlos. Espera que vayas a Innisfarna.

—Iremos —dijo Lachlann.

Eva cogió del brazo a Alpin.

—Ven a la casa y te pondré el ungüento de Mairi y un paño frío. Después tienes que descansar.

—Y tú tienes que prepararte, Aeife —contestó Alpin—. Ha llegado el momento. Salva a tu hermano y a tu isla. Te he preparado para esto. Lo único que has de hacer es enfrentarlos, como exige la leyenda, y dejar que nosotros hagamos el resto. Lachlann y los muchachos reunirán gente de todas las colinas, de todas las casas, de todas las cuevas, todos los hombres y todas las mujeres que estén dispuestos a llevar armas por esta causa. Juntos tomaremos la isla. Pero debes ser tú la primera que ponga el pie en la isla y exijas su rendición.

Sin decir nada, ella echó a andar hacia la casa. En su corazón sabía que él tenía razón. Ciertamente había llegado el momento.

Y también sabía que debía enfrentar a Colin sola.

Capítulo 29

—Lachlann, tengo que preguntarte una cosa —dijo Eva.

El levantó la vista de su trabajo, estaba puliendo la espada con diversos tipos de arena, de gruesa a fina, que frotaba con tiras de cuero basto. Aun en la penumbra de la herrería, el azul de sus ojos tenía una claridad única, pasmosa.

—Pregunta.

El día iba oscureciendo hacia la noche, ella había pasado la mayor parte del tiempo atendiendo a Alpin, paciente malhumorado, y hablando con su primos, que iban y venían en la tarea de correr la voz por los valles y cerros de que habían cogido al jefe de los rebeldes y debían rescatarlo y recuperar la isla. Los había visto hablar con Lachlann también, y había visto a Angus ir y venir con los otros.

Pero a Lachlann lo había visto poco, hasta ese momento, y pasar una apacible hora con él en la herrería le parecía un regalo. Vio que la espada estaba casi terminada. Ya estaban colocadas las piezas de la empuñadura, y Lachlann había grabado lirios en la hoja, rellenándolos con oro rascado de la espada vieja. Había pulido y afilado repetidamente la hoja. El resultado, delicado, potente y reluciente en sus manos, era magnífico.

—Pregunta —repitió él—. Has estado sumida en tus pensamientos. Eva, vamos a liberar a tu hermano de alguna manera. ¿Qué pasa?

Ella hizo una honda inspiración.

—¿Me harías una espada mágica?

Él arrugó el entrecejo.

—Haría cualquier cosa por ti, pero eso no. Las espadas mágicas MacKerron son una leyenda, tal como Aefie y su Espada de la Luz son leyenda.

Ella miró la superficie de la espada, que era como espejo.

—A mí esa me parece una Espada de la Luz.

Él levantó la espada.

—Los antiguos, cuando descubrieron la forma de convertir el hierro en acero, llamaron espadas de luz a las nuevas hojas, por su brillo de espejo. Eso es lo único que es una espada de la luz, una espada de acero luminoso.

La hoja pareció irradiar rayos de sol cuando la hizo girar.

—¿No ves la magia en esa espada? —preguntó ella.

Él frunció el ceño y ella percibió cómo volvía a surgir su reserva natural.

—Lo que sea que hace especial esta espada no proviene de mí, sino de su primera dueña.

—Eres un herrero MacKerron, y tienes el talento y el conocimiento. Hay algo extraordinario en esa espada. Y tu don está en ella. ¿Y si existieran las espadas mágicas?

—Si quieres una espada de luz, hay una en el fondo del lago. Supongo que posees algún secreto de familia para hacerla salir del agua cuando la necesites.

Ella acusó el aguijón de sus palabras.

—Eso no sirve de nada, y lo sabes. Necesito una espada especial, y tú puedes hacerme una.

Él entornó los ojos y continuó el pulido de la hoja frotándola con la tira de cuero.

—No hay magia en las espadas que hago, Eva.

—Pero Colin cree que sí. Podría liberar a Simón y renunciar a la isla sin protestar si

supiera que yo tengo una espada de esas.

—No es ningún tonto cuando está sobrio. Rescataremos a Simón mediante sigilo y fuerza, no mediante una muchacha con una espada. Iain Og y el resto estamos planeándolo. Ten paciencia.

—No puedo hacer caso omiso de la leyenda, Lachlann. ¿No crees en la magia feérica?

—En algo —musitó él, observándola—. Pero no en esto.

—Pero conoces los métodos —insistió ella, ceñuda.

—Hay secretos que se transmiten entre los herreros MacKerron, formas de imbuir de poder extraordinario a una espada. O eso dicen.

—¿Qué métodos? —preguntó ella. De pronto lo supo—. Ah, sangre en el acero, arena blanca recogida en luna nueva, hierro de una piedra caída del cielo... ¿Eso?

El la miró sin alterarse, pero ella vio un destello en sus ojos.

—Carbón hecho de leña de los árboles de los cerros de los elfos —dijo—. Fuego hecho frotando dos maderos. Agua de una fuente feérica. ..

—Del lago Fhionn, que guarda la Espada de la Luz —dijo ella, invadida por una oleada de entusiasmo—. Empleaste los antiguos métodos para hacer esta espada, ¿y no me lo dijiste!

—A los herreros nos gusta tener nuestros secretos —dijo él, haciendo girar la espada—. Pero tú los descubriste casi todos, lista que eres. Aire, tierra, fuego, agua, todos esos elementos entraron en la forja de esta espada —se encogió de hombros—, por lo que valga eso.

—Hay un elemento más —dijo ella—, más potente que las tradiciones mágicas. El amor forjó esta espada. Tú y yo juntos.

Entonces él sonrió, una sonrisa de lado y cálida, y la luz que brilló en sus ojos reveló su acuerdo. A ella se le hinchó el corazón, y reunió el valor para decir lo que estaba pensando.

—Podrías prestarme esta espada, para usarla un día.

Él reanudó su trabajo y estuvo un buen rato en silencio.

—Me enorgullece que tengas tanta pericia en el manejo de la espada —dijo finalmente—, pero no puedo poner una espada en tu mano ni verte entrar en una batalla. He visto eso antes, y no quiero volverlo a ver.

Ella comprendió al instante.

—Jehanne era una verdadera doncella de la espada. Yo lo sería también, sólo por un día, por una causa.

—Eva, ¿es que no lo entiendes? No puedo, no quiero perderte —dijo con voz ronca por la intensidad.

Ella se le acercó.

—Sólo pido una espada ceremonial. No me pondré en peligro. Colin no me haría daño, pero mi apariencia como la descendiente de Aeife, armada con una espada de luz, una espada mágica, podría convencerlo de poner en libertad a mi hermano y renunciar a su causa.

Él la cogió por los hombros, con vehemencia.

—Escúchame, te lo diré otra vez. No quiero arriesgarme a perderte.

Ella lo miró a los ojos.

—No soy como Jehanne.

—Te parece más de lo que crees, amiga mía. —La estrechó en sus brazos—. Más de lo que podrías imaginarte.

—Si tengo algo en común con ella es el amor por ti, amigo mío —susurró ella—. Y tú eres el único que puedes ayudarme ahora. La espada está terminada. Préstamela, por

favor.

Él suspiró en su pelo y ella oyó su rendición.

—Aun no está terminada —dijo él—. Falta un último paso. Coge tu manta y ven conmigo.

En el silencio y quietud de la hora que precede a la aurora, Lachlann despertó y miró alrededor. La ladera donde estaban quedaba cerca de la garganta rocosa, y oía el incesante rugido de la cascada. Estaba cómodo y abrigado, envuelto en una gruesa manta con Eva, que dormía profundamente, dulce y silenciosa, en sus brazos. Esa noche habían subido la larga ladera detrás de Balnagovan para dormir ahí, en ayunas y castamente, con la espada envainada entre ellos.

La despertó poniéndole una mano en el hombro. En silencio ella se sentó a su lado. Después de besarla, él se levantó, la ayudó a ponerse de pie y recogió la espada mientras ella cogía la manta. Caminaron hasta el riachuelo cercano, donde se lavaron las caras y se refrescaron.

—¿Ahora? —preguntó ella en un susurro.

—Falta poco —repuso él y le cogió la mano para subir hasta la cima del pico.

Una vez allí, con Eva a su lado, sacó la espada de la vaina de cuero y se giró hacia el este.

Colocó la espada vertical, con la punta hacia arriba y comenzó a hacer respiraciones profundas, tal como le dijeran Finlay y Leod, o como le habría enseñado su padre si hubiera vivido. Inspiró siete veces el aire de la montaña, el aire de silencio y pureza. Después giró la empuñadura de la espada e inspiró y espiró sobre ella, llenando la espada con su fuerza vital.

El sol comenzó a asomar sobre las cimas de las lejanas montañas del otro lado del lago, del otro lado del mundo. Sostuvo la espada delante de él, con la punta hacia arriba, las manos juntas en la empuñadura, y esperó. Eva seguía a su lado, paciente y silenciosa.

Brilló dorada la aurora, enviando el primer rayo de luz, la hoja de la espada la captó, la reflejó y la irradió en un resplandor de oro, bronce y plata, intangible, como fuego feérico.

Bajó la espada en arco hasta apuntarla hacia la tierra. La hoja volvió a captar la luz, destellando como una joya. Le temblaron las manos, sintiéndose como si la luz lo penetrara a él, lo llenara. Cerró los ojos y vio el brillo inmóvil.

Entonces le pasó la espada a Eva, que la cogió y la colocó como lo había hecho él, reverente, inmóvil como una estatua, cargándose ella y cargando la espada con el poder de la luz. El sol subió más hasta ser un disco rojo dorado encima de la montaña.

—Ahora está terminada —dijo Lachlann.

Ella le tendió la espada para que la cogiera, pero él negó con la cabeza, le cogió la mano y comenzaron a bajar por la ladera, llevando ella la espada.

Velada por la niebla, la mañana estaba serena, apacible, no parecía un día para batallar, pensó Eva, aunque podría pasar. Estaba en la orilla del lago, inmóvil y silenciosa como la niebla, esperando a Alpin, con camisa, pantalones ceñidos y botas, y la falda de tartán formada por la manta atada con el cinturón. Ya oía más cerca el chapoteo de los remos en el agua.

Apoyó la mano sobre la empuñadura de la espada envainada al costado, y sintió su poder y magia como un estremecimiento. También la invadía la tristeza, una sensación

de soledad en su lucha, el único tipo de valor que logró encontrar en sí misma cuando por fin comprendió que había llegado el momento. Se había levantado de la cama que compartían en la casa, sin despertar a Lachlann, vistiéndose y preparándose sigilosamente y luego salió, cerrando la puerta sin hacer el más leve sonido. Ella tenía sus secretos que guardar.

Pronto apareció la proa de la barca en medio de la niebla, y vio a Alpin, todavía con la cabeza vendada, sus cabellos blancos revueltos, los hombros hundidos.

Nunca se había fijado en lo viejo que estaba, pensó repentinamente, cómo había envejecido esos últimos años, con los trabajos y apuros, y con la carga de su amor por la isla.

Ese día ella iba a conquistar Innisfarna, para él y para todos los demás. Para todos.

Alpin detuvo la barca y ella subió a bordo sin decir palabra. Igualmente silencioso, haciéndole una inclinación con la cabeza, él comenzó a remar y la barca se deslizó por el agua hacia la isla, hacia el lugar donde se decía que estaba la Espada de la Luz envainada en agua en el fondo del lago. Eva se levantó, y continuó el trayecto con el pie apoyado en el banco y la mano en la empuñadura de la espada, y la cara al viento.

Caminando a largas zancadas hacia la orilla del lago, Lachlann metió su espada en la vaina, con un sonido sibilante, y soltó una maldición en voz baja. Mirando atrás por encima del hombro, vio a Angus corriendo detrás de él seguido por los cinco hermanos de Margaret, Iain Og y el resto de los rebeldes MacArthur, un puñado de hombres, los únicos que habían logrado reunir en tan poco tiempo.

—¿La has visto? —le preguntó a Angus cuando éste le dio alcance por fin.

—En ninguna parte —repuso Angus—. Ha cruzado el lago, sin duda, tal como pensaste.

—Fue allí a salvar a Simón y su isla —terció entonces Fergus, que con sus largas piernas ya iba al paso de Lachlann—. Estoy seguro. Dijiste que la espada que hiciste no estaba, ni su falda de tartán ni sus botas.

—Sabía que estábamos reuniendo hombres y armas —dijo Lachlann—. Sabía que estábamos haciendo planes para tomar la isla y liberar a Simón de la manera más rápida y segura. Esto no es algo que debiera intentar sola. Podrían matarla ahí.

—Herrero —dijo Iain Og, arrastrando los pies detrás de ellos—, conoces a la muchacha. De verdad no puedes haber creído que nos esperaría.

—No me imaginé que iría tan pronto allí, sin decirme una palabra a mí ni a nadie. Pensé que sabía que necesitábamos tiempo para reunir nuestras fuerzas y hacer planes, y que ella nos dirigiría.

—Si Alpin venía a buscarla, ella iría —dijo Iain Og—. Hace años que el viejo desea que ella haga esto. Ha preparado a su princesa guerrera. Nadie cree en esa leyenda más que Alpin MacDewar. Él es del linaje de Aeife también.

Lachlann echó a correr por la arena, seguido por los demás.

—Pisadas —dijo, al acercarse a la orilla—. Son de ella, seguro, botas más pequeñas que las de cualquiera de nosotros. Esperó aquí, donde Alpin vendría a recogerla. Maldición. —Caminó un trecho por la orilla y regresó—. ¿Dónde hay otra barca?

—Ahí —dijo Fergus, apuntando hacia el agua.

—¿Qué?

Lachlann se giró a mirar y vio aparecer una barca por entre la niebla. Los remos los manejaba un pequeño barquero.

—¡Por el amor de Dios! ¡Ninian!

Corrió hacia la barca, chapoteando, con el agua hasta los tobillos, seguido por Angus,

y entre los dos arrastraron la barca.

—¡Ninian!

Levantó al niño en brazos y lo depositó sobre la arena.

Ninian le habló, resollando, gesticulando como loco, apuntando hacia la isla y repitiendo una y otra vez el nombre de Eva. Sin entenderle lo que decía, Lachlann hincó una rodilla en el suelo para poner la cara a su mismo nivel.

—Dime, ¿qué ocurrió? ¿Dónde está Eva?

—¿Y cómo has logrado hacer todo el trayecto en la barca de Alpin tú solo? —le preguntó Iain Og—. ¡Todo un muchacho! —añadió sonriendo.

—¿Sabe hablar? —preguntó Andra—. Nunca lo he oído hablar, aunque lo hemos visto contigo y con Eva.

—Habla bien, si se le da la oportunidad —dijo Lachlann, apoyando la mano en el brazo del niño.

Ninian volvió a hablar.

—¿Qué dice? —preguntó Iain, dudoso.

Ninian apuntó hacia la isla, diciendo palabras malformadas, hasta que Lachlann le cogió el ritmo y captó el sentido.

—Eva —estaba diciendo—. En el castillo con su espada. Llegó con Alpin. Yo cogí la barca. —Tironeó el brazo de Lachlann—. ¡Ven, tienes que venir!

Lachlann y unos cuantos de los demás no tardaron en subir a la barca y Iain Og cogió los remos. La barca se deslizó por el agua, Lachlann observando hasta que aparecieron el castillo y la isla en medio de la niebla. Lo que vio en la escabrosa franja de tierra que se extendía entre la pequeña playa y el inmenso castillo de piedra le hizo martillar el corazón de miedo.

Había una figura, delgada, menuda, erguida. En su mano centelleaba el brillante acero.

—Más aprisa —dijo a Iain, y el hombre remó con todas sus fuerzas.

Capítulo 30

Estaba delante del castillo con la espada levantada, brillante como una antorcha blanca.

—¡Green Colin! —gritó—. ¡Sal a verme!

Alpin estaba cerca, inmóvil y vigilante, con la mano sobre la empuñadura de su espada. A Eva el corazón le latía como un tambor. No se sentía como Aeife la Radiante, pero sí se sentía furiosa y resuelta. Tal vez eso bastaría.

Se abrió la puerta del castillo, salió Colin de las sombras y se detuvo en el umbral de la puerta entornada. Llevaba una coraza de acero sobre su túnica acolchada y medias.

—Eva, ¿qué pasa? ¿Por qué estás vestida así?

Ella avanzó unos pasos y levantó la espada con la punta hacia arriba, la hoja captó un resplandor blanco. Vio sorpresa en la cara de Colin cuando miró la espada.

—Es una hermosa espada —dijo—. Una artesanía increíble. ¿Dónde la adquiriste?

—Es de hechura mágica —dijo ella. Hizo girar la empuñadura esférica en la palma y, flexionando la muñeca, bajó la espada en arco hasta dejarla con la punta hacia abajo.

Colin arqueó una ceja.

—Al parecer sabes qué hacer con ella.

—Pues claro que sé. Soy descendiente de Aeife la Radiante, la primera guardiana de esta isla. No tienes ningún derecho a estar aquí, y debes marcharte.

Él no apartaba la mirada de la espada brillante como espejo.

—¿Es esa la espada de Aeife? ¿Dónde la encontraste?

—Es de hechura mágica —repitió ella—. El metal procede de una estrella caída a la tierra. Como ves, no es una espada corriente.

Describió arcos en el aire, y la hoja parecía dejar una estela de luz.

—Dámela —dijo él—. Yo pagué por esa espada.

Eva dejó inmóvil la espada.

—Tienes a mi hermano. Déjalo libre y hablaremos de tratos.

—Es un ladrón de caballos y un rebelde.

—Simón no robó tus caballos. —Eso al menos era cierto, fueron sus primos los que los cogieron—. Y ahora tiene el perdón del rey. No puedes retenerlo.

—Nuestro matrimonio era la condición para el perdón. Si tú no honras eso, yo no honraré lo otro.

Ella lo contempló impasible. La mirada de él volvió a la espada y ella la movió lentamente de un lado a otro.

—Quieres la espada mágica, ¿verdad?

—Podemos negociar —dijo él—. Tú quieres a Simón, y yo quiero la espada y el derecho indiscutido a esta isla. Supongo que no tiene sentido decir que te deseo para mí.

—Entornó los ojos—. Te entregaste al herrero y traicionaste nuestro matrimonio, por lo tanto tu isla ahora es mía.

—No puedes alegar ningún derecho sobre Innisfarna. Vete de aquí.

—Veo que no será fácil llegar a un acuerdo —dijo él, retrocediendo y comenzando a cerrar la puerta.

—Green Colin —dijo Alpin—. Ella tiene razón. Debes devolverle esta isla.

Colin lo miró despectivo.

—¿Por qué habría de hacer caso a un barquero?

—¿Crees que poseer esta isla te va a poner a toda Escocia en tus manos? No es así. Sólo Aeife tiene la custodia de esta isla y el privilegio de proteger Escocia. Para

cualquier otro, este puesto sólo llevaría al desastre.

—Eso es ridículo —rió Colin.

—A menos que esta isla esté en posesión de ella y de su linaje, habrá ruina en Escocia. En tiempos remotos hubo un acuerdo entre los elfos morenos y la humanidad de que la isla se mantendría en paz y la Espada de la Luz protegida por las descendientes de Aeife. ¿Qué ha ocurrido desde que rompiste ese acuerdo? Piensa en los jefes de las Highlands y en todo el resto. Ha comenzado el desastre —concluyó ¡Alpin, moviendo sagazmente la cabeza.

—¡No puedes culparme a mí de eso, viejo!

—Los elfos no están contentos, Green Colin. No te arriesgues a hacerte un enemigo de ellos.

—Estás loco. Eva, ¿hacemos un trato?

—Trae aquí a mi hermano.

—Entra a verlo.

—No soy tonta, Colin.

—Lo bastante tonta para venir a enfrentarme sola, con sólo un ¡viejo lunático por sirviente.

—Pero tengo esto —dijo ella, moviendo la espada.

El la observó en silencio un momento.

—Simón saldrá hasta la puerta, no más lejos. Entonces negocia-iremos.

Dio una orden a alguien que estaba detrás de él y al poco rato apareció Simón en el pasaje abovedado, sin llegar a la puerta. Tenía las ¡manos atadas a la espalda y la cara amoratada. Había unos cuantos ¡hombres con él; Eva no reconoció a ninguno.

—¡Simón! —exclamó, avanzando otro poco.

Le partió el corazón verlo así, tan apaleado y debilitado. Miró detrás ¡de él, esperando ver las caras de los hombres del rey que había visto con ¡tanta frecuencia, pero todos eran hombres de la región, desconocidos.

—¿Dónde está Robson? —preguntó—. ¿Dónde están los hombres del rey?

—Se marcharon —contestó Colin—. Innisfarna es mía por escritura ahora. Ayer los envié de vuelta a Perth.

Entonces ella recordó haber oído voces de hombres la noche anterior, sacando caballos del establo; ni ella ni Lachlann salieron a verlos, ¡suponiendo que estaban formando otra patrulla.

—Seguro que volverán cuando el rey se entere de esto.

—Es posible. Pero por ahora podemos resolver nuestros problemas solos tú y yo. —Sonrió—. Dame la espada y tu hermano es libre. ¡Los dos podéis marcharos de la isla vivos.

Eva frunció el ceño, miró a Simón, luego a Alpin, manteniendo la espada preparada. Más allá, en el calinoso lago, vio deslizarse una barca con varios hombres dentro. Comprendió que dentro de unos minutos Lachlann pondría pie en la isla.

Pero no tenía tiempo para esperar. Colin volvió a retroceder hacia las sombras de la puerta, preparado para cerrarla.

—La espada es tuya —dijo—, si logras ganármela.

Él se echó a reír.

—Eva, siempre he admirado tu brío. Ahora quieres luchar con espadas como tus parientes rebeldes. No me sorprende. En Francia hubo una muchacha como tú, valiente y temeraria. Cabalgaba y luchaba vestida como un hombre y trató de realizar lo que sólo los hombres pueden lograr.

—Logró mucho —dijo Eva. Volvió a girar la espada y la hoja brilló de nuevo—. Gánamela, si puedes.

—Eso sería demasiado fácil, y nada caballeroso. —Movi6 la cabeza, sonriendo—. ¿Y c6mo s6 si esa es una verdadera espada m6gica o simplemente una buena?

—Tienes que correr ese riesgo.

—P6samela para mirarla.

—G6nala. Esta espada necesita combate, no rendici6n. Incluso yo siento el poder que tiene, y esto que s6lo soy una mujer. Piensa c6mo la sentir6as en tu mano.

Vio c6mo le brillaban los ojos.

Colin se apart6 de la puerta y camin6 hacia ella con una espada en la mano. Ella retrocedi6 por la verde pendiente hasta una parte m6s amplia y plana. Los fornidos hombres de Colin se pusieron en la puerta, junto a Sim6n, para mirar. Parec6an divertidos, nada inclinados a intervenir.

Ella se movi6 en c6rculo, vigilante, con el brazo de guardia en alto, manteniendo f6cilmente el equilibrio. Frente a ella, Colin ten6a fijada una sonrisa en la cara, como complacido ante la idea de ganarle.

Sosten6a una espada con empuñadura para dos manos, m6s larga y ancha que la espada de ella, que era delgada, afilada y m6s ligera de peso y de mayor equilibrio, apropiada para su volumen y fuerza.

Tendr6a que ser r6pida e ingeniosa para compensar el mayor alcance de la espada de Colin y su mayor fuerza. Si quer6a evitar un golpe letal, tendr6a que mantenerse cerca de 6l, para que no pudiera extender el brazo y darle el mejor uso a su arma.

Dando un largo paso hacia atr6s, lo oblig6 a seguirla en un apretado c6rculo. Colin flexion6 las manos en su empuñadura al moverse. Ella avanz6 con 6l, mir6ndolo fijamente, en una recelosa puesta a prueba de voluntades, para comenzar.

Al principio 6l intent6 arrebatarle la espada con unos cuantos gestos impacientes, pero ella lo eludi6 limpiamente. Entonces baj6 la espada en tajo; ella lo par6 bien y dio un paso al lado, cerca de 6l, girando hasta quedar detr6s de 6l.

Visiblemente asombrado, 6l se gir6 torpemente. Viendo la oportunidad, ella hizo un pase alto, dirigido a un hombro protegido por la armadura. 6l par6 el golpe y le empuj6 la espada, pero ella vir6 6gilmente y 6l qued6 empujando el aire.

Eva esper6, saltando sobre las puntas de las plantas de los pies, mientras 6l se recuperaba de la sorpresa. Gruñendo, 6l hizo un pase y ella lo par6 con la parte plana de la espada, y r6pidamente extendi6 el brazo golpe6ndole la cabeza con la empuñadura en 6ngulo. El golpe fue audible. Ella gir6 detr6s de 6l mientras se tocaba la frente con la mano.

—¿D6nde aprendiste esa treta? —le pregunt6, resollante.

—No de los elfos —contest6 ella, girando la empuñadura y estirando los dedos para relajar la tensi6n del puño.

Continu6 saltando en c6rculos, 6l sigui6ndola pesadamente, como un oso.

—No quiero hacerte daño —dijo 6l—, pero ser6 mejor que me entregues esa espada.

Golpe6 y ella esquiv6 saltando en diagonal, con un medio molinete bajo para protegerse el hombro y la espalda. Nuevamente tomado por sorpresa, porque cuando golpe6 ella ya no estaba ah6, Colin se tropez6 en la hierba.

Colin era letal, pero previsible, no hab6a aprendido ninguna t6cnica. Usaba la espada como un hacha, asestando golpes de tajo, de lado y en arcos, y era peligroso por su fuerza y el tamaño de su espada. Pero el aprendizaje y su mayor agilidad y flexibilidad le daban a ella una clara ventaja. Aunque ten6a la impresi6n de que se mov6a lento, con tiempo suficiente para pensar y observar, se dio cuenta de que en realidad se mov6a veloz. La sensaci6n era embriagadora, el coraz6n le lat6a acelerado, respiraba bien y profundo y ten6a los pensamientos claros.

—Eva, quiero esa maldita espada —gruñ6 6l.

Previendo el alcance y dirección de su próximo golpe, ella se alejó danzando hacia un lado y se giró. Nuevamente él golpeó el aire.

Esta vez él rugió de furia. Tenía la cara roja por la frustración y el esfuerzo. Sin duda también estaba combatiendo los efectos del exceso de bebida, pensó ella. Nuevamente él hizo un pase hacia el lado, su alcance mayor que el de ella, y chocaron las espadas. Ella sintió la vibración del golpe por el brazo hasta el hombro.

Acercándose más, giró alrededor de él una y otra vez y volvió a enfrentarlo. Él se giró, buscándola, pero ella ya estaba esperando su próximo ataque frente a él. Con un tajo le golpeó el hombro con coraza, y se oyó el chocar de metales.

La danza en círculos los llevó a la parte más ancha de la suave pendiente. Entonces ella miró a Alpin, que se había mantenido cerca. Más allá de él, en el lago, vio acercarse la barca a la playa.

Colin volvió a dar un rodeo y ella con él, de modo que quedó a unos palmos de Alpin, que, vigilante, tenía la mano en la empuñadura de su espada. Ya jadeante, Eva levantó la espada y saltó hacia un lado expectante, lista para parar el siguiente golpe de Colin.

La cara cada vez más enrojecida y la creciente furia de su contrincante la hicieron comprender que para él eso ya no era un juego. Su furia lo hacía aún más peligroso. Se acercó, sabiendo que la espada de dos manos necesitaba un movimiento amplio.

Dio limpiamente la vuelta alrededor de él, floreado ligeramente con la punta, esperando que se girara. Colin emitió un gruñido ronco y cuando ella esperaba que hiciera un pase hacia ella, de pronto él se giró en sentido contrario y dirigió el ataque hacia Alpin. El anciano cerró el puño en su espada y retrocedió, y Colin le dio en la rodilla con la parte plana de la espada. Alpin se tambaleó y Colin estuvo encima de él antes que pudiera desenvainar la espada para defenderse.

En un instante, Colin le había cogido la falda acercándolo hacia él. Tirando a un lado la espada, sacó una daga corta del cinturón y se la puso bajo el mentón, al mismo tiempo que le doblaba el brazo hacia atrás retorciéndoselo cruelmente.

—Dame la espada, Eva —gruñó—. No cabe duda de que es una espada mágica, con la pericia que le da a una simple muchacha. ¡La quiero! —rugió, y para recalcarlo retorció más el brazo de Alpin, que estaba impasible como una piedra.

Eva retuvo el aliento, lanzó una rápida mirada a Simón, que estaba en la puerta abierta, y luego, por encima del hombro de Alpin, miró de soslayo hacia el lago, donde la barca iba llegando a la playa. Vio saltar a Lachlann y chapotear por el agua, seguido por sus primos. La esperanza le dio fuerzas y pensó que podía esperar eternamente. Pero Alpin sólo tenía segundos.

Colin presionó más la daga y Alpin se encogió de dolor, ella vio salir gotitas de sangre bajo su mandíbula. Sin pensarlo dos veces, lanzó la espada hacia Colin, por la empuñadura.

El la cogió al vuelo y al mismo tiempo arrojó a Alpin hacia un lado. Eva corrió hacia el anciano, pero Colin se abalanzó sobre ella y la levantó con un brazo, como si fuera una muñeca. Atenazándole el

cuello con su potente brazo, la arrastró por la pendiente en dirección a la puerta, mientras ella medio corría para mantener los pies en el suelo.

Resollando fuertemente, la arrastró hasta la puerta, y sus hombres se hicieron a un lado. Ya no parecían divertidos, sino sorprendidos e inseguros, porque miraron más allá de Colin, hacia el lago.

—¡Campbell!

Al oír el grito de Lachlann, ella ahogó una exclamación y tironeó del brazo de Colin para soltarse.

—¡Campbell! —rugió Lachlann, acercándose a largas zancadas, con la espada de su padre en la mano—. ¡Suéltala!

Colin se volvió, haciéndola girar alrededor de él con los pies rozando la hierba. Su captor tenía la reluciente espada de Jehanne en la otra mano.

—La tengo, y tengo la espada mágica —dijo—, y tengo la isla. No se te ocurra quitármelas, como tu padre trató de robarle la espada al mío.

Retrocedió hasta la puerta, dio un empujón a Simón para apartarlo y gruñó una orden a sus hombres.

Lachlann vio a Simón tambalearse y caer sobre una rodilla, con las manos atadas a la espalda, y el pelo negro revuelto sobre su cara magullada.

Simón consiguió ponerse de pie y estiró el pie para hacer caer a Colin, pero éste se puso fuera de su alcance.

Los hombres, de brazos cruzados, no hicieron caso de la orden de Colin. Uno de ellos hizo un gesto a Lachlann para que pasara, como para indicar que ni el conflicto ni el combate iban con ellos. Lachlann pasó corriendo junto a ellos en el momento en que Colin arrastraba a Eva por la penumbra del túnel de entrada. Se dio cuenta de que los demás lo seguían para mirar, oyó crujir la puerta cuando alguien la abrió más, los sintió reunirse como sombras detrás de él, pero no se giró a mirar. Entró en el corredor abovedado, con las manos cerradas alrededor del puño de su larga espada.

—Suéltala, Campbell.

Colin bajó la espada en un amplio arco y Lachlann paró diestramente el golpe, acero contra acero, y empujó hasta que Colin retrocedió. Entonces bajó la espada de tajo, para golpear la pierna a Colin, pero le dio en la espada, y el fuerte ruido del golpe resonó en las paredes de piedra.

Empujando a Eva hacia un lado, con tanta fuerza que ella fue a estrellarse en la pared, Colin volvió a atacar, pero Lachlann esquivó con un paso al lado y contrarrestó fuerte y rápido golpeando la espada y empujando con fuerza, hasta que Colin quedó con la espalda apoyada en la pared.

Trastabillando, Colin levantó la espada para volver a atacar, pero de repente se giró y apuntó hacia Eva, que tenía poco espacio para esquivarlo. Lachlann le desvió la espada, pero Colin arremetió con otra estocada hacia Eva. Ella la esquivó, moviéndose hacia un lado con la celeridad de un rayo.

La estocada iba con tanta fuerza que la brillante hoja se enterró en la pared, en el mortero entre dos piedras, con un estridente chirrido. Colin la tironeó para sacarla, mientras Lachlann se le acercaba con la espada levantada.

Con el tironeo y esfuerzo por sacarla, retorciéndola, la hoja se quebró, con un fuerte sonido, y Colin se quedó con la empuñadura y el corto trozo de hoja rota en la mano.

—*Ach Dhia* —gimió Eva.

Lachlann sintió la fuerza de la rotura como si lo traspasara, en cuerpo y alma.

Colin soltó un rugido, que resonó feroz dentro del túnel abovedado. Se abalanzó sobre Eva apuntándola con el trozo de espada y Lachlann se apresuró a avanzar con la espada lista, pero ella levantó un pie y golpeó a Colin en la rodilla.

Colin cayó hacia atrás, doblándose, y levantó un brazo al estrellarse fuertemente contra la pared.

Lachlann se mantuvo en postura vigilante, calculando cómo hacer saltar la empuñadura de la mano de Colin. Entonces éste pareció levantarse y cayó de cabeza al suelo, y al caer la empuñadura saltó de su mano.

Eva no pudo reprimir un fuerte sollozo, tapándose la boca con las dos manos

cogidas. Miró a Lachlann, jadeante, con los ojos agrandados.

De pie junto a Colin, él lo contempló con el ceño fruncido. Vio la fea herida en la axila, y la punta de la espada rota que sobresalía de ella. Se le había enterrado en la caja torácica, por el lugar donde no lo protegía la coraza.

—Dios mío —dijo Eva, arrodillándose junto a Colin—. ¿Se golpeó la cabeza? Oh, no era mi intención.

Tirando hacia un lado su espada, Lachlann la cogió del brazo y la puso de pie. La sintió temblar al estrecharla en sus brazos.

En ese momento apareció Simón en el penumbroso túnel y Eva le echó los brazos al cuello, sollozando. Tan pronto como Lachlann le desató las manos, Simón abrazó a su hermana y miró a Colin.

—Tú no lo mataste, Eva —dijo—. Yo estaba mirando. La espada enterrada en la pared lo mató.

—Se habría recuperado de la patada que le diste, para volver a atacarte —dijo Lachlann—. Fue la espada mágica la que acabó con su vida.

Sin dejar de sollozar, ella pasó los brazos alrededor de su cintura. Él le besó la cabeza y miró a Simón. El joven asintió, aprobador, y Lachlann le dirigió una triste sonrisa.

Eva volvió a apartarse y se agachó a recoger la empuñadura de la espada rota. Se la pasó a Lachlann con la mano temblorosa.

—Lachlann, lo siento tanto...

En silencio, con el corazón sangrando por dentro, examinó la empuñadura dándole vueltas en las manos. La rotura era similar a la primera, a unos pocos centímetros de la guarnición, dentada y letal.

—Su espada lo mató —dijo Eva—. Ella no habría querido eso.

El la rodeó con un brazo y la acercó.

—Mira esto —le dijo, girando la empuñadura—. Ésta es la espada de Jehanne, la pieza de la empuñadura. Esto no lo mató, ni tampoco te hirió a ti cuando él te atacó. La hoja que le quitó la vida fue la parte que forjé yo, con métodos mágicos.

—La espada mágica —susurró Eva—. La espada que Colin deseaba para él.

—Puedo rehacer esto, más fuerte y mejor —dijo él.

Eva lo rodeó con los brazos y él apoyó la cabeza en la de ella.

—Creo que ella habría comprendido la ironía de lo que ocurrió —continuó en un susurro—. Te habría querido, amiga mía. —Le levantó la cara y la besó—. Mi amor.

Epílogo

*Estuve un tiempo en el misterio del herrero.
De un antiguo poema celta.*

El fuego crepitaba en la fragua. Lachlann sacó el trozo de acero con las tenazas y se giró, apartándose del intenso calor, para colocarlo sobre el yunque. Golpeando ligeramente la brillante masa, alargó su forma rudimentaria. Trabajaba en esa pieza por la noche, cuando la oscuridad era más profunda y los colores del acero más claros, y más fáciles de distinguir para su defectuosa visión, aunque Eva estaba siempre dispuesta a ayudarlo en eso.

Entornó los ojos, observando las lucecitas que bailaban en su campo de visión. Uno de esos días enviaría un mensaje al norte para invitar a Aleck Beatón a Innisfarna. No sólo quería presentarle su amigo a Eva, sino que también estaba preparado para oír la opinión de Aleck sobre su vista. Su problema de visión no había empeorado desde hacía un buen tiempo, y los cambios eran tolerables. Ahora, sabía que si más adelante le disminuía la visión de un ojo, ya tendría una amorosa familia alrededor.

Colocando nuevamente el acero en la fragua, decidió darse prisa. Disfrutaba de las silenciosas horas de la noche, cuando podía encerrarse en la herrería durante un rato. Pero esa noche en particular esperaba visitas, en realidad no hacía mucho había oído voces y ruidos de cascos de caballo en el patio.

Sonriendo ilusionado, dejó a un lado el acero para que se enfriara.

Después volvería para transformar el trozo de metal en la espada cuya imagen veía en su mente: una espada pequeña, hermosa, gemela de la que había reparado y escondido para que nunca se volviera a usar. Esta otra sería un regalo para su esposa. Su novia, corrigió; la boda sería pronto. Muy pronto, en realidad, y sería mejor que se diera prisa si quería asistir.

Se miró las manos sucias, con manchas de carbón, y el sudor que le corría por los antebrazos. Cuando se estaba lavando en la tinaja, oyó un suave golpe en la puerta.

Entró Simón y lo saludó con un gesto de la mano. Detrás de él había un grupo esperando para entrar. A través de la puerta vio las estrellas que brillaban como diamantes sobre terciopelo negro.

—¿Estás listo? —le preguntó Simón.

—En un momento —contestó él.

—Pues ya estamos aquí, herrero, e impacientes por ver esta boda —dijo Iain Og, abriendo más la puerta—. Sólo tendrás que dejar el martillo y las tenazas un rato. Aunque no diremos qué conjunto de martillo y tenazas vas a usar después —añadió, soltando una carcajada.

Alguien se rió, pero Mairi MacKerron, que entró detrás de él, le dio un severo golpecito en el hombro por el chiste.

Lachlann fue a abrazar a su madre adoptiva y le agradó sentir su beso frío y práctico en la mejilla.

—No te has aseado —le dijo ella dándole palmaditas en la camisa mojada de sudor—. ¡Y es la hora de tu boda!

—Pensé que llegaríais más tarde.

—Ya es tarde —dijo ella—. Estabas absorto en tu trabajo.

Él se echó a reír ante la verdad de eso, y se quedó junto a ella mientras los demás entraban en la penumbrosa y caliente herrería. Los saludó, sonriendo a cada cara conocida, todos tan queridos para él, algunos conocidos desde toda su vida.

Entraron los cinco primos MacArthur, seguidos por su hermana Margaret y Angus, cada uno con un bebé en brazos. A continuación entró Alpin, con una mano apoyada en el hombro de Ninian, que venía con él. Detrás de ellos entró Eva.

La mirada de Lachlann se dulcificó al verla. Llevaba un sencillo vestido de lana rojo oscuro, y un *arisaide* de tartán marrón y rojo, prendido por el broche de plata que él le había reparado. Sus cabellos sueltos y resplandecientes como medianoche le caían gloriosos alrededor de los hombros, y sus ojos chispearon cuando le sonrió.

Observó también la exuberante redondez de sus pechos bajo el vestido, y su cuerpo, tirante en el lugar donde llevaba al hijo del que por el momento sólo ellos dos sabían.

A los herreros les gusta tener sus secretos, pensó, sonriendo.

Se acercó a cogerle la mano.

—Estás radiante, *mo cáran* —susurró, besándole la mejilla—. Estás preciosa.

—Y a ti no te vendría mal un buen lavado, mi apuesto y fornido herrero —dijo ella riendo, mientras apoyaba la mano en su brazo desnudo—. Pero eso puede esperar. Me gustas así, con las marcas de tu fuerza y tu trabajo —añadió en un susurro—. Tengo unos pétalos de rosa para tu baño, si quieres.

—No son flores lo que deseo en el baño —susurró él, y se volvió con ella hacia los demás—. Tengo un anuncio —dijo en voz más alta para hacerse oír por encima de la alegre conversación.

—Ya lo sabemos, te vas a casar —dijo Andra.

Los demás se rieron, y Lachlann sonrió, esperando que se callaran.

—Quería deciros a todos, y a Eva, que dentro de unos días iré a Perth.

—¡Perth! —exclamó Eva, apretándole el brazo.

—Sólo por unos días —la tranquilizó él—. He solicitado una audiencia con el rey para hablar de la situación de los MacArthur, que sigue siendo incierta después de... de los acontecimientos de hace unas semanas.

—¿Y por qué el rey habría de escuchar a un herrero, aunque seas caballero y le hayas servido de mensajero? —preguntó Eva.

—Podría escuchar a un primo —dijo él—. Mi madre, Aileen Stewart, era prima segunda de los Stewart de la realeza.

Ella lo miró asombrada, después miró a Mairi, que asintió, confirmándolo.

—Los Stewart de Glen Brae están estrechamente emparentados con el rey —dijo Mairi—, por lo tanto Lachlann puede afirmar ese parentesco también. Es posible que el rey recuerde a Aileen Stewart, por su belleza y buen corazón, y podría sentirse inclinado a ser clemente con los MacArthur.

—Vale la pena probar —dijo Lachlann a Eva.

Ella asintió.

—Entonces no necesitaba la influencia de Colin para que nos ayudara después de todo. Te tenía a ti.

—Siempre me has tenido, Eva—repuso él.

Ella sonrió y le apretó la mano.

—Tal vez Donal ya esté con nosotros para el año nuevo. Lachlann, soñé con él la otra noche. Estaba con nosotros en Innisfarna, y él y Simón hacían saltar a nuestras hijas sobre las rodillas.

—¿Hijas? —preguntó él arqueando una ceja.

—Dos nenitas —le susurró ella—. Aeife y Jehanne las llamabas tú en mi sueño.

Le tembló un poco la barbilla al decir eso, y le brillaron lágrimas en los ojos.

Él no pudo contestar por la opresión que sentía en la garganta.

—Venga, herrero. ¿Estás listo ya? —preguntó Iain Og.

Lachlann asintió y encabezó la marcha hacia el yunque. Ninian retiró con todo cuidado el martillo y las tenazas y los puso en el borde de la fragua. Después sonrió a Lachlann sin taparse la boca marcada por la cicatriz, con su forma felina, extrañamente elegante, sus ojos azules entornados en un guiño travieso.

Lachlann le puso una mano en la cabeza dorada.

—Serás un buen herrero algún día si quieres serlo —le dijo—. Y podríairme bien tener un aprendiz. Pronto Eva estará demasiado ocupada para pasar mucho tiempo aquí conmigo.

Ninian sonrió y asintió, y Eva les sonrió a los dos.

—Dinos, herrero —dijo Simón, cuando ya todos estaban reunidos alrededor del yunque, formando un semicírculo—. ¿Has celebrado alguna boda?

—Yo no, pero Finlay varias veces. Una boda ante la fragua es una tradición antiquísima. Se dice que antaño, en el tiempo de las nieblas, antes que hubiera sacerdotes cristianos, los herreros eran esenciales en sus comunidades, por su conocimiento de transformar y unir metales. Por lo tanto se consideraba apropiado que los herreros unieran a las parejas en matrimonio. Esta tradición está bastante en desuso ahora —sonrió a Eva—, pero a nosotros nos irá bien.

—Después necesitaréis un sacerdote —dijo Mairi, asintiendo—, pero esto servirá hasta que venga nuevamente el sacerdote a nuestro valle.

Simón cogió del brazo a su hermana y la situó delante del yunque, de cara a la fragua.

—Nosotros seremos testigos de vuestro matrimonio —dijo—. Siempre he pensado que hacéis buena pareja. Donal piensa igual.

—¿Donal? —dijo Eva, mirándolo—. ¿Cuándo dijo eso?

—Hace años. Cuando se habló por primera vez de tu compromiso con Colin, Donal dijo a nuestro padre que tú serías más feliz casada con Lachlann, el hijo del herrero, que te quería y te trataba bien, y cuyos talentos serían una ventaja para el clan. Dijo que no podrías casarte con un hombre mejor que el muchacho del herrero.

—Nunca supe eso —dijo ella con lágrimas en los ojos.

—Donal no te lo dijo porque nuestro padre se mostró inflexible en su elección de marido para ti. Así que ya ves —añadió, besándole afectuosamente la mejilla—, tienes la aprobación del jefe de nuestro clan también.

Ella se giró a mirar a Lachlann, sonriendo con los labios temblorosos. El estaba al otro lado del yunque, en su lugar habitual, de espaldas a la fragua.

—Si nos comprometemos de corazón en matrimonio a los ojos de Dios, no necesitamos testigos ni sacerdote en Escocia. Sin embargo, agradecemos a estos testigos que participen en esto con nosotros, y que lo asuman en sus corazones como nosotros lo asumimos en los nuestros.

Le tendió las manos por encima del yunque y Eva se las cogió. Él notó cómo le temblaban ligeramente. La miró a los ojos color tormenta, dulcificados por lágrimas no derramadas. A la exquisita luz de la fragua, ella resplandecía a sus ojos.

—Te tomo por esposa, Eva MacArthur. Sobre este yunque, con la fuerza del hierro y el calor del fuego, ante los ojos de estos testigos y en la presencia de Dios, hago este matrimonio contigo. Esto perdurará eternamente —añadió, sus ojos fijos en los de ella.

—Te tomo por marido, Lachlann MacKerron —dijo ella, y repitió las palabras que él había dicho, palabras salidas de su corazón que resonaron entonces con su dulce y amorosa voz—. Para que dure eternamente.

—Que se forje entre nosotros —susurró él y se inclinó a besarla, por encima del

yunque, y a la luz y calor del fuego, y en el amor de los demás que formaban un anillo alrededor.

Después, en una explosión de risas y abrazos llorosos, recibió las felicitaciones de todos aquellos a los que amaba tanto. Y por último, impaciente por abrazar a Eva, dio la vuelta al yunque y la estrechó en sus brazos.

La besó, profunda y larga, largamente, mientras se elevaban vivas alrededor de ellos. Apartándose, le echó hacia atrás un mechón rebelde.

—Creo que este matrimonio se realizó entre nosotros mucho antes de este momento, amiga mía —le susurró—. Comenzamos a forjarlo hace mucho tiempo. Pero algo tan maravilloso, tan fuerte y valioso, requiere mucho tiempo y muchísimo cariño.

—Entonces continuemos trabajando en ello, herrero —contestó ella, sonriéndole—, día y noche.

—Ah, eso haremos —dijo él, rodeándola con un brazo.

Nota de la autora

Esta historia nació cuando me enteré de que Juana de Arco cabalgaba junto a una compañía de escoceses, miembros de un grupo selecto llamado después Guardia Real Escocesa. Durante los siglos medievales, solía asignarse guardias escoceses a los monarcas extranjeros, en especial a los franceses, con los que los escoceses tenían una antigua alianza (la «Auld Alliance») de apoyo mutuo. Durante la Guerra de los Cien Años, miles de escoceses viajaron a Francia a participar en la lucha contra los ingleses; miles de escoceses murieron allí, y muchos otros, en especial los de la aristocracia, fueron recompensados con concesiones de tierras y títulos.

En 1429, varios escoceses asignados al futuro monarca francés, el delfín Carlos, acompañaron a Juana de Arco (ella se llamaba «Jehanne», y en los documentos su nombre aparece con esta grafía también, de modo que elegí esa forma para la novela). Por ejemplo, hay documentos que atestiguan que un tal sir Hugh Kennedy de Galloway estuvo con ella hasta su captura en Compiègne en 1430, y se comenta su lealtad para con ella.

La espada de Juana, llamada de Santa Catalina de Fierbois, que se le reveló en un sueño y fue descubierta en una capilla de Fierbois en el lugar exacto que ella indicó, al parecer se quebró en Lagny. Aunque se desconocen los hechos (dicen que la rompió ella misma en un arranque de genio), un herrero la examinó en ese momento y declaró imposible su reparación. Cuando en el juicio le preguntaron por su espada supuestamente milagrosa, ella admitió que se había quebrado pero se negó a revelar su paradero. La espada, descrita por testigos presenciales, nunca se ha encontrado.

Los herreros eran artesanos esenciales en la sociedad medieval, y a sus técnicas se las imbuía de misterio. En Escocia estaba bien desarrollada la herrería y la espadería, aunque en la Alta Edad Media la mayoría de las armas de acero se importaban de Europa. Los escoceses tenían una larga tradición de pericia en la forja de espadas que se remonta a las extraordinarias habilidades de los herreros celtas y vikingos. Rob Miller, espadero de la isla Skye, me dio valiosa información sobre las tradiciones y procesos de este antiquísimo oficio; en su página web, www.castlekeep.co.uk, se pueden ver sus obras y algunas fotografías de la forja.

La esgrima medieval era un arte en desarrollo, y sobreviven tratados ilustrados que presentaban las técnicas y ejercicios en detalle. Existen muchas agrupaciones dedicadas al estudio de la esgrima con exactitud histórica, por ejemplo la Mid-Atlantic Association for Historical Swordsmanship, y la HACA (Historical Armed Combat Association). Si te interesa información y la reproducción de espadas medievales, visita Albion Armorers en www.albionarmorers.com.

La Espada de la Luz es un elemento conocido en la antigua tradición celta, buscada por héroes en diversos cuentos. Los elfos tienden a recelar del hierro, pero se decía que robaban humanos para que les hicieran trabajos de herrería, y así llegaron estas tradiciones a la novela.

Espero que hayas disfrutado leyendo *La Doncella de la Espada*. Para más información acerca de mis libros, o para contactar conmigo, visita por favor mi página web en www.susanking.net.